

Carlos Guillermo Wilson

LA MISIÓN SECRETA

(Novela)

Prólogo del Dr. Haakayoo N. Zogyie



BETANIA



África, donde empezó todo

LA MISIÓN SECRETA



Panamá, el país donde nació el autor

Carlos Guillermo Wilson

LA MISIÓN SECRETA

(Novela)

Prólogo del Dr. Haakayoo N. Zoggyie

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

Portada: Mapa del Caribe

© Carlos Guillermo Wilson, 2023.

Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
28080 Madrid, España
E-mail: editorialbetania@gmail.com
Blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

I.S.B.N.: 978-84-8017-452-7.
Depósito legal: M-18342-2023.

Hecho en España / Made in Spain

PRÓLOGO

Hoy que termino la tarea de pulir esta novela, tarea que me encargó el autor poco después de sufrir el derrame que le acortaría la vida tan trágicamente el 5 de junio de 2016, quisiera agradecerles a todos sus lectores la paciencia que han ejercido durante tantos años mientras esperaban la publicación del libro. *La misión secreta* no es una novela cualquiera. Es la última parte de una trilogía que empezó en 1981 con *Chombo* y continuó con *Los nietos de Felicidad Dolores* en 1991.

Ambas novelas tenían la misma misión, a saber, resaltar los aportes de la comunidad afroantillana en Panamá, la cual se estableció con la llegada de trabajadores de tales islas caribeñas como Jamaica, Barbados, Santa Lucía y Haití para ayudar con la construcción del ferrocarril interoceánico entre 1850 y 1859. Más tarde, entre 1880 y 1914, llegaron aún más inmigrantes de esa misma zona del Caribe para participar en la construcción del Canal de Panamá.

Los numerosos actos de discriminación que sufrieron estos panameños, primero por no ser hablantes nativos del castellano y luego por no ser practicantes de la fe católica, son el foco temático de las tres novelas. En todas, Carlos Wilson no sólo denuncia los actos de discriminación, tanto por parte de los negros coloniales como de los blancos panameños y sus homólogos extranjeros, en especial los gringos, también se aprovecha de sus libros para exaltar la cultura afroantillana en Panamá. Pero si bien *Chombo* apareció en pleno cenit de esas fricciones sociales, *Los nietos de Felicidad Dolores* marcaría una Panamá un poco más tolerante. Pero aún así, el novelista afropanameño seguiría enfatizando la unidad nacional. De hecho, los lectores que conocen *Nietos* recordarán la palabra **SODINU**, presentada como un enigma a lo largo de la novela, cuyo sentido se revelará sólo a la conclusión del libro como **UNIDOS** escrito al revés. Los nietos de Felicidad

Dolores, como frase y no el título de la novela, puede interpretarse entonces como un resumen de las experiencias de todos los afropanameños: sus logros (felicidad) y sus fracasos (dolores). Pero Carlos Wilson reconoce que la solidaridad mostrada al final de ese libro es una mera una solución poética. La búsqueda debe seguir.

Y así lo hizo en *La misión secreta*. El escritor afropanameño no sólo continúa la búsqueda por la solidaridad de los ekobios panameños, también la expande para incluir a otros grupos marginados como los garífunas en la América Central y los esclavos en los cañaverales de Haití, Cuba y Santo Domingo del siglo 19. Al final de la novela, Carlos Guillermo Wilson ofrece otra solución poética: la supuesta desaparición total del prejuicio racial en Panamá, lo cual efectivamente marca la conclusión de la misión que Carlos inició en *Chombo en 1981*, a saber, la unificación racial de la República de Panamá.

Como cualquier editor, hice todo lo posible para no alterar el estilo o la voz del autor. Sólo introduje comas o guiones que ayudaron para esclarecer ciertos párrafos o frases. Y como él tuvo que cortar y pegar muchos trozos de texto en diferentes partes de la novela como parte natural de las revisiones que hacía cuando se enfermó, yo encontré varias duplicaciones que eliminé por razones obvias. Pero sólo hasta allí llegaron mis interferencias. El libro que usted tiene en sus manos hoy es entonces el 98% de lo que hubiera salido de las manos del mismo Carlos Wilson si no fuera por su enfermedad y su muerte subsiguiente.

Atlanta, 4 de junio de 2023

Dr. Haakayoo Nobui Zoggyie
Associate Professor of Spanish
Morehouse College
Atlanta, GA

Haakayoo Nobui Zoggyie (1960, República de Ghana, África).

Para su primer título universitario, estudió español y sociología en la Universidad de Ghana y tras su graduación en 1986, fue contratado por el Departamento de Español para trabajar como profesor ayudante. Concluido ese contrato en agosto de 1988, partió hacia Canadá donde sacó una maestría en literatura española en La Universidad de Alberta en Edmonton. Su tesis, titulada *El problema religioso en Nazarín, de Benito Pérez Galdós*, la terminó de escribir en mayo de 1991. En agosto de ese mismo año se trasladó a Estados Unidos donde empezó el doctorado en literatura latinoamericana en la Universidad de Cincinnati, programa que concluyó en octubre de 1998.

Zoggyie es actualmente profesor asociado de español en Morehouse College en Atlanta, GA (Estados Unidos). Tiene varias publicaciones, entre ellas un libro titulado *In Search of the Fathers: The Poetics of Disalienation in the Novelistic Work of Two Afro-Hispanic Writers* (University Press of the South, 2003), y los siguientes artículos (una breve selección): “Transgressive Tales, Subversive Laughs: Reading Carlos Guillermo Wilson’s *Chombo* as Satire” (CLA Journal 47.2); “Lengua e identidad en *Los nietos de Felicidad Dolores*, de Carlos Guillermo Wilson” (Caribe: Revista de Cultura y Literatura 17, 1-2); “Lengua e identidad en *Changó, el gran putas*, de Manuel Zapata Olivella” (Afro-Hispanic Review 20.1); y “Entrevista con Carlos Guillermo Wilson” (PALARA 21, Fall 2017).



El campo de batalla de todos los ekobios cimarrones

ÁBAN

Aquella mañana, por motivos de viajes para pronunciar, en foros internacionales, ponencias sobre la nueva novela histórica y la poesía postmodernista en Latinoamérica, sobre todo, la poesía de Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Octavio Paz, el único profesor ausente en la reunión de cátedros era el tocayo del Apóstol cubano, José Martí, el colega (ciego de nacimiento) que más respetaba y estimaba a Papimambí.

Papimambí, un distinguido y popular docente panameño de tercera edad, quien, más por asco que por enojo, como si fuera un gato ciego con el olfato estropeado que, equivocadamente, se encontraba en un congreso de perros rabiosos, en la reunión de catedráticos lingüistas, de repente recogió sus documentos en la mesa, se levantó de la silla y, rápidamente, abandonó el recinto universitario donde se reunía una docena de profesores políglotos y trotamundos, en su mayoría extranjeros y ciudadanos de nacionalidades latinoamericanas.

Las abruptas acciones de Papimambí, descendiente de valientes cimarrones africanos y africanas (como Bayano, Barauda, Bahiana y Boukman), en la reunión de docentes fueron consecuencias de que la profesora Graciela Maisonouveau, de habla vulgar (lo que Natura no da, Salamanca no presta) y de ayuno en *finesse* (la culebra aunque se vista de seda culebra queda), quien juzgaba a todas las personas de ascendencia africana iguales a haitianos, a quienes no podía ver ni en pintura, y a quienes también constantemente culpaba por el derrumbe de la gran ilusión napoleónica en Saint Domingue, lograra aquella mañana que los otros profesores jóvenes y colegas del catedrático trotamundos y recién egresados de prestigiosas universidades estadounidenses, empezaran a vociferar opiniones desatinadas y maliciosas contra él con la explícita intención de limitar el número de estudiantes que se inscribirían en un curso de literatura caribeña que iba a dictar sin tomar en cuenta las obligaciones, las necesidades o

las preferencias de esos estudiantes—todos adultos y maestros que con entusiasmo rubendariano de “Juventud Divino Tesoro” y vocación noble de Gabriela Mistral enseñaban en escuelas primarias y colegios.

El tataranieto de Tariq, el único catedrático de Panamá y perito de la literatura del Caribe en la universidad, abandonó la reunión aquella mañana, porque no deseaba estar presente ni ser testigo de la segunda decisión, no obstante el sufragio democrático de sus colegas, al cual él consideraba una burla al verdadero y auténtico concepto de la democracia, como la decisión absurda en el primer asunto de la reunión para restringir el número de estudiantes en la popular clase de literatura caribeña.

Durante la discusión a favor de un segundo triunfo en la misma reunión, dominada esta vez por los profesores Bartolomé Casanova y Gusanthony Newhouse, se argumentó con extrema avaricia que esta tercera vez, para evitar resentimientos entre los colegas por el aumento de sueldo por mérito académico que anunció el decano de la Facultad de Humanidades, no se siguieran al pie de la letra los nuevos reglamentos oficiales ni se cumpliera con el propósito de premiar sólo a los profesores más sobresalientes. Según una docena de estos docentes políglotos y trotamundos (algunos de ellos superaban la actitud prepotente e hipócrita de los colegas que durante dos décadas Papimambí soportó con mucha paciencia en otra universidad), tras de un voto democrático, supuestamente, era mejor que todos los profesores recibieran igual cantidad de dólares como aumento en el sueldo sin importar y sin tomar en cuenta el rango académico de cada catedrático, ni mucho menos, los aportes a la comunidad académica, la evaluación de los estudiantes, las cartas de recomendaciones escritas, las tesis corregidas, los exámenes preparados, los años en la docencia, los galardones y premios académicos, las ponencias presentadas en foros internacionales, las publicaciones...

Después de abandonar la reunión, en vez de ir directamente a su oficina universitaria, como lo había hecho en varias ocasiones anteriores para refugiarse allí, lejos de los cretinos e hipócritas maliciosos, esta vez, con mucha prisa caminó hacia el estacionamiento reservado para los automóviles de profesores.

En el camino, de reojo observó, como en otras situaciones semejantes, a su izquierda a los mosquitos frustrados (los que el orixá Changó no metamorfoseó en luciérnagas, para, en la oscuridad, con sus relampaguitos divertir a los niños) y, a su derecha, a las abejas envidiosas (sentimiento que tuvo su origen en la costa de África cuando de las embarcaciones negreras bajaron caña de azúcar durante la última escala rumbo a los cañaverales en el Caribe) que, al no ver ni escuchar la señal belicosa, se preguntaron: “¿Será por prudencia u olvido?”

Al llegar cerca del estacionamiento, como estaba perturbado por lo que ocurrió en la reunión, y además muy distraído, prestó poca atención a su alrededor, y, como consecuencia, casi lo atropella una goleta. No recordaba con exactitud cuándo fue la primera vez que observó la misma goleta, pero estaba aún a una distancia de la costa caribeña. Lo que le sorprendió de lo que ocurría en esta ocasión fue el hecho de que él se encontraba en la costa del Pacífico y lejos del mar Caribe. También, esta fue la primera oportunidad en la cual pudo ver los rostros de los tripulantes, especialmente los rostros de Burnah y Grabeau, y, además, finalmente, descubrió el nombre de la goleta: *La Amistad*.

En seguida, al estar la embarcación tan cerca, como si fuera un rompecabezas, cuando empezó a comprender más tanto los comentarios de Felicidad Dolores como también las conversaciones con los espíritus ancestrales africanos en el Patio de los Leones y en la Azotea de los Cimarrones, algo sucedió en el estacionamiento principal de la universidad.

De repente, lo de la goleta *La Amistad* (la última pieza del rompecabezas) fue interrumpido cuando escuchó los graznidos de aves de rapiña, señal de mal augurio, que hicieron silbando los cimarrones de Portobelo, escondidos detrás de las palmeras cerca de donde había estacionado su automóvil, y, también, cuando los valientes reyes cimarrones africanos, Bayano, Antón Mandinga, Luis de Mozambique y Felipillo, sorprendieron a un ladrón de automóviles que trataba de adueñarse de lo ajeno, castigándolo lastimosamente por su atrevimiento con la propiedad de uno de los descendientes de Felicidad Dolores y Juan Garido: Papimambí. Dejaron al ladrón de automóviles en peores condiciones que

el *Caballero de la Triste Figura* en el incidente con los molinos de viento.

En el camino rumbo a su hogar, el docente descendiente de Bayano y Barauda, un poco perturbado por el asunto de la literatura caribeña más que por la discusión sobre cómo evitar resentimientos entre los colegas en el reparto de la cantidad de dinero que estaba destinado exclusivamente para premiar sólo a los profesores sobresalientes (en los dos primeros aumentos de sueldo bajo los nuevos reglamentos gubernamentales, Papi-mambí recibió más dinero que sus colegas), para calmar el efecto del estrés, en el tocadiscos de su automóvil, empezó a escuchar música de rumba, cumbia, samba y bambasú.

Luego, casi ahogando la música de herencia ancestral que escuchaba en su automóvil, el descendiente de Bahiana y Boukman dijo casi a gritos: “Hoy más que nunca necesito dormir la siesta”.

En una avenida no muy lejos del vecindario universitario, al frenar su automóvil detrás de la goleta *La Amistad* en el último semáforo en rojo antes de llegar a su hogar, olvidando momentáneamente las advertencias de Felicidad Dolores en cuanto a las numerosas trampas de los enemigos con máscaras y, sobre todo, el consejo de su obligación en la misión secreta, Papimambí pensó: “Pues claro que sí, por supuesto, con la ayuda de su cómplice el profesor Blas Celestino Mogollón, sospecho, no, mejor dicho, no cabe la menor duda de que la persona que comenzó el sabotaje en el asunto de aumento de sueldo exclusivamente por mérito académico es el profesor Newhouse, un descendiente de *zonians*, quien, un día, cuando en la universidad por casualidad y coincidencia nos encontramos solos en un excusado cerca de su oficina, con resentimiento e irrespeto, me comunicó que yo debería regresar a Panamá lo más antes posible porque acá en California no había nada para mí. En ese momento también, como en la reunión esta mañana en la universidad, rápidamente abandoné el excusado recordando uno de los refranes de Felicidad Dolores: “Al bagazo poco caso y al cabezón poca atención”. Además, por prudencia, me alejé del tal Newhouse antes de que se despertara lo cimarrón ancestral en lo más profundo de mi alma cuando

escuché el asombroso atrevimiento e irrespeto de ese individuo, por supuesto, nieto de *zonians*.

Anthony Newhouse, quien tenía ilusiones de ser poeta, les tenía mucho odio a los panameños de ascendencia africana e indígena, porque, según le contaron sus parientes, él fue el primer miembro de su generación de norteamericanos emigrados o nacidos en el istmo de Panamá que, por culpa de *chombos* y *cholos* panameños, no disfrutaba ni gozaba felizmente de la vida privilegiada *Gold Roll* para los *zonians* en la antigua Zona del Canal, desaparecida en la actualidad como área revertida del territorio de la República de Panamá, en la víspera del Centenario de la República, por mandato de los Tratados Torrijos-Carter.

El odio profundo que, paulatinamente, se apoderó del cuerpo y el alma del profesor Newhouse tuvo su génesis en el hecho de que, décadas antes de que entraran en vigencia los Tratados Torrijos-Carter de 1977, desde los albores de la construcción del Canal de Panamá, poco después de firmado el Tratado Hay-Bunau Varilla de 1903, en un edificio cerca de la Casa Blanca en Washington, D.C., apresuradamente y sin la participación de istmeños, garantizando a perpetuidad la vida privilegiada para norteamericanos en el territorio llamado la Zona del Canal de Panamá, donde sólo ondeaba la bandera estadounidense, los abuelos de apellido Newhouse y sus descendientes, oriundos de Alabama, Georgia, Virginia y Misisipí, bajo el sistema discriminatorio de *Gold Roll* y *Silver Roll*, ocuparon cargos privilegiados de jefatura en la construcción de las esclusas y la excavación del *Big Ditch* en el Istmo y, luego, en la administración después de inaugurada la vía interoceánica en 1914.

La vida privilegiada *Gold Roll* en el *Canal Zone*, reservada exclusivamente para estadounidenses sajones, les garantizaban empleos (con derecho hereditario) de la más alta jerarquía administrativa y sueldos lucrativos a los Newhouse y a sus paisanos o aliados *zonians*. Todo lo mejor *Gold Roll* en las comunidades de Balboa y Cristóbal era para ellos y los *zonians*. También les concedían generosamente muchos beneficios: iglesias, escuelas, hospitales, cementerios, piscinas, playas, lavanderías, parques, teatros, bancos, comisariatos, cafeterías, oficinas de correo, sala

de espera en cada estación del ferrocarril, vagones de trenes con aire acondicionado y asientos cómodos, fuentes para beber agua, excusados, etc. En cambio, todo lo inferior, inclusive el infame *Silver Roll*, era para las comunidades de Paraíso y Silver City, cerca de las esclusas de Miraflores, Pedro Miguel y Gatún. Entre esos grupos marginados se contaban también los mestizos y mulatos extranjeros, *cholos* y afrodescendientes panameños, inmigrantes afroantillanos y sus descendientes nacidos en Panamá, estos últimos llamados despectivamente *chombos*, hasta que el general Omar Torrijos, con el apoyo de sus paisanos istmeños de los vecindarios paupérrimos en El Chorrillo, Marañón, Guachapalí, Calidonia y Río Abajo, en su mayoría de ascendencia africana e indígena (los Mártires del 9 de Enero de 1964), puso en tela de juicio los principios de la Democracia Americana que, a fuerza de bayonetas amenazadoras, los funcionarios de la Casa Blanca en Washington imponen alrededor del mundo, sobre todo en pueblos analfabetos.

En la época del general Omar Torrijos, según los aguilu-chos (estudiantes del Instituto Nacional de Panamá), los principios de la Democracia Americana eran contradictorios y postizos en el Istmo, por la realidad de la cláusula “a perpetuidad” del Tratado Hay-Bunau Varilla, el sistema discriminatorio y racista *Gold Roll* y *Silver Roll*, los ultrajes y las humillaciones al corazón de la soberanía panameña en las oficinas del *Canal Zone Police*, las Cortes de Justicia en Balboa y Cristóbal, la penitenciaría en Gamboa, las catorce bases militares estadounidenses y las astas de bandera, donde sólo ondeaba el pabellón norteamericano en el territorio llamado *Canal Zone*: la Zona del Canal de Panamá.

Varios meses antes del asombroso atrevimiento e irrespeto del frustrado nieto de *zonians* en el excusado, Papimambí había recibido una respuesta muy favorable de su familia al deseo de una jubilación temprana.

La razón para la jubilación temprana era un secreto, como lo fue su partida del terruño istmeño durante la adolescencia, la cual, en aquel entonces, se conjeturó entre parientes, amigos, maestros y condiscípulos del descendiente de Bayano como una aventura desatinada de juventud: primero, para parrandear por

los vecindarios de los rascacielos de New York y las temporadas libidinosas de *Mardi Gras* en Nueva Orleans, y, segundo, para ganar dólares como soldado mercenario del Ejército de los Estados Unidos en la guerra de Corea, en la guerra de Vietnam y, también luego, las otras invasiones militares para imponer la Democracia Americana alrededor del mundo. Pero estas conjeturas se convirtieron en enigmas para muchos cuando, tras varias décadas, el joven panameño no vivió nunca en New York ni en Nueva Orleans, ni tampoco jamás llegó a ser soldado mercenario al servicio de las órdenes de la jerarquía militar norteamericana en el Pentágono.

De hecho, en aquel entonces, nadie (excepto los espíritus ancestrales) supo el verdadero propósito o la razón del joven Papimambí en viajar de su país natal a los Estados Unidos de Norteamérica y otros países en Europa y Latinoamérica, lo cual era para funcionar como testigo ocular de la realidad de los afrodescendientes alrededor del mundo durante las décadas en que estuvo en muchos vecindarios de países cerca y lejos de la cuna natal: Panamá.

Pero en cuanto al asunto de una jubilación temprana, se cree que por lo menos sus hijos, por necesidad nacidos lejos del río Chagres, en Panamá, sabían la razón y el propósito de su padre, Papimambí, un nieto y bisnieto de inmigrantes afroantillanos de Santa Lucía, Cuba, Grenada, Jamaica y Barbados, primero, durante la época de los ingenieros franceses y, segundo, durante la época de los ingenieros norteamericanos en la construcción del Canal.

Ambos hijos estaban casi seguros, por los comentarios hechos varios atardeceres durante las conversaciones de sobremesa, que su padre quería regresar pronto al Istmo, por algo importantísimo vinculado con el Centenario del Canal de Panamá.

Luego, aquel día que abandonó rápidamente la reunión universitaria, a la hora de la siesta al mediodía, tras de comer el almuerzo, y después de leer y contestar la mayor parte del correo electrónico en la computadora mientras saboreaba golosinas de chocolate con coco, miel y maní, y escuchaba música de Scott Joplin, Bach, Mozart, Beethoven y arias de la ópera *Carmen*,

Papimambí colocó un pisapapeles sobre varios documentos importantes, puso a funcionar la contestadora del teléfono, apagó la lámpara de su escritorio, se levantó de la silla y pasó de la biblioteca en su hogar al jardín, para acostarse en su hamaca favorita. Esta hamaca, de color verde, negro y morado rojizo, estaba amarrada a los dos árboles más frondosos del jardín: una ceiba y una caoba. En el jardín, los gorjeos melodiosos de los pajaritos deleitaban, mientras un colibrí, varias mariposas y muchas abejas visitaban las flores, y las fragancias de las flores hermosas encantaban.

Extrañamente, a la hora de esta tan deseada siesta, por primera vez en su vida, el descendiente de Barauda no deambuló inmediatamente, como de costumbre, con orixá Elegguá, por los laberintos de sueño; tampoco bajó en seguida con orixá Ochosi al Patio de los Leones en la Alhambra de Granada, ni subió con orixá Oggún a la Azotea de los Cimarrones de la *Citadelle Haitienne*, para conversar con los espíritus de los antepasados. El descendiente de Bahiana, en esta ocasión, no pudo conciliar el sueño, porque, esta vez, le llamó la atención la llegada de Felicidad Dolores, quien calladamente se apareció para imprimir en su mente una clave secreta: *CHAM*.

Además, al tratar de dormir la siesta en su hamaca favorita, pensó: “Si yo fuera fanáticamente supersticioso o religioso, estaría convencido de que, a veces, el amor con cierto tipo de mujer es maldición o castigo. ¿Hay otra posible razón o explicación? Me saca de quicio el hecho de que yo, tan orgulloso de mi dignidad, tan celoso de mi reputación, tan juicioso en mis decisiones, tan cauteloso... ¿Cómo fue posible que me enamorara de Jovita Mogollón? ¡Caramba! Mayor disparate no hay. Mi peor pesadilla en el amor, desgraciadamente, fue lo de esa tipa, quien resultó ser como el caballo de Troya. Pues, en este caso, Jovita la yegua de California. ¿Cómo fue posible que me enamorara de esa? Esa yegua de California, por las madrugadas, obsesionada con lo de la salchicha en un plato con salsa de tomate... y, además, en cuanto a lo otro, lo más anómalo de ella durante el momento del coito. ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! No vale la pena pensar en esa mujercilla, mi peor pesadilla, porque, según el refrán,

“al bagazo poco caso”. Tampoco vale la pena, según otro refrán, gastar pólvora en gallinazo, cuando hay asuntos más importantes que se merecen todo mi tiempo y toda mi atención. Pues, no debo olvidar nunca las advertencias sobre las trampas de los enemigos con máscaras, y sí debo recordar siempre los consejos de mi obligación en la misión secreta”.

Papimambí, apasionadamente, trató de borrar de su mente y su alma el incesante dolor profundo que le causaba el recuerdo atormentador de esa mujer perversa, Jovita Mogollón, pensando: “No hay mal que por bien no venga, ni mal que su bien no traiga”. Y, en ese momento, en seguida escuchó la voz de Mancoyanto, quien, una madrugada fría de invierno cuando estaba en la cárcel de Sevilla, en la España del siglo XVI, llorando con angustia gritó: “Por culpa de cuatro negros (Estebanico, Juan Valiente, Ñufflo de Olano y Juan Garrido), mi nombre no estará en la historia del Caribe como el glorioso descubridor de El Dorado y La Fuente de la Eterna Juventud; por culpa de cuatro negros mi nombre no estará en la historia de las Indias como el famoso dominador de las Amazonas; por culpa de cuatro negros, yo no seré el progenitor de mulatos en cada puerto caribeño ni de mestizos en Chichén Itzá, Teotihuacán y Machu Picchu; por culpa de cuatro negros, mi nombre no estará en la célebre historia del Nuevo Mundo como el de Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur; por culpa de cuatro negros, mi nombre no estará en la heroica historia de Tierra Firme como el de Hernán Cortés en Tenochtitlán y Francisco Pizarro en Cuzco; por culpa de cuatro negros, yo no seré miembro del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición ni otro Bartolomé de las Casas ni Virrey en Nueva España y Nueva Castilla ni Gobernador de Castilla del Oro ni mucho menos inspector de la Casa de la Contratación en las Ferias de Portobelo y en Cartagena de Indias; por culpa de cuatro negros, yo no seré el ilustre autor de la obra *Código Negro Carolino*; por culpa de cuatro negros, mis descendientes no van a heredar una fabulosa riqueza indiana: barcos negreros, esclavos africanos, cañaverales, trapiches, ingenios de azúcar, haciendas... ¡Por culpa de cuatro malditos negros: Estebanico, Juan Valiente, Ñufflo de Olano y Juan Garrido!”

La voz de Mancoyanto, aunque fastidió mucho como el zumbido de un mosquito, hizo que el tataranieta de Tariq reflexionara en que Miguel de Cervantes era el mejor ejemplo del refrán: “No hay mal que por bien no venga, ni mal que su bien no traiga”, al recordar que cuando completó la primera lectura de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, escribió: “Afortunadamente, para la historia de la gran literatura universal, Miguel de Cervantes, quien nació en Alcalá de Henares, durante el lustro de su cautiverio en Argel, África, no fue vendido por los corsarios argelinos, como a la mayoría de sus compañeros esclavos, a capitanes codiciosos que, en aquella época, navegaban con frecuencia rumbo a los mercados lucrativos de esclavos africanos. ¿Se habría ofendido Cervantes, quien no era ni converso ni analfabeto, sino cristiano viejo y letrado al enterarse del rechazo a su petición para obtener un cargo en las colonias españolas en el Caribe y Tierra Firme? Lo sospecho porque él sabía que algunos peninsulares militares, civiles y clérigos destacados, todos miembros del gobierno colonial y del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, eran de pureza de sangre sospechosa. También sabía que algunos conquistadores crueles que se llenaron de gloria y riqueza eran personas analfabetas y oportunistas. Por último, sabía que varias personas de ascendencia africana, quienes en la sociedad española de aquella época, eran miembros de la casta más baja en la pirámide social peninsular, no obstante, con autorización oficial de la Casa de la Contratación, tuvieron la oportunidad de navegar desde Sevilla rumbo a la primera colonia española, Santo Domingo, y, luego, lograron destacar sus nombres en la historia: Estebanico, en la historia de la Florida; Juan Valiente, en la historia de Chile y Guatemala; Ñuflo de Olano, en la historia de Panamá; Juan Garrido, en las historias de Puerto Rico, Cuba, Baja California y México... ¿Se habría ofendido el autor de *El Quijote* que no pudiera vivir y trabajar en Santo Domingo, La Habana, Veracruz, Cartagena y Portobelo? No cabe la menor duda de que el insólito talentoso creador de los personajes notables e inmortales de *El Caballero de la Triste Figura y su escudero Sancho Panza* habría derretido sudor y sangre bajo el yugo de la esclavitud en los cañaverales de Cuba, o en la admi-

nistración burocrática de alguna encomienda o hacienda en México y Perú, o bajo el papeleo tedioso en la Aduana de Portobelo en Panamá, si los corsarios argelinos hubieran vendido al Manco de Lepanto, o si la petición de Cervantes no fuera denegada, o, peor aún, si los carceleros en Sevilla hubieran hecho tripulante forzado de un galeón negrero al Príncipe de los Ingenios”.

Mientras seguía pensando en las circunstancias que influyeron en el destino del Príncipe de los Ingenios, también apodado el Manco de Lepanto, la campanilla del teléfono en el jardín sonó varias veces, interrumpiendo lo que Papimambí pensaba de su peor pesadilla en el amor, Jovita Mogollón, y en el refrán: “No hay mal que por bien no venga, ni mal que su bien no traiga”.

Al rato, abrió los ojos y se levantó lentamente de su hamaca favorita para contestar la inesperada llamada telefónica. Le pareció raro que, por primera vez, se olvidara de desconectar la campanilla del teléfono en el jardín durante la hora de la acostumbrada siesta.

—Hola.

—Profe, es Ugundani.

La voz en el teléfono hizo que, en seguida, Papimambí pensara en una escena de la siesta más reciente:

—Satuyé

—*Ka gia biri?* (¿Cómo te llamas?)

—Bandelé, descendiente de Felicidad Dolores y Juan Garrido. Estoy aquí con orixá Oggún y orixá Changó, anunció con orgullo el que, cubierto con pencas de palmas y hojas de plátanos, estaba escondido en un cocotero, tras de haber llegado sigilosamente al palenque de los garífunas, donde, en la oscuridad, sólo se veían los chispazos de las luciérnagas en los conucos, y se escuchaban los ronquidos de los niños dormidos en sus hamacas, las actividades más notables en aquella tranquila y hermosa noche tropical.

—*Buiti guñou* (Buenas noches) —el rey Satuyé saludó en lengua garífuna, cautelosamente.

—Buenas noches, hermano Satuyé —saludó impensada e imprudentemente el escondido de camuflaje, en la oscuridad, en el cocotero a la entrada del palenque. Pero en seguida, asus-

tándose él mismo al darse cuenta del descuido, pensó en el refrán favorito de los ancianos garífuna: *Saminabá lubágien bayá nuhan* (Piense antes de hablar). Su error fue en no contestar en lengua garífuna: *Au Bandelé níribai* (Me llamo Bandelé) y *buiti guñou, amuleñei Satuyé* (buenas noches, hermano Satuyé). Este descuido podría causarle consecuencias perniciosas si se escuchara el graznido de aves de rapiña, señal de mal agüero. Por lo tanto, Bandelé pensó: *Lunti nayánuhan garífuna* (Debo hablar en garífuna), y se tranquilizó un poco al acordarse de la astucia estratégica del cauteloso rey Satuyé que, como un gran cacique garífuna, nunca daría la señal de ataque antes de tomar en cuenta las ventajas y desventajas de las circunstancias. Precauidamente, Bandelé, en silencio, esperó con mucha atención el próximo sonido, deseando que los centinelas garífunas no imitaran graznidos de aves de rapiña, sino gorjeos melódicos de pájaros hermosos, según la costumbre, señal de amistad. Hizo caso omiso de los chispazos de las luciérnagas, lo que durante su niñez fueron motivos de mucha curiosidad, muchos juegos divertidos y mucha alegría, y siguió esperando nerviosamente, maldiciendo, en silencio, el descuido peligroso de no haber saludado y contestado en lengua garífuna. Angustiosamente, tras breve rato, aunque para él le pareció una eternidad, no escuchó la deseada sinfonía de gorjeos melódicos, sino sólo el ronquido de los niños dormidos en sus hamacas; a pesar del hecho de que la noche tropical, acariciada por la suave brisa del mar caribeño, era una noche tranquila, hermosa y agradable porque no hacía calor, no obstante, comenzó a sudar copiosamente y su corazón empezó a latir frenética y sonoramente como un *garawoun* (tambor) de los *würiburugúna garinagu* (guerreros garífunas).

—*Ka babusienrúbai?* (¿Qué desea usted?) —preguntó, con mayor cautela, el *ábuti* (cacique) de los garífunas, empuñando su machete, pero permitiendo la última oportunidad como prueba de lealtad y para que se identificara, en lengua garífuna, el escondido cocotero.

—*Watu* (fuego).

—*Ka bariahabai?* (¿Qué busca usted?)

—*Wádigidigi.* (Luciérnagas)

—*Ka san weyu uguñe?* (¿Qué día es hoy?)

—*Añónguru.* (Eclipse)

—*Ibugañaü!* (¡Hermano mayor!) —dijo con gran emoción el *ábuti* Satuyé. Y, en seguida, imitando melodiosamente gorjeos de pájaros hermosos, hizo una señal con la mano derecha a los centinelas garífunas, armados con flechas venenosas y machetes, para indicarles que no había peligro en el cocotero ni por los alrededores del palenque, lo cual tranquilizó y alegró mucho a Bandelé, quien estaba empapado de sudor; y mientras los gorjeos amenizaron la danza chispeante de las luciérnagas y compitieron con los ronquidos de los niños en las hamacas, el *ábuti* Satuyé fue el primero en colocar su *isubara* (machete) al lado de un *garawoun* (tambor), cerca de un bohío lleno de yuca, ñame, maíz, piña, miel, maní, plátano y guandú, pensando con tranquilidad en la respuesta acertada a la pregunta *Ka san weyu uguñe, Watu*, y, también las otras palabras del código secreto, *Añónguru* y *Wádigidigi*, que contestó, esta vez, en lengua garífuna el recién llegado, quien, de camuflaje, estaba escondido en la oscuridad, en el cocotero a la entrada del palenque.

Curiosamente, por la alegría de volver a ver a su *ibugañaü* tras muchos años de separación, el *ábuti* Satuyé hizo caso omiso del anuncio, “Estoy aquí con orixá Oggún y orixá Changó”, aunque era extraño que orixá Oggún y orixá Changó, hermanos, pero enemigos eternos, acompañaran juntos a Bandelé.

Al escuchar la conocida voz de autoridad que, emocionalmente, anunció, *Ibugañaü*, y, también, por los gorjeos melodiosos de pájaros hermosos y la algarabía festiva de los centinelas garífunas, Barauda, la esposa del *ábuti* Satuyé, salió del refugio en el palenque, cerca de un río, la morada de la linda orixá Ochún, y tras de decir “*Magádieta*” (Está bien), invitó a todos los ancianos, a todas las mujeres y a todos los niños, para saludar a Bandelé.

—*Buiti guñou.* (Buenas noches)

—*Ida biña gia?* (¿Cómo estás?)

—*Uadigiati, amarú?* (Bien, ¿y tú?)

—*Uadigiati, seremein.* (Bien, gracias)

—Garífunas, acompañado de orixá Oggún y orixá Chan-

gó, vengo con mi hacha y machete, para participar en los combates contra los que quieren hacernos *idamunigu* (esclavos), —anunció Bandelé en lengua garífuna, tras de saludar respetuosamente, primero, a los *agübürigu* (ancianos), y abrazar fraternalmente, luego, a todos los centinelas garífunas del palenque, quienes, para proteger y defender con sus flechas venenosas y machetes a los ancianos, a las mujeres y a los niños, se habían colocado en lugares estratégicos alrededor del palenque, como medida de cautela, en caso de que fuera otra emboscada de portugueses, españoles, franceses, holandeses e ingleses (esclavistas, contrabandistas, piratas, filibusteros, corsarios y bucaneros, todos), oriundos de los barrios más paupérrimos e incultos de Lisboa, Sevilla, París, Amsterdam y Londres respectivamente. O sea, ellos querían evitar la *sádara* (trampa) de un traidor o espía al servicio de los enemigos obsesionados con la esclavitud y avaros de la opulencia de los cañaverales e ingenios azucareros en las islas del mar Caribe.

—¡Bienvenido! —anunció con entusiasmo el *ábuti* Satuyé.

—¡Bienvenido, Bandelé! —cantó un coro de ancianos, mujeres y niños soñolientos, acompañados de la reina Barauda, cuando una llovizna comenzó a caer, mezclándose con las lágrimas de alegría en los rostros garífunas.

Bandelé fue invitado para saborear *wayamaga* (iguana), *üdüraü* (pescado), *baruru* (plátano), *awasi* (maíz), *yuga* (yuca), *yami* (ñame), *yéyawa* (piña), *pindá* (maní) y *maba* (miel).

Muy agradecido, Bandelé saboreó la comida succulenta de la cocina garífuna. Y, contento de estar acompañado de jóvenes y niños admiradores, se sentó en una *arütübü* (hamaca) para comer y descansar.

Cerca de la hamaca donde estaba Bandelé, los tambores y las maracas alegraban las danzas y los cantos de las mujeres que le daban la bienvenida, tras de elogiar orgullosamente las hazañas heroicas de los antepasados africanos y sus descendientes garífunas.

Al rato, después de saborear la comida succulenta de la comida garífuna, y contento por los gorjeos melodiosos, mientras admiraba las luciérnagas que parecían hermosísimas estrellitas

flotantes y, también, las mariposas que parecían lindísimos pétalos flotantes, Bandelé se durmió meciéndose en la hamaca, acariciado por la suave brisa tropical y el murmullo de las olas caribeñas. Luego, en un sueño profundo, Bandelé viajó a un reino a la vista del volcán Kilimanjaro, donde los jinetes jóvenes se preparaban para participar en una carrera de camellos y caballos, cerca del gran palacio, a orilla del Río Nilo, donde también había una muy concurrida feria. Allí en la feria la gente compraba artesanía egipcia, oro etíope, tambores congos y estatuas yorubas; y allá en el jardín de las siete pirámides, mientras las abuelas narraban el origen de los chispazos de las luciérnagas, los niños, saboreando golosinas de yuca, coco, miel y maní, alegremente jugaban con cebras, jirafas, leones y elefantes.

Al despertarse por el canto de los guacamayos que se habían acercado a la hamaca para saludarlo, y, también, por las risitas de las señoritas admiradoras que, pidiendo la mediación de orixá Ochún, anhelaban un marido fuerte y valiente como el recién llegado que estaba acostado en la *arütübü*, Bandelé observó que, en un bohío, cerca del yucal, alrededor de tres tambores, abuelas y madres bailaban la punta en un *beluria* (velorio). Pero, le llamó más la atención que, mientras las luciérnagas lucían sus chispazos en la oscuridad tropical, en la playa, el sonido de una *uadabaguri* (concha de caracol) anunciaba la llegada de los pescadores en sus cayucos cargados de mariscos para que las mujeres llenaran las bandejas de caguamas, camarones y pescados, los cuales eran para la fiesta en el palenque de los garífunas con cantos y danzas, al ritmo de tambores y maracas, en honor a un bebé recién nacido.

Al escuchar los sonidos *prabumprá bumbumprá prabum prabumprá* de los tambores garífunas, la abuela más anciana del palenque comenzó a interpretar el sueño de Bandelé, pero la narración sobre las hazañas cimarronas en Santo Domingo, La Habana, Veracruz, Montego Bay, Portobelo, Cartagena, Pernambuco... fue interrumpida cuando las admiradoras de Bandelé se acercaron al cacique cimarrón.

Bandelé seguía acostado en la *arütübü* e hizo caso omiso de las *würían* (mujeres), respetando la tradición ancestral de los

valientes guerreros garífunas de abstinencia conyugal en vísperas de una expedición bélica.

En la víspera de la partida rumbo al Río Nilo, donde bajo la sombra de una ceiba estaba el “secreto”, y donde llegarían los libertadores de otros palenques, quilombos y maroon towns, Bandelé les comunicó algo muy importante a los garífunas.

Allá en el Mar Caribe, en un lugar secreto cerca de Yaguaná y Santo Domingo, un *garawoun* inició una *uanaragawa* (danza guerrera), convocando a todos los *wūriburugúna garinagu* (guerreros garífunas) bajo el liderazgo del cimarrón Bandelé, y, también, invitando a los cimarrones vecinos de los palenques, cumbes, manieles, maroon towns y quilombos para, primero, rendirles homenaje a los antepasados en el Reino de los Muertos; segundo, escuchar los consejos de los *agūbūrigu* (ancianos); tercero, abrazar y besar a las abuelas, madres, esposas e hijos, y, por último, empezar el cimarronaje para incendiar los cañaverales e ingenios azucareros, y, sobre todo, derrotar a todos los dueños de esclavos africanos.

—¿Ugundani?

—Ugundani Dangriga, su estudiante garífuna. Llamo para explicarle la razón de mi ausencia a...

—La conferencia más importante de la clase.

—Lo siento mucho. Profe, lo más increíble y lo más...

—¿Qué pasó?

—Ayer, los ladrones se llevaron mi carro nuevo. ¡Maldición! Caramba, fui dueña del carro nuevecito modelo especial del año por muy poco tiempo. Y, lo que más duele, es que esperé tanto tiempo, y mucho dinero costó ese carro nuevo que gocé por solamente unas pocas horas.

—Este lugar tiene la reputación de ser la capital de los robos de automóviles.

—Y en el carro está el cuaderno con todos los detalles de la primera conferencia en la cual usted dijo: “Los estudiantes saben mucho sobre la madrugada del 12 de octubre de 1492, El Dorado, las Siete Ciudades de Cibola, la Fuente de la Eterna Juventud, las Amazonas, el cruel y analfabeto español llamado Francisco Pizarro y, también, curiosamente, hasta sobre Leonci-

co, el nombre del perro mascota de Vasco Núñez de Balboa. Pero a mi juicio, vergonzosamente, hay muchos que saben muy poco o, peor aún, nada, absolutamente nada, sobre la segunda fecha contundente en el Caribe”.

—La segunda fecha contundente en el Caribe es el...

—Anoche hubo un tremendo apagón donde vivo. Y, Profe, le digo la verdad; como resultado del apagón, se dañó mi computadora y se borró toda la información que no logré archivar a tiempo en un disco compacto sobre lo que usted considera “La Gran Hazaña Cimarrona en el Caribe”.

—La Primera Gran Revolución Caribeña.

—Iniciada en la Hacienda Turpin, la noche del 22 de agosto de 1791.

—Al principio bajo el liderazgo del africano cimarrón llamado Boukman. A decir verdad, el 22 de agosto de cada año debería de celebrarse como la fecha más importante para todas las personas de ascendencia africana en todo el mundo, sobre todo, para los afrodescendientes en el Caribe y Latinoamérica, porque la chispa que inició el esclavo africano Boukman en Haití con el “Grito de Libertad” llegó a ser hoguera contra la tiranía y el yugo de la esclavitud en los cañaverales e ingenios de azúcar en el Caribe y Latinoamérica. Además, ese grito fue el único acto de cimarronaje de africanos que triunfó, y cabe destacar que esta Gran Hazaña Cimarrona en el Caribe cambió contundentemente la historia del mundo.

—Profe...

—¿Y qué pasó esta mañana?

—Esta mañana, *today*, tempranito hubo un accidente en el *freeway*.

—¿Estás bien?

—Sí, yo estoy muy bien, gracias. Pero, si usted quiere, le cuento todos los pormenores.

—Me alegro de que estés bien, porque los accidentes en las autopistas, a veces, son trágicos.

—Pero, estoy nerviosa.

—¿Por el accidente?

—Por el examen.

—No te preocupes.

—Pero, mi querido Profe, tengo que preocuparme. El examen es pronto, y mi cuaderno con detalles importantes está en el carro robado. Toda la información de la primera conferencia estaba en la computadora dañada. No he logrado comunicarme con nadie en la clase, porque durante las conferencias usted no permite teléfonos celulares.

—Los teléfonos celulares están prohibidos durante los exámenes y las conferencias, sobre todo, cuando presento los detalles importantes de la fecha más contundente del Caribe.

—Y en la biblioteca no encuentro ningún grupo de estudio que se ha organizado.

—No te preocupes.

—Pero, mi querido Profe, el examen...

—¿Tienes tiempo ahora?

—Ahora y cuando usted quiera, Profe.

—A pesar de que la historia oficial hace hincapié en la Batalla de Waterloo, no obstante, la derrota más desastrosa de Napoleón Bonaparte, a decir verdad, ocurrió en el Caribe. Dicha derrota empezó la noche del 22 de agosto de 1791, la fecha del inicio de la Revolución Haitiana.

—Profe, gracias por esta información importante.

—Como consecuencia de dicha fecha, a mi juicio, al estudiar la historia del Caribe, es imprescindible examinar lo siguiente: Francia pierde para siempre la oportunidad de llegar a ser el Imperio más poderoso, más glorioso, más ostentoso y más majestuoso en la historia del mundo.

—¿Más poderoso que el Imperio Romano?

—¡Claro que sí!

—Profe...

—Y el francés hubiera sido la lengua materna de todos en el Caribe y Latinoamérica.

—¿De todos los caribeños y latinoamericanos?

—No cabe la menor duda. Esta fue la gran ilusión napoleónica.

—¿Cómo hubiera sido eso posible?

—Pues, si no hubiera ocurrido lo de la segunda fecha contundente en el Caribe...

—¿La historia de Cuba hubiera sido muy diferente?

—¡Claro que sí!

—La historia de Cuba, Panamá, Brasil, México...

—Y la historia de los Estados Unidos de Norteamérica hubiera sido muy diferente también.

—Por lo que ocurrió en lo que usted llama “La Primera Gran Revolución Caribeña”.

—Nueva Orleans hubiera sido la capital del Imperio Francés.

—Profe...

—La gran hazaña cimarrona de Boukman, Louverture, Dessalines y Christophe, el Azote de Tiranías, cambió la historia del mundo.

—¿Azote de Tiranías?

—Sí, otro personaje en el Caribe que la historia no le ha dado el reconocimiento merecido.

—¿Lo mismo como lo que usted nos explicó de la lengua garífuna?

—Pues sí. ¿Cuántos caribeños y latinoamericanos saben de la lengua garífuna?

—Sospecho que pocos. Después de que usted habló sobre la lengua garífuna, casi todos mis compañeros se sorprendieron o les pareció raro que yo les dijera que soy garífuna y centroamericana. Para muchos, no era posible ser de dos lugares. Tuve que explicarles en la biblioteca, donde se debe guardar silencio, que soy centroamericana geográficamente hablando, y garífuna por mi etnia.

—¿Cuántos estudiantes saben que Satuyé fue un gran cacique garífuna?

—Pues, si no saben nada de la lengua garífuna, mucho menos...

—¿Cuántas latinoamericanas saben del heroísmo de Barauda, una guerrera garífuna?

En seguida, el descendiente de Boukman pensó en otro notable acontecimiento histórico en el Caribe: el habla de los negros congos de Panamá. Es interesante cómo el habla de los afrodescendientes del gran rey africano cimarrón Bayano llama la atención por las inversiones semánticas, juegos de palabras,

deformaciones jocosas... Los congos de Panamá le enseñaron el verdadero significado de las siguientes palabras: *mara* (bien), *buene* (mal), *papa* (padre), *mama* (madre), *mojongo* (hombre), *macha* (mujer), *ñimiñimi* (niño/niña), *mangro* (hermano), *mangra* (hermana), *pagringo* (madrino), *magringa* (padrina), *rapapa e rapapa di yo* (mi abuela).

—Profe, para el examen, quiero saber más de lo que ocurrió en aquella noche de agosto en la Hacienda Turpin, en Saint Domingue, como llamaban el territorio francés de la isla La Española, y el impacto que tuvo en la historia del mundo la hazaña de Boukman, Louverture, Dessalines y Christophe—el Azote de Tiranías.

—Bouckman, el primer líder, e, igualmente importante, Azote de Tiranías, el apodo del último líder del cimarronaje...

—Perdone que interrumpa. Profe, por favor, quisiera una detallada explicación de los principales sucesos y hechos históricos vinculados con lo que usted considera el más importante cimarronaje en el Caribe. Me es difícil creer e imaginar que, si no fuera por lo que empezaron los cimarrones africanos, aquella noche del 22 de agosto de 1791, en Haití, en vez de llamarla Mary, el nombre de mi mejor amiga sería *Marie*; en vez de llamarlo Pedro, el nombre de mi primo hermano sería *Pierre*; en vez de decir señorita, señora y señor, se diría *mademoiselle*, *madame* y *monsieur*; en vez de saludar a la abuela diciendo “Buenos días, abuela, ¿cómo está usted?”, hoy día, diríamos “*Bon jour, grand-mère, comment allez-vous?*”; en vez de decir muchas gracias, diríamos “*Merci beaucoup*”; en vez de despedirnos con “Hasta la vista”, diríamos “*Au revoir*”; en vez de bambasú, merengue, rumba, cumbiamba, samba, bamba y saracundé, bailaríamos *minué*; y en vez de iguana, se comería *escargot*...

—Ugundani...

—Profe, estoy muy preocupada y no puedo darme el lujo de fracasar su clase porque hay rumores de que usted va a jubilarse pronto.

—¿Quién te dijo eso?

—Se dice por allí que como usted es descendiente de bisabuelos cubanos, y santaluceños que en 1880 emigraron a Pana-

má para trabajar en la excavación del canal en la época de los ingenieros franceses; y también de una abuela jamaicana, un abuelo *digger* barbadiense, y otro abuelo oficinista grenadiense, quienes también fueron a Panamá entre 1904 y 1914, en la época que los norteamericanos dirigieron y completaron la construcción del Canal de Panamá; usted, mi querido Profe, se jubila para hacer algo muy importante relacionado con el Centenario del Canal de Panamá.

—Bueno, es cierto que soy descendiente de bisabuelos y abuelos caribeños de Cuba, Santa Lucía, Jamaica, Barbados y Granada que participaron en la construcción del Canal de Panamá...

—Profe, ¿y lo del...?

—También es cierto lo de mi jubilación temprana.

—Tiene que ser por una razón muy, muy importante, importantísima.

—Para mí, es muy difícil estar ausente del aula de clase y no tener la oportunidad de dialogar con mis estudiantes. Pero, tengo que cumplir con la misión secreta.

—¿Va usted a escribir o desempeñar una función en lo del...?

—Otro asunto que los estudiantes ignoran totalmente es el tema de la mayor tragedia de la historia humana.

—La esclavitud de los africanos en el Caribe y Latinoamérica.

—Esclavos africanos a lo largo y ancho de la región, desde México hasta la Argentina.

—Comenzó en Santo Domingo en 1517.

—Finalmente abolieron la esclavitud en Cuba en 1886, y en Brasil en el año 1888.

—Hasta la fecha la historia oficial hace caso omiso de este horrible episodio.

—La mayor tragedia de la historia humana.

—Profe, ¿va usted a desempeñar un papel en el Centenario del Canal de Panamá? Pero, antes que conteste, quiero comentarle que en la clase hay una estudiante panameña que le dice a todo el mundo que en Panamá no hay negros. Pues, es la misma que, un día, mientras usted explicaba sobre los cimarrones en el istmo de Panamá (Bayano, Antón Mandinga, Luis de Mozambique, Feli-

pillo...), de repente, ella se puso de pie y empezó a gritar, como una loca del peor manicomio, que usted es un embustero porque en Panamá ya no se usa la palabra “chombo”, y no ha habido, no hay y nunca habrá discriminación racial en Panamá, porque ningún panameño es racista ya que no hay negros.

No era costumbre del docente panameño conversar en el teléfono por más de unos cuantos minutos, porque le parecía más interesante el contacto personal y, además, le agradaban más las conversaciones cara a cara. Y, también, como era la hora de la siesta, cortésmente se despidió de la estudiante garífuna, Ugun-dani Dangripa, prometiéndole continuar la conversación cara a cara, por supuesto antes del examen, en su oficina universitaria.

En seguida, el docente desconectó la campanilla del teléfono en el jardín y regresó con rapidez a su hamaca favorita.

Además de Felicidad Dolores, cerca de la hamaca, lo esperaban Barauda, Guiomar, Wiwa y Bahiana, las cuatro reinas africanas, quienes, por el asunto de la importante misión secreta, llegaron del Reino de los Muertos, y comentaban entre ellas que Papimambí era descendiente de ancestros africanos que sobrevivieron los secuestros en África, la travesía de los galeones negreros en el océano Atlántico, los latigazos en los cañaverales e ingenios de azúcar en el Caribe, los peligros en la construcción del ferrocarril transístmico en el istmo de Panamá, el sistema discriminatorio *Gold Roll* y *Silver Roll* durante la época de la excavación del Canal de Panamá, el racismo de la Constitución de Panamá del año 1941...

Al verse rodeado de los espíritus ancestrales maternas, se alegró y sintió mucha tranquilidad cuando ellas empezaron a turnarse para mecer suavemente la hamaca.

Sin embargo, el descendiente de Boukman, en esta ocasión, admiró los regalos de una caguama de obsidiana, un cóndor de oro y un elefante de marfil, pero guardó silencio y no aprovechó esta primera oportunidad para conversar sobre lo de la goleta *La Amistad*, y, sobre todo, la misión secreta con las reinas africanas recién llegadas del Reino de los Muertos.

Pero, al escuchar con alegría los cantos ancestrales de cuna que entonaron melodiosamente las reinas Barauda, Guio-

mar, Wiwa y Bahiana mientras mecían cariñosa y suavemente la hamaca, y antes de que los gorjeos y las fragancias surtieran el deseado efecto soporífero, Papimambí pensó: “Hay una mujer muy importante en mi vida que me preocupa mucho. Claro, ella es Rosita. Una mujer sincera, amable, cariñosa y linda como la más bella flor. ¿Dónde estará Rosita? Quisiera encontrarla. ¿Dónde estará Rosita? Pues sí, no cabe la menor duda, la quiero mucho, muchísimo. Ya han pasado varias décadas, pero la sigo queriendo mucho como si fuera ayer que la conocí. Tengo que encontrarla antes de que me sorprenda la muerte. Quiero conversar con ella sobre la verdad de los hechos y, especialmente, aclarar un asunto delicado que, por demasiado tiempo, como una espina llevo clavado en el corazón. ¿Dónde estará mi amorcito Rosita? Recuerdo todo con lujo de detalles como si fuera ayer que... pero, ya han pasado varias décadas.

Todo empezó aquella noche cuando corregía los exámenes de mis estudiantes y observé que todos los ensayos de un examen eran sobresalientes. Nunca antes en ninguna otra clase de literatura caribeña había leído un examen tan interesante, por lo tanto, me pregunté varias veces: “¿Quién escribiría este examen?” Es un examen impresionante. No cabe la menor duda de que éste va a ser un fin de semana eterno porque tengo que esperar hasta el martes, el día de la próxima reunión con mis estudiantes, para saber quién escribió estos ensayos excelentes. No lo puedo creer, apenas es jueves, pero ni modo, tengo que esperar hasta el martes. ¡Caramba! Esta es la primera vez que me lamento de la costumbre de pedirles a mis discípulos que los exámenes de ensayos sean anónimos hasta después de corregidos.

Aquel fin de semana no hice nada. Nada de paseos. Nada de conciertos. Nada de películas. Nada de lecturas. Nada de escribir. Nada. No pude hacer nada por estar pensando en quién en la clase de la literatura caribeña, que se reúne los martes y los jueves, escribió los mejores ensayos, sobre todo, el ensayo que analiza la imagen dolorosa de los personajes femeninos, mujeres humilladas por el machismo. Además de la gramática correcta y el vocabulario culto, me llamó la atención la originalidad en los comentarios sobre la imagen negativa de la mujer en la mitolo-

gía, como, por ejemplo, el caso de Pandora, quien supuestamente dejó entrar todos los males en la vida al abrir su caja. El brillante discípulo también analizó muy acertadamente la imagen de Eva y su manzana en la Biblia. Como ya lo saben todos los cristianos, hasta niños, ella supuestamente tiene la culpa por la expulsión del Hombre del Paraíso y con ello el principio del pecado original. ¿Y cómo es posible olvidar a la Malinche, a quien culpa la historia por la derrota del gran Imperio Azteca en Tenochtitlán y la destrucción de esa gran ciudad? También me llamó la atención el apoyo del autor (autora) del excelente examen al derecho de las mujeres a una educación completa, por medio de la defensa y la postura, con citas literarias, de la gran escritora barroca, Sor Juana Inés de la Cruz. Pues, pasé todo el fin de semana pensando en el martes, el día en que iba a descubrir quién escribió esos ensayos que obtuvieron la calificación más alta de toda la clase. Pero, cuando por fin llegó el día tan esperado, ¡cuán tremenda fue mi sorpresa descubrir que la autora de aquellos brillantes ensayos era la estudiante más callada del grupo! Francamente, quedé boquiabierto cuando cada estudiante se acercó a mi escritorio con una copia de la primera oración de uno de los ensayos en el examen como prueba de a quién le pertenecía cuál examen y fuera Rosita la que tuviera la oración exacta como la primera oración del ensayo que más me había llamado la atención. Rosita. Pues sí, la apariencia engaña. Ella era tan callada, muy callada, y en lo físico no era una Venus, pero, por los ensayos en los exámenes anónimos, era, por cierto, la Atenea de la clase, la más inteligente de mis discípulos.

Transcurrieron varios trimestres. La espera fue angustiosa para mí, y tan pronto ella completó la última materia que yo enseñaba en su carrera, la invité a cenar a un restaurante cerca de la universidad, donde, en aquella ocasión mientras se enfriaba la comida, lo cual no nos importó, y, a pesar de la diferencia de edad entre nosotros, felizmente, pasamos horas conversando sobre temas de interés mutuo, hasta que el mesero, un poco impaciente e irrespetuoso, nos informó que éramos los últimos comensales. Jamás olvidaré lo grato que fue nuestra primera cita, maravillosa, como las subsiguientes citas cuando con frecuencia nos encontrábamos para conversar, pasear por la playa, ver películas, bai-

lar... Luego, al graduarse con honores y recibir la licenciatura en Humanidades, ella fue a vivir a otra ciudad, no muy lejos, becada en otra universidad para continuar sus estudios en un programa de maestría y doctorado. Pero, sobre todo, recuerdo con mucho placer aquella noche que, por mi timidez, no sé cómo me atreví o cómo ocurrió, pero la besé cariñosamente en la mejilla; y al rato, nuestros labios se encontraron con ansias en la oscuridad, y nos besamos apasionadamente.

—Amorciiiiito.

—Amor mío.

—¡Qué cariñosa!

—¡Qué ternura!

—¿Te gustan besitos?

—Me encantan.

—Sabor caribeeeeño.

—¡Amor mío!

—¡Muñequitalinda!

—Te quiero.

—Te adoro.

—Te amo.

Aquella noche maravillosa, Cupido fue testigo de que nos amamos con ternura, cariño y amor como sólo saben y pueden los enamorados.

De súbito, lo que Papimambí recordaba sobre aquel encuentro idílico con Rosita fue interrumpido cuando, desde el umbral de la Puerta de la Justicia, voces ancestrales, a coro, invitaron al descendiente de Felicidad Dolores y Juan Garrido al Patio de los Leones en la Alhambra de Granada, para conversar sobre los detalles de la etapa final de la misión final con el general Tariq, un valiente antepasado africano y gran conquistador de España.

En el camino por los laberintos de Elegguá rumbo a la reunión con el general Tariq en el Patio de los Leones, buscando en cada rincón de su mente una explicación o interpretación de sucesos y personajes desconocidos que se repetían en los sueños, el descendiente de Bayano, Barauda, Bahiana y Boukman, simultáneamente empezó a escuchar y a ver escenas de todos los sueños:

—¡Fuego con la 12 de Octubre!

Ladridos... gruñidos... ladridos... gruñidos... ladridos... Isla Lomboko. Galeones negreros. Sacos blancos. Hormigas negras. Cañaverales... Aquella madrugada azotada con violencia por los vientos huracanados que acompañaban al tempestuoso mar, un aguacero torrencial e incesante inundaba, ahogando paulatinamente... Hacía un calor sofocante. Ladridos y gruñidos de jaurías feroces... Pánico. El ambiente estaba saturado a olor de pólvora. Relinchos y atropellos de caballos fogueados... Tormento. El odio obsesionado que se ocultaba en los sacos blancos, con violencia, se derramaba rápida y copiosamente sobre hormigas negras en latigazos e injurias. La hediondez nauseabunda de bohíos quemados, cosechas podridas, animales degollados, carne pútrida, cadáveres... Horror: cenizas en el agua, cenizas en el río, cenizas en el mar... manchas de sangre en las faldas, en las camisas, en las hamacas... Pánico. Los llantos y lamentos lastimaban a huérfanos y ancianas. Ladridos... gruñidos... ladridos... gruñidos... ladridos... Tormento.

—¿Dónde está Juan Garrido?

—¿Dónde?

—¿Juan Garrido?

—¡Fuego con la 12 de octubre!

Relámpagos... Bayano, Barauda, Bahiana, Boukman, Felipillo, Yangá, Zumbí, Satuyé, Benkos... Truenos...

—“...y sobre todo pido cumplimiento de justicia”.

A los valientes cimarrones africanos en los palenques, maroon towns, manieles, mocambos, quilombos, y, también, todos los afrodescendientes, pensando en los sucesos de la Hacienda Turpin en Saint Domingue y la goleta *La Amistad*, les llamó poderosamente la atención la voz más fuerte que, como un trueno, clamaba: “*Liberté ou Mort!*”

—¡Añónguru!

—¿Juan Garrido?

—¿La totuma portobeleña?

BIAMA

En la isla La Española, durante la época del gobierno colonial de los frailes jerónimos, aquella inolvidable Nochebuena de golosinas, frutas, comidas, vinos, villancicos y alegría navideña en la temporada más tranquila y más agradable en el Caribe, al gozar de la ausencia de mosquitos necios, calor sofocante, aguaceros torrenciales, vientos huracanados y mar tempestuoso, los colonos españoles pobres, mulatos y negros libertos (mayorales, herreros y zapateros), que deambulaban por las calles alrededor de la plaza de la ciudad de Santo Domingo, celebraban cantando “*Noche de paz, noche de...*”.

En cambio, los españoles ricos y los portugueses acaudalados (negreros y esclavistas), invitados de honor de la familia Casanova, estaban sentados cómodamente, cerca del altar mayor de la Capilla de La Hacienda Hermandad, las velas votivas y figurillas del Nacimiento en mano, esperando la llegada de su mejor amigo, fray Bartolomé, para rezar las letanías en la solemnísimas misa de gallo de aquella Nochebuena. Mientras esperaban con paciencia fingida al sacerdote, escuchaban villancicos que, melodiosamente, cantaban los niños esclavos africanos, disfrazados de angelitos, pastores y Reyes Magos.

—¡Libertad! —gritó una esclava anciana.

—¡Dignidad! —anunció un esclavo joven.

—¡Justicia! —clamaron, a coro, los esclavos africanos de la Hacienda Hermandad.

—Esta Nochebuena inolvidable para todos, las cimarronluciérnagas, con ansias, esperaron a los cimarrones cautelosos y la señal secreta de gorjeos melodiosos en el cañaveral e ingenio de azúcar Santacruz de la familia Genovesa, mientras se comunicaban, en voz baja, casi susurrando, varios mulatos y negros libertos en la plaza de Santo Domingo.

Cerca de un río, bajo la sombra de una ceiba, los africanos cimarrones, que empuñando machetes con furia en los brazos og-

gunizados, esperaban en silencio la señal secreta de los tambores africanos que anunciaría la llegada de Juan Garrido.

A medianoche, en la capilla de la Hacienda Hermandad, celestialmente iluminada con velas vaticanas, hermosamente adornada con ramilletes de flores, aromáticamente saturada con humo de incienso y melodiosamente serenada con villancicos, poco después de que todos los presentes se dieron un abrazo como señal de paz y hermandad, y fray Bartolomé había comenzado la repartición de las hostias de la santa comunión a los esclavistas y negreros, de repente, se cayó al suelo el cáliz que contenía aquellas hostias consagradas cuando el mayoral de la Hacienda Hermandad golpeó repetidamente, con desesperación, la campana del ingenio Santacruz, para denunciar un incendio sospechoso y devorador en el cañaveral de don Diego Casanova, heredero del saco blanco más grande que llegó a La Española en la carabela *Santa María*; eso alborotó mucho a la jauría de perros amaestrados, los cuales, con sus incesantes ladridos y gruñidos, comunicaban ansiedad y pedían que los soltaran de inmediato, para que con sus colmillos empapados con veneno despedazaran con ferocidad a los africanos cimarrones.

En la capilla, cuyo interior ya estaba saturado con el humo del cañaveral incendiado y no se escuchaba prácticamente nada por el ladrido de la jauría, todos los comulgantes empezaron a gritar, silenciando los villancicos de melodía africana cuando los mosquitos (no tanto perturbados por el humo sino por la frustración de no haber sido metamorfoseados en luciérnagas por orixá Changó) comenzaron a penetrar, rápida y atropelladamente, en sus fosas nasales. Ya la capilla no era un recinto sagrado sino un manicomio infernal; los rezos se hicieron insultos, las plegarias obscenidades, las letanías vulgaridades, y los rosarios látigos, para ahuyentar a los mosquitos. Pero los mosquitos que fueron derribados por los rosariazos tan pronto caían al suelo, al instante, como si fueran pichoncitos del fénix egipcio, renacían, volviendo a volar con mayor velocidad, y se transformaban en flechitas de pimienta, para alcanzar con triunfo la meta y lograr el propósito en los laberintos de cada nariz. Para escaparse de lo que les parecía un lugar peor que el reino de Satanás, el cual los

curas piadosos acostumbraban a describir, con lujo de detalles, en los sermones de cada Viernes Santo, se dieron empujones, puñetazos, pero, sobre todo, codazos, a diestra y siniestra, mientras buscaban puertas y ventanas para salir del humo, sin importar la presencia de niños, mujeres y ancianos.

La angustia de los que escucharon las hostias al gritar fue de mal en peor cuando un enjambre de abejas rencorosas decidió formar una alianza con los mosquitos. Las abejas, enloquecidas de envidia a causa de la caña de azúcar, con el empeño fanático de terroristas suicidas, se aglomeraron en las caras de los que gritaban en la capilla, aprovechando la oportunidad de invadir la caverna bucal, para con violencia poblar los pulmones, como si fueran colmenas, de los que, durante las letanías en la misa de gallo de aquella Nochebuena, habían rogado, con devoción cristiana, por lluvias en los cañaverales y la ausencia de la orixá Yemayá y sus huracanes en los puertos donde con frecuencia anclaban los barcos negreros.

Cuando el africano Mandinga Lemba, cacique de los africanos cimarrones, armado con su hacha y su machete, con voz de trueno gritó, ¡“*Añónguru!*”, y entró como un relámpago en la alcoba de don Diego Casanova, el más poderoso esclavista y el más rico negrero de Santo Domingo, se sorprendió de encontrar allí a Celestino Mogollón, el esclavo más fiel de la Hacienda. En seguida, como medida de precaución, Mandinga Lemba trató de silbar para imitar el graznido de un ave de rapiña, para que Congo Bayano, el otro cacique africano, y sus hermanos Yoruba-Zumbí, Carabalí, Benkos y los otros cimarrones, supieran de que había traición y, posiblemente, una emboscada. Pero no le fue posible al valiente cacique africano imitar el graznido de un ave de rapiña porque los traidores, esclavos fieles de don Diego Casanova, lo golpearon brutalmente con puñetazos y patadas mientras las campanadas de júbilo del ingenio Santacruz y, sobre todo, las carcajadas estruendosas del esclavo espía, Celestino Mogollón, le anunciaban el éxito de la emboscada al rico y poderoso amo de la Hacienda Hermandad.

Por culpa de la emboscada capitaneada por el esclavo espía, la primera sublevación de esclavos africanos en Santo Do-

mingo fracasó, en parte, porque hubo recelo y enemistad de antaño entre los cimarrones de los diversos grupos étnicos africanos. La sublevación también fracasó por las traducciones incompletas y, peor aún, las traducciones inexactas del castellano, portugués, gallego, catalán y vascuence a las numerosas lenguas africanas regionales que hablaban los esclavos mandingas, yorubas, congos, ashantis, carabalíes... sobre las estrategias de los asaltos sorpresivos y simultáneos en el cañaveral de don Diego Casanova, el ingenio de azúcar Santacruz y la Hacienda Hermandad, que se habían planeado a orillas del río Nigua durante un bembé secreto celebrado con cantos, palmadas y danzas al ritmo de tambores africanos, alrededor del tronco de una ceiba cerca del ingenio Santacruz, en honor a los antepasados en el feliz Reino de los Muertos allá en África. En aquel entonces, también se había invocado por el apoyo de los orixás Elegguá, Oggún y Ochosi acá en Santo Domingo, para durante el cimarronaje reducir a ceniza todas las propiedades del más rico negrero y esclavista de Santo Domingo. Pero, por las traducciones erróneas, hubo confusión de quién tenía que hacer qué, cómo, cuándo y dónde. Además, los cimarrones bajo el liderazgo de Congo Bayano no recibieron el apoyo necesario de los cimarrones ahijados de orixá Ochosi para un asalto victorioso en la Hacienda Hermandad, porque éstos, equivocadamente, fueron al ingenio Santacruz en lugar de la Hacienda Hermandad. Sorprendentemente, a los compañeros de Yoruba Zumbí se les acercaron otros cimarrones, los bambochés de orixá Changó, quienes se cruzaron de brazos cuando Mandinga Lemba gritó, “*Añónguru!*”, al inicio de los asaltos, porque tradicionalmente, orixá Changó es enemigo eterno de su hermano orixá Oggún, el orixá padrino de los compañeros de Congo Bayano, Yoruba Zumbí y Carabalí Benkos.

Don Diego Casanova se alegró de ver agonizar al cacique de los africanos cimarrones, Mandinga Lemba, quien, herido por los puñetazos, las patadas, las mordidas de la jauría de perros amaestrados para cazar cimarrones y los machetazos violentos del esclavo espía y traicionero Celestino Mogollón, paulatinamente se ahogaba en un charco de su propia sangre. También se alegró de ver a su feroz perro mascota con los colmillos clavados

en la garganta del africano porque el cacique agonizante, en un anochecer mucho antes de la primera sublevación de esclavos africanos en Santo Domingo, de un machetazo violento había hecho manco al dueño de la Hacienda Hermandad porque aquella vez, el más poderoso esclavista violó a una hermana del esclavo moribundo mientras ella, aunque muy cansada por las horas que trabajó en la zafra ese día, cosechaba yuca, ñame, camote, piña, maní, guandú y maíz, en el conuco de la familia, para alimentar a sus hijitos encerrados en un bohío desde el amanecer hasta el atardecer. Luego, como castigo al africano por el machetazo, el manco don Diego Casanova le preparó una trampa, la cual fue posible por la participación de las esclavas concubinas y los esclavos espías del más rico negrero, quien supo, con lujo de detalles, de otra venganza comentada en un bembé. En efecto, como consecuencia, aquella noche de la otra venganza, en la cama de la esposa de don Diego Casanova, tras de embriagarla con vino y aguardiente, acostaron secretamente a otra persona en el lugar de doña Aurora Casanova, quien esa noche durmió en el convento con una íntima amiga monja. En la oscuridad, pues, después de violar y estrangular a la persona borracha que encontró en la alcoba del matrimonio Casanova, creyendo que era la esposa del manco negrero y esclavista, Mandinga Lemba celebró con cantos victoriosos lo que consideró ser la venganza comentada en el bembé, hasta cuando descubrió con horror, en la madrugada, que la persona en la cama no era la esposa del manco, sino alguien de su propia familia a quien le tenía mucho cariño y respeto.

Aquella Nochebuena, en la hacienda de los Casanova, mientras las carcajadas estruendosas de los esclavos traicioneros, como cataratas de ríos caudalosos, inundaban la alcoba conyugal del más rico negrero y más poderoso esclavista de Santo Domingo, el agonizante cacique cimarrón, al escuchar simultáneamente villancicos melódicos y gruñidos pavorosos en su delirio, vio a Felicidad Dolores en un espejo, y con voz angustiada le preguntó: “¿Dónde está Juan Garrido?”

Poco antes de morir ahogado en el charco de su propia sangre, mientras escuchaba los ladridos y gruñidos del perro más feroz del ingenio azucarero Santacruz de la Hacienda Herman-

dad, en Santo Domingo, a Mandinga Lemba le pareció escuchar voces ancestrales narrar lo siguiente:

Un atardecer hermoso de suave brisa y mar tranquilo, allá en el terruño tropical de gorjeos melódicos, fragancias encantadoras, sabores suculentos y cariños ancestrales, después de que los grumetes levaron las anclas de la Lusitania, una carabela con la bodega llena de especias, oro y marfil, el capitán ordenó zarpar rumbo a su ciudad natal, Lisboa, Portugal.

La embarcación navegó lentamente hacia su destino desde la costa occidental de África, cerca de la desembocadura del río Congo.

Un joven africano llamado Obadelé, hijo del rey más rico y poderoso de un reino a orillas del río Nilo y los alrededores del volcán Kilimanjaro, viajaba en la Lusitania, según los anuncios oficiales del rey famoso por sus hazañas heroicas, para negociar en el puerto de Lisboa, los trámites indispensables en el trueque de caballos, mosquetes, pólvora, vinos y espejos por especias, oro y marfil.

“África empieza en los Pirineos”. Esas fueron las únicas palabras que dijo el rey padre de Obadelé cuando una anciana, en vísperas de zarpar la Lusitania, le aconsejó que en este viaje no fuera a la Península Ibérica el príncipe heredero del reino más rico y más poderoso de África.

“África empieza en los Pirineos” —repitió el rey. Y, por primera vez, hizo caso omiso de las revelaciones de mal augurio en el sueño de la anciana.

¿Para qué prestar tanta atención a un arbusto cuando hay que cuidar todo un bosque?

Además, lo que ignoraban tanto los embajadores africanos como los tripulantes portugueses que acompañaban al príncipe Obadelé en la carabela que, aquel atardecer hermoso, zarpó de la costa occidental de África, era el hecho de que el verdadero propósito del joven Obadelé era cumplir con una misión secreta: investigar la verdadera razón por la cual un navegante genovés les pedía apoyo a los portugueses, bajo el pretexto de buscar una nueva ruta marítima para comprar especias. Esta misión secreta se decidió en una reunión del rey padre de Obadelé con sus con-

sejeros ancianos, a quienes el asunto del navegante genovés les pareció muy sospechoso, porque, según ellos, si los comerciantes portugueses obtenían de África especias mejores y abundantes para abastecer los mercados de la Península Ibérica, y, también, para saciar el apetito exótico de Europa, ¿por qué, de repente, surgió este interés de un ignoto navegante genovés en buscar una nueva ruta marítima para el comercio de las especias?

El Consejo de Ancianos del rico y poderoso reino africano había puesto en tela de juicio el asunto sospechoso del navegante genovés porque se preocupó mucho y, por consiguiente, exigió saber lo más pronto posible si alguien en el reino era espía, o peor aún, traidor, quien podría revelar uno de los más importantes secretos del reino: la ubicación exacta de las mejores y menos peligrosas corrientes marinas que usaban los emisarios africanos cuando navegaban desde la costa de África rumbo a la costa de Chichén Itzá.

En efecto, la principal preocupación de los ancianos africanos era que se supiera que, como sus antepasados, el rey padre de Obadelé comerciaba con mayas, chibchas e incas en Chichén Itzá, Garachiné y Cuzco, respectivamente; y, también, por el temor que se supiera que a orillas del río Usumacinta y el río Lacantún, ya se habían establecido varias poblaciones africanas, y la nobleza africana tenía parientes entre los olmecas, de quienes recibían como regalos adornos de quetzales, guacamayas, pumas y jaguares hechos de obsidiana, los cuales intercambiaban por elefantes, jirafas, cebras y leones hechos de marfil. Además, otra preocupación era que se supiera de la existencia de los parientes de ascendencia africana entre los mayas, de quienes recibían maíz, tomate y cacao en el trueque por ñame, guandú y guineo, porque eran aquellos parientes en el Istmo de Tehuantepec los que guardaban los secretos de la momificación y la construcción de pirámides. Estos secretos ancestrales codificados minuciosamente en escrituras jeroglíficas eran herencias de los ancestros reyes y faraones en Etiopía, Nubia y Egipto, y llegaron al terruño de los mayas con los primeros africanos que se refugiaron a orillas de los ríos Usumacinta y Lacantún, tras la invasión de negreros y esclavistas árabes al norte de África, en la costa me-

diterránea, que empezó una madrugada en la desembocadura del río Nilo.

En la Península Ibérica, por la urgencia e importancia de la misión secreta, al desembarcar en el puerto de Lisboa, en Portugal, el príncipe Obadelé viajó inmediatamente, a caballo, de Lisboa a Córdoba, en España, donde le comunicaron que, después de las negociaciones secretas con los portugueses en Lisboa, el navegante genovés del asunto sospechoso tuvo allí en Córdoba su primera reunión con los Reyes Católicos. Y, por medio de los informantes que a cambio de detalles recibían oro de las minas de Tombuctú, en África, el príncipe africano se enteró también, de que el navegante genovés, después de la reunión secreta en Córdoba con los Reyes Católicos, se hospedó en el convento franciscano de La Rábida, cerca del puerto de Palos, adonde, secretamente, había llevado varios sacos blancos.

Y, luego, tan pronto cuando por medio de su intérprete, el príncipe Obadelé recibió más detalles de los informantes sobre las más recientes reuniones y negociaciones del navegante genovés, se trasladó inmediatamente de Córdoba a Sevilla, para buscar una embarcación que navegara el río Guadalquivir rumbo al puerto de Palos, porque, en varias conversaciones con informantes en Portugal y España, el rico príncipe africano escuchó algo pernicioso vinculado con los sacos blancos escondidos en el convento de La Rábida, donde, junto con el navegante genovés, también se encontraba un fraile que, según los chismes, era el único hombre que dominaba a la reina Isabel la Católica: su confesor.

Al llegar a Sevilla, el príncipe africano buscó el domicilio de un tal Toledano, un usurero y porquero en el barrio de Triana, para completar las negociaciones de alquiler de una embarcación y para navegar el río Guadalquivir rumbo al puerto de Palos. Pero, el príncipe, el día que llegó a Sevilla, no se disgustó al fracasar su intérprete en obtener un precio justo para el viaje de Sevilla al puerto de Palos, como en Lisboa le había prometido un socio y primo del dueño de las embarcaciones en el barrio de Triana, porque, además de tener suficiente oro y marfil para comprar todas las embarcaciones en Triana, el príncipe se alegró por la oportunidad de conocer allí a una joven africana.

—*Boa tarde* —saludó Obadelé a la muchacha en la cocina del usurero y porquero.

—Buenas tardes. Usted acaba de llegar de Lisboa y Córdoba —comentó la cocinera.

—*Você fala português?* —preguntó Obadelé.

—Yo sé que usted se llama Obadelé—afirmó la joven cocinera.

—*Como você sabe meu nome?*

—Príncipe del reino africano más rico y poderoso a orillas del río Nilo...

—*Como você sabe...?*

—Pero, pronto usted se llamará Juan Garrido.

—¿Juan Garrido?

—Y, ahora usted tiene la responsabilidad de una misión secreta.

—*Como você sabe...?*

—Usted también tiene que proteger a cuatro niños.

—¿A quiénes?

—Bayano, Luis Mozambique, Antón Mandinga y Felipillo.

—*Como você sabe...?*

—A mí me toca cuidar a las niñas.

—¿A quiénes?

—Barauda, Guiomar, Wiwa y Bahiana.

—¿Por qué?

—Le preparé su plato favorito.

—*Como você sabe...?*

Esa primera noche en Sevilla, tras de saborear la comida succulenta de ñame, guandú, fufú y gallina que le preparó la joven cocinera africana, el príncipe durmió en un cuarto ubicado cerca de una porqueriza que le alquiló el usurero y porquero de Triana. El cuarto era pequeño. Las paredes estaban desnudas. En un rincón del cuarto había una sola silla vieja y coja, y su única compañera era una cama de madera cubierta con paja húmeda, a modo de colchón. El cuarto era de la joven cocinera africana. Y, a pesar del calor sofocante y ambiente nauseabundo cerca del cuarto huérfano de ventanas, el príncipe africano durmió bien aquella noche porque, no obstante las circunstancias a las cua-

les no estaba acostumbrado, soñó que la joven cocinera africana, a quien en el sueño los abuelos llamaban Felicidad Dolores, le reveló el verdadero propósito de las reuniones secretas del navegante genovés en Portugal y España, y el contenido de los sacos blancos. También en este sueño, Felicidad Dolores presagió sucesos y hazañas en palenques, manieles, cumbes, mocambos, quilombos...

Los ladridos de una jauría que combatía con ferocidad, persiguiendo con lascivia a una perra en celo, en el vecindario de Triana, de repente, despertaron al príncipe Obadelé.

Al rato, el príncipe africano trató otra vez de conciliar el sueño, para que continuaran los presagios de Felicidad Dolores, pero, por los ladridos incesantes, no fue posible dormir.

Luego, por la madrugada, en el momento cuando logró dormirse en la silla coja, y en el sueño comenzaron a hablar Lemba, Yangá, Bayano, Felipillo, Coba, Zumbí, Benkos, Satuyé, Barauda, Luiza Mahin, Mamá Tingó, Bouckman y Azote de Tiranías, esta vez, por los golpes en la puerta, se despertó asustado y se levantó de la silla coja de un brinco. Al abrir la puerta, el príncipe africano se puso furioso cuando el usurero le informó que le debía más oro y marfil por el alquiler del cuarto porque, en Triana y toda Sevilla, era costumbre cobrar más en días feriados.

Al día siguiente, por todas las calles de Triana, se escuchaban ladridos y carcajadas cuando el príncipe Obadelé recibió la noticia, por medio de su intérprete, sobre el destino y el propósito de los sacos blancos del navegante genovés.

Poco después de recibir el informe sobre el destino y el propósito de los sacos blancos, del puerto de Palos zarparon tres carabelas, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, patrocinadas con los tesoros saqueados de La Alhambra, en Granada, palacio musulmán dedicado a la memoria del general africano Tariq, conquistador del Peñón de Gibraltar y la Península Ibérica.

Allá en África, el Consejo de Ancianos le aconsejó al Rey perdonar el fracaso del príncipe Obadelé, por no haber tomado acción en seguida al averiguar minuciosamente todos los detalles en cuanto al asunto sospechoso del navegante genovés y los sacos blancos. En cuanto a este asunto, Obadelé prometió no co-

meter más errores que perjudicaran la misión secreta, pero, sobre todo, declaró bajo juramento al honor de los antepasados en el Reino de los Muertos, en África, estar al tanto del paradero de los sacos blancos.

Mientras tanto, en Sevilla, para no depender tanto de su intérprete, y para facilitar el cumplimiento de la misión secreta, el príncipe africano hizo una decisión estratégica, la cual se la comunicó al Consejo de Ancianos, por medio de emisarios enviados a África. De hecho, decidió juiciosamente que, para conocer mejor al adversario, era necesario e importante cambiar su nombre y aprender la lengua castellana. Por lo tanto, tras de ofrecer una donación generosa de marfil y oro, logró que le bautizaran con el nombre cristiano *Juan Garrido* durante Semana Santa, en una ceremonia solemne, en la cual la madrina y el padrino de bautizo fueron Felicidad Dolores y Juan de Valladolid.

El padrino de Juan Garrido, a quien llamaban el Conde Negro, como la madrina, Felicidad Dolores, era de ascendencia africana.

En aquella época del asunto sospechoso del marino genovés, los Reyes Católicos Fernando e Isabel nombraron a Juan de Valladolid para desempeñar en Sevilla el cargo de juez y mayoral de los negros y mulatos—libres y esclavos.

Cerca del hogar de su padrino, con empeño de estudiante aplicado, Juan Garrido empezó a aprender la lengua de la reina Isabel la Católica. Lo estudiaba en un manuscrito de la primera gramática de la lengua castellana, un regalo de bautizo del monje autor Elio Antonio de Nebrija, amigo y confesor de Juan de Valladolid.

En efecto, por el entusiasmo cotidiano, de día y de noche, en el estudio de la gramática de la lengua castellana, Juan Garrido, aparentemente olvidando la promesa que le hizo al Consejo de Ancianos en África bajo juramento al honor de los antepasados en el Reino de los Muertos, ignoró otra vez todos los detalles de los informantes a su servicio sobre el regreso a la Península Ibérica de las carabelas la *Pinta* y la *Niña* con sus bodegas llenas de tabaco, cacao, yuca, maíz, tomate, papa, mamey, guanábana, iguanas, guacamayos y aborígenes arahuacos y caribes; y por

si esto fuera poco, tampoco le prestó atención a una importante reunión secreta entre los españoles, los portugueses y sus ricos socios banqueros genoveses, en Tordesillas, donde se presentó y se discutió, con lujo de detalles, el asunto de los sacos blancos.

Para saciar su sed lingüística, en la búsqueda de otro Nebrija, Juan Garrido viajó rumbo a Granada para continuar estudiando la lengua castellana con el poeta africano Juan Latino, popular catedrático en la Universidad de Granada.

Luego, después de completar las lecciones sobre “por”, “para”, “ser”, “estar” y el subjuntivo, Juan Garrido tuvo un sueño en el cual Felicidad Dolores le comunicó que un anochecer fuera de La Alhambra, Jusuf, otro antepasado africano conquistador, le abriría la Puerta de la Justicia.

Al llegar a la cita en La Alhambra de Granada, Juan Garrido recibió un abrazo de Jusuf, tal como se había presentado la escena en el sueño, cuando el antepasado conquistador le abrió la Puerta de la Justicia para darle la bienvenida. Al entrar, tras de saludar a varios centinelas, en el Patio de los Leones esperaba otro antepasado, el general africano Tariq, quien tras los abrazos y saludos, le narró al príncipe Obadelé sobre la estrategia de aquella noche cuando, como comandante de siete mil soldados, desembarcó en el peñón que él llamó Jebel Tariq (o la roca Tariq, hoy Gibraltar), donde hizo los planes y preparó a los soldados musulmanes para la conquista de la Península Ibérica, iniciándola en el año 711 con la batalla de Guadalete, en la cual derrotó a don Rodrigo, el último rey visigodo de la Península Ibérica.

Aquella noche, el general Tariq (descendiente del célebre general cartaginés llamado Aníbal, recordado en los anales de la historia militar por su hazaña de atravesar los Pirineos con sus elefantes, andando de Francia rumbo a España, para la conquista de Sagunto), orgullosamente y con lujo de detalles, le narró al príncipe africano sobre las conquistas de Málaga, Granada, Sevilla, Córdoba, Toledo, Valencia y Salamanca.

El general felicitó al príncipe Obadelé por su empeño en aprender bien las lecciones de gramática de sus maestros Antonio de Nebrija y Juan Latino, y, también, por la estrategia de usar la lengua castellana como arma para lo de la misión secreta. Pero

le advirtió que no se hiciera el hazmerreír salpicando hasta la lengua ancestral con los *Dominus vobiscum, et cum spiritu tuo, per omnia saecula saeculorum*, y, sobre todo, el repetido *ora pro nobis*.

Poco antes de los abrazos de despedida y, también, antes de regresar al Reino de los Muertos, el general Tariq, gran conquistador africano de España, le dijo al príncipe:

—Obadelé, quiero que vayas lo más pronto posible, mejor dicho, inmediatamente, a la desembocadura del río Guadalete, donde desde el año 711 hay un secreto enterrado, y tú ya sabes lo que tienes que hacer. Pero, más importante aún, de todos mis descendientes, a ti te toca ir en seguida a la isla Haitiquisqueya, que arrogantemente el genovés renombró La Española, en el Mar Caribe, donde, por el enojo de Yemayá, encalló la *Santa María*. Tan pronto llegues a Santo Domingo, como primer acto, te advierto que no puedes fallar en esta misión secreta; tienes que destruir y quemar todos los sacos blancos que la tripulación logró rescatar cuando naufragó la *Santa María*, porque contienen el principal yugo que los amigos y los consejeros de los Reyes Católicos le entregaron al navegante genovés, para usar odiosamente en una venganza secreta.

De súbito, sin dar explicaciones a su nuevo Séneca en Granada de por qué abandonaba el estudio de la lengua castellana, un atardecer Juan Garrido regresó a Sevilla.

En la carabela *Trianera*, patrocinada por el usurero y porquero, amo de Felicidad Dolores, una familia sevillana, tras de recibir como soborno marfil y oro de Juan Garrido, para no despertar sospechas, fingió ser dueña del príncipe africano, quien fue presentado y registrado en la Casa de la Contratación como un esclavo.

La embarcación de Toledano zarpó de Cádiz, una madrugada, con jaurías de perros amaestrados para cazar a cimarrones y tripulantes delincuentes (como los sevillanos que sacaron del manicomio y la cárcel para acompañar al navegante genovés en el primer y último viaje transatlántico de la *Santa María*) deportados de Sevilla, según a Juan Garrido le informaron Pedro Mindonga y Francisco Angola, grumetes mulatos nacidos cerca

del hospital *Nuestra Señora de los Ángeles* en la parroquia “San Bernardo” en Sevilla, y quienes habían participado también en los anteriores viajes transatlánticos del navegante genovés, con otros tripulantes negros y mulatos, reclutados con el permiso de Juan de Valladolid, el mayoral de los negros en Sevilla, en la Plaza de Santa María la Blanca, donde a diario entretenían a los transeúntes bailando zarabanda, chacona, guineo, yeye y zarambeque.

Una madrugada, al navegar la *Trianera* rumbo al puerto de Santo Domingo, en la isla caribeña La Española, los grumetes negros y mulatos sevillanos le informaron a Juan Garrido que, durante el primer viaje transatlántico del navegante genovés, les llamó la atención las hormigas negras que se metían en los sacos blancos en la bodega de la *Santa María*. También les llamó la atención que, durante el viaje de Palos a La Española, nadie podía acercarse para ver el contenido de los sacos porque fueron custodiados cuidadosamente por un soldado sevillano llamado Bartolomé.

Inexplicablemente, antes de llegar a Santo Domingo, la *Trianera* hizo una escala inesperada, y Juan Garrido fue abandonado en Portobelo, en la costa caribeña del Istmo de Panamá. Allí, el príncipe africano logró sobrevivir comiendo mamey, papaya, caguama e iguana hasta que hombres y mujeres de Garachiné (descendientes de abuelos oriundos del terruño ancestral a orillas del río Nilo y los alrededores del volcán Kilimanjaro, en África) lo rescataron de las flechas venenosas de indígenas de habla chibcha, quienes aún tenían ganas de venganza por la cruel matanza de sus mujeres e hijos, y el saqueo codicioso de su territorio cuando los tripulantes de la carabela la *Niña* desembarcaron allí, una madrugada, buscando oro.

Los emisarios de Garachiné (puerto ubicado en Darién en la costa pacífica del Istmo de Panamá), quienes se encontraban en Portobelo, tras de pasar una temporada en Chichén Itzá, donde se anclaban las embarcaciones que periódicamente navegaban desde la costa de África, rescataron al abandonado joven desnudo, a quien llamaban Juan Garrido, y se alegraron porque reconocieron que su ombligo era de la nobleza africana. Esto confirmó la verdadera identidad del joven africano, quien fue registrado

como esclavo entre los pasajeros de la *Trianera* que tenía Pedro Mindonga, el grumete mulato de Sevilla, a quien también abandonaron en Portobelo. Allá en la catedral de Sevilla, dos esclavos africanos ayudantes del sacristán le habían confiado al mulato que el verdadero nombre del joven a quien llamaban Juan Garrido era Obadelé, príncipe del reino más rico y poderoso a orillas del río Nilo y los alrededores del volcán Kilimanjaro, pero puso esa información en tela de juicio porque consideraba a ambos (desterrados de África y comprados en el mercado de esclavos en el puerto de Lisboa) como beodos, estafadores, sátiros y embusteros.

En Garachiné, la llegada del príncipe Obadelé se celebró con una gran fiesta, en la cual el plato principal fue puré de papa, poroto y pescado aquel atardecer; y mientras todos escuchaban cantos andinos de queñas y participaban en danzas ancestrales, los tambores africanos con sus sonidos *prapraprá piquitibúm prabúm bumprá* comunicaron con mucha alegría a las comunidades africanas y chibchas en el territorio del cacique Quarequa, en Darién, la visita de un miembro de la nobleza africana, oriundo del reino a orillas del río Nilo y los alrededores del volcán Kilimanjaro.

Cuando se callaron los cantos quechuas y los ritmos de los tambores africanos, la comunidad africana de Garachiné sospechó que algo no andaba bien cuando el príncipe Obadelé, quien por cierta impaciencia aparentemente estaba más interesado en otro asunto, no aceptó la invitación para viajar a Cuzco con los intérpretes de habla quechua, para visitar la comunidad africana allá en el territorio de los amigos incas, y acompañar a los garachineros a Machu Picchu, para llevar un cargamento de marfil vendido a los amigos y socios incas. También, lo cual fue un insulto según la tradición africana, el príncipe no aceptó los regalos del cacique chibcha de Garachiné: un cóndor, una vicuña y una caguama de oro.

Los ancianos en Garachiné comentaron secretamente en una reunión que cosas raras ocurrían desde que un navegante genovés fundó a Portobelo, como la súbita interrupción de las llegadas de embarcaciones africanas con marfil y oro a Chichén

Itzá, y las visitas de parientes y amigos de África a Garachiné. Además, llamaba la atención el comportamiento extraño del joven desnudo rescatado, con señal de nobleza en el ombligo, que con insistencia obsesionada se hacía llamar Juan Garrido. Pero lo más perturbador para algunos ancianos era el hecho de que no hablaba en la lengua de la nobleza africana ni en ninguna otra lengua ancestral, y, por si eso fuera poco, rezaba letanías, repitiendo *ora pro nobis* que no incluían a Yemayá, Elegguá, Changó, Oggún...

—Aquí hay gato encerrado.

—Sí, es raro que un miembro de la nobleza africana...

—Desnudo.

—Y lo más extraño de todo es que parece no tener ni dignidad ni orgullo ancestral.

—Con empeño se hace llamar Juan Garrido.

—¿Cuál será su verdadero nombre ancestral?

—Con orgullo habla la lengua castellana.

—¿Cuál será su verdadera lengua ancestral?

—Con devoción cristiana reza el rosario.

—¿Cuál será su verdadera religión ancestral?

—¿Qué hace por acá un miembro de la nobleza africana desnudo, con ese nombre, esa lengua y esa religión?

—Esto es muy sospechoso.

—¿Qué busca?

—¿Qué buscará?

En aquel entonces, en Santo Domingo, Hernán Cortés, como los otros colonos españoles y, también, como algunos mulatos y negros ladinos nacidos en Sevilla, me miraba con desdén e irrespeto, y, sospecho, aun con mucho asco, no tanto por no ser yo cristiano viejo y por no ser el castellano mi lengua materna, sino por ser africano.

En cambio, yo lo miraba a él, Hernán Cortés, con respeto y mucha admiración por su dominio de la lengua castellana, porque, a mi juicio, era obvio que, en el fondo, Cortés era una persona culta; no como Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa y otros incultos en esta colonia a orillas del río Ozama, Santo Domingo, en la isla La Española que antaño los indígenas arahua-

cos y caribes, los verdaderos descubridores de esta isla, llamaban Haitiquisqueya antes de la llegada de la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* al Mar Caribe.

En efecto, Hernán Cortés había estudiado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca, donde se redactaron las *Siete Partidas* del rey Alfonso X el Sabio. Al contrario, no obstante su arrogancia y la gran máscara colonialista, Francisco Pizarro, como tantos otros conquistadores, era completamente analfabeto.

Paulatinamente, por medio de diálogos cotidianos, me hice amigo de Hernán Cortés, no por ser Cortés sobrino del fraile gobernador de Santo Domingo, sino por mi sospecha de que él había escondido un saco blanco. Tenía el presentimiento de que mi primera obligación era destruir ese saco escondido. Sentía escalofrío por todo el cuerpo cada vez que pensaba en ese saco en manos de Hernán Cortés. Por lo tanto, decidí destruir los otros sacos blancos luego, porque, felizmente, ya yo sabía que un saco estaba en la Hacienda Hermandad, otro en manos de Francisco Pizarro, otro en manos de Vasco Núñez de Balboa y otro, creo que el más grande, en manos de una familia portuguesa conversa que viajó recientemente en la carabela *Lusitania* rumbo a Brasil.

—No comprendo. Tú no eres esclavo como el negro Estebanico —comentó Hernán Cortés.

—Yo soy el único heredero del más rico y más poderoso reino a orillas del río Nilo y los alrededores del volcán Kilimanjaro —afirmó orgullosamente Juan Garrido

—Claro. Y yo soy primo de los Reyes Católicos.

—Es la verdad. Yo soy el príncipe Obadelé.

—Claro. Y yo soy tataranieta del Cid Campeador.

—Mi padre es...

—No entiendo. Tampoco eres negro ladino como Juan Valiente y Ñuflo de Olano.

—Soy africano.

—¿Qué haces aquí en Santo Domingo?

—Además, debo agregar, con mucho orgullo, que soy descendiente del general africano Tariq.

—Claro. Y yo soy Jesucristo.

—Digo la verdad.

—No comprendo. ¿Por qué estás aquí en La Española? Vuelvo y repito, no comprendo. No eres esclavo, no eres negro ladino sevillano, y, sobre todo, no eres cristiano viejo. ¿Cómo fue posible que la Casa de la Contratación en Sevilla te permitiera desembarcar en el puerto de Santo Domingo?

—Marfil y oro.

—Pero, no entiendo. ¿Qué haces aquí en Santo Domingo? ¿Por qué estás aquí?

—¿Y tú? ¿Por qué, después de haber estudiado leyes en la Universidad de Salamanca, vives aquí rodeado de un fraile hipócrita y postizo, colonos incultos, ladrones, criminales y locos?

—Pues, el gobernador es tío mío. Este asunto tuyo lo tengo que averiguar.

Al rato, al fijar la mirada en Juan Garrido, Hernán Cortés se dijo: “Pienso que sería otro disparate denunciar a este joven africano que se hace llamar Juan Garrido. Dolorosamente, no puedo regresar a las aulas de la Universidad de Salamanca, donde estudiaba Derecho, por temor de llegar a ser el hazmerreír de mis condiscípulos, quienes desdeñosa y burlonamente me apodarían *indiano*, a causa del tremendo disparate de desembarcar en La Española. Aquí, el Ozama no se parece en nada al río Tormes de Salamanca; y, peor aún, aquí en Santo Domingo, hay indios, mosquitos, huracanes, vicios, enfermedades, pleitos, aburrimiento... Pues, claro que sí, fue un tremendo disparate alejarme de Salamanca, donde hay gente de cepa celtíbera, cristianos viejos, se habla castellano, hay ferias de ganado, se puede gozar a diario de las caminatas a lo largo del puente romano para ir a misa en la catedral y, sobre todo, felizmente, estudiar en la Universidad de Salamanca con su hermosa fachada plateresca, donde profesores eruditos colaboraron en la redacción de las *Siete Partidas* del rey Alfonso X el Sabio. Pues, Santo Domingo no es Salamanca. Por lo tanto, no puedo darme el lujo de ser el autor de otro disparate, denunciando a Juan Garrido, porque si el negro es deportado de La Española, entonces, ¿con quién voy a conversar? Me volvería loco y, peor aún, bruto al tener que codearme sólo con el hipócrita sevillano llamado Bartolomé, el estafador y mujeriego vasco

de apellido Balboa, y, por supuesto, no deseo ver ni en pintura a Francisco Pizarro, ese analfabeto, cruel e inculto que tuvo que haber salido del peor manicomio de España.

—Pero...

—Llegué a esta isla paupérrima, creyendo que iba a ser necesario defender a mi tío gobernador de una tortura patrocinada por el Santo Oficio de la Inquisición.

—¿Por qué? ¿Acaso el gobernador de Santo Domingo no es fraile?

—Sí, pero, según los chismes, se dice que, tras de invitarlos a un banquete, él dio la orden de asesinar a más de cien caciques indios de esta isla.

—¿Cuándo será el juicio?

—No habrá juicio.

—A pesar de tantos cadáveres...

—Esos indios no eran cristianos, no hablaban castellano y no eran de buena cepa.

—Pero, ¿con qué derecho o justificación...?

—Además, mi tío gobernador es muy amigo de los Reyes Católicos.

—Pero, la justicia es ciega.

—Pues, en resumidas cuentas, aquí no hubo crimen porque, según los doctos inquisidores eclesiásticos, esta isla poblada por indios paganos e idólatras son enemigos de nosotros los cristianos, y, además, son dueños de templos paganos. No olvidemos lo que los infieles conquistadores de España han hecho durante siglos: contaminar la lengua castellana con sus “ojalá”, “olé”, “alcahuete”, “alcalá” “mudéjar”, “mulato”, “muladí” y un sinnúmero de palabras de origen árabe; también imponernos mezquitas en Córdoba y alhambbras en Granada y, tal vez peor aún, contaminar la pureza de la cepa celtíbera con sangre de moros. En otras palabras, esta es una guerra santa y justa; es una continuación de la Reconquista.

—Pero, un momento, Haitiquisqueya no es parte de Granada y aquí no hay otra Alhambra.

—Ahora es La Española.

—¡Haitiquisqueya!

—La Española, he dicho.

—¿Y con qué derecho...?

—Todo se autorizó con la bula divina del Papa Alejandro VI.

—Arrogancia católica.

—Y, ¿por qué estás aquí en Santo Domingo?

—Tu tío gobernador es cristiano postizo.

—¿Cómo te atreves...?

—Pues, claro que sí, según varios testigos, ordenó el ahorcamiento de una mujer inocente.

—¡Calumnia!

—Hay testigos del mujercidio.

—Imposible, aquí no hay españolas.

—Caona.

—¿Caona?

—Sí, Caona, la compañera de uno de los caciques en la trampa del banquete.

—Entonces, es india.

—Madre...

—Pero, india.

Lo del ahorcamiento de Caona le causó un poco de vergüenza a Hernán Cortés porque, si no como persona decente, al menos como estudiante de Derecho, él sabía perfectamente bien que no había ninguna justificación jurídica para dicho ahorcamiento.

—A decir verdad, la religión no es excusa suficiente, en este caso, para justificar la matanza de indios en el banquete porque esos caciques eran invitados de honor de mi tío gobernador, y no murieron en una batalla defendiendo sus mezquitas aquí en La Española, y, peor aún, fue el vergonzoso ahorcamiento de Caona. Pero en esta isla de clima malsano, mosquitos, indios e iguanas, y bajo amenazas de aguaceros y huracanes, el gobernador ha sufrido fiebres y, por si fuera poco, el pobre está lejos del tranquilo terruño a orillas del río Guadalquivir, sufriendo tremenda nostalgia por la bella Sevilla, el alegre barrio de Santa Cruz, la hermosa catedral, la cristianísima devoción en Semana Santa, los angelicales Cantos Gregorianos, y, sobre todo, las interesantísimas conversaciones confesionarias con la reina Isabel la Católica.

lica. No cabe la menor duda de que todo esto ha afectado al pobre gobernador. También esto explica la repetición, *ad nauseam*, de su sermón favorito, “Eva y el pecado original”, sermón en el cual por horas defiende la razón por la cual no hay ninguna mujer entre los apóstoles; eran todos hombres, como los sacerdotes o, sobre todo, como los papas, los máximos representantes de Cristo en la tierra; y, condena, vehementemente, en el mismo sermón, la arrogancia e imprudencia de Eva, autora del pecado original, lo cual, como consecuencia, nuestro patriarca, Adán, fue expulsado del Paraíso, Caín mató a su hermano Abel, pero, sin embargo, solamente las mujeres están condenadas a sufrir lo doloroso de cada parto en este Valle de Lágrimas, *per omnia saecula saeculorum*, amén.

—Entonces...

—¿Estás aquí en Santo Domingo para participar en la búsqueda de El Dorado?

—Pues, en Tombuctú, África, hay más oro.

—Entonces, ¿estás aquí para participar en la búsqueda de las Amazonas?

—Ya me enamoré de una bella princesa africana.

—Pues, seguro que estás aquí para buscar la Fuente de la Eterna Juventud.

—No tengo tiempo para mitos, leyendas y, mucho menos, engaños.

—Entonces, ¿qué buscas aquí en La Española?

Otra vez, como en otras ocasiones desde que se conocieron, Juan Garrido, por cortesía, no contestó la misma repetida y frecuente pregunta: ¿Qué buscas aquí en La Española? Aquí hay algo muy sospechoso —pensó Hernán Cortés. Este negro busca algo. No soy tonto, y, no cabe la menor duda, por alguna razón importante, Juan Garrido está aquí en esta isla paupérrima de iguanas, mosquitos, indios, aguaceros, huracanes... ¿Qué buscará? Lamentablemente, aunque quisiera, no puedo denunciarlo, porque es un grato placer conversar con el negro. Pues, habla muy bien la lengua castellana. Además, estoy aprendiendo mucho de sus narraciones sobre los viajes a Córdoba, Sevilla, Granada, Toledo, Salamanca y Barcelona. ¡Diablos! Sin Juan Garri-

do aquí en La Española, me volvería loco. Me parece repugnante que el vasco Balboa haga apuestas con el otro sevillano dueño de Becerrillo, un perro mascota, para determinar si Leoncico, el feroz perro mascota del vasco, es capaz de despedazar a niños, con más violencia sangrienta, que otros perros en Santo Domingo. Tampoco me agrada el otro pasatiempo favorito de Francisco Pizarro. Es un pasatiempo inculto. A veces, después de la santa misa, mientras en la catedral de Santo Domingo se reza el rosario, en cambio en la plaza, el vasco Balboa se ofrece como tesorero, para contar las ganancias de las apuestas que se hacen para ver durante cuál misterio del rosario logra Francisco Pizarro estrangular a una india. Por si fuera poco lo de los pasatiempos favoritos de Balboa y Pizarro, más repugnante es lo de Bartolomé, por supuesto descendiente de conversos, quien, con placer eufórico, organiza el espectáculo arrancamacho, en el cual, tras de amarrar a un esclavo africano desnudo, para que una de las concubinas negras del amo de la Hacienda Hermandad, con lascivia, alborote el libido del esclavo africano, el sevillano Bartolomé simultáneamente suelta a Becerrillo y a Leoncico para que ferozmente arranquen lo más macho del negro. ¿Qué buscará Juan Garrido aquí en La Española? Bueno, sea lo que sea, me alegro de que el africano esté aquí. Su lógica me ha hecho comprender mejor muchas cosas, como eso de que la verdad duele; estoy de acuerdo de que es absurdo, como insiste el navegante genovés con terquedad, que la isla La Española en el Mar Caribe es Cipango, el nombre antiguo de Japón y, peor aún, el disparate de afirmar que Cuba es Catay, el nombre antiguo de China. Pues, el navegante cretino tuvo que haber sabido que durante un año sus paisanos genoveses encarcelaron al viajero veneciano llamado Marco Polo, quien, en aquel entonces, narró detalles importantes de sus viajes al imperio mongol, de donde trajo mercancías, como los fideos, y mucho más. Pues, para los cristianos civilizados, estas islas paupérrimas en el Mar Caribe no son parte de Japón y, mucho menos, no tienen nada de China. Como lo dice tan bien Juan Garrido, “¿Qué de bueno se puede esperar del genovés, quien se proclamó Gran Navegante, pero su ineptitud como navegante se destaca? ¿A qué cretino se le hubiera ocurrido navegar

de noche y tan cerca de una costa desconocida?” Como consecuencia de tales idioteces, en su primer viaje al Mar Caribe, la carabela capitana del navegante genovés encalló, de noche, en esta isla que los cristianos llamamos La Española, pero que Guatiao insiste todavía en llamar Haitiquisqueya. También, hay que darle la razón al africano Juan Garrido, quien dice ser un príncipe del reino más rico y poderoso de África, por poner en tela de juicio la sinceridad y cristianismo del sevillano Bartolomé, el capellán de la Hacienda Hermandad, quien ahora se refugia en una sotana, pero, antes como soldado, participó en matanzas de indios en Santo Domingo y Cuba, y, a mi juicio, para lavar las manchas de sangre en su alma, abogó por la esclavitud de bozales, africanos, negros, porque, según el gran filósofo griego Aristóteles, los negros, y no los indios, nacieron para la esclavitud.

Gracias a las didácticas e interesantes conversaciones cotidianas que he tenido con Juan Garrido, he logrado tolerar la vida aburrida e inculta, aguacero tras aguacero, en esta isla de iguanas, mosquitos, indios, huracanes... No cabe la menor duda de que el africano que se hace llamar Juan Garrido se hubiera sobresalido en la Escuela de Traductores del rey Alfonso X el Sabio porque ha aprendido el castellano tan fácilmente, como si lo hubiera estudiado muchos años en la Universidad Alcalá de Henares; además, sabe portugués, y, con sus amigos en Garachiné aprendió la lengua chibcha; en Borinquén con los indios aprendió la lengua caribe; en la Florida aprendió otra lengua de indios; y aquí en Haitiquisqueya, o mejor dicho, La Española, donde los indios, cariñosamente, le llaman Guatiao, lo cual significa persona de buena voluntad, aprendió la lengua arahuaca... Pero, es una lástima que mi compañero de diálogos, Juan Garrido, sea negro.

—Hernán Cortés, ¿por qué andas con un negro? ¿Qué dirán mis amigos miembros de la Santa Inquisición? ¿Se te olvida que yo soy el gobernador de La Española, y tú eres mi sobrino? Cabeza de Vaca, un segundón de familia pobre e inculta, anda con el negro Estebanico. Pizarro, quien se sospecha que tiene mucho de marrano y un poco de moro, anda con el negro Juan Valiente. El vasco Núñez de Balboa, el estafador y mujeriego de

Santo Domingo, anda con el negro Ñuflo de Olano. Pero ¿tú, mi sobrino? Cristiano viejo, letrado y de pureza de sangre comprobada, ¿por qué andas con un negro?

—Tío...

—Tus confesores me han narrado con lujo de detalles que durante el rosario cotidiano te emborrachas y haces apuestas en los perros mascotas de Pizarro y Balboa para lo de arrancamacho y, peor aún, eres más mujeriego que Balboa. Cada noche buscas una hamaca diferente para mecerte con una india pagana, mujer, pero india, y por eso, según los chismes, a pesar del poco tiempo que vives aquí en Santo Domingo, muchos inditos chillones y mocosos te dicen papá. A decir verdad, lo de las apuestas arrancamacho y las mecederas con indias adúlteras en hamacas no es gran cosa, porque, como el personaje en *El burlador de Sevilla*, con una buena confesión, ¡salvación!, gracias a Dios borron y cuenta nueva. Pero, lo que sí no te puedo perdonar es eso de tener amigo negro y andar por todas partes con el negro. Esto es una vergüenza. Amistad con un negro.

—Pero...

—Sobrino, ¿quién es este negro?

—Orapronobis.

—¿Por qué el negro anda tanto contigo?

—Pues tío, Orapronobis es mi esclavo.

—Mucho cuidado con el negro. Se dice que este negro hace demasiadas preguntas. Además, se sospecha que anda tras la búsqueda de algo para robar.

—No se preocupe, tío. Este negro mío no es peligroso. Orapronobis pasa hora tras hora rezando letanías para que ocurran milagros.

—No se puede confiar en ningún negro, porque todos son iguales. Ladrones y matones.

—Es la verdad.

Mi sobrino es muy mentiroso y ladrón como su amigo Francisco Pizarro —pensó el gobernador de Santo Domingo—, y, según fray Bartolomé, el capellán de la Hacienda Hermandad y confesor favorito de muchos en esta colonia, quien se sabe todos los chismes de Santo Domingo, el verdadero nombre del negro

Orapronobis es Juan Garrido, y el negro Juan Garrido es realmente esclavo de don Diego Casanova. Pero, por prudencia, y como se trata de mi sobrino, don Diego, un gran amigo de la Iglesia y el verdadero y legítimo dueño de Juan Garrido, ha decidido callarse y no reclamar su pieza de Indias. Pues sí, el abuelo de don Diego, dueño de la carabela *Lusitania*, y fundador del negocio de marfil en Portugal, ordenó un día que mataran las jirafas, las cebras, los elefantes y los cachorros de varias leonas en el jardín de un rey de África que no le quiso vender esclavos en lugar de marfil. Una triste e inolvidable madrugada tenebrosa de silencio raro y extraño, antes de que los gallos con su *quiquiriquí* despertaran al más rico y poderoso rey de África, en el palacio del rey africano, un grumete chuenta de *Lusitania* secuestró de su cuna a un niño negrito, a quien, al desembarcar luego en el puerto de Lisboa, lo bautizaron y nombraron Juan Garrido.

—Otro asunto

—¿Otra vez lo de Orapronobis?

—El negrito que acompaña a tu Juan Garrido.

—Bayano

—¿Es hijo, sobrino o ahijado?

—El niño Bayano...

—Ya sé; no me lo tienes que decir; el negrito es aprendiz de ladrón y matón.

—Pero, tío...

—Pues, dime con quién andas y te diré quién eres. Seguro que Bayano va a ser peor y más famoso que el otro negrito que acompaña a Ñuflo de Olano,

—Felipillo Congolino?

—Sobrino, mucho cuidado con Bayano.

—Juan Garrido cuida mucho a Bayano.

—Bayano, aprendiz de ladrón y matón.

Mientras Hernán Cortés y su tío fraile conversaban entre ellos como si Orapronobis no estuviera presente, el príncipe africano hizo caso omiso de ambos y del tema de la conversación, porque prefirió concentrar su atención en Pedro Mindonga, quien empezó el relato de que Juan Garrido era un polizante pobre que logró llegar a Santo Domingo cuando, en la víspera de zarpar

la *Trianera*, al ahogarse un grumete en el río Guadalquivir, el sevillano mendigo quien ahora se hace llamar Juan Garrido, clandestinamente, ocupó el lugar y tomó el nombre del grumete ahogado. Sin embargo, esto no perturbó tanto al príncipe Obadelé como, entre otras cosas, lo de Felicidad Dolores, la cocinera de la Hacienda Hermandad, quien tenía la costumbre de usar sólo refranes en los diálogos.

—¿Qué te parece Santo Domingo?

—Pueblo chico infierno grande.

—¿Qué me cuentas de Pedro Mindonga?

—Se recibe el palo de quien menos se espera.

—¿Eso piensas de tu...?

—Pues, árbol que crece torcido nunca su tronco endereza.

—¿Qué opinas de Hernán Cortés?

—Lo que Natura no da, Salamanca no presta.

—¿Y su tío gobernador?

—El hábito no hace al monje.

—¿Y Francisco Pizarro?

—Ser peor el remedio que la enfermedad.

—¿Y los otros colonos?

—De tal palo tal astilla.

—Supongo que tu situación en la Hacienda Hermandad es mejor que lo de antes en Sevilla.

—En casa de herrero cuchillo de palo.

—¿Cómo es don Diego Casanova?

—El que siembra vientos cosecha tempestades.

—Pero, se dice que es el esclavista y negrero más benévolo.

—Es inútil pedir piñas al naranjo.

—¿Es cierto que fray Bartolomé...?

—La iguana, aunque se vista de seda, iguana queda.

—¿Qué me aconsejas en cuanto a la estrategia de...?

—El principio de la salud está en conocer la enfermedad.

Lo que no comprendo —pensó el príncipe Obadelé— fue el tono en la voz de Felicidad Dolores cuando le comuniqué que, como las cosas se hacen a su debido tiempo, primero quería destruir el saco blanco escondido, y por lo tanto mi búsqueda me llevaría rumbo a Borinquén, Xaymaca, Portobelo, Darién,

Florida, Cuba y otros lugares. Pero, no fue lo que dijo Felicidad Dolores, sino el tono de su voz al decir:

—No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. Más vale pájaro en mano que ciento volando.

—Pues, hoy mismo voy a tomar medidas para proteger al niño Bayano.

—No olvides que, además del asunto pendiente de los sacos blancos, también tienes que proteger a los otros niños de los colmillos de Becerrillo y Leoncito.

Poco después de la conversación con el gobernador de La Española sobre Juan Garrido, Hernán Cortés, para evitar conflictos con su tío y, sobre todo, el Santo Oficio de la Inquisición, acompañó primero a Ponce de León a Puerto Rico, y, luego, decidió participar en la conquista de Cuba con su amigo Diego Velázquez.

Acá en Cuba, felizmente, todo es mejor. Las playas de Cuba son más bellas, las frutas más sabrosas, los gorjeos más melodiosos y, también, las palmeras son más hermosas. Y aunque Cuba no es Catay, y aquí no se inventó ni la pólvora ni el papel, por lo menos, hay mucha felicidad lejos de la viruela, la traición, la hipocresía, la crueldad, los vicios, el hambre, el racismo, la crítica a mi amistad con el negro Juan Garrido, los pleitos y el aburrimiento como, fastidiosamente, allá en Santo Domingo, donde, misteriosamente, algunos colonos morían, por la maldición de Caona, asfixiados, con extrañas huellas de soga en la garganta, al dormir en hamacas.

A mi juicio, lo mejor de la bella Isla de Cuba es el hecho de que yo soy alcalde de Santiago de Cuba, donde brillan por su ausencia Balboa y Pizarro y sus perros mascotas, Leoncico y Becerrillo respectivamente, perros cuyos ladridos espeluznantes y ferocidad rabiosa eran los repugnantes pasatiempos favoritos en lo de las apuestas de arrancamacho, en la plaza, a la hora de los rezos del rosario allá en la catedral de Santo Domingo. Además, para los cristianos civilizados y colonos decentes de la villa de Santiago de Cuba, fue un alivio cuando esos dos analfabetos incultos y salvajes se marcharon como polizontes en barcos que navegaron desde Santo Domingo rumbo al Istmo de Panamá,

donde Leoncico y Becerrillo saciaron otra vez su sed de sangre al despedazar con mucha ferocidad a indios y negros durante la búsqueda de la ruta que los llevó a las perlas preciosas cerca de Garachiné y el oro de Cuzco, tras de obtener, por medio de torturas y amenazas de los dos perros rabiosos, esa información de Ñuflo de Olano, quien le había prometido a Pedro Mindonga en Santa María la Antigua del Darién, besando el crucifijo en una solemne misa de Pascua, nunca divulgar el secreto de los tesoros en Garachiné y Cuzco a nadie. También estoy feliz, acá en Cuba, porque se dice que tengo el mejor esclavo y amigo de la isla. Mi negro, Orapronobis, me acompaña fielmente a todas partes y vigila celosamente todas mis cosas. Es más, ha hecho un cuidadoso inventario de todas mis pertenencias; además, mi hacienda es la más limpia de Santiago de Cuba, porque mi negro Orapronobis mantiene todo limpio como si con frecuencia buscara un alfiler en cada rincón de mi encomienda.

¿Qué es lo que realmente buscaba el negro allá en Santo Domingo, y qué posiblemente buscará acá en Cuba?

Es una lástima que Orapronobis sea negro, pero es la única persona en Cuba, como en Santo Domingo, en quien puedo confiar. Pues sí, cuando el africano regrese de La Habana, donde fue tras la búsqueda de no sé qué, le voy a confiar mi secreto. Es un sueño que se ha repetido varias veces. En el sueño, hay una carabela anclada en el puerto de Guanabacoa, y, cuando me acerco, escucho una voz de las nubes que me invita a navegar rumbo a Tierra Firme, donde en la costa voy a encontrar a la Virgen Morena que se parece a la Virgen de la Regla y la Virgen Morenilla del Espino. La Virgen Morena me guiará a la cima de un cerro donde debo cumplir con la misión sagrada de construir una iglesia más grande que la catedral de Sevilla.

Hernán Cortés tuvo que esperar varios meses para conversar con Juan Garrido sobre lo del sueño de la Virgen Morena y la construcción de la iglesia, porque, secretamente, con frecuencia, Juan Garrido se ausentaba de Santiago de Cuba, no para deambular tranquilamente por las calles de La Habana, sino para visitar a su mujer arahuaca e hijos cerca de la villa de Nueva Sevilla, en Jamaica.

—Tienes que cumplir con tu misión.

—Pero...

—Es importante que cumplas con la misión.

—Pero...

—Es una irresponsabilidad no cumplir con la misión.

—Pero...

—Es cuestión de honor y tienes que cumplir contra viento y marea. Pues, claro que sí, yo te ayudaré con el cumplimiento de esta misión sagrada.

Era la Noche Triste, lejos de la Villa Rica de la Vera Cruz y cerca de Cholula, cuando logré convencer a Hernán Cortés cumplir con su misión sagrada.

Aquella Noche Triste, tras la derrota aplastante de los españoles en Tenochtitlán por los valientes guerreros aztecas de Moctezuma, no fue tarea fácil convencer a Hernán Cortés de que cumpliera con la misión sagrada revelada en sus sueños, porque, aparte del altísimo saldo de muertos y heridos entre los españoles, también se sentía muy humillado y ofendido que derrotaran, según él, indios salvajes y herejes a un cristiano civilizado de cepa celtíbera que había estudiado la lengua castellana en la Universidad de Salamanca. Además, lo de la misión sagrada había puesto en tela de juicio, desde un principio, eso de que Malintzin de Coatzacoalcos, una india que le regalaron los indios de Tabasco “como señal de amistad” tras la derrota de los yucatecos en Ceutla, fuera la verdadera y auténtica Virgen del sueño, porque, “todo cristiano civilizado sabe que una india nunca puede ser Virgen”.

Otro asunto inquietante para Cortés era la sinceridad de Juan Garrido en su promesa de apoyar el cumplimiento de la misión sagrada; sospecha que el único interés del africano era la búsqueda de algo importante en México como en Cuba y en Santo Domingo.

No obstante, lo que Cortés ignoraba era el hecho de que, en aquel entonces, el mayor interés de Juan Garrido no era averiguar sobre el origen de los rasgos africanos en las cabezas de olmecas encontradas cerca de la Villa Rica de la Vera Cruz, ni mucho menos en ninguna otra búsqueda, sino la fascinación de estar, en todo momento, al lado de Malintzin de Coatzacoalcos,

la amante e intérprete de Hernán Cortés, para aprender las lenguas maya y náhuatl.

Tras la humillante derrota de los españoles en la Noche Triste, yo, para ayudar en el cumplimiento de la misión sagrada de Cortés, quien, al dormir, con frecuencia, se imaginaba que estaba en una hamaca y deliraba en sus sueños sobre el ahorcamiento de Caona en Haitiquisqueya, decidí tomar las riendas de las más importantes batallas contra los guerreros aztecas en el camino rumbo al cerro que buscaba Cortés, para construir la iglesia del sueño.

Un atardecer, poco después de consultar, en náhuatl, con Malintzin de Coatzacoalcos sobre la ubicación del Templo Mayor y las pirámides de Teotihuacán no obstante la oposición de varios capitanes y compañeros de Cortés, ordené que, así como se hizo con las monumentales cabezas de olmecas cerca de la Villa Rica de la Vera Cruz, también, bajo pena de tortura y muerte lenta con la misma pasión del Santo Oficio de la Inquisición, en todas las batallas bajo mi mando no se tolerarían profanaciones ni mucho menos la mínima destrucción de ninguna pirámide en México. Luego, mi segunda decisión fue establecer tambores africanos a lo largo del camino desde la Villa Rica de la Vera Cruz hasta Cholula, para que los esclavos negros de Cortés pudieran comunicar mensajes en las ceremonias de bembés; los españoles, incluyendo al mismo Cortés, que pusieron en tela de juicio y ridiculizaron a carcajadas estruendosas mi decisión, luego se alegraron cuando, por medio de los tambores africanos, supimos todos los detalles del desembarco de la expedición al mando de Pánfilo de Narváez, para arrestar a Hernán Cortés, lo cual no se cumplió porque, por la comunicación constante de los tambores africanos, de día y de noche, pudimos prepararnos y derrotar a los otros españoles y reclutar a sus esclavos africanos que desembarcaron en el puerto de la Villa Rica de la Vera Cruz.

Luego, convoqué una reunión, como hacía mi padre rey en el Consejo de Ancianos allá en África en el reino más rico y poderoso a orillas del río Nilo y los alrededores del volcán Kilimanjaro, con Estebanico, Juan Valiente y Ñuflo de Olano, viejos amigos que habían llegado con los soldados de Pánfilo de

Narváez, para examinar con ellos los pormenores de la conquista del corazón azteca: Tenochtitlán.

A la siguiente noche de la reunión con los viejos amigos sevillanos de ascendencia africana, a quienes conocí en Santo Domingo, le informé a Cortés que la mejor estrategia militar, para vengar la humillación de la Noche Triste, era fingir amistad y unir a los diversos grupos de indios en el camino a lo largo y ancho entre la Villa Rica de la Vera Cruz y Cholula, todos enemigos de los aztecas; la estrategia también cumpliría con mi anhelo de defender a los oprimidos, los tlaxcaltecas, severamente castigados y ofrecidos generosamente en los sacrificios humanos de los aztecas en el Templo Mayor, principalmente, al dios de la guerra llamado Huitzilopochtli.

Finalmente, yo, Juan Garrido, le comenté a Cortés que, además de atacar a los guerreros aztecas en Tenochtitlán por medio de la cruz, la espada, la pólvora y los caballos, el triunfo también era posible con, por supuesto, el *pra-pra-bum, bumprá, bumprá...* de los tambores africanos.

ÜRÜWA

Las ceremonias protocolares y los asuntos oficiales del Comité Olímpico, tanto como la construcción de estadios, hoteles, la Villa Olímpica y las otras preparaciones para los Juegos Olímpicos de verano marchaban viento en popa en la gran metrópoli de California, la ciudad de Los Ángeles, fundada en 1781 por pobladores mexicanos, la mayoría de ascendencia africana e indígena, quienes recordaban principalmente los acontecimientos de los olmecas, mayas, aztecas y la grandeza de Tenochtitlán en la época de Moctezuma, y, también, las hazañas de dos ancestros africanos, uno Conquistador y el otro Libertador: Juan Garrido y Yangá.

En las vísperas de la llegada de la antorcha olímpica, los medios de comunicación informaron que, aunque en la megalópolis la contaminación ambiental paulatinamente sofocaba fauna y flora, notablemente, se observaba muchísimo entusiasmo vinculado con las preparaciones para el gran acontecimiento internacional de atletismo en los vecindarios paupérrimos habitados mayormente por moradores de ascendencia africana e indígena. En algunos hogares de estos vecindarios, cuyas paredes estaban manchadas con tripas de cucarachas y sangre de ratas, había cuadros con los rostros de Jesucristo, Martin Luther King, Jr. y Malcolm X, y una bandera tricolor en rojo, negro y verde con la súplica: *Abolish Apartheid in South Africa and Free Nelson Mandela*; en cambio, en otros hogares, también con las paredes manchadas, había cuadros de la Virgen de Guadalupe, San Martín de Porres y César Chávez, y una bandera roja con un águila negra en el centro con el reclamo: *¡Viva la Causa!*

Además, los hogares en estos vecindarios urbanos eran huérfanos de esperanza porque muchos de los moradores jóvenes languidecían en cárceles u hospitales. Los que, a duras penas, lograban evitar estos espacios matadores de esperanza o el silencio permanente de los cementerios (hogar de las nume-

rosas víctimas de los policías racistas, las batallas entre pandilleros sedientos de venganza y sangre, y el flagelo general de la pandemia de las drogas), pasaban meses y años no en colegios y universidades, sino embarcados en portaviones y acantonados en campamentos militares ubicados lejos en el extranjero; y con ametralladoras en mano, estaban bien adiestrados y listos para derramar sangre, aquí y allá, supuestamente en defensa de la libertad y la justicia según se les inculcó repetidamente, aunque nada de eso tenían en su propia patria.

También, en estos mismos vecindarios urbanos de gente pobre, donde por si fuera poco el necio zumbido diurno de moscas, el necio zumbido nocturno de mosquitos, el incesante bullicio y la algarabía de las vergonzosas vulgaridades vociferadas a gritos en las frecuentes peleas callejeras entre mujeres chancleterras y hombres borrachos, vivían familias humildes y decentes de ascendencia africana e indígena, quienes, a pesar de los anhelos de vivir en un lugar menos bullicioso y peligroso con el propósito de lograr la oportunidad de obtener una mejor educación para sus hijos, carecían de los recursos necesarios e indispensables para fugarse de ese ambiente creado, en parte, por gobiernos apáticos e ineptos, por el desempleo crónico, por el narcotráfico, por la falta de atención médica adecuada, por las acciones de agentes de bienes raíces corruptos y comerciantes inescrupulosos, por el odio de los miembros de la Ku Klux Klan y por la malicia general.

Y, de día en día, la situación conflictiva en estos vecindarios, aglomerados como hormigueros, iba de mal en peor, por las oleadas de inmigrantes de todos los grupos étnicos, lenguas, religiones y nacionalidades que hay en el mundo, sobre todo, la llegada atropellada de negros, zambos, morenos, trigueños, mulatos, mestizos y blancos de todas las nacionalidades caribeñas y latinoamericanas. Muchos de estos inmigrantes eran indocumentados, quienes, contra viento y marea, habían logrado cruzar la frontera de Estados Unidos y Canadá y, también la de Estados Unidos y México, principalmente desde la ciudad fronteriza de Tijuana, lugar popularísimo donde se reúnen los que, noche tras noche, sueñan con viajar clandestinamente hacia el país de las oportunidades —*Land of Opportunity*—, burlándose de las

patrullas fronterizas, para escaparse de la violencia, la discriminación, el desempleo, la pobreza y la miseria que los azotaban diariamente en sus países de origen en el Caribe y Latinoamérica, por consecuencia de gobiernos corruptos e ineptos, de militares crueles, de policías sádicos, de compañías multinacionales deshumanizadas, de maquiladoras abusadoras de la dignidad humana, de resignación religiosa fatalística, de compatriotas abúlicos y de las guerras fratricidas que estaban fundadas en ideologías políticas ajenas que no se entendían por el analfabetismo crónico. No obstante, en aquel entonces de la temporada de los Juegos Olímpicos, en todos los vecindarios paupérrimos, contaminados, nauseabundos, bulliciosos, aglomerados, conflictivos y huérfanos de esperanza, había una inundación de felicidad y alegría.

Pero el mismo entusiasmo festivo de esos vecindarios, por los Juegos Olímpicos, igualmente colmaba de felicidad y alegría los suburbios acaudalados, los cuales estaban coronados con flores hermosas de fragancias encantadoras y, también, rodeados de árboles fructíferos y frondosos que generosamente les brindaban amparo bucólico a mariposas monarcas, a ardillas juguetonas y a pajaritos arcoirescos de gorjeos melodiosos y sinfónicos.

En los suburbios de gente rica, las residencias lujosas estaban ubicadas en calles espaciosas, serenas y pulcras. Además, en estas residencias las paredes exhibían valiosísimas obras maestras de Picasso, van Gogh, Matisse, Cézanne y Dalí, y en ese ambiente culto deleitaban las melodías sempiternas de Mozart, Chopin, Bach, Liszt y Vivaldi.

Las habitaciones de las residencias en los suburbios estaban albergadas cómodamente por personas que, según sus abuelos de memoria quijotesca, pertenecían a una antigua dinastía aristocrática de cepa europea y asiática. Estos aristócratas, en su mayoría *nouveau riche*, herederos de una fortuna opulenta, frecuentaban paraninfos, teatros, galerías de arte moderno y museos, y, como de costumbre, después de las conferencias, óperas, exposiciones y sinfonías, organizaban tertulias en un restaurante elegante favorito, para paladear cenas opíparas de mariscos y carnes con vinos blancos y tintos importados. Luego, embria-

gados con los regocijos saturados de arrogancia, se dedicaban a animar las charlas de sobremesa, en las cuales hacían jactancias, *ad nauseam*, de las primaveras en las avenidas de París, los veranos en las playas del Mar Mediterráneo, los otoños en los restaurantes de Nueva York, los inviernos en las montañas más altas de Europa, los paseos por los monumentos de Roma, las visitas a las ruinas de Atenas, los espectáculos más magníficos en los teatros de Londres, las compras de aparatos electrónicos más reputados en Tokio, las caminatas por la Gran Muralla en China, las vacaciones a los palacios de los zares en Rusia, los carnavales en Río de Janeiro y los estudios en West Point, Oxford, Sorbona, Princeton, Yale, Harvard y UCLA.

Por primera vez en la historia de la megalópolis, los conflictos étnicos, religiosos y políticos fueron suspendidos efímeramente, tanto como las rivalidades de clases sociales y nacionalidades, por las oleadas inundantes de alegría, felicidad, cooperación y sentimiento de fraternidad de los ciudadanos, quienes, pletóricos de euforia, hasta olvidaron, momentáneamente, como durante los carnavales cariocas, sus prejuicios y odios raciales, para organizar todos, con mucho empeño, los más lucrativos y pomposos Juegos Olímpicos de verano que, según la meta anhelada, el propósito era eclipsar todas las célebres olimpiadas anteriores.

En cambio, en una oficina universitaria, por el asunto de una misión secreta, y, además, por la inquietud de la búsqueda por Rosita y la rememoración de la pesadilla en torno a Jovita, el único habitante en toda la megalópolis que hacía caso omiso del entusiasmo olímpico era un catedrático panameño de ascendencia africana conocido, cariñosamente, con el apodo “Papimambí”.

En la oficina universitaria de ese catedrático, frecuentada por espíritus ancestrales, estudiantes, obreros y fantasmas, allí se destacaban las fotografías de Arturo Alfonso Schomburg, José Martí, Antonio Maceo, Marcus Garvey, Rosa Parks, Kwame Nkrumah, John Quincy Adams, Armando Fortune, George Westerman, Abdias do Nascimento y Rigoberta Menchú.

Para muchos amigos del docente panameño, en la oficina llamaban la atención los diplomas universitarios en una pared.

Pero, para algunos estudiantes, lo que más llamaba la atención no eran los diplomas, sino una pintura de un trapiche rodeado de un cañaveral; además, a estos estudiantes les fascinaba el hecho de que, cada anochecer, llegaban luciérnagas para apiñarse en la pintura, formando chispeantemente la palabra *añónguru*.

En otra pared de la oficina, había una placa con el rótulo: “Biblioteca Juan Latino”, y en los anaqueles había muchos libros en español, portugués, francés e inglés de géneros y temas diversos. En efecto, el libro más notable en los anaqueles era sobre Boukman, Toussaint Louverture, Jean Jacques Dessalines y Henri Christophe, héroes africanos de la Revolución Haitiana; el segundo libro notable era sobre los reyes africanos cimarrones en el Caribe y Latinoamérica: Lemba, Yangá, Bayano, Gallo, Benkos, Satuyé y Zumbí, fundadores de Maniel Higüey, Palenque Cofre de Perote, Palenque Congo, Mocambo Guantánamo, Palenque San Basilio, Palenque Cumbe Garífuna y Quilombo dos Palmares durante la época colonial en Santo Domingo, México, Panamá, Cuba, Colombia, Honduras y Brasil respectivamente. El asunto del tercer libro más notable era sobre los millares de obreros de ascendencia africana oriundos de Jamaica, Barbados, Martinica, Santa Lucía, Grenada, Trinidad, Guadalupe y otras islas en el Mar Caribe, conocidos como *diggers*, quienes participaron en la construcción del Ferrocarril transístmico y el Canal interoceánico de Panamá.

Había también en aquellos anaqueles pequeños bustos del abolicionista haitiano Henri Christophe, del brasileño André Rebouzas y del cubano José Antonio Aponte; también se hallaban allí bustos del escritor cubano Juan Francisco Manzano, del orador brasileño Luís Gama, de los panameños Armando Fortune y George Westerman, del general mexicano Vicente Guerrero, del almirante colombiano José Prudencio Padilla y del general cubano Antonio Maceo, todos de ascendencia africana.

En otra pared de la oficina había un cuadro de la gran reina guerrera de Angola, Nzinga Mbandi, y dibujos de los rostros de las valientes cimarronas de ascendencia africana en las Américas: Luísa Mahin, Mamá Tingó, Barauda, Filippa María Aranha, Guiomar, Wiwa y Bahiana; además, en esa misma pared, había

una concha de Haití, un güiro de Cuba, un berimbau del Brasil, un par de maracas garífunas de Honduras y un tambor congo de Panamá.

La oficina universitaria de Papimambí también tenía una pequeña ventana postiza de color verde que, en realidad, era un espejo. Y todos los que se acercaban para abrirla, creyendo que era una verdadera ventana, se retiraban haciendo gestos de sorpresa, felicidad, dolor, o aún de asombro o enojo al ver algo inesperado o sorprendente en el espejo.

Sin embargo, lo único en la oficina universitaria que era raro, o que al menos, aparentemente estaba fuera de lugar, era el hacha colocada sobre una mancha amarillenta en el suelo, en un rincón cerca del cesto de basura.

El catedrático, cariñosamente apodado Papimambí, admirador de la música de Scott Joplin, Mozart, Vilvaldi, Beethoven, Bach y Bizet, y, también, aficionado al ajedrez y al dominó, a diario, estaba al tanto del progreso y las preparaciones para los Juegos Olímpicos, por las frecuentes llamadas telefónicas que recibía de los miembros del Comité Olímpico, tanto en su oficina como en su residencia, invitándole a participar como asesor de asuntos internacionales y director de los estudiantes voluntarios, quienes funcionarían como anfitriones de los atletas africanos, caribeños y latinoamericanos. Pero el catedrático, igual al gran orixá africano bailarín, Changó, quien no rechazaba jamás ni una sola oportunidad para bailar rumbas a lo cubano, cumbias a lo colombiano, sambas a lo brasileño, parrandas a lo garífuna, merengues a lo dominicano, beguines a lo martiniqueño y tamboritos a lo panameño, todos ritmos de la herencia africana, y quien tampoco se perdía ni una sola ocasión para trabajar con estudiantes, por segunda vez (la primera vez fue en la temporada de la Copa Mundial), no aceptó la invitación hecha para ser asesor de asuntos internacionales y la oportunidad para funcionar como director de estudiantes anfitriones en el acontecimiento atlético de mayor gloria internacional.

De hecho, el rechazo de la invitación del Comité Olímpico fue una decisión muy difícil para el catedrático, porque, para él, los estudiantes no eran solamente amigos queridos sino también

como hijas e hijos cariñosos de su familia. Por lo tanto, en el aula de clases entablaba diálogos socráticos con ellos, a quienes trataba respetuosa y cariñosamente no sólo como estudiantes jóvenes sino también como viejos amigos con quienes gustosamente compartía momentos agradables: cenas y tertulias; y con mucha frecuencia les recordaba: “El tiempo es muy valioso, pues claro, valiosísimo... los árboles secoyas gigantes de California ya tienen más de tres mil años, pero nosotros, en esta vida vamos a tener menos de cien años para estudiar y aprender, leer libros importantes, viajar, conversar, amar, abrazar con cariño, besar con ternura, ver películas interesantes, disfrutar de las fragancias de las flores, admirar la hermosura de un arcoíris, escuchar gorjeos melodiosos, saborear frutas... pues sí, tanto de lo bueno en esta vida en menos de cien años”.

Además, a menudo, cuando se reunía con estudiantes, el docente universitario repetía: “Debemos indagar y meditar sobre cuál es nuestra razón de ser. Pues sí, al morir, ¿cómo es el mundo desde el momento de nuestro nacimiento? ¿Igual? ¿Peor? ¿Mejor? Al final de nuestra existencia, ¿ha sido nuestro aporte contundente como el del Dr. Charles R. Drew, George Washington Carver, Patricia E. Bath, los obreros afrocaribeños del Canal de Panamá..., o malo y vergonzoso como, por ejemplo, lo de Hitler, lo del terrorista en Oklahoma City, lo de los terroristas suicidas de las Torres Gemelas en Nueva York o lo de los terroristas de la Ku Klux Klan? ¿Hemos vivido como esclavos del odio, de la hipocresía, de la superficialidad, de las drogas...? ¿Hemos defendido nuestra dignidad ancestral, con orgullo y honor como lo hicieron valientemente Harriet Tubman, Rosa Parks, Florinda Muñoz Soriano...?”

Un martes al atardecer, después de asistir a varias conferencias en el paraninfo universitario sobre la autobiografía de Juan Francisco Manzano, los poemas de Gaspar Octavio Hernández, los ensayos de Abdías do Nascimento, los poemas de Aída Cartagena Portalatín y Eulalia Bernard, las décimas de Nicomedes Santa Cruz, las novelas de Adalberto Ortiz y Manuel Zapata Olivella, escritores caribeños y latinoamericanos de ascendencia africana de Cuba, México, Panamá, Brasil, Puerto

Rico, Uruguay, República Dominicana, Costa Rica, Perú, Argentina, Venezuela, Ecuador y Colombia respectivamente, Siboney, una estudiante cubana, vino a la oficina del catedrático panameño para hablar con él sobre el tema de la próxima conferencia. Ella venía acompañada de otro estudiante, y al observar las mariposas portobeleñas y esperar hasta que ya no se escuchaban voces en la oficina de su profesor favorito, especialmente la voz que decía, "... y sobre todo pido cumplimiento de justicia", y la otra más fuerte que, como un trueno, clamaba: "*Liberté ou Mort!*", tocó suavemente en la puerta con los nudillos de la mano derecha. Pero antes de abrir la puerta, como durante las otras visitas, primero leyó la cita de José Martí en una placa dorada en la puerta que decía: "Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas".

Al entrar en la oficina olorosa a maní, Siboney saludó al profesor, y tras de los acostumbrados besos y abrazos, la estudiante fingió torpeza, dejando caer cinco limones, los cuales aplastó inmediatamente con sus zapatos negros antes de echarlos al cesto de basura, cerca del hacha sobre la mancha amarillenta en el suelo.

—Profe, tengo un bochinche.

—¿Un chisme?

—Sí.

—¿Y tú?

—Hay una pareja istmeña que muchos evitan como una plaga y nadie desea invitar a las fiestas.

—¿Por qué?

—Pues, antes de que la pareja llegue a una casa, hay que cubrir todos los espejos.

—Eso es raro.

—Pues, también hay que sacar de la casa los muebles de caoba.

—Eso es extraño. ¿Sabes por qué?

—Pues, también hay que esconder las hamacas.

—Eso no tiene...

—Y nada de rumba, cumbia, samba, bambasú, calipso...

—Pero...

—Además, no se puede servir comida de chombos: *domplín, patí, wapi...*

—¿En una fiesta?

—Tampoco se puede hablar inglés.

Al rato, con voz encantadora, como si fuera una sirena caribeña, Siboney le comentó al docente su deseo de participar como estudiante anfitriona voluntaria en los Juegos Olímpicos. Sin embargo, igual como durante la Copa Mundial, su profesor y amigo le informó que lamentaba mucho no poder aceptar la invitación que le habían hecho para funcionar como director de los estudiantes voluntarios porque, esta vez, estaba ocupadísimo escribiendo varias ponencias para el Centenario del Canal de Panamá.

Siboney se puso muy triste y recordó esa decepción también como si fuera solamente ayer, aunque ya habían pasado años. En esa ocasión el profesor no permitió siquiera ni un momento de interrupción porque quería dedicar todo su tiempo a la conferencia que preparaba sobre el papel de Juan Garrido en la conquista de Tenochtitlán; de Estebanico en la conquista de la Florida; de Nufflo de Olano en la conquista del Darién; y de Juan Valiente en la conquista de Cuzco. Estudiaba especialmente los detalles de las hazañas cimarronas de Lemba, Yangá, Bayano, Gallo, Benkos, Satuyé y Zumbí; y, también, los aportes de los africanos y sus descendientes caribeños y latinoamericanos a las historias, culturas e identidades en las Américas. Todo esto ocurrió en vísperas del V Centenario de la llegada de la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* a la isla Haitiquisqueya (hoy día, isla caribeña compartida por Haití y la República Dominicana).

En aquel entonces al descendiente de Felicidad Dolores no le pareció prudente dedicar tiempo a la Copa Mundial porque tenía cosas más urgentes en que pensar, como el ahorcamiento de la cacica Caona en La Española y la matanza de indígenas en Tenochtitlán, Darién y Cuzco; las torturas del Santo Oficio de la Inquisición en toda la América Latina y el Caribe; y, sobre todo, la mayor tragedia de la historia humana que duró casi cuatro siglos: la llegada de los barcos negreros capitaneados por europeos que zarpaban desde África con esclavos africanos rumbo a las islas del Mar Caribe y los puertos de Tierra Firme.

Además de un proyecto tan importante, el profesor Papi-mambí también estaba ocupadísimo preparando un informe en español, portugués, francés e inglés para varios periódicos en el Caribe y la América Latina, titulado “Los estragos del alfabetismo, el narcotráfico y el SIDA en las *favelas* del Brasil y otras comunidades marginadas, barriadas brujas y villas miserias en las Américas”.

—Profe, por favor, ¿cuál es el tema de la próxima semana en el paraninfo?

—Aquí tengo los libros más importantes que vas a necesitar para tu ensayo final: *África en América Latina*, por Magnus Morner; y *Black Writers in Latin America*, por Richard L. Jackson. También voy a conseguir de Londres por correo urgente un tercer libro que completará tu bibliografía: *No Longer Invisible: Afro-Latin Americans Today*.

—Muchas gracias. Profe, me parece lamentable que, hasta la fecha, hay muy poco sobre el tema de la africanía en Latinoamérica escrito y publicado en español y portugués. Además del libro de José Antonio Saco, el único estudio más completo que he encontrado en español es *África en América Latina*, por Manuel Moreno Fraginals.

—Sí, estoy de acuerdo; es lamentable el caso omiso que, por lo general, se hace del aporte africano en las Américas.

—Profe, pero, ¿cuál es el tema de la próxima...

—Plácido, Nicolás Guillén y Nancy Morejón.

—Poetas de mi bella Cuba.

—Cuna caribeña de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Félix Varela y José Martí.

Siboney y su amigo panameño conversaron sobre el general Antonio Maceo, el Titán de Bronce y héroe mambí de las batallas contra la tiranía española; y, también, sobre los soldados cubanos de ascendencia africana que lucharon en el Ejército Mambí. Además, Siboney le comentó a su profesor, durante la conversación, el hecho de que más de seis mil de los soldados mambises fueron masacrados brutalmente (después de que principalmente por ellos Cuba logró librarse de la tiranía española), por haber sido miembros del Partido de los Independientes de

Color, el cual fue fundado en 1908 por los soldados mambises Evaristo Estenoz, Pedro Ivonet y Gregorio Surín, para combatir la discriminación racial impuesta por los miembros de la “sacrocracia”, nativa y extranjera, contra los que más sangre derramaron, combatiendo valientemente con machetes, por la libertad de Cuba: los soldados mambises de ascendencia africana.

Al rato, aprovechando un momento de silencio, el amigo de Siboney pensó en el hecho de que, paulatinamente, lo del sueño como pasajero del navío *Mayflower*, donde era intérprete, fue reemplazado por el sueño de la goleta *La Amistad*.

En este nuevo sueño, ocurrido el primer anochecer de junio de 1839, el joven africano Sengbe Pieh, con el apoyo de Grabeau y Burnah, lograron recuperar la libertad de los otros cincuenta africanos, cuatro de ellos criaturas (tres niñas y un niño), quienes habían sido secuestrados de sus hogares en territorio Mende, a orillas del río Sherbro en África, y llevados a la isla de Lomboko, donde el negrero español Pedro Blanco los embarcó en un navío negrero con tripulantes portugueses que, tras de navegar durante dos meses en el Océano Atlántico rumbo al Mar Caribe, los portugueses echaron anclas en el puerto de La Habana, Cuba. Luego, en el mercado de esclavos, los africanos encadenados fueron colocados en la bodega de la goleta *La Amistad*, para ser llevados a los cañaverales de Puerto Príncipe, Cuba. Pero, en la cubierta de la goleta, la hazaña libertadora de los valientes africanos, armados con machetes y dirigidos por el joven Sengbe Pieh, les negaron a los esclavistas españoles el placer de derramar sudor y sangre de africanos en la crueldad cotidiana de los latigazos durante las veinte horas diarias de la zafra en los cañaverales. Los africanos también les arrebataron a los españoles la oportunidad de disfrutar de la codiciada riqueza del azúcar.

—Siboney, ¿es tu amigo sordomudo?

—No, es brasileño.

Carioca Vatapá, el estudiante que acompañó a Siboney a la oficina de Papimambí, no dijo absolutamente nada durante la conversación. Pensaría que en Brasil se vivía en un paraíso racial por la armonía de blancos y negros evidente cada año, cuatro días antes del Miércoles de Cenizas, en los carnavales.

Papimambí había observado que, mientras conversaba con Siboney, Carioca Vatapá, tras de examinarse pausadamente en el espejo de la ventana postiza, lo miraba, inexplicablemente, como con profundo resentimiento y odio, lo cual el catedrático trató de interpretar luego cuando se enteró de que el estudiante brasileño, después de apenas un mes de haber llegado, se retiró con rencor de la universidad para regresar al Brasil, porque estaba muy disgustado de que no hubo clases el 15 de enero, un día feriado, por ser el natalicio de Martin Luther King, Jr.

Además, antes de verse en el espejo de la oficina universitaria, el brasileño ya estaba muy perturbado por el hecho de que, diariamente, aparecían en la televisión norteamericana personajes negros que desempeñaban papeles de prestigio no solamente en los programas sino también en los anuncios comerciales. Por si esto fuera poco, no le agradó el hecho de que en los Estados Unidos de Norteamérica, donde notablemente hay menos negros que en Brasil, el segundo país del mundo con mayor población africana (el primero siendo Nigeria), también tuvo que tratar con tantos negros con cargos de autoridad: la azafata negra en el avión cuando tuvo un problema con otro pasajero; el jefe negro de la policía cuando le robaron el automóvil; el jefe negro de los bomberos cuando hubo un incendio en su cuarto; la juez negra cuando tuvo que ir a la corte por exceso de velocidad en la autopista; la policía negra cuando recibió una multa por estacionar su automóvil en un lugar reservado para discapacitados; el médico negro cuando fue a la clínica por una herida; la dentista negra en un vecindario cerca de la universidad cuando, al caer por la borrachera, se quebró un diente; el almirante negro de la Marina Norteamericana que lo rescató cuando un submarino nuclear partió en dos su lancha en la Bahía de San Francisco; el general negro de la Fuerza Aérea Estadounidense que se lo impidió cuando su avioneta trató de aterrizar en una base militar; el oficial negro de la Patrulla Fronteriza cuando visitó la ciudad de Tijuana y trató de regresar al territorio norteamericano sin pasaporte; el director negro en la oficina de los estudiantes extranjeros que lo ayudó para hacer unos arreglos de su visa de estudiante; la secretaria negra que lo dirigió a la oficina en la universidad que se encarga

de peticiones para cambiar compañeros de cuarto; pero peor aún fue la tarde que descubrió que iba a tener un profesor y consejero negro en dos clases claves de su carrera en mercadotecnia. Durante su breve estadía en Estados Unidos de Norteamérica, a ritmo de samba en su portugués africanizado, el brasileño frecuentemente se preguntaba: “¿Por qué en Gringolandia, Reino de la Ku Klux Klan, no están todos los negros en los cementerios, las cárceles y las *favelas* como en Brasil?”

—Profe, ¿cuál es el tema de hoy en quince días?

—El Canal de Panamá.

Siboney prometió estar presente en esa conferencia también porque sabía que el tema era uno de los más importantes que presentaba su profesor favorito. Además, una compañera le había comentado que el profesor decía ser caribeñísimo, el más caribeño de los caribeños, porque sus bisabuelos de habla francesa, quienes participaron en la construcción del Canal de Panamá bajo contrato con los franceses en el fracasado canal a nivel, eran inmigrantes de Haití y Santa Lucía; y, luego, bajo contrato con los norteamericanos en el exitoso canal por esclusas, sus abuelos de habla inglesa eran inmigrantes de Jamaica, Barbados y Grenada. También, en varias ocasiones, otros estudiantes le habían comentado a ella que el profesor presentaba asuntos que muchos textos de historia omiten por completo, como lo es el caso de los millares de obreros afroantillanos que murieron durante la construcción del ferrocarril transistmico y el canal interoceánico en el istmo de Panamá; el cruel abandono en Panamá de más de veinte mil obreros martiniqueños, santaluceños, haitianos y jamaicanos de ascendencia africana cuando fracasó el proyecto canalero del francés Ferdinand de Lesseps; el racismo que sufrieron los obreros afrocaribeños cuando en 1904, en la Zona del Canal de Panamá, los norteamericanos, llamados *zonians*, establecieron el sistema discriminatorio de *Gold Roll* y *Silver Roll* en empleos, sueldos, comunidades... El *Gold Roll* era para los blancos y el *Silver Roll* era para todos los demás: negros, zambos, morenos, trigueños, mulatos, mestizos e indígenas. Además, al terminar la construcción del Canal en 1914, los obreros inmigrantes negros de habla francesa e inglesa (los que más murieron por explo-

siones de dinamita, derrumbes, ahogos, accidentes de trenes, pulmonía, mordedura de culebras, fiebre amarilla, malaria) y sus descendientes, a quienes, despectivamente llamaban *chombos*, fueron desnacionalizados cuando se promulgó la Constitución de la República de Panamá en 1941 porque la lengua materna de sus progenitores no era la de Miguel de Cervantes Saavedra, el autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

—Profe, ¿qué es *añónguru*?

—En un sueño las luciérnagas, al anochecer, en un cañaveral...

—Profe, perdone que interrumpa, pero, además de Rosa Parks, Rigoberta Menchú, José Martí y Antonio Maceo, ¿quiénes son estos señores elegantes en las fotos?

—Armando Fortune, George Westerman y Abdías do Nascimento.

—¿Y el cuarto señor?

—Es Arturo Alfonso Schomburg.

—¿Arturo Alfonso Schomburg?

—Sí, un importante puertorriqueño de ascendencia africana que fue bibliófilo e historiador. Lo interesante es que fue amigo de José Martí y apoyó la causa por la libertad de Cuba y Puerto Rico. Es más, gracias a las pesquisas de Arturo Alfonso Schomburg, los estudiantes, hoy día, pueden leer libros y estudiar documentos sobre los aportes y las hazañas de los africanos y sus descendientes en las Américas, en el *Centro Schomburg para la Investigación en Cultura Negra*.

—Profe, ¿dónde está ubicado el Centro?

—El *Centro Schomburg para la Investigación en Cultura Negra* está ubicado en la Avenida Lenox y Calle 135, en Nueva York.

—Tengo mucho interés y me gustaría visitarlo un día.

—En dicho lugar se encuentra un tesoro importante: un libro de poesía en latín impreso en Granada, España, en 1573, obra de un poeta africano, quien ganó la Cátedra de Poesía en la Universidad de Granada, y, a quien, por su sabiduría en la lengua de Séneca, sus colegas le pusieron el apodo “Juan Latino”.

—¡Qué interesante!

—Te va a interesar otro lugar...

—¿La Alhambra de Granada?

—No, el *Centro George Westerman*.

—¿Dónde?

—Panamá. En el *Centro George Westerman* podrás visitar la Sala “Diggers”, donde hay fotografías y libros sobre los millares de obreros afrocaribeños, *diggers*, que trabajaron en las excavaciones para hacer realidad el Canal de Panamá.

—En Santiago de Cuba está el *Centro Cultural Africano Fernando Ortiz*.

—Allá se fundó la Cátedra de Estudios Afrocaribeños “Rómulo Lachatañeré”.

—Profe, a propósito del Centro Afro-Brasileiro, usted recientemente me prestó un libro sobre Zumbí, el rey africano cimarrón más famoso de Brasil, y en el libro usted escribió: “Ahijados de Oggún, Ochún y Changó, mucho cuidado con los bilongos en la madrugada... pongan muchísima atención a los sapucayas en Quilombo-yoruba”. Profe, ¿qué...?

—Siboney, mira la hora, vas a llegar tarde a tu próximo compromiso.

—Pero, Profe...

—Lo que sí quiero que sepas ahora, antes de que te vayas, es que Armando Fortune fue periodista, ensayista, profesor, miembro de número de la Academia Panameña de la Historia y correspondiente de la Real Academia de la Historia de España, y presidente honorario del Primer Congreso de Minorías Afroasiáticas en Panamá. George Westerman fue un ilustre panameño descendiente de inmigrantes antillanos de las islas de Barbados y Santa Lucía, quienes participaron en la construcción del Canal de Panamá. El Dr. Westerman se destacó como sociólogo, periodista, diplomático y líder cívico de la comunidad afroantillana en Panamá. Además, fue director del periódico *The Panama Tribune*, embajador de la República de Panamá ante las Naciones Unidas, y condecorado como Ciudadano Meritorio y Comendador de la Orden “Vasco Núñez de Balboa”.

—Profe, hoy en su clase aprendí mucho sobre la Gran Hazaña Cimarrona en el Caribe.

—La Revolución Haitiana empezó la noche del 22 de agosto de 1791.

- Boukman fue el héroe que inició el “Grito de libertad”.
- No olvides el aporte de Azote de Tiranías.
- Profe, si no me muero, mañana será un día fatal.
- ¿Tan fatal?
- Tengo cuatro clases.
- No es el primer semestre que tienes ese horario de clase.
- Pero, esta vez, tengo las cuatro clases seguidas.
- Lo has hecho antes fácilmente. ¿Ahora fatal?
- Fatal, porque las clases son con los profesores Casanova, Maisonouveau, Newhouse y Mogollón.

Por una mueca que hizo Papimambí, la estudiante empezó a sospechar que su profesor favorito les tenía asco a los individuos cuyos apellidos ella acababa de mencionar, y se preguntó:

¿Será por la extraña hediondez de ellos que es más apestosa que el estiércol?

De tal palo tal astilla. No obstante la artimaña de las máscaras, la impostura de los disfraces, la religiosidad postiza y el fingido refinamiento cultural, con demasiada frecuencia se les sale el cobre a los que sus antepasados saturaron los pensamientos con sentimientos inhumanos de los barcos negreros, la avaricia de los mercados de esclavos, la crueldad de los latigazos en los cañaverales e ingenios de azúcar, lo brutal de las jaurías cazadoras de cimarrones, lo bárbaro de las castas coloniales, lo despiadado del blanqueamiento y la segregación racial y, también, lo diabólico del odio que deja huellas en las villas miserias y favelas. De tal palo tal astilla.

Antes de despedirse de su profesor con los acostumbrados besos y abrazos, al abrir la puerta, Siboney leyó la otra cita de José Martí: “El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alazaron y vencieron por ella”. En seguida, volvió a escuchar la voz que pedía “Justicia”, y, también, la que clamaba *Liberté ou Mort*, y de repente, fingió un ataque violento de tos y escupió exactamente cinco veces en el cesto de basura, donde había botado los limones aplastados.

Al rato, con una sonrisa, de su mochila sacó varias campanitas para colocarlas en el umbral de las oficinas vecinas donde se encontraban los profesores políglotos, famosos no por su sabiduría, sino por la extraña hediondez de sus pensamientos que dejaban huellas en las opiniones y en las miradas.

Luego, ofreció amablemente llevar a su amigo y profesor a la casa en automóvil.

Pero la oferta de la estudiante cubana no fue aceptada porque, como de costumbre, para hacer uno de sus ejercicios favoritos, el profesor prefirió caminar a su hogar. (En la universidad, nadie sabía que, con frecuencia, este nieto de Felicidad Dolores llegaba a su hogar caminando sobre la cubierta de la goleta *La Amistad*).

Antes de salir de su oficina, sacó de un libro la carta que acostumbraba a leer bajo cierta circunstancia que a nadie le había explicado. En voz alta leyó:

Otro asunto, nuestro tocayo no anda muy bien que digamos, por el espinoso asunto de su mujer (bochinche: más quemona no puede ser, sin exagerar, que tiene pocotón de amantes en el Chorillo, Calidornia, Bella Vista...) y por los hijos haraganes (otro bochinche: no se parecen al tocayo ni en el espíritu ni mucho menos en lo físico) que, pues los pechugones ni estudian ni trabajan, pero están al día para que el papá (¿de verdad?) les regale techo, comida, o mejor dicho, los tres golpes del día: desayuno, almuerzo y cena, y, de pezuña, los carilimpios se atreven a sacarle dinero a nuestro compadre tocayo para las burundagas y los carnavales.

¿Te acuerdas cuando los amigos desde la escuela primaria nos llamaban “Los Tres Mosqueteros”? Lo que nuestro compadre y yo (¿y tú?) no podemos olvidar son los castigos a la hora del recreo (“escriban quinientas veces en el tablero...”), especialmente, la forma como nos trataba la maestra (chaparrita, pero leona) del segundo grado, quien, por la menor razón, a nuestros condiscipulos les pegaba en el muslo con una reglita de plástico, pero a nosotros “Los Tres Tocayos” nos pegaba con toda su fuerza en la palma de la mano derecha con su metro grueso de madera (la escoba de la chaparrita, leona y bruja).

*Pero, lo peor eran las burlas y comentarios negativos cuando yo decía que iba a ser abogado para defender la justicia, nuestro tocayo decía que iba a ser arquitecto para diseñar nuestras casas y los edificios de negocios, y, también, cuando tú decías que ibas a ser médico para curar todas las enfermedades tropicales. No obstante, lo más canalla fue lo que ocurrió el primer día de clase cuando la maestra, haciendo caso omiso de nuestros verdaderos nombres, decidió que como los tres siempre andábamos juntos, y diz que para evitar confusiones (como si eso fuera posible), a mí me nombró **Fulano Chino**, a nuestro amigo **Fulano Cholo** y, sin escuchar o importar tu verdadero nombre, por el simple hecho de andar con nosotros te bautizó **Fulano Chombo** (los viernes nos llamaba Sutano, y los lunes nos llamaba Mengano). Además, las burlas cotidianas que llovían como aguaceros torrenciales sobre nosotros, apodados con desdén cruel “Los Tres Che” (chino, cholo y chombo), cortaban como un cuchillo. Según nuestros martirios y verdugos, en su mayoría inmigrantes e hijos de extranjeros que balbuceaban y lastimaban el español panameño, se burlaban de mí por ser nieto de un chino “macaco”; en el caso de nuestro tocayo, por ser tataranieto de indios penonomeños y “cholos”; y en tu caso, por ser descendiente de negros antillanos, apodados con desdén “chombos” a pesar de ser; irónicamente, los más numerosos obreros del ferrocarril y “diggers” del Canal, oriundos de Jamaica, Martinica, Trinidad, Barbados...*

Siempre voy a recordar, con mucho cariño, a la maestra del cuarto grado doña Policarpa de Maitín, la Gabriela Mistral panameña, la mejor maestra que tuvimos en la primaria, la Gil Colunje. Nuestra querida maestra nunca nos gritó ni amenazó ni humilló. Nuestra gran maestra, con sabiduría y cariño nos enseñó más que gramática, composición, lectura, historia, geografía y matemáticas; sobre todo, nos inculcó los ideales del apóstol José Martí: Educación, Justicia y Hermandad, y, también, el anhelo de reconciliación del poeta Nicolás Guillén, tus dos abuelos espirituales.

Todavía conservo con mucho cariño y grato placer copia del “librito” que publicamos con las entrevistas y las me-

jores composiciones que nos tocó dirigir en la clase de nuestra querida maestra sobre panameños ilustres: Victoriano Lorenzo, Amelia Denis, Gaspar Octavio Hernández, Ricardo Miró, María Olimpia de Obaldía, Rogelio Sinán, George W. Westerman, Armando Fortune, la maestra Sara Sotillo y la Dra. Marion Martin.

Cambiando de tema, ¿hay algún secreto entre tú y Xiomara? En fecha reciente, ella me comentó que tú sabes el secreto de familia: el abuelo chino. Me dijo que cuando te mostró la foto del abuelo chino, hiciste muchas, muchísimas preguntas. ¿Cómo ocurrió lo de la foto? ¿De qué hablaban en ese momento? Ese es el más secreto de los secretos en la familia. No me explico cómo fue posible que vieras la foto. ¿Por qué piensas que hay una segunda foto en la familia que es otro secreto? ¿Por qué quieres ver esa foto?

También me he enterado de que en Jamaica te has comunicado con una familia que tiene una foto con tres chinos tomada cerca de una locomotora, lo cual es obvio que participaron en la construcción del ferrocarril transístmico en Panamá (¿o fue en el Canal?). En la foto, al reverso, hay algo escrito en el lado derecho en mandarín.

Además, tengo noticias de que has visitado varias veces los barrios chinos de La Habana y Santiago de Cuba, donde, según fuentes fidedignas, has visto una foto idéntica a la que tiene algo escrito en el centro en cantonés (¿será un código secreto de los tres obreros chinos?).

Otro asunto interesante, tanto lo que está escrito en mandarín en la foto de Jamaica como lo que está escrito en cantonés en la foto en Cuba se tiene que leer de derecha a izquierda y de abajo hacia arriba. Entonces, sospecho que para completar la lectura del mensaje (¿secreto?), es imprescindible ver lo que está escrito (¿al lado izquierdo?) en la tercera foto de los tres jóvenes chinos. ¿Qué opinas? ¿Sospechas tú lo mismo? ¿Qué sabes?

Tocayo, si no es una impertinencia, ¿por qué te interesa tanto encontrar en Panamá una tercera foto de los tres obreros chinos de la vía férrea, o de la vía acuática en el Istmo idéntica a las de Jamaica y Cuba?

Lo siguiente parece tema de novela romántica. ¿Te acuerdas de los personajes frustrados por el tema del amor imposible

o, peor aún, el amor no correspondido? Nuestro tocayo sigue todavía enamorado de Xiomara. Pero ella, como siempre, a pesar de las décadas que han pasado, tú allá y ella acá, Xiomara sigue con la esperanza de algún día casarse con su gran amor (¿no te confesó desde la escuela primaria que estaba muy enamorada de ti?). ¿Y tú?

Me han contado repetidas veces (y hasta hoy me parece inverosímil que las numerosas veces que tú y Xiomara se han reunido, desde la primaria, y aún más a menudo durante la secundaria, antes de que te fueras al Coloso del Norte), que ustedes, por muy romántica que fuera la noche, conversaban únicamente sobre el antepasado que inició la construcción de la Gran Muralla para defenderse de las invasiones tártaras, la importancia contundente del invento del papel, la brújula, los sistemas de irrigación, terrazas, rotación de los cultivos, la pólvora, etc., etc., etc. ¿Será ese antepasado Shang Yang, Shi Hoang Ti o Confucio? ¿Y por qué tienes tanto interés en los tres ríos: el Pei-ho, el Hwang-ho y el Yangtsé-kiang?

En fecha reciente, tuve una interesante e importante conversación con abuelita Marcia Fedé. Ahora, comprendo algunas cosas que no es necesario nombrarlas o explicarlas en esta carta, porque tú, mejor que nadie, sabes de qué se trata, especialmente, el asunto de la misión secreta.

Tocayo, tú, más que nadie, comprenderás lo que voy a decir, o, mejor dicho, escribir: la mayor sorpresa en mi vida fue la visita de Felicidad Dolores.

Compadre, hace medio siglo, bueno, para ser más exacto, como dices cuando quieres poner los puntos sobre las íes, durante siete décadas he pensado mucho en algo que, por fin, me atrevo a comentar, y espero que no sea una impertinencia. Pues, cuando le pregunté a Papá James, nada. Lo mismo con madrina Nenén—nada, nada. Lo que más me llamó la atención fue el hecho de que Xiomara, tu muy...se hizo la sordomuda, por primera vez, en cuanto al asunto que obviamente tiene mucho que ver contigo. Pues, claro, esto despertó una curiosidad enorme, y una sed por saber algo, por lo menos... ¿Qué importancia tiene la totuma portobeleña? ¿Qué contiene la totuma? ¿Cuál es el pro-

pósito de la totuma y su contenido? ¿Por qué? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde está la totuma portobeleña?

Al caminar rápidamente rumbo a su hogar, a lo largo del camino, el descendiente de Felicidad Dolores se preocupó por la posibilidad de encontrarse con Orapronobis.

También, trató de no pensar ni en Rosita ni en Jovita, para meditar con mucho interés en el sueño sobre las luciérnagas, sueño que se repetía cada plenilunio y que empezó cuando aún estaba en el vientre materno, sueño en el cual las carcajadas estruendosas, los gruñidos y ladridos rabiosos de una jauría y las campanadas de un ingenio azucarero paulatinamente agonizaban mientras en un cañaveral colmado de hormigas negras, las luciérnagas se agrupaban cautelosamente en la oscuridad, en las noches huérfanas de luna, para formar chispeantemente la palabra *añónguru*, palabra que, durante años, fascinaba e inquietaba, cada vez más y más, al profesor Papimambí porque, a pesar de que él dominaba fácilmente una docena de lenguas, aparentemente, no tenía la menor idea ni del origen ni del significado de la palabra *añónguru*.

Cuando llegó a su hogar, en el umbral de la puerta, sus hijos lo abrazaron cariñosamente.

—Papi, hoy tuvimos visita.

—¿Quién?

—El mismo de siempre.

—¿Orapronobis?

—Nunca falla.

—¿Qué dijo?

—Nada.

—Orapronobis pasó hora tras hora buscando algo.

—¿Qué buscará Orapronobis?

—En cada cuarto.

—Mejor dicho, en cada rincón.

—¿Qué buscará Orapronobis?

—Hora tras hora.

—¿Hasta qué hora?

—Pues, buscó y buscó hasta que...

—Anunciamos lo que usted nos aconsejó.

—Y desapareció en seguida.

—Más rápido que ligero cuando, a coro, invitamos a subir...

—La Azotea de los Cimarrones...

—No fue necesario completar la invitación para que Orapronobis desapareciera.

—Como alma que se lleva el diablo.

En seguida, Papimambí recordó los comentarios de Felicidad Dolores sobre el hecho de que la misión secreta se había complicado, porque, en vísperas de zarpar rumbo al Caribe, el navegante genovés no desapareció de su habitación en el convento de la Rábida; tampoco naufragaron en el océano Atlántico la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* antes del 12 de octubre, y, además, no se destruyeron los primeros sacos blancos que desembarcaron en Santo Domingo.

Ese anochecer, en el hogar del catedrático panameño, no salieron a colación en la conversación durante la cena, los temas de la conferencia sobre ensayos, poemas, décimas, cantos y novelas de escritores latinoamericanos de ascendencia africana; ni se conversó sobre las ponencias para el Centenario del Canal de Panamá, el asunto del SIDA y el narcotráfico en las *favelas* del Brasil y otros países, o los Centros Schomburg y Westerman. Tampoco se habló del libro de poesía de Juan Latino por las lecciones de piano, las lecturas, las tareas y los ensayos que escribían sus hijos en la computadora en cuanto a la escandalosa omisión en los textos de historia del aporte importante de los *diggers*, obreros inmigrantes afroantillanos, quienes trabajaron en la construcción del Canal de Panamá.

Luego por la noche, después de la cena de arroz con coco y guandú, pollo, maíz, yuca, plátano frito, refresco de guanábana y postre de guayaba, el profesor Papimambí pasó la mayor parte de la noche en su biblioteca escuchando las más recientes grabaciones de rumbas, sambas, merengues, parrandas, tamboritos, bullerengues y cumbias de sus hijos pianistas, y también, desarrollando más detalles sobresalientes vinculados con los *diggers* del *Big Ditch*.

Antes de acostarse en su cama, abrazó a sus hijos, cerró la puerta de su alcoba y dijo para su interior: “Quisiera poder

olvidar todos los detalles de mi peor pesadilla: Jovita”. Y, al rato, pensó en su anhelo de encontrar a Rosita.

—¿Dónde estará Rosita?

Cuando ambos hijos, cansados y soñolientos, fueron a sus cuartos y apagaron las luces, inmediatamente, Papimambí bajó al Patio de los Leones en la Alhambra de Granada y, luego, subió a la Azotea de los Cimarrones de la *Citadelle Haitienne*, para consultar con los espíritus de sus antepasados, principalmente con Tariq y Boukman, primero, sobre el asunto de la misión secreta, y, segundo, sobre el correo electrónico secreto que, equivocadamente, recibió una madrugada.

El correo electrónico secreto había sido enviado por el profesor Newhouse a sus parientes alrededor del mundo.

De hecho, a Tariq, Bayano, Satuyé, Boukman, Zumbí y los otros antepasados africanos, todos ancianos sabios, no les sorprendió el principal detalle diabólico del mensaje electrónico secreto titulado “*Family Top Secret*”. En cambio, a Papimambí le llamaron poderosamente la atención todos los detalles que comunicó su colega Newhouse a su familia.

En el mensaje, Newhouse (descendiente de progenitores que, generación tras generación, como si fueran enfermedades hereditarias, estaban adictos al racismo y la xenofobia) enfatizó que hacía un rechazo total y permanente de la obsesión de blanqueamiento por medio del mestizaje de los Casanova, quienes ya eran negros por sus antepasados iberos, porque con una sola gota de sangre negra se era inferior, negro. También condenaba a los Maisonouveaux por el ideal absurdo de *Fraternité*, lo cual era una invitación disimulada al repugnante mestizaje, y esto iba odiosamente en contra de la política sagrada de los Newhouse: la segregación racial. Recalcó que con la complicidad de los Moggollón, en las comunidades de negros habrá una inundación de drogas, enfermedades, desempleados, pandilleros, policías violentos, locos incestuosos, maestros ineptos y, además, por el atrevimiento de la crítica a la segregación racial por medio de Rosa Parks, Martin Luther King, Jr. y Malcolm X, en las comunidades de negros en los Estados Unidos de Norteamérica habrá oleada tras oleada de inmigrantes blancos, mulatos y mestizos—algunos

paupérrimos e incultos, la escoria del Caribe y Latinoamérica. Según el criterio de Newhouse, la mayoría de estos inmigrantes no van a permitir nunca, odiosamente, ningún tipo de integración racial con los negros ni mucho menos, fanáticamente, lo de armonía racial “*I have a dream*” al estilo de Martin Luther King, Jr. en la Pequeña Habana, la Pequeña Chilanga, la Pequeña Porteña, la Pequeña Lima, la Pequeña Bogotá... Además, Newhouse subrayó, minuciosamente, que el continente de los africanos llegará a ser el continente más blanco del mundo, más blanco que Australia, en este caso, por las guerras fratricidas entre los diversos grupos étnicos africanos para controlar el petróleo, los diamantes, el oro, los minerales, las tierras fértiles y todas las otras riquezas, y que, a los africanos sobrevivientes de los barcos negreros y las matanzas, los misioneros aliados por medio de las religiones y filosofías postizas van a inculcarles el repudio a la riqueza terrenal, y, en cambio, el anhelo a la felicidad celestial. Finalmente, enfatizó que, por los teléfonos celulares y el Internet, no era prudente repetir lo de Hiroshima y Nagasaki en África porque el mejor blanqueamiento del continente negro ya surtía efecto: el virus del Ébola, la epidemia de ántrax y, especialmente, el SIDA.

Newhouse odiaba fanáticamente a todos los afrodescendientes, sobre todo a los de Panamá, porque los consideraba los negros más atrevidos. Él llegó a esa conclusión por el hecho de que, de todas las haciendas en el Nuevo Mundo, los esclavos africanos en el Istmo fueron los primeros, y tal vez los únicos, en obtener cartas de libertad al comprar su propia libertad, y hasta la de sus madres y, en muchos casos, la de sus hijitos; otros no pagaron y atrevidamente tomaron su libertad como Bayano, Felipillo y Antón Mandinga. En la época colonial también, los negros cimarrones lograron negociar la manumisión colectiva, y de esa manera, establecieron sus palenques, libres del yugo de la esclavitud, en Santiago del Príncipe, cerca de Nombre de Dios y Portobelo, y también, otro palenque en Pacora, y, para colmo, una negra descendiente de los cimarrones en Pacora es la madre del primer santo católico de ascendencia africana en las Américas: Martín de Porres. Y por si esto fuera poco, por culpa de los

negros de Panamá, ya no existe el *Canal Zone* y, peor aún, ya no se puede disfrutar, a perpetuidad, de la vida privilegiada *Gold Roll* exclusivamente para los *zonians*.

—Nada de esto hubiera pasado en Virginia, Alabama, Georgia, Misisipí...

El profesor Papimambí tenía sus propios pensamientos:

¿Cuál es mi misión? Por alguna razón los espíritus ancestrales cambiaron la dirección de mi rumbo cuando establecieron obstáculos para que yo no acompañara a Fidel Castro y los otros barbudos a La Habana en enero de 1959; también, por alguna razón, no permitieron que yo llegara por los alrededores de la Avenida 4 de Julio para ser testigo del asunto de los Mártires del 9 de enero del 64. No cabe la menor duda de que por alguna razón, me ampararon de los manguerazos, toletazos y culatazos que generosamente repartieron los Machos de monte y los dobermans en la Calle Estudiante, y las torturas en la Cárcel Modelo y en la Isla de Coiba durante las décadas que duró la dictadura militar cuando en las manifestaciones por el vecindario de la Plaza 5 de Mayo las mujeres, vestidas en blanco, como los otros manifestantes, sonaban pailas al mediodía; los hombres exigían justicia y democracia, y los estudiantes gritaban: ¡Carajo con Cara Piña!” Además, por alguna razón, me salvaron de la matanza que ocurrió durante la invasión del Coloso del Norte al Istmo, en el Chorrillo, en vísperas de la Navidad de 1989. ¿Cuál será mi misión?

GÁDÜRÜ

Otro día, al llegar temprano a su oficina en la universidad, el descendiente de Felicidad Dolores sintió una quemazón fastidiosa en el hombro izquierdo cuando escuchó campanas, ladridos y carcajadas. También, su olfato sufrió por causa de una extraña hediondez que saturaba una oficina vecina, y observó una larga fila de hormigas negras que iban rumbo hacia esa oficina, donde había un saco blanco.

Esa mañana, no pudo continuar escribiendo ni las ponencias sobre el Centenario del Canal de Panamá ni el artículo sobre los estragos de las drogas y el SIDA, porque a su oficina llegaron estudiantes para pedir cartas de recomendación y consejos.

—Hola, Profe.

—Ugundani. Te esperé ayer para...

—Repasar los acontecimientos de aquella noche de agosto en Haití.

—¿Se te olvidó que el examen es pronto?

—No.

—¿Entonces?

—Profe, ayer estuve leyendo uno de sus ensayos sobre el Canal.

—Eso no es materia para el próximo examen.

—Aprendí que las tres esclusas gemelas son Miraflores, Pedro Miguel y Gatún.

—La Revolución Haitiana...

—También aprendí que los dos puertos terminales son Balboa y Cristóbal.

—Empezó en la noche del 22 de agosto de 1791.

—Pero, no comprendo lo de 9 horas para transitar 80 kilómetros del Pacífico al Atlántico.

—Boukman...

—Río Chagres y Lago Gatún.

—Haití fue la primera república en el Caribe y Latinoamérica.

—Los Tratados Torrijos-Carter fueron firmados el 7 de septiembre de 1977.

—¿Cuáles fueron las consecuencias de la Revolución Haitiana alrededor del mundo?

—Además, aprendí que Panamá, con solamente tres millones de habitantes, tiene tres obispos católicos afrodescendientes.

—Ni en Cuba ni mucho menos en Brasil.

—No hay obispos negros en Cuba, donde más de la mitad de los once millones de cubanos son de ascendencia africana.

—El caso en Brasil es igual, porque de los ciento ochenta millones de brasileiros, más de la mitad son nietos de africanos. Y allá se tolera a obispos negros solamente en los disfraces en las escuelas de samba durante el Martes de Carnaval.

—Lo único que me parece raro y extraño es que los tres obispos católicos panameños afrodescendientes fueron nombrados a las regiones donde los feligreses se consideran los más blancos de Panamá: Chiriquí, Veraguas y Coclé.

—Me han preguntado, en varias ocasiones, “¿Por qué para el Centenario de la República la jerarquía eclesiástica en el Vaticano no nombró ni a uno de los obispos afrodescendientes a la ciudad de mayor población africana: Colón?”

—O por lo menos, a uno de ellos como obispo de Darién y el Archipiélago de las Perlas.

—¡Claro! El territorio en el Istmo de Panamá donde los cimarrones africanos establecieron los primeros palenques: Felipe, Antón Mandinga, Luis de Mozambique, Bayano...

—Profe, le presento a mi nueva amiga. Me acabo de enterar de que es portobeleña.

Cuando la estudiante se acercó para recibir el acostumbrado abrazo, al pasar cerca del espejo, Papimambí la miró e inmediatamente recordó una de las escenas del sueño que tuvo durante la siesta en la hamaca.

En el sueño, meciéndose suavemente al ritmo de las brisas acariciadoras mientras escuchaba el rumor de las olas serenas del mar Caribe, la reina de Palenque Río Congo, acostada en una hamaca rodeada de palmeras a la orilla del mar, durante una noche hermosa y tranquila de ambiente tropical que encantaba feliz y

dulcemente, por medio de la orixá Yemayá se le comunicó a la soberana de los riocongueños que, en vísperas de la Noche de la Alianza, llevara discretamente el “secreto” a la reunión bajo la sombra de la ceiba en Rionilo.

De repente, al despertarse asustada por el horrible graznido de un ave de rapiña, la soberana de Palenque Río Congo estaba muy perturbada porque, tras de luchar con tanto empeño y por tanto tiempo por el gran anhelo unificador de todas las poblaciones palenqueras por los alrededores del Río Chagres, en el istmo de Panamá, parece que no le agradó algo en el mensaje del sueño o, acaso sospechó de alguien en el ambiente de los cimarrones, justamente, en la ocasión más importante para los descendientes de los valientes reyes cimarrones africanos Bayano, Antón Mandinga, Luis de Mozambique y Felipillo: la unión de Palenque Río Congo, Palenque Río Mandinga, Palenque Río Carabalí...

Poco antes de viajar rumbo a Rionilo para llevar el “secreto”, acompañada de un grupo de las más valientes guerreras de Palenque Río Congo, la reina de ascendencia africana anunció con orgullo ancestral la preparación de los tambores, las marimbas, las maracas, los güiros, las vestimentas, los adornos, las ceremonias, las comidas, las golosinas, los regalos, los cantos y las danzas para celebrar, finalmente, con la mayor solemnidad y alegría, la Noche de la Alianza.

Luego, poco después de llegar a Rionilo, las valientes guerreras rioncongueñas observaron, en silencio, que las huellas del *cujalla* (caballo) de la reina fueron borradas a lo largo y ancho del camino entre Palenque Río Congo y Rionilo cuando empezó a llover.

Aquella madrugada, la llovizna se hizo lluvia fuerte y, luego, aguacero torrencial, inundando los alrededores de Rionilo.

Rionilo llegó a ser isla.

—La joven reina perdió la cuenta de cuánto duró el incesante aguacero torrencial. Pero nunca olvidó la profunda tristeza que inundó su alma al no poder regresar a Palenque Río Congo para participar, con orgullo, en todas las ceremonias y festividades de la Noche de Alianza.

Transcurrieron muchas temporadas de aguaceros torrenciales.

Durante la larga estadía en Rionilo, ocurrió una de las principales actividades de los riocongueños: la enseñanza a la juventud de las narraciones ancestrales.

En la primera narración ancestral se presentó la valentía de Felipillo, el primer cimarrón africano que luchó por la libertad de Panamá. Ese primer grito de libertad se escuchó en una hacienda en la Isla Iguana, cerca de la costa pacífica del istmo de Panamá, en el Archipiélago de las Perlas, donde Felipillo, tras de rechazar el yugo de la esclavitud en una pesquería, tomó posesión de varios cayucos y canoas para que africanos e indígenas esclavizados se escaparan y navegaran hacia un lugar estratégico, para establecer un palenque y defender su libertad, en el Golfo de San Miguel, cerca de Garachiné, en Darién. Fue el mismo lugar donde Felipillo, como joven esclavo, anduvo con Ñufflo de Olano, el negro ladino compañero de Vasco Núñez de Balboa, uno de los primeros conquistadores en atravesar las montañas, desde el poblado de Ancla en la costa caribeña de Darién, rumbo al Mar del Sur, hoy conocido como el Océano Pacífico.

En la segunda narración ancestral se presentó la astucia de Luis de Mozambique, el primer cimarrón africano que usó la estrategia de aprovechar alianzas con los piratas ingleses y corsarios franceses, para castigar y saquear a los esclavistas en Panamá. Esta estrategia surtió efecto desde la primera vez cuando el cimarrón, por medio de varios intérpretes, pudo comunicarle a un filibustero de ascendencia africana, compañero del capitán Francis Drake, sobre los más importantes detalles de Nombre de Dios, poblado de los españoles, donde reparaban las naves y almacenaban los sacos de azúcar, los barriles de ron, los sacos de tabaco, los indígenas esclavizados, las armas, la pólvora y todo el tesoro de perlas y oro que las recuas de mulas transportaban por lo largo del Camino Real desde la Ciudad de Panamá hasta Nombre de Dios, para esperar que anclaran los galeones negreros con sus cargamentos de esclavos africanos en Portobelo.

En la tercera narración ancestral se presentó el heroísmo de Bayano, el gran paladín de la libertad y el más célebre de los cimarrones africanos, nombrado rey por sus hazañas, y, quien fue

el africano que más angustia, mucho daño y la mayor pérdida les causó a los negreros y esclavistas en el istmo de Panamá. Esto lo logró Bayano por medio de la red de espías que elaboró y los numerosos aliados y los tambores africanos que usaba para comunicar desde su palenque, en la desembocadura del Río Mandinga, no muy lejos de Portobelo, los informes más importantes de todo el territorio: el mercado de esclavos en Panamá; la llegada de embarcaciones cargadas con oro procedentes de Perú; la partida de las recuas de mulas con ese tesoro inca por el Camino de Cruces y el Camino Real, cerca de la Catedral y la Casa de los Genoveses, en la muy noble y muy leal Ciudad de Panamá, rumbo a Nombre de Dios; el momento en que van a anclarse los galeones negreros de los portugueses en Portobelo; las ubicaciones de los bohíos de las concubinas africanas de los negreros portugueses y los esclavistas españoles; la identidad de los traidores de la dignidad ancestral; el almacenamiento de mercancías y herramientas en la Aduana de Portobelo; el desembarque de soldados peninsulares oriundos de Santo Domingo; el arribo de rancheaderos de Cuba con jaurías de perros feroces cazadores de cimarrones; las actividades de los miembros del Santo Oficio de la Inquisición; la temporada cuando los piratas ingleses, franceses y holandeses merodean cerca de la desembocadura del Río Chagres; la venida de la flota española a la costa caribeña de Panamá, en vísperas de las Ferias de Portobelo, etc..

Lentamente, y a duras penas, a pie, con pasos difíciles por el lodo y los numerosos obstáculos en el camino de regreso a Palenque Río Congo (como si fuera una procesión octubrina en Portobelo: dos pasos adelante y uno hacia atrás como anualmente el 21 de octubre acostumbra los feligreses que rezando y cantando caminan tras la imagen del Cristo Negro de Portobelo), la anciana reina logró, finalmente, regresar a su cuna cimarrona, donde, dolorosamente, se enteró, por la narración del Consejo de Ancianos, de los doscientos azotes a cada una de las africanas que apoyaron a los caudillos Pedro Casanga, Juan Angola y Antón Soso, quienes por rechazar la esclavitud y defender la libertad, fueron ahorcados en la Plaza de Portobelo; y también del fracaso del anhelo unificador de los descendientes de Baya-

no, Antón Mandinga, Luis Mozambique y Felipillo, no por los aguaceros torrenciales (hubo sequía en esa región), sino por una traición.

Por su profundo amor a la libertad y respeto a la justicia, más que por su ancianidad, la reina organizó inmediatamente la búsqueda del traidor que causó el fracaso de la Noche de la Alianza.

La primera *mojongo* (mujer) en sospechar la verdadera identidad del traidor no se asombró de que Troyana fuera la *cucuñera* (compañera) del mejor discípulo de Elegguá, Pajarito, el cacique de los centinelas, con quien tramó para que los cimarrones olvidaran hablar y cantar en lengua satánica de mezquita y dejaran de asistir a los diabólicos bembés y los ritos a Yemayá y Changó. Los dos traidores también mandaron que los esclavos no volvieran a comer comida cochina de ñame, yuca, iguana, arroz con coco y guandú en las asambleas de herejes e infieles; es más, ordenaron que no bailaran bambasú, bunde, bullerengué y zaran-cundé al son de sus tambores, y que en especial, abandonaran el palenque y regresaran a sus amos, y tras una buena confesión con un cura y el cumplimiento con los rezos del rosario, compraran honradamente su libertad. La traición de Pajarito asombró a muchos porque también era descendiente del cimarrón apodado “Azote de los esclavistas españoles, franceses, holandeses e ingleses”, el héroe en las batallas contra los negreros portugueses. Era, además, el único hijo de María Mercé y Juan de Dioso, dos pilares de la comunidad cimarrona.

Cuando se descubrió que Pajarito era el verdadero y único traidor, la reina de Palenque Río Congo ordenó la quema de Pacora, cerca del Cerro Ancón, lugar donde él se había refugiado, porque por su culpa se destruyeron muchos palenques, y muchos *ñimiñimi* (niños) fueron capturados y vendidos, o peor aún, asesinados.

La traición no sólo causó el fracaso de La Alianza, también causó que ese día en Palenque Río Congo enmudecieran todos los tambores festivos y cesaran las danzas alegres; a continuación, se callaron los cantos melodiosos y quedaron canceladas muchas actividades favoritas de los palenqueros: la preparación

de arroz con sal, la golosina favorita de los niños; el ensayo del drama *La Pelea de la Caja de Plata*, cerca del *jibre* (río); y hasta la entera temporada del Juego de Congos. La acostumbrada alegría de las actividades que solían marcar las vísperas del Miércoles de Cenizas, como un aguacero, en esta ocasión se hizo bélica por lo de Pajarito.

Rumbo al camino hacia Pacora, para buscar a Pajarito, con brazos furiosos, y a voz en cuello gritando, “¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!”, todos los ancianos y jóvenes llevaban *cundele* (candela) y *muchutas* (machetes).

—“¡Ya ej ora de matá y jendé a Pujurete!”, gritó con furia e indignación, la reina de Palenque Río Congo, la noche que capturaron al traidor que enlutó a tantas abuelas y madres en todos los palenques.

Tras machetear al traidor, a quien las valientes guerreras riocongueñas bajaron de una ceiba en Pacora, los perros hambrientos de los cómplices negreros y los esclavistas se saciaron, con gula, devorando trozos de sus brazos, sus piernas...

Luego, la anciana reina de Palenque Río Congo preparó del río y del mar mucha *chucuriamba* (agua para limpieza), y viajó a Viejo Chagres, Nuevo Guné y otras poblaciones cimarronas en el istmo de Panamá, llorando como se hace en el drama *Rutuncito Pradio en el Jibre* (El Ratoncito Perdido en el Río) para celebrar dolorosamente la justicia que se hizo en Pacora.

—Profe, vine hoy para presentarle a mi amiga Pilarica.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío.

—Mi amiga está aprendiendo garífuna.

—Ya sé contar: *ában*, *biama*, *ürüwa*, *gádürü*, *seingü*, *sisi*, *sedü*, *widü*, *nefu*, *disi*...

—También sabe los colores.

—*Würi* (negro), *harú* (blanco), *funá* (rojo), *díngu* (azul), *dumari* (amarillo)...

—¿Cómo se dice “hola”?

—*Mábuiga*.

—¿Hasta luego?

—*Ayó*.

—También sabe los días de la semana.

—*Wáandaradi* (viernes), *samudi* (sábado), *dimasu* (domingo), *leindi* (lunes).

—¿Martes, miércoles y jueves?

—*Luagu biama*, *luagu ürüwa*, *luagu gádürü*.

—¿Hamaca?

—*Arütübü*.

—¿Y chocolate?

—*Chuguladi*.

Como durante la más reciente conversación sobre los garífunas, Papimambí, otra vez, pensó en el habla de los negros congos de Panamá: *buene nocho* (buenos días), *buene die* (buenas noches), *como a manduquiao ujtene?* (¿cómo amaneció usted?), *mara* (bien), *buene* (mal), *po fuvó* (por favor), *maragradecie de ujtene* (gracias), *prampo* (pan), *furo* (agua), *cundele* (candela), *cororá* (rojo), *rabranca* (negro), *brancucite* (blanco), *minga* (enemigo), *perre* (perro), *cuneje* (conejo), *juruminga* (hormiga), *ra pata di yo* (las manos mías), *ra manga di yo* (los pies míos), *ramara minga di yo* (mi buen amigo).

—Mi amiga es gallega, tiene un doctorado de una universidad en Madrid y desea asistir a sus conferencias porque en España no se menciona ni se estudia la literatura del Caribe, y mucho menos lo que tenga que ver con los cimarrones libertadores fundadores de palenques. Tampoco se estudia el aporte de la africanía a la lengua castellana y la cultura hispanoamericana.

—¡Claro que sí! Señorita, estás bienvenida a todas mis conferencias.

—Muchas gracias.

—Me alegro porque, hasta la fecha, sólo conocía a otro español interesado en la realidad de la africanía en el Nuevo Mundo.

—¿Quién?

—El otro Alfonso X, el profesor Luis Beltrán de la Universidad de Alcalá de Henares. Pues, contra viento y marea ha logrado organizar conferencias a nivel internacional sobre la Africanía en la Diáspora, en España, África, Iberoamérica... Gracias a su empeño se han publicado obras importantísimas sobre

el tema, pero, sobre todo, el Dr. Luis Beltrán ha logrado, bajo el patrocinio de la UNESCO y la Universidad de Alcalá, establecer la Cátedra Unesco de Estudios Afro-Iberoamericanos.

—Voy a Madrid pronto, ¿cómo puedo comunicarme con su amigo?

—Amiga, ahora se encuentra en Santiago de Cuba, donde es el Presidente de Honor de la Conferencia Internacional de la Cultura Africana y Afroamericana.

—¡Qué coincidencia! Muy pronto voy a viajar a Cuba.

—Te voy a regalar copias de los temas de las próximas conferencias:

Conquista: Juan Garrido, Estebanico, Ñuflo de Olano, Juan Valiente...

Cimarronaje: Lemba, Gallo, Yangá, Bayano, Satuyé, Benkos, Zumbí...

República: Boukman, Louverture, Dessalines, Henri Christophe, Simón Bolívar...

Literatura: Plácido, Nicolás Guillén, Manuel Zapata Olivella, Adalberto Ortiz...

Mujeres: Luisa Mahin, Barauda, Florinda Muñoz Soriano, Nancy Morejón...

Héroes: Vicente Guerrero, José Prudencio Padilla, Manuel Piar, Antonio Maceo...

Legado del azúcar: *favelas*, villas miserias, barriadas brujas...

—Ugundani me ha comentado también de su juicio sobre la Segunda Revolución Norteamericana.

—Dicho acontecimiento contundente se inició el primer día de diciembre de 1955 cuando la señora Rosa Parks, una valiente mujer de ascendencia africana, rechazó obedecer, en un autobús, una ley racista en Montgomery, Alabama. Y tras los asesinatos de líderes de ascendencia africana como Martin Luther King, Jr., Medgar Evers, Malcolm X, y también las cuatro niñas en una iglesia en Alabama, y otros asesinatos de negros y blancos en Misisipi y otros estados sureños, la Corte Suprema abolió las leyes racistas, y, por medio del *Civil Rights Bill*, se declaró oficialmente en 1964 que todos los norteamericanos de ascendencia africana, en todos los estados, por primera vez desde 1776, o sea, 188

años después de pregonar por todo el mundo lo de libertad, justicia e igualdad para todos los ciudadanos en la Gran Democracia Norteamericana, por fin tenían el derecho a participar en el sufragio en todo el territorio de los Estados Unidos de Norteamérica.

—Por la señora Rosa Parks desde 1964 se establece por ley la verdadera y auténtica democracia en los Estados Unidos de Norteamérica.

—Democracia: “*Liberty and Justice for All*” que, hasta dicha fecha, en 1964, no disfrutaron los descendientes norteamericanos de soldados de ascendencia africana que murieron en batallas, defendiendo la democracia en la Guerra Civil, la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Corea, Vietnam, Kuwait, Afganistán, Irak, etc..

—Hablemos de aquella noche de agosto en Haití, de la valentía de Boukman...

—Profe, no puedo quedarme porque tengo una diligencia muy importante y mi amiga ofreció llevarme en su auto.

Antes de los acostumbrados besos y abrazos de despedida, la amiga preguntó:

—Profe, ¿para las personas de ascendencia africana es pecado o crimen hablar inglés en Panamá?

—¿Quién dijo semejante disparate?

—Pues, recientemente conocí a dos maestras panameñas, y en seguida, me dijeron que ellas no hablaban inglés. Al rato, a carcajadas, una le anunció a la otra: “Yo no soy chomba y la prueba está en el hecho de que yo no hablo inglés”. E inmediatamente, la otra comentó: “A mí que no me confundan con una chomba, porque no hablo ni una palabra en inglés”.

Esa noche, en su oficina, el descendiente de Felicidad Dolores se puso a pensar, otra vez, en la larga e interminable fila de hormigas negras cerca de una oficina vecina, y, en seguida, se fastidió al recordar la quemazón en el hombro izquierdo que solían provocar las campanas, los ladridos rabiosos de una jauría y las carcajadas estruendosas de los fantasmas que con frecuencia se escuchaban en la oficina vecina, donde el ambiente siempre estaba apestoso a una extraña hediondez. Pero, al rato, se concentró en el sueño sobre las luciérnagas y la palabra *añónguru*.

Aquella noche, una noche huérfana de luna, la cual hizo recordar el sueño de las luciérnagas y la palabra *añónguru*, cuando Papimambí llegó a su hogar, donde ambos hijos dormían cautelosamente en la sala con todas las luces encendidas, todas las puertas y ventanas cerradas, el radio, el tocadiscos y el televisor a todo volumen, y cerca del teléfono había un bate y siete pelotas, para defenderse de los fantasmas de carcajadas estruendosas y fastiosas que tenían por costumbre vagabundear allí con sus perros rabiosos cuando no estaban neciamente merodeando por los alrededores de la oficina universitaria olorosa a maní, tuvo mucho deseo de despertar a sus hijos, no para que cada uno fuera a su cuarto y a su cama, sino para conversar con ellos sobre los obreros *diggers* del Canal de Panamá que llegaron al Istmo en barcos, como sus progenitores africanos hace quinientos años a las islas en el Mar Caribe bajo el yugo de la esclavitud para trabajar, bajo latigazos diarios, en los cañaverales e ingenios azucareros de la región. La única diferencia era el hecho de que, esta vez, los *diggers* llegaron contratados por quinientos días para trabajar diez horas cada día, seis días cada semana, en la construcción del canal, ganando solamente diez centavos por hora bajo el sistema norteamericano racista de *Gold Roll* para blancos y *Silver Roll* para ellos aunque trabajaban bajo las peores condiciones imaginables: aguaceros torrenciales, derrumbes, ahogos, explosiones de dinamita, accidentes de trenes, nubes de mosquitos, paludismo, malaria, mordidas de culebras venenosas, calor sofocante, etc.. Y por si esto fuera poco, fueron negados la ciudadanía panameña en la Constitución de 1941 a pesar de haber nacido en Panamá tan sólo porque la lengua materna de sus progenitores no era el castellano. Muchos de estos panameños desnacionalizados tuvieron que continuar la odisea en las plantaciones bananeras en Costa Rica, Colombia y Ecuador; en los cañaverales e ingenios azucareros en la República Dominicana, Puerto Rico y Cuba; y en las fábricas en Nueva York, Chicago y Los Ángeles, odisea que empezó, siglos atrás, con los primeros africanos secuestrados de sus pueblos en África y luego colocados a punta de latigazos en barcos negreros con destino a los cañaverales e ingenios azucareros isleños en el Mar Caribe: maravillosa cunahamaca y cornucopia dolorosa.

Horas antes, ese mismo día, el descendiente de Felicidad Dolores se sentía muy agotado por la lectura de correspondencia, por las cartas escritas, por las tareas corregidas, por las visitas de estudiantes, por los ensayos escritos, por las llamadas telefónicas, y, sobre todo, por la búsqueda de la ubicación de Cerro Pimento en los mapas del Caribe, lo cual duró horas; por lo tanto, decidió acostarse sobre el sofá de la sala en lugar de la cama en su alcoba o la hamaca en el jardín; no tenía suficiente ánimo para llegar a ninguno de esos dos lugares de su descanso habitual.

De repente, los dos mellizos se despertaron asustadísimos no por el tremendo roncar de su padre acostado en el sofá de la sala, sino al escuchar a su progenitor gritar: “¡Fuego con la 12 de Octubre!”.

—Papí, ¿está usted bien?

—Sí, hijo, estoy muy bien.

—Usted balbuceó en su sueño: “¡No lo puedo creer!”.

—¿Qué es lo que no puede creer?

—¿Quién es Rosita?

—*Father, you had a nightmare and...*

—¡Fuego con la 12 de Octubre!

—*Yes, that is exactly what you shouted and...*

—Papí te ha dicho más de mil veces que en casa hablamos español, portugués y francés.

—*Father, why do you always shout those words?*

—¿Fuego con la 12 de Octubre?

—*What is the reason for...?*

—Papí también te ha dicho más de mil veces que la persona que habla dos lenguas vale por dos personas y, por supuesto, la que habla tres o más lenguas tiene un cerebro más desarrollado.

—*Father, are you going to tell me?*

—Esto me hace pensar en lo maravilloso de la creatividad humana: el habla de los negros congos de Panamá, descendientes de los reyes africanos Bayano y Felipillo, cimarrones de diversas etnias africanas que establecieron palenques por los alrededores del Río Chagres, y lograron comunicarse en la lengua palenquera que, hasta hoy día, ha sobrevivido en Portobelo con vocabulario africano y castellano, inversiones semánticas, juegos

de palabras, deformaciones jocosas... *mojongo, macha, ñimiñimi, mara, buene, juruminga, rapapa e rapapa di yo...*

—Al buen entendedor pocas palabras. Y, otra vaina, como dicen tanto los analfabetos como los letrados en Panamá, tú nunca quieres comer ñame, yuca, carimañolas, torrijas, ni arroz con guandú ni mondongo ni bofe, pero con gusto devoras la burundanga gringa que llaman hamburguesa. Tampoco te gusta cumbia, bullerengue, bunde, congada, tamborito, merengue, samba, guanaragawa, punta, rumba, mambo, guaguancó, bomba, plena, guaracha, chachachá...

—*Father, but what is...?*

Papimambí no le contestó al hijo que hacía preguntas en inglés, y quien también hacía caso omiso del hermano mellizo que sermoneaba sobre las lenguas habladas en el hogar, las comidas y la música del legado africano. En ese momento, no contestó ninguna pregunta hecha, no por falta de interés o cortesía, sino porque se puso a pensar en varias escenas de un sueño, sobre todo, el diálogo en el cual se hizo mención de unos sacos blancos.

—*Aquí hay gato encerrado.*

—*¿Por qué se te ocurre decir semejante cosa?*

—*En primer lugar, es un poco extraño que en el convento de La Rábida el fraile confesor de la Reina Católica acompañe y sea íntimo amigo de un descendiente de marranos.*

—*¿De quién hablas?*

—*El navegante genovés.*

—*Te equivocas. El genovés es cristiano.*

—*No es cristiano viejo.*

—*¿Y en segundo lugar?*

—*¿Por cuál posible motivo los Reyes Católicos, conquistadores de La Alhambra en Granada y patrocinadores del Santo Tribunal de la Inquisición, se reunieron aquí en Sevilla durante Semana Santa con ese navegante genovés, quien es extranjero, un don Nadie, y converso de pureza de sangre sospechosa?*

—*Tienes mucha razón. Este asunto hay que ponerlo en tela de juicio. Ese fulano genovés no es de la nobleza, no es de cepa celtíbera, no es cristiano viejo y su lengua materna no es el castellano.*

—*¡Qué horror!*

—*¿Y en tercer lugar?*

—*Ese navegante genovés, un extranjero lunático que acostumbra vestirse con el hábito de los franciscanos, la Reina Católica se encierra con él, y la castellana le dice al fulano “don”, le regala dos carabelas y una nao, le nombra Almirante y, sobre todo, le entrega, secretamente, sacos blancos.*

—*No cabe la menor duda, hay gato encerrado.*

—*Esto huele a cuento.*

—Papi, tengo algo muy importante que comunicarle sobre Cerro Pimento.

Para que el padre le prestara mucha atención, interrumpió, con mucho entusiasmo, el hijo que sermoneaba a su hermano por hacer preguntas en inglés en el hogar, sacando un mapa del Mar Caribe, donde en varias islas tenía marcadas en color azul las posibles ubicaciones del muy buscado Cerro Pimento.

Al rato, el hijo que consultaba con Papimambí el mapa del Mar Caribe, también le comunicó al padre que había pasado varias horas en la biblioteca del hogar (donde, como en la “Biblioteca Juan Latino” en la oficina universitaria, tres paredes tenían anaqueles repletos de libros en varias lenguas sobre África, las hazañas de los cimarrones y los aportes de la gente de ascendencia africana en las Américas), leyendo sobre la lengua palenquera que hablan los habitantes del pueblo cimarrón Palenque San Basilio, pueblo que fue fundado cerca de Cartagena, Colombia, por el rey Benkos Biohó, un valiente cimarrón africano; y, durante la conversación sobre el rey cimarrón Benkos Biohó y la hazaña cimarrona cerca de Cartagena, Papimambí se puso contento al escuchar las palabras palenqueras que había aprendido el hijo: *ngoma* (tambor), *wandu* (frijol), *mulonga* (guerra), *bilongo* (hechizo), *lumbalú*... Con el dedo índice de la mano derecha, recorrió en el mapa la costa caribeña de Honduras, Belice, Guatemala y Nicaragua, marcando con lápiz rojo pueblos garífunas: Yurumein, Rubadan, Duruwiu, Potu, Batalla, Mañali, Punta Néguru, Dangriga, Labuga...

Luego, le comentó lo siguiente al hijo afrocéntrico:

—“A propósito, en una conferencia tuve la oportunidad y el gusto de conocer a colegas garífunas: hondureños de ascenden-

cia africana de Trujillo y la isla Roatán que hablan garífuna, una interesante lengua arahuaca-caribe con acento africano, y curiosamente casi el cincuenta por ciento del vocabulario es arahuaco, y el veinticinco por ciento, caribe, lenguas indígenas del Caribe, y el otro veinticinco por ciento son palabras africanas, francesas, inglesas y españolas. Ya aprendí a decir *buiti bináfi* (buenos días), *buiti gúñou* (buenas noches), *ayé* (sí), *ino* (no), *lau fulesi* (por favor), *teinki* (gracias), *saminabá lubágien bayánuhan* (piense antes de hablar), *ayó* (adiós). Sus antepasados africanos de grupos étnicos mandinga, yoruba, carabalí y congo, se unieron con los indígenas caribes y arahuacos en Yurumein, isla en el Mar Caribe cerca de Venezuela. Esto ocurrió cuando, primero, varios barcos negreros españoles y, luego, otros barcos negreros portugueses naufragaron allá. Y, luego, por rechazar el yugo de la esclavitud que trataron de imponerles, los garífunas fueron deportados por los ingleses de la isla Yurumein, que hoy día llaman San Vicente. Los garífunas se establecieron principalmente en la costa caribeña de Honduras.

Debo mencionar que como nosotros los chombos panameños, por la discriminación racial y las pocas oportunidades para estudiar y trabajar donde nacimos, allí en el Istmo, donde, irónicamente, nuestros abuelos afrocaribeños participaron con mucho sudor y sangre, mal pagados bajo el sistema racista del *Silver Roll* y *Gold Roll* de los jefes norteamericanos, primero, en la construcción del ferrocarril transístmico y, luego, en la excavación del canal interoceánico en el Istmo de Panamá, los garífunas, también, como los chombos, han tenido que abandonar familia y terruño en Honduras, Belice, Guatemala y Nicaragua, para lograr su anhelo de educación y mejorar las oportunidades de empleo, emigrando a Nueva York, Chicago, Nueva Orleans, Houston, Los Angeles...

Los garífunas inculcan a sus hijos desde una temprana edad que se debe de trabajar con mucho esmero para el beneficio de la comunidad. Otro aspecto importante de los garífunas es la adoración y el respeto a sus ancestros; por supuesto, ellos son muy orgullosos de su herencia africana. También, la música sonora de los tambores que acompañan a los danzantes de la

punta y la *guanaragawa* es parte fundamental de todas las actividades cotidianas como la presentación de un recién nacido, un matrimonio, un velorio, la siembra y cosecha de yuca, y para resolver conflictos por medio del contrapunteo improvisado, cuyo propósito es lograr musicalmente cordialidad entre agresor y ofendido. Pues sí, hay que destacar que la lengua garífuna es muy importante en la herencia indígena y africana en el Caribe y Latinoamérica”.

Cuando terminó de compartir esos detalles de la cultura garífuna con su hijo, Papimambí pensó, en seguida, en otras escenas y otro diálogo curioso del sueño en el cual se escuchó:

—¿Quién es Juan Garrido?

—Mi mozo de espuela.

—Hernán Cortés, eres mentiroso.

—El africano es pieza de Indias de la Hacienda Triana.

—Juan Garrido es un africano salvaje e inculto.

—Su verdadero nombre es Obadelé.

—¡Qué nombre pagano tan feo!

—También su color es horrible y feo.

—Sí, el color negro de Satanás.

—Más feo es su pelo africano.

—Pelo cuscú.

—Y su nariz ñata.

—Y sus labios bembones.

—Negro, ñato y bembón.

—¡Qué horror!

—Sí, y, además, es descendiente de idólatras.

—Politeístas.

—No son de la única y verdadera fe cristiana católica apostólica romana.

—¡Qué horror!

—Extrañamente los africanos les rezan a sus antepasados.

—Y también al árbol sagrado que tontamente llaman iroko, unguandu, ceiba...

—Y comen elefantes.

—¡Qué horror!

—En África no hay civilización.

—¡Qué horror!

—Hay solamente pobreza, enfermedades, selvas y animales peligrosos.

—¿Y qué de Egipto, Etiopía, Ghana, Mali, Songhay, Zimbabwe?

—Los africanos no hablan ninguna lengua cristiana.

—¡Qué horror!

—¿No es una ofensa para ti que un africano se llame Juan Garrido?

—¿No es una ofensa para ti que un africano por rezar el rosario se considere cristiano?

—¿No es una ofensa para ti que un africano hable castellano?

—¿Qué pensaría nuestra difunta reina castellana Isabel la Católica?

—A mi juicio este Santo Tribunal de la Inquisición está exagerando...

—¡Silencio!

—Careces del españolísimo sentido de honor.

—Sí, Hernán Cortés, tu presencia nos ofende y tus mentiras...

—¿Y qué de la gloria para España y las riquezas obtenidas en la conquista de Tenochtitlán?

—Pero, lo dañas todo por la amistad con el negro.

—Yo estudié leyes en Salamanca y soy el conquistador español más...

—¡Silencio!

—¿No tienes vergüenza?

—Tenemos testigos.

—Y mucha documentación.

—¿No tienes vergüenza?

—Español postizo.

—¿Cómo es posible que un africano sea tu mejor amigo?

—En La Española.

—En Cuba.

—En Nueva España.

—¿Cómo fue posible que un africano fuese el capitán de caballería?

—Y capitán de comunicaciones en la conquista de Tenochtitlán.

—¡Ave María Purísima!

—¡Qué salvajismo!

—Usar tambores africanos para las comunicaciones.

—¿No tienes vergüenza?

—Hernán Cortés, ¿eres descendiente de los Pizarro?

—Yo no soy familia de analfabetos e incultos.

—Mentiroso.

—Tenemos noticias de que tu apellido materno es Pizarro.

—Pero, yo no incluyo entre mis primos a Francisco Pizarro.

—¿No es Francisco Pizarro primo tuyo?

—Digan lo que digan, yo no soy...

—También tenemos documentación de que tu madre es marrana.

—¿Quién hizo semejante acusación?

—Un santo sacerdote.

—Testigo fidedigno.

—Y amigo de tu pariente fraile gobernador de Santo Domingo.

—Y hay sospecha de que ese fraile no es cristiano viejo.

—Tenemos testigos de las frecuentes visitas de tu madre al barrio sevillano de Santa Cruz.

—Calumnias. Mi madre no es marrana.

—También tenemos testigos de que tienes parientes en el barrio sevillano de Triana.

—Calumnias. Yo no soy marrano.

—Pues, sospechamos que, de rodillas y besando el crucifijo en misa solemne, muchos conversos niegan en letanía su cepa, mejor dicho, su mancha marrana.

—Y, además, todos los marranos no están solamente en Santa Cruz ni en Triana.

—Además, tenemos noticias de que tu cristianismo está contaminado.

—Sí, te han escuchado hablar de Oggún, orixá africano de los guerreros.

—También, dicen que has conversado largo rato con tu amigo africano sobre Changó, Elegguá, Ochún y Yemayá,

orixás africanos del relámpago, el destino, el amor y la maternidad.

—¡Hereje!

—¿Qué tontería es eso de posesión y trance como nuestros místicos durante un bembé?

—¿Y qué es eso de cantos mambos rituales en vez de cantos gregorianos?

—¿Y eso de ecobio ñañigo?

—¿Es eso un rechazo de la hermandad de cofradías y cabildos cristianos?

—Bembé. Mambo. Ñañiguismo. Todo eso es brujería, tontería y demencia.

—También lo de la obsesión en todo lo cotidiano con tambores africanos.

—Además, este Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición condena tu adulterio.

—Sí, y lo que lo hace peor pecado es que fue con una india mexicana.

—Una tal Malintzin de Coatzacoalcos allá en Tenochtitlán.

—Otro horrible nombre pagano.

—Peor aún, la concubina no es blanca.

—Hernán Cortés, eres padre de bastardos mestizos.

—¿No tienes vergüenza?

—Cómplice de Satanás.

—Hijodeva.

—Este Tribunal del Santo Oficio también condena tu colaboración en la contaminación de la lengua cristiana, sagrada herencia que nos legó la reina castellana Isabel la Católica.

—Sí, tu castellano está manchado con barbarismos indios como cacique, canoa, cacao, huracán, bohío, guayaba, papaya, mamey, maní, caguama, tomate, tamal, guajolote, iguana...

—¡Qué horror!

—Peor aún, por tu amistad con el negro bembón ñato de pelo cuscú africano pieza de Indias que llamas Juan Garrido, ya no hablas con pureza cristiana la lengua castellana. Los testigos te han escuchado usar palabras paganas africanas como guandú,

ñame, cachimba, sandunga, cachibache, guineo, mondongo, marimba, bamba, bilongo, burundanga...

—¡Qué horror!

—¿No tienes vergüenza?

—Y tu amigo africano es ladrón.

—Sí, ¿dónde robó tanto marfil y oro?

—Momento, lo pueden acusar de todo, menos ladrón.

—¿Es negro?

—Sí.

—Entonces es ladrón.

—Negro es ladrón.

—Y, también, matón.

—Disparates. Lean el manuscrito de fray Bartolomé de las Casas.

—Otro hijo de conversos; obviamente, comió iguana.

—En ese manuscrito descubrirán quiénes son los más ladrones y matones.

—Es obvio que por tus mentiras y embustes tú también has comido iguana.

—Y, peor aún, sospechamos que has comido mondongo con ñame y guandú.

—Comida africana.

—¡Qué horror!

—Hay testigos de la muerte del cacique Caonabó en La Española.

—Y la tortura a muerte del cacique Hatuey en Cuba.

—No eran cristianos.

—¡Silencio!

—Y el ahorcamiento de Caona.

—No era blanca ni cristiana ni castellana.

—¡Silencio!

—Sospechamos, que por tu amistad con el africano Obadelé a quien llamas Juan Garrido, eres cómplice en el sabotaje de la venganza secreta de los Reyes Católicos.

—Sí, ese negro ladrón quiere robarse los sacos blancos.

—¿Son cinco sacos blancos?

—Sí, no cabe la menor duda, y esto explica los numerosos cimarronajes en las Indias.

- Lemba en Santo Domingo.
- Bayano en Portobelo.
- Zumbí en Brasil.
- Satuyé y los garífunas en...
- Benkos en Cartagena.
- Luísa en Brasil.
- Y ahora en Nueva España hay cimarronaje.
- El negro cimarrón rey se llama Yangá.
- Sí, ese negro es una amenaza y pone en peligro nuestra misión evangelizadora.
- Sí, en la colonia más rica e importante de las Indias. Nueva España.
- Peor aún, pone en peligro la venganza secreta.
- ¿Cuál venganza secreta?
- Hipócrita.
- Hay otro asunto muy grave.
- ¡Escandaloso!
- Se trata de tu amistad con el negro.
- ¡Sátiro!
- Jefe de pandilleros sátiros.
- Esto no lo puedes negar.
- Los cristianos en Santo Domingo sospechan que...
- ¿Qué es lo que sospechan?
- La verdadera razón de tu amistad con el negro.
- Un Sócrates negro.
- ¿Socrates negro?
- Pues, como Sócrates, tu amigo negro “*accusatus est quod corrumperet juventutem*”.
- ¡Disparate! Y en latín de persona analfabeta.
- ¿Niegas que Juan Garrido sea sátiro?
- Pues, según nuestras fuentes eclesiásticas, cuando el africano llegó a La Española, lo primero que hizo fue convertir al negrito Bayano en su Lazarillo.
- En otras palabras, un corruptor de menores.
- ¡Sátiro!
- Juan Garrido, el Sócrates negro.
- También sabemos de otros asuntos.

—¿Qué otros asuntos?

—Ñuflo de Olano y el negrito Felipillo.

—Estebanico con el negrito Antón Mandinga.

—Juan Valiente con el negrito Luis Mozambique.

—A Sevilla llegó el informe del Santo Oficio de la Inquisición sobre lo sospechoso de tu amistad con el africano, el Sócrates negro y corruptor de la juventud africana.

—¿Has ayudado al africano negro de pelo cuscú, ñato y bembón que llamas Juan Garrido en su búsqueda?

—¿Búsqueda de qué?

—Hereje.

—¿Has apoyado al negro ñato bembón que llamas Juan Garrido en su búsqueda?

—¿Búsqueda de qué?

—Mentiroso.

—¿Has auxiliado al negro bembón ñato que llamas Juan Garrido en su búsqueda?

—¿Búsqueda de qué?

—Traidor.

—Hijo de marrana y amigo de negros.

—¿Cómo te atreves a rogar ser Virrey de Nueva España?

—Hay sospecha de tu pureza de sangre. Eres adúltero. Tu mejor amigo es negro.

—Repito, ¿búsqueda de qué?

—¡Silencio!

—¿Búsqueda de qué?

Después de pasar una temporada en España, adonde había ido para llevar oro saqueado de Santo Domingo, Cuba, Jamaica, Panamá y México, y, también para, personalmente, con lujo de detalles, narrarle al nieto de los Reyes Católicos la gloriosa hazaña de la conquista de Tenochtitlán, Hernán Cortés, nombrado Marqués del Valle de Oaxaca, región de clima malsano, mosquitos e indios, por supuesto, amargado y rencoroso, por un nombramiento no esperado y mucho menos deseado, llevando un saco blanco apasionadamente custodiado, viajó rumbo a Cuernavaca, donde sufriría angustiosamente la humillación de no haber sido nombrado Virrey de la Nueva España, en aquel entonces la más importante colonia de Tierra Firme.

En efecto, por el nombramiento no deseado y por el consecuente rencor, no tanto para favorecer a un primo sevillano recién llegado de apellido Pizarro, quien no participó en la conquista del Imperio Azteca, sino por malicia, Hernán Cortés ordenó que despojaran a Juan Garrido (su viejo amigo y fiel compañero de hazañas conquistadoras en Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba, Jamaica, México, Baja California) de todos los privilegios, tierras e indios en México que se había merecido por su importante participación e indispensable estrategia comunicativa con los tambores africanos en la derrota de los guerreros aztecas de Moteczuma, porque, tras el viaje a España, el conquistador de los aztecas, plétórico de indignación, pensó: “Yo, alcalde de Santiago de Cuba, fundador de La Villa Rica de la Vera Cruz y el único gran conquistador peninsular letrado en la Universidad de Salamanca, no me nombraron Virrey de Nueva España no tanto por la ridícula e injusta sospecha de mi cepa marrana, la cual con arrepentimiento y una buena confesión hubieran perdonado como ocurrió con varios místicos famosos e inquisidores eminentes, ni por fornicar con una india, ni por ser progenitor de mestizos naturales, sino por mi amistad con el negro que con pedantería habla la lengua castellana, y con imprudencia se hace llamar Juan Garrido aunque en realidad es Obadelé, el único heredero del reino africano más rico y poderoso a orillas del río Nilo y los alrededores del volcán Kilimanjaro y, además, descendiente del general Tariq, el africano que conquistó la Península Ibérica, reino de noble cepa celtíbera cristiana. Todos fuimos humillados por ese negro africano y musulmán; humillación y maldición de ocho siglos que empezó en Gibraltar, continuó en Guadalete con la derrota de don Rodrigo, nuestro último rey goda, y no terminó hasta la toma de La Alhambra en Granada. Pues, me da mucho gusto y es motivo de gran orgullo participar desde ahora en adelante en la búsqueda de los cinco sacos blancos que serían la venganza secreta de los Reyes Católicos contra todos los negros nacidos y por nacer, *per omnia saecula saeculorum*, porque ningún español debe olvidar jamás los ultrajes, agravios, afrentas e injurias al honor de la cepa celtíbera cristiana en Gibraltar, Guadalete y Granada, por culpa de ese comandante africano cuyas tropas mu-

sulmanas dominaron los reinos cristianos de la Península durante ocho siglos: el general Tariq ibn Ziyad”.

En un lugar secreto no muy lejos de la Villa Rica de la Ver Cruz, Xóchitl, mi esposa, descendiente de antepasados olmecas y mayas, se reunió con Juan Valiente, Ñuflo de Olano y Estebanico, para llevarlos a nuestro bohío cerca del Cofre de Perote, el palenque que Felicidad Dolores, en un sueño, había anunciado que Yangá, un africano valiente y rey cimarrón, fundaría como el primer refugio y territorio libre del yugo de la esclavitud para los de ascendencia africana en México.

Al llegar a nuestro hogar, después de darnos fuertes abrazos y de ofrecer cariñosamente regalos a nuestros tres hijos, los invitados saborearon chocolate y tamales que Xóchitl había preparado para mis viejos amigos, a quienes conocí en Santo Domingo tras mis aventuras y feliz encuentro con parientes en Portobelo y Garachiné, allá en el Istmo de Panamá.

Luego, Juan Valiente dijo: “La crueldad de Francisco Pizarro, dueño de uno de los sacos blancos que observé en Santo Domingo, Cuba, Jamaica y Panamá, llegó al extremo en Cajamarca, allá en Perú, donde, antes del saqueo en Cuzco, estranguló a Atahualpa, porque, según el ofendido Pizarro y los otros españoles, el monarca inca no era cristiano; y también porque Atahualpa hablaba quechua, una lengua que no era ni cristiana ni hermosa ni culta como la lengua castellana de la reina Isabel la Católica. Fui testigo de la horrible matanza entre los pizarristas y los almagristas, y, también, más al sur del lago Titicaca, fui testigo de la muerte de Valdivia y otros españoles que, en tierra ajena, se atrevieron a ofender, con arrogancia cristiana, a los caciques araucanos Lautaro, Colocolo y Caupolicán”.

—Juan Valiente, perdona que interrumpa tu interesante narración sobre el gran Imperio Inca y, también, el heroísmo de los caciques araucanos Lautaro, Colocolo y Caupolicán, pero me parece más importante en este momento narrarle a Texcatlipoca, nuestro generoso anfitrión, sobre sus parientes en Portobelo y Garachiné.

—Pero, amigo Ñuflo de Olano, me falta narrar lo de Machu Picchu, Viracocha...

—Sí, amigo Juan Valiente, comprendo que es interesante todo lo que tienes que decir, pero, me parece que los hijos de Texcatlipoca y Xóchitl estarían más interesados en mi narración sobre sus parientes de ascendencia africana en Portobelo y Garachiné, allá en el Istmo de Panamá.

—¿Y cuándo me tocará a mí hablar sobre la larga caminata de ocho años desde la Florida hasta Tenochtitlán? —preguntó Estebanico.

—Bueno, por respeto a los niños, no voy a decir nada sobre Vasco Núñez de Balboa, dueño de uno de los sacos blancos, y la matanza por la obsesionada búsqueda de El Dorado y todo lo que ocurrió con los africanos e indios de habla chibcha en Darién, víctimas de la sangrienta ferocidad de Leoncico y Becerrillo, los perros mascotas de Balboa y Pizarro. Allá en Garachiné, rumbo al Mar del Sur, conocí a varios caciques y parientes tuyos que tienen muy gratos recuerdos del feliz encuentro contigo en Portobelo. Me narraron muchos acontecimientos y hazañas heroicas sobre tu padre rey en el reino más rico y poderoso a orillas del río Nilo y los alrededores del volcán Kilimanjaro, allá en África; sobre los saqueos y las constantes invasiones de negreros árabes en la desembocadura del río Nilo; y sobre los consecuentes refugios de tus antepasados de la nobleza africana, lejos del terruño ancestral, allá en el Istmo de Tehuantepec y el Istmo de Panamá. Pero, Texcatlipoca, lo que no quedó muy claro en mi mente fue lo que me comentaron sobre tu misión secreta vinculada con una muy importante búsqueda. ¿Búsqueda de qué?

Abruptamente, de un brinco, Texcatlipoca se levantó de la hamaca y, sin dar explicaciones, cambió el tema de la reunión y, por supuesto, no contestó la pregunta que hizo su amigo Ñuflo de Olano sobre la búsqueda vinculada con la misión secreta.

Al rato, extremadamente perturbado, Juan Garrido acusó a Hernán Cortés de traicionero y malagradecido, porque sin darle explicaciones ni mucho menos alguna justificación, había ordenado, rencorosamente, que lo despojaran de sus privilegios y tierras en la Villa Rica de la Vera Cruz, Cholula, Chapultepec, Michoacán, Baja California y Cuernavaca, no obstante el hecho de que, durante tres décadas, fueron buenos amigos y compañeros

de hazañas en la pacificación de Santo Domingo, la conquista de Boriquén, la conquista de Cuba, la conquista de la Península de la Baja California y, sobre todo, tras la Noche Triste, la conquista de Tenochtitlán, gran centro del Imperio Azteca. Después de una breve pausa, Juan Garrido repitió, a voz en cuello, lo de la Noche Triste y la importante estrategia de los tambores africanos en la derrota de los otros españoles que desembarcaron en la Villa Rica de la Vera Cruz para encarcelar a Hernán Cortés; también hizo hincapié en la importancia de los tambores africanos en la conquista de los aztecas.

Por la madrugada, cerca de la Villa Rica de la Vera Cruz, en el bohío donde habían llegado los viejos amigos Juan Valiente, Ñuflo de Olano y Estebanico, se escuchó a Obadelé, el noble conquistador oriundo de África, marido de Xóchitl, padre de tres hijos mexicanos y compañero durante tres décadas de Hernán Cortés en hazañas conquistadoras en el Mar Caribe y Tierra Firme, preguntar, repetidas veces, con cierta tristeza: “¿Qué exactamente habrá querido decir Felicidad Dolores con eso de que en cuanto a la búsqueda para cumplir con la misión secreta, no se debe de dejar para mañana lo que se puede hacer hoy?”

—Pero ¿qué es lo que usted no puede creer?

—En otra ocasión hablaremos de eso.

—Entonces, ¿quién es Rosita?

Aquel día, Papimambí no escuchó a sus hijos anunciar la llegada de Orapronobis, quien, con ansias, empezó la acostumbrada búsqueda de algo. En aquel entonces, el nieto de Felicidad Dolores hacía todo lo posible para no seguir pensando en diálogos y escenas del sueño, dedicando su tiempo, con empeño, en la búsqueda de Cerro Pimento en los mapas.

SEINGÜ

Aquel atardecer, tras varios años después de la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos, al regresar de prisa y corriendo al hogar, los mellizos despertaron al padre que, en el jardín, dormía tranquilamente la acostumbrada siesta en su hamaca, para enseñarle con entusiasmo un mapa nuevo donde habían encontrado varias posibles ubicaciones de Cerro Pimento.

Pero, por primera vez, lo cual asombró a sus hijos, Papi-mambí no le prestó mucha atención a lo de Cerro Pimento porque estaba muy distraído por una canción en su tocacintas titulada “*Media vita in morte sumus*”, y otros cantos gregorianos, pensando en los detalles del sueño que acababa de tener, durante la siesta en su hamaca, sobre la reunión en el palenque garífuna, donde el rey Satuyé, la reina Barauda y el cimarrón Bandelé conversaron de las hazañas de los *würiburugína garinagu* (guerreiros garífunas) en las islas del mar Caribe.

Luego, al escuchar los repetidos mensajes en la contestadora de teléfono, el descendiente de Boukman, quien, en aquel entonces, estaba ocupadísimo con la educación de sus hijos y un sinnúmero de asuntos cuyos temas destacan la diáspora africana, decidió llamar por teléfono a la persona que había dejado los mensajes, para saber la razón de las llamadas. Entró a su alcoba, buscó el teléfono en una mesita cerca de la cama, y marcó los números que había escrito en una tarjeta postal recién recibida de *La Citadelle*, en Haití.

Mientras esperaba que alguien contestara el teléfono, pensó que las llamadas posiblemente eran más invitaciones para presentar, en conferencias internacionales, ponencias sobre las hazañas y los aportes, durante los primeros quinientos años, de los africanos y sus descendientes caribeños y latinoamericanos a las historias, las culturas, las literaturas y las identidades de los territorios que se ubican entre el valle de Anáhuac hasta la Patagonia. Examinó cuidadosamente la respuesta que daría, no por falta de interés, sino por falta de tiempo, porque además

de concentrar casi todo su poco tiempo libre en la constante e importante búsqueda del Cerro Pimento en los mapas, con frecuencia, él mismo conducía su propio automóvil al aeropuerto, obsesionado, según sus estudiantes, con la puntualidad, para llegar a tiempo a los vuelos internacionales rumbo a los destinos, donde había sido invitado, para participar en foros académicos, como en vísperas del Quinto Centenario de la llegada, aquella madrugada en octubre de 1492, de la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* al mar Caribe.

—Buenas noches. Por favor, deseo hablar con el señor que se llama...

—Un momento por favor.

La joven que contestó la llamada telefónica en la sala del hogar, en seguida, fue a la cocina y, luego, la habitación de sus abuelos y dijo: “*Áruguti* (Abuelito), un señor desea hablar en el teléfono”.

—¿Dónde está tu abuela? Ahora no puedo hablar. Estoy muy ocupado.

—*Agütü* (Abuelita) fue al mercado.

—¿Para qué?

—Para comprar *üdüraü* (pescado).

—¿Qué más?

—*Awasi* (Maíz).

—¿Qué más?

—*Yéyawa* (Piña).

—¿Qué más?

—*Yuga* (Yuca).

—¿Y qué más?

—*Baruru* (Plátano).

—¿Para una fiesta?

—Para el *bachati le lánina binafi* (desayuno).

—¿No ha regresado todavía?

—Y también...

—Parece que tu abuela fue al mercado que está en el mar en un cayuco y se olvidó de llevar los remos.

—Y también fue a casa de la vecina para darle el pésame.

—¿A qué hora regresará tu abuela?

—No sé. Los cuentos en un *beluria* (velorio) garífuna son largos.

—¿Quién está en el teléfono?

—El señor no me dijo su nombre.

—¿Quién será?

—No habló ni en inglés ni en garífuna.

—Hola, habla...

—Hola. Señor, usted dejó varios mensajes...

—Sí. Lo llamé porque recientemente en un periódico o en una revista leí un artículo sobre la controversia del V Centenario del llamado “descubrimiento” de Cristóbal Colón.

—¿En cuál periódico o revista?

—Usted perdone, pero no recuerdo ahora mismo.

—Si no es mucha molestia, por favor, de antemano le agradezco una copia de dicho artículo.

—No es ninguna molestia. En el artículo me llamó mucho la atención el hecho de que usted ha escrito sobre los caribeños y latinoamericanos de ascendencia africana.

—Sí. Pues, si le interesa, le puedo enviar por correo electrónico varios artículos, en los cuales se presentan los aportes de los afrocaribeños en la construcción del ferrocarril transístmico y la excavación del Canal de Panamá; y, además, la participación de sus antepasados africanos en la historia e identidad dominicana, cubana, mexicana, colombiana, panameña, brasileña...

—¡Claro que sí! Me interesa mucho el tema. Soy hondureño de ascendencia africana.

—A propósito, durante el Primer Congreso de la Cultura Negra de las Américas, en Cali, Colombia, organizada por el escritor colombiano Manuel Zapata Olivella, tuve la oportunidad de conocer a un hondureño, un *umadaï* (amigo) garífuna que se llama...

—¡Caramba! Uayujuru es paisano y muy amigo mío.

—¿Uayujuru?

—Es su nombre ancestral. En lengua garífuna significa trueno.

—Director del Ballet Folklórico Garífuna.

—Sí. Uayujuru es de Durugubuti, y yo soy de Duruwiu, en Indura (Honduras).

—Desde ese encuentro en Cali, no he tenido la oportunidad de volver a conversar con mi *umadaï* garífuna, porque durante el Segundo Congreso en Panamá y el Tercer Congreso en Brasil, Uayujuru esaba muy ocupado por los compromisos internacionales del Ballet Garífuna.

—Otro *umadaï*, un maestro, y autor de un importante libro sobre nuestra cultura garífuna, me comunicó que Uayujuru, con frecuencia, está viajando con el Ballet Garífuna.

—Me imagino el orgullo de todos los garífunas...

—¡Claro que sí!

—Deseo leer el libro de su amigo maestro sobre la cultura garífuna.

—Le voy a obsequiar el libro.

—*Seremein* (Gracias).

—*Úati nikata luagu* (De nada).

Además de darle a Papimambí sus señas electrónicas para que le enviara los artículos sobre los caribeños y latinoamericanos de ascendencia africana, el señor garífuna también le comunicó que, como presidente de la Sociedad Negra Hondureña de California, le invitaba, como a todos los garífunas en el exilio, para conmemorar un hecho histórico: el forzado desembarco de los garífunas el 12 de abril de 1797, en la isla Roatán, en la costa caribeña de Honduras, deportados por los ingleses de la isla Yurumein (San Vicente), por defender la dignidad ancestral y rechazar el yugo de la esclavitud. Enfatizó que esta lucha se logró bajo el valiente liderazgo del máximo héroe garífuna: *ábuti* Satuyé. Además, le informó que los garífunas de Belice, Nicaragua, Guatemala y Honduras que viven en el exilio, se reúnen anualmente a mediados del mes de noviembre para asistir a una misa católica, en lengua garífuna, para conmemorar otro acontecimiento histórico: el desembarco de los garífunas hondureños fundadores de Dangriga, en Belice, donde tuvieron que refugiarse de la persecución armada de los soldados españoles, como venganza, por luchar hombres y mujeres garífunas, en apoyo de Francisco Morazán, el precursor de la independencia de Centro América.

—Quiero ir a la próxima misa en lengua garífuna.

—Le voy a dar la fecha e iglesia donde será la misa.

—*Seremein* (Gracias).

—*Úati nikata luagu*. Por razones ajenas a mi voluntad, este es el primer año, en casi dos décadas, que no podré estar presente, pero el día de la misa, usted tendrá la oportunidad de conocer a mi mejor amigo y *kompé* (compadre), el Dr. Góubana. Es otro hondureño que le podrá narrar mucho sobre nuestra cultura, sobre todo, las hazañas de los caciques garífunas como Satuyé, Sambulá y otros, porque ha viajado mucho para estudiar las comunidades garífunas en Centro América como Orinoco en Nicaragua, Labuga en Guatemala, Dangriga en Belice y, por supuesto, Rubadan, Duruwiu, Durugubuti, Mañali, Bataya... y otras comunidades garífunas en Honduras.

Tras la conversación telefónica con el señor garífuna, Pápimambí decidió dedicarse con aún más entusiasmo a la búsqueda de la ubicación de Cerro Pimento en los mapas. Pero, al rato, perdió la concentración al pensar que se acercaba la víspera del Quinto Centenario de la matanza de niños, mujeres, hombres y ancianos arahuacos y caribes en Guanahaní, Quisqueya, Borinquén, Xaymaca, Yurumein y otras islas en el mar Caribe; el ahorcamiento de la cacica Caona y la ejecución de otros caciques en Santo Domingo; la muerte en la hoguera del cacique Hatuey en Cuba; la muerte del cacique Pacra, despedazado por los colmillos de una jauría de perros rabiosos, y la matanza de indígenas en Darién; la masacre de los hijos del cacique guaymí, Urracá, en Veraguas; la muerte del azteca Cuauhtémoc en Tenochtitlán; la ejecución del inca Atahualpa en Cuzco; la ejecución del cacique Lempira, cerca de Copán, en Guatemala; el secuestro de hombres, mujeres y niños en África, su traslado forzado en barcos negreros rumbo a la América Latina y el Caribe, y su subsiguiente esclavitud en los cañaverales e ingenios azucareros en las islas y los países de esa región; las rebeliones cimarronas que libera-ron por defender la dignidad ancestral y la Libertad; las subsiguientes crueldades que desataron los esclavistas blancos contra ellos y sus héroes, tales como Lemba, Bayano, Benkos, Zumbí, Satuyé, Christophe y Cinqué, en lugares como Santo Domingo, La Habana, Veracruz, Portobelo, Cartagena, Maracaibo y Pernambuco; y la fundación de los quilombos y palenques donde se

refugiaron. Además, se puso a pensar en la muerte de Macandal en la hoguera, en Haití; la decapitación de Boukman, en Haití; la decapitación de José Antonio Aponte, en Cuba; el fusilamiento del poeta Gabriel de la Concepción “Plácido” Valdés, también en Cuba; el fusilamiento del coronel Lorenzo Barcala, en la Argentina; el asesinato del diplomático Bernardo Monteagudo, en Perú; la masacre de mambises, en Cuba; las ejecuciones del general Vicente Guerrero, José María Morelos y Pavón, el general Manuel Piar, el coronel Leonardo Infante, el almirante José Prudencio Padilla, el caudillo Pedro Prestán y el general mambí, Antonio Maceo, apodado *El Titán de Bronce*. Finalmente, pensó en la pobreza, el rechazo, el desdén, la discriminación y el odio hacia los de ascendencia africana en todos los rincones de las Américas.

Poco antes de conversar con sus hijos, Papimambí trató de recordar si fueron parte del sueño sobre el palenque garífuna, o sucedieron después de que lo despertaron, porque en lo de las posibles ubicaciones de Cerro Pimento en los mapas nuevos, las voces que decían: “...sobre todo pido cumplimiento de justicia”, y “*Liberté ou Mort*”.

Cuando les anunció a sus hijos que pronto tendría la oportunidad de conocer a garífunas durante una misa en lengua garífuna, al observar al padre tan contento, los mellizos en seguida aprovecharon la oportunidad para que su progenitor les narrara sobre la hazaña del africano Cinqué en la goleta *Amistad*, cerca de la costa norte de Cuba; el heroísmo de Zumbí, rey cimarrón y valiente héroe en los quilombos de Palmares, Brasil; y también, sobre las hazañas de los cimarrones haitianos, animados por la valentía de los generales Henri Christophe y Jean Jacques Dessalines en la derrota de las tropas napoleónicas en Haití; y además, el hecho de que estos cimarrones haitianos, tras el triunfo de la Revolución Haitiana, combatieron a los españoles en Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho en Colombia, Venezuela, Ecuador y el Perú respectivamente.

A la siguiente noche, sorprendentemente, el nuevo amigo garífuna fue al hogar de Papimambí para llevarle el libro sobre la cultura garífuna, disculpándose por el hecho de no haber encontrado el artículo del periódico, en el cual citaban al catedrático

en cuanto a la controversia del V Centenario. Tras de ofrecerle chocolate y maní, conversaron largo rato de lo poco que se sabe de la cultura garífuna en Latinoamérica, de la hazaña de los africanos en la goleta cubana *Amistad*, y del impacto contundente de la Revolución Haitiana en el mundo—importantes hazañas, todas, que merecen ser pregonadas con orgullo y júbilo, al ritmo de tambores, marimbas, güiros y maracas, aquí y allá, por ser tan extraordinarias e insólitas en la historia de los africanos y sus descendientes caribeños y latinoamericanos.

Luego, los hijos conversaron largo rato con el nuevo amigo garífuna sobre las ventajas y desventajas de tener un hermano mellizo, porque, a veces, era divertido y, en otras ocasiones, era todo lo contrario, según las circunstancias, cuando los confundían en la escuela, la biblioteca, el museo, los parques y las fiestas, por el parecido idéntico.

Antes de despedirse, el amigo garífuna le comunicó al nieto de Felicidad Dolores que después de conversar con él por teléfono, esa misma noche, en un sueño los antepasados africanos del barco negrero que naufragó cerca de Yurumein, y los cimarrones de todos los palenques y quilombos le comunicaron que durante el Segundo Encuentro Cumbre Garífuna, en Los Ángeles, California, tras de casi dos décadas de no verse, Uayujuru y el profesor Papimambí se darán abrazos fraternales que será una señal importante del inicio de la unión y la solidaridad de todos los caribeños y latinoamericanos de ascendencia africana: *chombos, cocolos, cuculustes, juyungos, pichones, garífunas...*

Cuando llegó el día para ir a la misa en lengua garífuna, durante una mañana de clima agradable, el descendiente de Felicidad Dolores y Juan Garrido fue el primero en llegar a la iglesia, donde observó cuidadosamente las entradas y salidas de la iglesia, el lugar reservado para el coro, los asientos reservados para los dignatarios e invitados especiales y, por último, el altar, para poder seleccionar la mejor posición desde donde filmar en cámara de vídeo, el coro y la procesión de los dignatarios e invitados especiales a la misa.

Luego, los miembros de las comunidades garífunas centroamericanas empezaron a llegar, y alegre y cariñosamente, se

saludaron con abrazos y besos, conversando en español e inglés, pero principalmente, en lengua garífuna.

A Papimambí le llamó la atención el cambio en el ambiente y pensó: “Qué interesante. Hace menos de dos décadas, yo, un fiel practicante de la doctrina católica, nunca se me hubiera ocurrido atreverme a asistir a misa en esta iglesia. Aunque transitaba esta avenida dos o tres veces por semana en mi auto cuando estudiaba en una universidad cerca de aquí, y tenía muchísimas ganas de meterme para rezar un *Pater Noster*, dos *Avemarías*, o aún un rosario completo con sus cinco misterios, siempre tenía la idea de que me rechazarían por no ser uno de “ellos”—un miembro de la Ku Klux Klan; entonces, imagínate mi sorpresa al descubrir ese día que los feligreses en su mayoría son inmigrantes hondureños de ascendencia africana, garífunas, e inmigrantes mexicanos y otros latinoamericanos zambos, morenos, mulatos y mestizos”.

El docente panameño empezó a filmar con su cámara de vídeo a los grupos garífunas de hombres con tambores, mujeres con flores y niños con frutas, todos elegantemente vestidos, como acostumbran en los días feriados en sus comunidades garífunas de Centro América, pero sobre todo las mujeres, quienes parecían mucho a reinas africanas en los antiguos reinos e imperios en Ghana, Mali, Songhay, Egipto, Etiopía, Nubia y Zimbabwe.

Después de filmar a todos los garífunas reunidos en el patio de la iglesia, empezaron a llegar también mexicanos y chicanos cargados con comida, flores, decoraciones, música de mariachi, música norteña y música jarocho, para la misa en español y una fiesta de quinceañera, las cuales iban a celebrarse inmediatamente después de la misa garífuna. Acto seguido, se le acercó un señor, y después de saludarlo respetuosamente, le sonrió y le dijo: “Usted es el profesor panameño amigo de mi compadre, ¿verdad?” Al descendiente de Felicidad Dolores le llamó la atención el hecho de que, en semejante muchedumbre, el señor, quien nunca lo había visto antes, lo identificara tan fácilmente. Y, tras de conocer a otro garífuna, al presidente de la Asociación Garífuna de Belice, tuvo la oportunidad de conocer por fin a la persona que buscaba ese día: el Dr. Góubana, médico garífuna de Honduras.

—*Buiti binafi, amuleñei* —Papimambí lo saludó alegremente en lengua garífuna.

—Buenos días —saludó el Dr. Góubana, al estrechar la mano de Papimambí, y pensó: “*Gariñegaditi rai Garífuna!*” (¡Oh, no sabía que hablaba garífuna!)

Durante las presentaciones de Papimambí y el Dr. Góubana, ambos se saludaron y se miraron con mucha alegría, como hacen hermanos que, tras una larga y distante separación vuelven a encontrarse; además, ambos, a la vez, estaban asombrados, porque mientras uno pensaba que era raro que su mejor amigo y compadre no le comunicara con anticipación que el nuevo amigo panameño hablaba garífuna, el otro pensaba que era curioso que saludara con la mayor naturalidad en lengua garífuna, como si fuera por costumbre cotidiana hablar una lengua que jamás antes había estudiado; y, por si esto fuera poco, simultáneamente, tanto al médico hondureño como al profesor panameño, también a cada uno le pareció muy curioso, ese momento, durante el primer encuentro, que mientras a uno lo inundó la sensación de reconocer una voz muy conocida, al otro, en cambio, lo inundó la sensación de reconocer un rostro muy conocido, aunque ambos estaban seguros de que nunca antes en ningún lugar jamás se habían hablado o visto.

Durante la misa y la filmación en vídeo a todos los dignatarios sentados en la primera banca de la iglesia, los cuales incluía al Dr. Góubana, el orador principal, a quien le tocaba dar la bienvenida a todos los garífunas reunidos y también al sacerdote beliceño que iba a officiar la misa y pronunciar el sermón en lengua garífuna, curiosamente, el descendiente de Bayano, Barauda, Bahiana y Boukman, sin darse cuenta, fijó la cámara de vídeo en el rostro del galeno garífuna, y pensó en la palabra *amuleñei* (hermano menor).

Contento de estar esa mañana con garífunas, a quienes consideraba hermanos y hermanas vinculados por la odisea transatlántica de los secuestrados y encadenados antepasados africanos que llegaron al mar Caribe en barcos negreros, Papimambí se imaginó escenas similares en los reinos africanos a orillas del río Nilo y por los alrededores del volcán Kilimanjaro, donde los an-

cestros (en especial Obatalá, Yemayá, Elegguá, Changó, Oggún, Ochún y Orula) se reunían con frecuencia para celebrar un nacimiento, un cumpleaños, un matrimonio, o una buena cosecha de ñame, plátano y guandú con el acompañamiento rítmico de tambores, maracas, palmadas, danzas, cantos y güiros.

Al rato, poco después de los abrazos entre los garífunas como señal de paz y hermandad durante la misa, y, luego, pronunciado el sermón, terminada la repartición de las hostias de la santa comunión y completados los cantos y las danzas, cuando el sacerdote alzó el brazo derecho, haciendo la señal de la cruz, para dar la bendición de despedida en la misa garífuna, al recordar que les había prometido a sus hijos mellizos llevarlos al museo, donde había una exposición de máscaras e instrumentos musicales utilizados en las ceremonias macumbas y candomblés, para invocar a los orixás, con un apretón de manos y un abrazo fraternal, Papimambí se despidió del Dr. Góubana.

Rumbo al museo, en silencio, el catedrático panameño pensó otra vez en la palabra *amuleñei* (hermano menor) y en el rostro del galeno garífuna de Honduras.

Al llegar al museo, y durante el recorrido por las salas para observar la exposición de los instrumentos musicales de herencia africana usados en las ceremonias de candomblé y macumba, y, también, las máscaras brasileñas de carnaval, los mellizos, acostumbrados al padre concentrado en los mapas por lo de la búsqueda de la ubicación de Cerro Pimento, observaron que después de asistir a la misa garífuna, otro asunto nuevo había empezado a llamarle la atención porque, durante la visita al museo, de repente, ya no le gustaba que le interrumpieran ni que le hicieran tantas preguntas; daba la impresión de estar impaciente e inquieto, todo lo contrario de lo acostumbrado, y cuando contestaba alguna pregunta, sorprendentemente, la respuesta no era la acostumbrada con lujos de detalles, sino sucinta. Y, por supuesto, durante la visita al museo, los mellizos se sintieron muy insatisfechos por la escasa información ofrecida sobre una comparación y contraste entre el orixá Oxalá en la ceremonia de candomblé en Brasil, y el orixá Obatalá en la ceremonia de bembé en Cuba, y lo mismo sobre Yemanjá y Yemayá, Xangó y Changó, y los otros orixás

yorubas o lucumíes, que, a pesar de la distancia geográfica entre los descendientes de los esclavos y cimarrones africanos en Brasil y Cuba, y también, a pesar de la fanática vigilancia de fray Bartolomé de las Casas, los verdugos Torquemadas, las torturas y hogueras del Santo Oficio de la Inquisición durante la época colonial y, en la actualidad, la persecución constante de los gobiernos oligárquicos, dictaduras militares y la Iglesia Católica, es digno de admiración el empeño de los ancestros cimarrones en conservar, contra viento y marea, desde los albores del yugo de la esclavitud en el Caribe y Latinoamérica, las importantes herencias autóctonas de África: las lenguas yoruba o lucumí, abakuá, conga... los tambores y, especialmente, los ritos en homenaje a los orixás Yemayá, Changó y Oggún.

Por la tarde, cuando llegaron a la biblioteca después de la breve visita al museo, Papimambí, pensando otra vez en la palabra *amuleñei* (hermano menor) y en el rostro del galeno garífuna que acababa de conocer, que por algo parecía que ya se conocían, se preguntó: “¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde?” Y, al rato, se separó de sus hijos, por primera vez, durante una visita a la biblioteca, y no los acompañó para seleccionar los mejores libros científicos y biografías ilustres, sino que se entusiasmó por buscar alguna obra sobre la lengua y la historia de los garífunas; y al no encontrar ningún libro sobre los temas buscados no obstante la ayuda y la búsqueda meticulosa de varias bibliotecarias, en un teléfono público llamó a su amigo garífuna, pero en vez de contestar él, le salió un saludo breve en la voz de su hija mayor, en garífuna, español e inglés, pidiendo que se dejara un mensaje.

—*Buiti ranbawéyu, amuleñei.* (Buenas tardes, hermano menor). Son las seis de la tarde y volveré a llamar más tarde. Me interesa mucho conversar lo más pronto posible con usted, para obtener más información sobre la cultura garífuna, sobre todo, la lengua garífuna. *Ayó* (Adiós).

Inmediatamente después de dejar el mensaje en la contestadora de teléfono, Papimambí pensó otra vez en el rostro del galeno garífuna y en la palabra *amuleñei*, tratando de buscar en algún rincón de su mente una posible explicación del por qué habló en garífuna y, también, por qué usó la palabra *amuleñei*. Y

sin consultar con sus hijos, todo lo contrario de lo acostumbrado, decidió regresar al hogar.

Durante la cena, padre e hijos no intercambiaron ni una palabra; comieron en silencio, lo cual era raro, porque usualmente platican sobre diversos asuntos, como las recientes actividades académicas, los libros leídos, las partidas de ajedrez, los planes para viajes, conciertos, óperas y cumpleaños, los deportes, los acontecimientos en el mundo reportados en los periódicos y anunciados en la radio y la televisión... Papimambí, a cada rato, en su mente se preguntaba: “¿Cómo se explica ese rostro tan familiar del galeno garífuna?” Y, además, pensando en la llamada telefónica a su nuevo amigo hondureño, en vez de decir “buenas tardes” y “adiós” en español, habló en garífuna, una lengua que nunca había estudiado, pero curiosamente, lo hizo con la misma naturalidad como lo había hecho antes de participar en la misa garífuna, cuando por la mañana dijo: “*buiti binafi*”, en vez de “buenos días”, y sobre todo, el uso de la palabra *amuleñei* (heman menor), en el momento en que fue presentado al Dr. Góubana. Además de pensar en los espontáneos e inexplicables saludos y palabras en lengua garífuna, también empezó a pensar en la necesidad de consultar varias obras sobre interpretaciones de sueños porque anhelaba saber cómo era posible conocer a una persona por primera vez, y, no obstante, reconocer su rostro como si lo hubiera conocido por años, como ocurrió antes de la misa en lengua garífuna con el galeno hondureño de ancestros garífunas.

Esa noche después de la cena, al escuchar los mensajes en la contestadora de teléfono, el Dr. Góubana le comentó a su esposa que, de todos los mensajes, le llamó la atención uno en especial, porque la persona que había llamado no se identificó, pero, sin embargo, él reconoció la voz: era la voz del nuevo amigo panameño que fue a la misa garífuna con su cámara de vídeo. También comentó que, curiosamente, la voz que escuchó por primera vez esa mañana, no obstante, era una voz muy conocida.

—El profesor panameño me informó que nunca ha viajado a Honduras, uno de los pocos países en Latinoamérica que hasta la fecha no ha tenido la oportunidad de visitar, y además...

—¿De qué hablas?

—Su voz.

—Eso pasa con frecuencia. A veces uno confunde la voz o el rostro de una persona con otra persona por el parecido.

—No, no, Amorcito, no se trata de eso. Esto es algo muy diferente, te lo juro. Es como si fuera *iduheí* (pariente).

—Papi, ¿te acuerdas de la vez que viajamos a Nueva York y allí al pie de la Estatua de la Libertad, nos encontramos con una joven a quien saludé, pensando equivocadamente que era mi comadre y amiga de infancia allá en Honduras?

—Pero, Amorcito, sé de lo que hablo. Esto es diferente. A mí también me ha pasado lo mismo muchas veces cuando he saludado a varios jóvenes a quienes yo confundí por amigos garífunas en comunidades garífunas como Trujillo, Punta Gorda, San Juan, Tornabé, Dangriga, Labuga, Orinoco... Se dice que todos tenemos un doble en alguna parte del mundo. Eso lo comprendo bien. Pero en el caso de Papimambí, es diferente. Es un *iduheí*. De eso estoy seguro. Su voz la conozco muy bien a pesar de ser la primera vez, creo, la primera vez que nos conocemos, repito entre comillas, “la primera vez que nos conocemos, creo”.

—Papi, a lo mejor fue un paciente tuyo ya hace mucho tiempo.

—Amorcito, nunca olvido a mis pacientes.

—Entonces, es un misterio.

Luego, esa misma noche, a las siete en punto, la hija menor de la familia, acompañada de su hermana y hermano, cortésmente interrumpieron la conversación de sus padres (sentados en el sofá de la sala, donde, mientras en el televisor observaban escenas en vídeo del más reciente viaje de vacaciones a Bataya y Mañali, sus pueblos natales en Honduras, y, también, conversaban sobre los planes para el próximo viaje durante la temporada navideña) para comunicarles que un señor estaba en el teléfono deseando hablar con el *surusia* (médico). Inmediatamente, al Dr. Góubana no se le ocurrió que se trataba de un paciente, sino que era el nuevo amigo de la voz curiosa, a quien conoció más temprano ese día en la misa garífuna. Se levantó del sofá, y tras de prometerle a su esposa que al rato continuarían la conversación, en seguida entró al cuarto donde estaba el teléfono.

—Buenas noches —saludó el Dr. Góubana.

—*Buiti guñou* —saludó el docente panameño, sin darse cuenta de que, otra vez, hablaba en garífuna.

—*¿Ida biñá gia?* (¿Cómo estás?)

—*Uadigiati*. (Muy bien.) Nos conocimos esta mañana en la misa garífuna —dijo el panameño, pensando que las palabras “nos conocimos esta mañana” no parecían expresar exactamente la verdad, porque el rostro del galeno garífuna, sin duda, le parecía el de un pariente, aunque por el momento no encontraba una explicación de lo que pensaba.

—*Ayé*, eso quiere decir “sí” en lengua garífuna —explicó el Dr. Góubana, al darse cuenta de que no hablaba en ese momento con un viejo amigo o pariente, como conjeturó al principio, al escuchar la voz que, curiosamente, era una voz muy conocida no obstante las circunstancias del encuentro: en la iglesia antes de que empezara la misa garífuna.

—Perdone la molestia, pero me gustaría aprender a, creo que se dice, *aturiaha* (estudiar) y *ayanuha* (hablar) garífuna.

—No hay problema. Mi *kompé* (compadre) es maestro, y el próximo *samudi*, perdón, quise decir sábado, empezará una clase.

—*Seremein*. (Gracias). Pero este sábado y los próximos *samudi* tengo compromisos con mis *biama* (dos) hijos en una competencia internacional de ajedrez.

—Pues, amigo, no hay problema. Usted y sus dos hijos vengan el próximo martes por la noche a mi hogar, para que conozcan a mi familia, y para obsequiarle a usted un libro de gramática garífuna —invitó el Dr. Góubana, pensando que era un poco curioso que su amigo panameño, quien, según lo sabido por ahora, no era garífuna ni estudiante de la lengua garífuna, pero, sin embargo, a semejanza a alguien que ha sufrido amnesia, por quizás años, al tratar de recordar una lengua que, sin duda, antaño dominaba con elocuencia, llamó la atención el hecho de que Papimambí curiosamente salpicaba la conversación con palabras y frases como *seremein* (gracias), *biama* (dos), *surusia* (doctor), *buiti guñou* (buenas noches), y, especialmente, la palabra *amuleñei*.

—*Amuleñei*, hasta el *luagu biama*.

—Hasta el martes.

Mientras el médico hondureño y el catedrático panameño conversaban por teléfono con entusiasmo sobre la lengua de los garífunas, de repente, a ambos hogares (uno cerca de la universidad y el otro cerca del hospital) llegó simultáneamente Felicidad Dolores, y se dirigió a uno llamándole Christophe y al otro llamándole Dessalines, y después pareció estar confusa llamándoles Yanga y Zumbí, y también luego, llamándoles Bayano y Satuyé, pero ambos hicieron caso omiso de la poderosa presencia de Felicidad Dolores, porque tanto Papimambí como el Dr. Góubana estaban muy distraídos al conversar pensando a la vez, individualmente, que, según la interpretación de un sueño, el otro, sin duda, realmente era...

Tras la conversación telefónica con el amigo garífuna, y también tras de pensar otra vez en el ¿cuándo? ¿cómo? ¿dónde? del aparentemente conocido rostro del médico, Papimambí les comunicó a sus hijos lo de la invitación. Inmediatamente se sorprendieron ambos hijos por lo de la invitación al hogar de la familia garífuna y, simultáneamente, dijeron: “Martes, Carmen”, para recordarle al padre que ese día por la noche, como de costumbre, lo dedicaba exclusivamente a *Carmen*, una telenovela que nunca se pierden padre e hijos.

Mientras esperaba con ansias la llegada del día para ir al hogar del galeno garífuna, los temas favoritos de sobremesa de Papimamí durante el desayuno, el almuerzo y la cena, eran sobre la célebre y heroica hazaña del rey Zumbí, valiente cimarrón gobernador de Quilombos de Palmares, cerca de Pernambuco, Brasil, donde los cimarrones vivieron prósperamente en los quilombos más de siete décadas, a pesar de las constantes campañas bélicas de los holandeses, ingleses, franceses, españoles y portugueses, para destruir los bohíos y los conucos con fuego, y con latigazos arrebatarse la libertad y la dignidad de los cimarrones de ascendencia africana; la hazaña de los africanos Cinqué y Grabeau en la goleta *La Amistad* cerca de Cuba; las hazañas de los cimarrones Christophe y Dessalines en Haití; la participación de los abuelos caribeños en la construcción del Ferrocarril y la

excavación del Canal de Panamá y, por supuesto, el tema de la lengua garífuna.

Felizmente, cuando llegó el ansiosamente esperado día, a las siete y media en punto de la noche, Papimambí fue al hogar de la familia Góubana, acompañado de sus hijos mellizos, quienes estaban desconcertados porque el padre nunca había permitido que nada ni nadie interrumpiera o fuera obstáculo con el compromiso de los martes: *Carmen*.

—La telenovela favorita de papá es *Carmen*.

—Sí, y su ópera favorita es *Carmen*.

—Las fotografías favoritas de Papi son las de Carmen.

—Y los martes se encierra para escribir poemas a...

—Carmen.

—Me alegro de que Cervantes y Rubén Darío hayan vivido muchos años antes de que papá naciera, porque en vez de Dulcinea y Eulalia...

Los mellizos estaban también desconcertados porque el padre había asistido a una misa católica con sus amigos garífunas (a pesar de haber sido seminarista durante un lustro, nunca asistía a ninguna misa por ningún motivo ni por nadie, prefiriendo referirse a la Iglesia Católica con el refrán “en casa de herbero cuchillo de palo”, lo cual era referencia a fray Bartolomé de las Casas y sus colegas eclesiásticos, dueños de barcos negreros, cañaverales e ingenios azucareros), en vez de participar en una ceremonia candomblé, macumba o bembé, que era muy de su agrado; y lo más extraño, por si fuera poco lo de la asistencia a la misa católica, por primera vez cambió la rutina de los martes, día de Carmen. Pero los mellizos se alegraron por el entusiasmo de su progenitor en aprender la lengua garífuna, porque ya no era necesario poner en tela de juicio el por qué de esas palabras y frases sospechosas que decía cuando soñaba porque felizmente se dieron cuenta de que esas palabras y frases ahora las reconocían al escuchar la conversación entre él y la familia Góubana.

Al rato, mientras el Dr. Góubana fue a su biblioteca para buscar el libro de gramática garífuna que le había prometido, el docente universitario aprovechó la oportunidad para conversar con los hijos del matrimonio Góubana. Les preguntó sus nom-

bres, sus edades, sus libros preferidos, sus materias favoritas, la ubicación de sus escuelas, los nombres de sus maestros, sus juegos favoritos, una descripción de sus mejores amigos, sus platos favoritos, dónde habían viajado, qué sabían de los pueblos garífunas Bataya y Mañali en Honduras y las otras comunidades garífunas en Nicaragua, Guatemala y Belice, cómo se llamaban sus abuelos, desde cuándo hablaban garífuna, cuánto sabían de la historia y la cultura garífunas...

—¿Quién sabe el cuento de los mosquitos de orixá Changó? Pues, en aquella época cuando el sol era un jovencito y su hermanita la luna una niña, en África, cerca del volcán Kilimanjaro y a orillas de río Nilo, en una población hermosa y famosa, felizmente vivían Obicheré y sus abuelos...

Después de escuchar el cuento de los mosquitos de orixá Changó, los hijos del matrimonio Góubana invitaron a los mellizos a beber un refresco de guanábana, y pasar a otro cuarto para jugar ajedrez y dominó, escuchar música y leer sus poemas favoritos; pero, antes de que los jóvenes entraran al cuarto donde jugarían y leerían, la hija mayor de la familia garífuna recitó los versos que más le llamaron la atención de un poeta garífuna que había escuchado en una función reciente del Ballet Afro-Hondureño.

Tras los aplausos y los vítores por la excelente declamación de los versos, al quedar el Dr. Góubana y Papimambí solos en la sala, mientras sus hijos se divertían en otro cuarto y la señora Góubana preparaba la cena en la cocina, ambos amigos se miraron fraternalmente, en silencio, deseando expresar abiertamente lo que cada uno pensaba secretamente en ese momento, lo cual tuvo su inicio cuando fueron presentados en la misa garífuna. Pero ni el uno ni el otro se atrevió a declarar, o, mejor dicho, confesar o revelar que, para uno, el rostro del otro era muy familiar y, para el otro, la voz del otro era muy conocida no obstante el hecho de que jamás se habían visto o hablado antes de las presentaciones esa mañana en la misa garífuna.

—¿Te gustaría ver un vídeo de las comunidades garífunas en las costas caribeñas de Honduras, Guatemala, Nicaragua y Belice? —preguntó el Dr. Góubana.

—¡Claro que sí, *amuleñei!* —contestó con entusiasmo Papimambí, otra vez, aparentemente sin darse cuenta de que acababa de usar una palabra garífuna.

Al mirar en el televisor el vídeo filmado en las comunidades garífunas de Centroamérica, Papimambí observó minuciosamente los rostros de los garífunas más ancianos, pensando secretamente que tal vez descubriría algo importante en algún rincón de su mente que, quizás de alguna manera, explicara lo de la palabra *amuleñei* y la sensación de reconocer el rostro del amigo garífuna, a quien aparentemente no conocía antes. Pero lo que más le llamó la atención del vídeo fue el hecho de que en las escenas en las cuales se bailaba punta, baile garífuna de mujeres en un velorio, la sonoridad de los tambores y los movimientos rítmicos de pies, caderas y manos del baile garífuna eran muy parecidos al tamborito, baile típico panameño.

Luego, la señora Góubana llamó a los jóvenes para que pasaran al comedor y se sentaran a la mesa, después de lavarse las manos con agua y jabón, para servirles a ellos primero un succulento plato de pescado, arroz, frijoles, plátanos fritos, yuca, domplín, cazabe e *irau lauti dumari*. Y la señora Góubana comentó que se le hacía agua la boca porque tenía cabanga por comer platos de la cocina garífuna: *judutu, tapóu, bimecacule, fobuló, liolios, gurentu, doubanabu, bounu, blablas, salporitas...* Curiosamente, como a pedir de boca, una vecina y comadre, oriunda de Trujillo, Honduras, abrió la puerta y entró con varios de los platos garífunas que fueron mencionados, y, como postre, ofreció *jarabada* y *catón*, y para beber, sirvió *gungubé* y *lebuya*.

Poco después de que todos cenaron, el panameño brindó por el feliz encuentro, y empezó a hablar, hasta por los codos, comentando lo de las semejanzas rítmicas de tambores y movimientos de manos, caderas y pies de la punta y el tamborito, las escenas de las hamacas y los cayucos en el vídeo, y, también, los bohíos, las palmeras, las playas y la tranquilidad observados en las escenas de las comunidades garífunas.

A medianoche, después de la succulenta cena y la interesante conversación de sobremesa, al despedirse, todos se dieron apretones de manos, abrazos y besos, prometiendo volver a en-

contrarse pronto para que los jóvenes jueguen y lean, la señora Góubana prepare otra succulenta comida garífuna, y el Dr. Góubana y Papimambí conversen en lengua garífuna.

Rumbo a la casa, mientras Papimambí conducía su automóvil en una autopista muy transitada de la ciudad donde habían ocurrido varios accidentes a causa de conductores ebrios, los mellizos comentaban sobre lo cariñosos que eran los hijos de la familia Góubana y lo fácilmente que conversaban en garífuna, español e inglés; ellos mismos estaban contentos de haber aprendido a contar del uno al diez en garífuna: *ában, biama, ürüwa...*, y también cómo decir los días de la semana: *leindi, luagu biama...* En cambio, él repasó en su mente, palabra por palabra, todo lo que le había explicado el Dr. Góubana del origen de la identidad y la lengua de los garífunas: “Yurumein, la isla que hoy llaman San Vicente, en las Antillas Menores, cerca de la costa de Venezuela, siglos antes de que por la espada y la cruz los españoles invadieran esta isla y los piratas franceses e ingleses destruyeran yucales, fue al principio habitada por los pacíficos indígenas arahuacos, y luego ellos fueron dominados por los belicosos caribes. A principios del siglo XVII, dos barcos negreros, uno español y el otro portugués, a causa de un huracán en el mar Caribe, naufragaron cerca de la costa de Yurumein, y los africanos que sobrevivieron el naufragio llegaron a formar parte de las comunidades de indígenas que, para aquel entonces, hablaban dos lenguas: las mujeres se comunicaban con sus hijas en arahuaco y los hombres con sus hijos en caribe. Luego, los africanos en Yurumein se hicieron aliados de los corsarios franceses y los piratas ingleses que se dedicaban a saquear barcos y puertos de las colonias hispanas en el mar Caribe. La odisea de los africanos y sus descendientes garífunas continuó cuando fueron deportados a la isla Roatán en la costa caribeña de Honduras por rechazar el yugo de la esclavitud, primero por los franceses, y luego los ingleses, quienes buscaban mano de obra barata para explotar la fácil riqueza de los cañaverales en el Caribe. En Honduras, donde aprendieron español, hoy día, los descendientes de la reina Barauda y del *ábuti* Satuyé, el máximo héroe de los garífunas, como resultado del mestizaje, hablan una lengua que

es principalmente una mezcla de arahuaco y caribe, con algunas palabras francesas, inglesas y españolas. La fonética de la lengua garífuna es africana”.

Antes de conciliar el sueño, al escuchar gorjeos, y en su mente ver la clave CHAM, Papimambí pensó, otra vez, en lo del rostro de su amigo garífuna hondureño y en la palabra *amuleñei*.

Aquella noche, después de regresar a su hogar de la visita a la familia garífuna de Honduras, a la hora de dormir y tras de abrazar a sus hijos mellizos, quienes alegremente repetían entre ellos las otras palabras garífunas que aprendieron: *wuriti* (negro), *funati* (rojo)..., el docente panameño escuchó el único mensaje telefónico en la contestadora de su casa: “*Mábuiga*, soy garífuna *indúrana* como mis *umadagu*, a quienes usted conoció en la misa garífuna. Pues, profesor, le tengo muy buenas noticias porque le voy a enviar, por correo especial y entrega inmediata, algunas publicaciones como *U.S.A. - GARIFUNA* y *LUGANUTE GARIFUNA* para que tenga la oportunidad de leer lo que nosotros mismos hemos aprendido de nuestros ancestros. *Ayó umadaü garífunaduati*”.

Poco después de la medianoche, a Papimambí le faltó tiempo para consultar los mapas y continuar la búsqueda de Cerro Pimento, por primera vez, desde la última visita de Felicidad Dolores, Nenén y Papá James, porque se concentró, quemándose las pestañas, en las preparaciones para su participación en el Bicentenario de la llegada de los garífunas a Honduras, y también dedicó tiempo al estudio de la lengua garífuna. Y, desde aquel martes por la noche en adelante, el día de la primera visita a la familia garífuna de Honduras, consideró sinceramente a todos los miembros de la cultura garífuna como hermanos, quienes, tras la deportación de Yurumein, hicieron la primera escala en la costa caribeña de Honduras; eran dignos del mayor respeto y admiración porque no cabe duda de que no ha sido fácil hazaña para ellos, comenzando con los antepasados, haber sobrevivido el cruel secuestro de sus pueblos ancestrales en África, el largo viaje transatlántico en barcos negreros, el naufragio en el mar Caribe cerca de la costa de Yurumein, el encuentro con los caribes y arahuacos, los ataques y saqueos a sus palenques por parte de los

piratas ingleses y filibusteros franceses, la deportación de la isla Yurumein por rechazar el yugo de la esclavitud, bajo el liderazgo del *ábuti* héroe: Satuyé, el exilio posterior en Honduras, Belice, Guatemala y Nicaragua, y, finalmente, la odisea contemporánea en lugares como Texas, Nueva York, Chicago, Los Ángeles...

SISI

Aquella tarde, al llegar a la universidad, donde varios estudiantes y obreros, quienes no tenían cita previa, esperaban pacientemente con la esperanza de hablarle, Papimambí, como de costumbre, saludó a todos dándoles la bienvenida con abrazos, y le dió el pésame a una estudiante triste, cuyo segundo hermano había fallecido en vísperas de los exámenes finales. Después de los saludos y el pésame, abrió la puerta de su oficina e invitó a todos a entrar; luego, leyó los mensajes electrónicos más importantes en su computadora, y contestó brevemente algunas llamadas telefónicas.

—Profe, este semestre tengo que preparar un informe sobre el V Centenario para la clase de Latinoamérica.

—Yo también tengo que escribir algo semejante en otra clase.

—Bueno, pero, ¿por qué esa carátula de...?

—Es que el profesor de historia quiere que yo escriba sobre el conquistador del Perú.

—Hay mucho sobre ese asunto en las bibliotecas.

—Pero, Profe, estoy harto de gloriar a los analfabetos crueles que invadieron a Cuzco y mataron a indígenas incas diz que, por no ser católicos, y también, según los conquistadores, los incas se merecían la muerte cruel por no estar civilizados, porque hablaban quechua en vez de castellano.

—Pienso igual como mi compañero y, por lo tanto, no deseo heroificar a los que canallamente mataron a indígenas mayas en Chitchén-Itzá.

—Entonces, sugiero que escriban sobre los garífunas.

—¿Garífunas?

—Sí, es un acontecimiento extraordinario en los anales...

—Pero, Profe, ¿quiénes son los garífunas?

—Los descendientes de los africanos y arahuacaribes.

—¿Dónde?

—En Honduras, Belice, Guatemala, Nicaragua...

—¿Puede usted sugerir otro tema?

—El habla de los negros congos de Panamá.

—¿Negros congos de Panamá?

—El habla de los negros congos es un tema muy interesante.

—Mi profesor no quiere nada sobre indígenas.

—Y mi profesora mucho menos sobre negros.

—Bueno, entonces escriban algo sobre la lengua garífuna.

—Mi profesora dice que sólo el castellano...

—También el palenquero que se habla en Colombia...

—¿Palenquero?

—Sí, el rey cimarrón Benkos...

—Profé, ¿qué es un cimarrón?

—Los esclavos africanos que rechazaban el yugo de la esclavitud.

—Entonces, palenquero es...

—La lengua de los cimarrones.

—Pero, ¿por qué se llama palenquero?

—Pues, porque los pueblos que fundaban los cimarrones...

—Sí, ahora recuerdo, se llamaban palenques.

—Además de palenques, también llamados manieles, cumbes, quilombos, mocambos, ladeiras, mambises, maroon towns...

—Ya puedo ver la máscara de mi profesora.

—Dirás sus muecas de bruja.

—Y el tono burlón de su voz.

—Según ella, “Ninguna lengua es verdadera y bella como la castellana”.

—Mejor dicho, el castellano puro de la Reina Isabel la Católica y el Manco de Lepanto.

—Los profesores quieren temas como Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro...

—Tengo una sugerencia.

—Profé...

—Balboa, precursor del Canal de Panamá.

—Pero, Profé, gloriar a uno cuyo perro devoró a indígenas...

—En Darién, cuna de la india Anayansi.

—¿India?

—No olvidemos que el Profe hace hincapié que...

—Indios e indias son los que nacen en la India como Gandhi, Nehru...

—Pues sí, el estimado Profe prefiere que digamos mayas, kunas, incas, aztecas, chibchas, araucanos, araucos, caribes...

—Otro posible tema es sobre los millares de obreros cana-
leros que participaron en la construcción de esa gran obra intero-
ceánica en el Istmo de Panamá.

—¿Todos españoles, chinos, griegos e italianos?

—La gran mayoría eran obreros inmigrantes de ascenden-
cia africanacaribeña, oriundos de Jamaica, Barbados, Martinica,
Guadalupe, Grenada, Santa Lucía, Guyana, Trinidad y Tobago...

—Otra sugerencia para el estudio o informe del V Centena-
rio es un tema poco desarrollado durante los primeros quinientos
años, el cual encontramos en la novela *Los nietos de Felicidad Dolores*.

—¿Cuál tema?

—Las hazañas y los aportes desde 1492 a 1992 de la gente
de ascendencia africana en el Caribe y Latinoamérica.

—¿De eso trata la novela *Los nietos de Felicidad Dolores*?

—Profe, por favor...

—Tras las burlas se va a decir: “A nadie le importa”.

—Y, ¿el conflicto de la identidad latinoamericana?

—Buen tema para lo del V Centenario.

—Pero, ¿por qué conflicto?

—Por lo de las máscaras, “¿y tu abuela dónde está?”

—También por lo de la negación y “hay que mejorar la
raza”.

—Mejorar la raza no por medio de la educación, sino por
medio del blanqueamiento.

—Blanqueamiento. El mestizaje es una obsesión cuyo
propósito es borrar y negar las raíces africanas e indígenas de la
identidad latinoamericana.

—Claro que sí, es una obsesión.

—Alarmante.

—Mejor dicho, vergonzoso.
—Es triste.
—Muy vergonzoso.
—¿Y el tema de los mitos?
—El Dorado, La Fuente de la Eterna Juventud...
—No. El gran mito de que en la América Latina no existe discriminación racial.

—Mentira.
—¿Cómo que mentira?
—Piensa por un rato en la obsesión con el mestizaje.
—¿Y?
—Es para borrar los rasgos africanos e indígenas.
—¿Crees que es el verdadero propósito del mestizaje?
—Pues, piensa en eso de que “hay que mejorar la raza”.
—La democracia en Latinoamérica es otro mito.
—¡Caramba! Pues, “En casa de herrero, cuchillo de palo”.
—¿Y lo de la religión católica?
—Repito: “En casa de herrero, cuchillo de palo”.
—Los cristianos fueron los que más se enriquecieron de la esclavitud de africanos.

—Eso no puede ser cierto porque los conversos, o mejor dicho, los cristianos postizos, fueron los dueños de los mercados de esclavos como la Casa de los Genoveses.

—A la biblioteca.
—¿Por qué y para qué?
—En la biblioteca hay documentos de la Casa de Contratación en Sevilla sobre lo de la esclavitud y la Casa de los Genoveses en Panamá, el mercado de esclavos.
—Es cierto, todo está documentado.
—¿Qué está documentado?
—Que muchos clérigos y monjas fueron amos de esclavos africanos.

—Y dueños de ingenios azucareros, cañaverales, trapiches...

—¿Y lo del Santo Oficio de la Inquisición?

—Peor todavía...

—*Código Negro Carolino.*

—Tengo otra sugerencia.

- Escriban sobre Ñuflo de Olano en Panamá.
- Pero, Profe...
- Escriban sobre Estebanico en Tenochtitlán.
- Pero, Profe...
- Escriban sobre Juan Garrido.
- Pero, Profe...
- Juan Garrido: descubridor, explorador, conquistador...
- Pero, Profe...
- Escriban sobre Juan Valiente en Cuzco.
- Pero, Profe, no podemos porque...
- Ñuflo de Olano, Estebanico, Juan Garrido y Valiente son negros...

Los estudiantes se despidieron de su amigo profesor con los acostumbrados abrazos, y, en seguida, fueron rumbo a la biblioteca universitaria, para buscar detalles sobre los Reyes Católicos—cómo, supuestamente, empeñaron sus joyas para financiar el primer viaje de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo; también buscaron información sobre la ferocidad de Leoncico en Darién y Becerrito en Cuzco, los perros mascotas de Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, respectivamente. Y por primera vez, sorprendentemente, los estudiantes hicieron caso omiso de las sugerencias del docente panameño porque, por el temor de recibir una baja calificación de los otros profesores, decidieron escribir no sobre las hazañas heroicas de Juan Garrido, Ñuflo de Olano, Estebanico y Juan Valiente, sino sobre las joyas empeñadas de los Reyes Católicos y las mascotas Leoncico y Becerrito.

Luego, tras de hablar con varios obreros, Papimambí cerró la puerta de su oficina para contestar varios mensajes del correo electrónico en su computadora, pero no lo hizo porque llegó Felicidad Dolores.

Durante esta visita, Felicidad Dolores, anticipando las preguntas de su nieto sobre su identidad, en seguida, anunció: “Busca con mucho empeño tu identidad verdadera; vence con valentía, dignidad y honor a los cretinos y todos los obstáculos en tu camino; cumple con la misión secreta y llegarás en triunfo a las cumbres de Cerro Pimento donde te espera la justicia”.

Tras un breve rato de silencio, Felicidad Dolores le entregó a su nieto una nómina importante en la cual se encontraban claves de su identidad verdadera: Zumbí, Yanga, Wiwa, Tariq, Satuyé, Pedro Prestán, Rosa Parks, Macandal, Lemba, Marcus Garvey, Juan Garrido, Dessalines, Christophe, Boukman, Benkos, Bayano, Barauda, Bahiana, José Antonio Aponte...

Esa tarde, a eso de las cinco de la tarde, Papimambí se encontraba sentado solo en su oficina universitaria. En el escritorio había mapas por lo de la búsqueda de Cerro Pimento, y también documentos sobre la lengua garífuna, la Revolución Haitiana, y los obreros africanocaribeños que construyeron el Ferrocarril y el Canal de Panamá. De repente, se escucharon ladridos y carcajadas en una oficina vecina al mismo tiempo que empezó a sentir un ardor fastidioso en el hombro izquierdo. Tras de gritar, “¡Fuego con la 12 de Octubre!”, estudió minuciosamente la nómina que le había entregado Felicidad Dolores, pero en vez de encontrar las pistas o señales de su identidad verdadera, ahora, más que antes, tenía muchas más preguntas sobre el asunto, porque no encontraba en la nómina algunos nombres. Miró y estudió cada nombre con mucha atención a pesar de los ladridos rabiosos y las carcajadas estruendosas en la oficina vecina, pero por una larga e interminable fila de hormigas negras que iban continuamente hacia esa oficina, así como la cita que tenía en un restaurante esa noche para celebrar el cumpleaños de sus hijos, el catedrático se quedó distraído y colocó la importantísima nómina entre las páginas de un libro sobre la construcción del Canal de Panamá con la intención de consultarla más tarde; no miró siquiera la correspondencia acumulada en su escritorio, aunque sí le prestó atención a la voz que reclamaba: “... y sobre todo pido cumplimiento de justicia”. Tras de pensar brevemente en la razón de aquella queja, la cual escuchaba con frecuencia, hizo varias llamadas telefónicas, apagó la lámpara en su escritorio y las luces, cerró la puerta de su oficina y fue directamente rumbo a su casa.

Al llegar a su hogar abordo de la goleta *La Amistad* pensando en los detalles de la nómina de Felicidad Dolores, Papimambí les habló brevemente a sus hijos y les pidió que, por favor, lo despertaran, más o menos, en media hora para ir al restaurante.

No se acostó en la cama de su recámara, sino en la hamaca en el jardín, donde volvió a pensar en la nómina antes de dormirse. En seguida empezó a soñar: *Durante la construcción del ferrocarril transístmico bajo la dirección de los norteamericanos y, también, durante las excavaciones del fracasado canal de los franceses, Peter John y Jean Pierre, por tercera vez en Panamá, hicieron buenas migas desde el día en que volvieron a encontrarse durante las excavaciones del “Big Ditch” en el área de Gatún del Canal de Panamá. Esta amistad llamó la atención de los ingenieros norteamericanos y, sobre todo, de los millares de obreros caribeños, porque, por lo general, los obreros de Jamaica, Barbados, Santa Lucía, Martinica, Granada, Trinidad, Cuba..., aunque trabajaban juntos durante el día (diez horas al día, seis días cada semana, ganando diez centavos por hora bajo el sistema discriminatorio llamado “Silver Roll”), por la noche vivían en campamentos separados según las islas de donde eran oriundos; pero estas separaciones no eran por la competencia entre los obreros por el orgullo de ser los mejores “diggers” de pico y pala, sino la rivalidad nacional y odio étnico que fomentaban y apoyaban los jefes gringos, para su propio beneficio, guiados por el concepto de “divide et impera”; por lo tanto, la amistad entre Peter John, obrero oriundo de Barbados donde hablan inglés y practican la fe anglicana, y Jean Pierre, nativo de Martinica donde hablan francés y siguen la fe católica, fue muy comentada y hasta criticada por los jefes norteamericanos y también los compañeros canaleros de Jamaica, Santa Lucía, Martinica, Granada, Barbados, Trinidad, Cuba... Una madrugada, ambos amigos fueron trasladados al hospital en Cerro Ancón tras un accidente de tren en Gatún cuando el tren atropelló al frutero Juan Pedro María del Rosario, un ciudadano panameño oriundo de Portobelo.*

—¡Esja norsa gringa ejtá loca! —gritó el frutero atropellado cuando llegó su familia de Portobelo para visitarlo en el hospital.

—Papi, ¿por qué usted piensa que la enfermera gringa está loca?

—Puej, porque cuando me trae la medicina por la mañana me ñama Peter John y por la tarde me ñama Jean Pierre.

—Pero, Papi, no se preocupe porque usted es negro, pero no chombo. Además, usted habla castellano, es católico, y se llama Juan Pedro.

—Además, usted no es de Jamaica. Para los gringos todos los que no son fulos o rubios de ojos azules son iguales y se parecen.

—Esja ej la vaina que me emputa.

—Papá, por favor no hable de esa manera delante de los nietos.

—Otra vaina.

—¿Qué?

—Mis dos vecinos yumecas ejtán locos.

—¿Locos los jamaicanos?

—Sí, yumecas locos.

—¿Locos los de Jamaica?

—Esjos yumecas hablan inglés guariguari.

—Papi, eso no es locura.

—Los dos mecos son de religión jumpijumpi.

—Papá, eso no es locura.

—Todos los chombos me caen en la...

—Pero, ¿cómo son locos?

—A medianoche uno grita: ¿Dónde están los mapas?

—¿Mapas?

—Y el otro grita: ¿Dónde está la lista de nombres?

—¿Nombres?

—Cada madrugada los dos juntos gritan: “¡Fuego con la 12 de Octubre!”

—¿Cómo?

—Ademáj, cuando sueñan, esoj pasieros chombos de pelo cuscú hablan, mejó dicho, balbucean en una lengua tan guariguari chombatizada que ni yo que hablo castellano puro, ni la norsa gringa que sabe inglés, ni la gial haitiana que workea como auxiliar, ni el guachimán garífuna entendemos a los yumecas locos de cama cuatro y cama seis. Y eso ofende y lastima mis oyidos acostumbrados a escuchar la bella y hermosa lengua cristiana.

—Locos.

—Más que locos.

—Requetelocos.

—Locos bien locos.

—Y otra vaina.

—¿Más locura?

—Más bochinche.

—Papi, los nietos te escuchan.

—Uno de esoj chombo ej cueco.

—¿Maricón?

—Coño carajo, eso dije... cueco, maricón, marica, volador, del otro equipo...

—¿El jamaicano o el otro?

—Lo mesjmo da.

—Papá, ¿cómo sabe usted que uno es homosexual?

—Puej, porque, aunque ejta sala ejtá llena de chombos y aquí solamente hay machos, en la oscuridad una voz de mujer que viene de cama cuatro o cama seis dice: “Busca con mucho empeño tu identidad verdadera y tu destino ancestral, vence con honor, dignidad y valentía a los cretinos y todos los obstáculos, y llegarás en triunfo a las cumbres de Cerro Pimento donde te espera la justicia”.

—¡Qué extraño!

—A propósito, hablando de justicia, ejtoy en mi paíj, tierra de Colón y Balboa, mijioneros de los Reyes Católicos, sí, mi patria donde en el Himno Nacional cantamoj: “Alcanzamos por fin la victoria...”, y suficiente sacrificio sufro cuando tengo que workear al lado de los yumecas que no son mis pasieros..., yo debo de ejtar en la sala Gold Roll de ejte hospital gringo y quiero que me saquen de esta sala Silver Roll donde solamente hay chombos. Odio que me confundan con negros antillanos chombos yumecas mecos de habla guariguari y religión jumpijumpí, porque esto ej racismo y discriminación, claro que sí, porque soy moreno y no me parezco en nada a esos dos chombos que están en cama cuatro y cama seis. Yo estoy en cama cinco, me llamo Juan Pedro María del Rosario, soy católico apostólico romano de la única y verdadera fe cristiana, y hablo castellano puro como buen panameño y, gracias a Dios, no soy chombo de habla guariguari y religión protestante.

Los comentarios del frutero portobeleño (el enfermo de la cama 5) le llamaron la atención a Papimambí porque, a pesar de quinientos años de mestizaje obsesionado, supuestamente para mejorar la raza, aún terminó heredando los rasgos físicos de sus antepasados cimarrones africanos (pero nada del orgullo ancestral y la hermandad) que, bajo el liderazgo del rey Bayano, se habían establecido en palenques, a orillas del río Chagres, cerca de Portobelo mucho antes de los saqueos piratas de Francis Drake y Henry Morgan.

Curiosamente, en la misma sala Silver Roll del hospital norteamericano de la Compañía del Canal de Panamá en Cerro Ancón, a un extremo de la sala estaba otro paciente de Barbados que odiaba a Peter John porque su paisano isleño se codeaba con un martiniqueño; también, otro paciente de Martinica que estaba al otro extremo de la sala odiaba a Jean Pierre porque era amigo de un barbadiense que carecía, según él, de ese refinamiento frenchí característico de los obreros oriundos de las islas en el mar Caribe que fueron colonizadas por Francia; al mismo tiempo, ambos pacientes sentían igualmente un profundo desdén hacia Juan Pedro María del Rosario, a quien llamaban con repugnancia “señor buchí dotipaña”.

Al escuchar lo que le pareció un discurso del paciente en la cama 5, aunque no entendió nada, la enfermera norteamericana miró con curiosidad a su marido, un *zonian* y el director médico del hospital en Cerro Ancón, y le preguntó cuál era el alboroto de esa cama.

Él le contestó: —Cama cinco no estando very contento porque ese man estar en el mismo sala Silver Roll con negros de Barbados y Martinica.

—The tropics are making you speak pañalanguage —le contestó la enfermera.

—Querida esposa...

—Speak to me in a real language, English.

—Well...

—Yes, I know, the one in bed four is from Barbados, the other boy in bed six is from Martinique, and the one in bed five is from Portobelo. But what is the problem?

—Bed five does not want to be in the same place with the other two boys because he speaks Spanish, he is Catholic, and his name is...

—Where does he want to go?

—Gold Roll.

—Gold Roll?

—Yes.

—Is he crazy?

—No.

—But the Gold Roll section of this hospital is for Zionians and other...

—White people.

—Well?

—He is the same as bed four and bed six.

—But he speaks Spanish, he is Catholic, and his name is...

—He is still the same thing—a nigger. They are all niggers no matter the language or religion.

—Papi.

—Papá.

—¿Qué?

—Es hora de levantarse.

—Sí, es hora de ir al restaurante.

—Papi.

—Papá.

—Acá estoy en la hamaca.

—Ya estamos listos.

—Cierren las ventanas, por favor.

—Voy a sacar el carro que lavé hoy.

—¿Cuál?

—El mío.

Papimambí se levantó de la hamaca de un brinco y pensó en las últimas escenas del sueño en el hospital norteamericano en Cerro Ancón, Zona del Canal. Al rato, se afeitó, se cepilló los dientes, se bañó, se secó con una toalla azul, se peinó y, por fin, se vistió; mientras se ponía los zapatos, pensó en la nómina, en los mapas y, sobre todo, en lo de la misión secreta.

Al llegar al restaurante acompañados de sus hijos, su amigo el Dr. Góubana y su familia ya estaban allí, sentados en una

mesa cerca de la que él reservó para celebrar el cumpleaños de los mellizos, escuchando música.

—*Buiti gúñou.*

—Buenas noches.

—*Ida biñá gia?*

—Muy bien, gracias. ¿y ustedes?

—*Uadigiati.*

El galeno garífuna abrazó a su amigo panameño, quien siguió pensando en las voces en la oficina universitaria. Todos se saludaron, se besaron y se abrazaron con mucho cariño. Y, en seguida, los jóvenes empezaron a conversar sobre sus actividades académicas, fiestas, paseos a las playas y visitas a las montañas mientras los adultos le pedían al mesero los refrescos y los aperitivos favoritos de cada uno y, por supuesto, la comida.

—*¿Lamadibu san?* (¿Tiene usted hambre?) —preguntó el Dr. Góubana.

—*Ayé, au lamadina* (Sí, yo tengo hambre) —contestó Papimambí.

Mientras los dos amigos conversaban más y más en lengua garífuna, Papimambí observó, con mucha atención, el rostro de su amigo hondureño, y empezó a recordar escenas de los sueños en el puerto caribeño de Yaguana allá en Haitiquisqueya, e inmediatamente también comenzó a recordar escenas de otro sueño sobre la difícil, peligrosa e importante participación de los obreros de ascendencia africana en la construcción del Canal de Panamá.

—*¿Mágürabuhadibu san?* (¿Tiene usted sed?)

—*Inárüni, au mágürabuhadina* (Es cierto, yo ya tengo sed).

En cambio, el Dr. Góubana escuchó con mucha atención la voz del docente panameño, y empezó a recordar, otra vez, las voces en la oficina universitaria, sobre todo, la voz que reclamaba: “Liberté ou Mort!”

Tanto la conversación como la comida y la fiesta de cumpleaños para los mellizos fueron interesante, succulenta y alegre, respectivamente.

—Amigo panameño, allá en la cafetería cerca de la universidad, a la hora del almuerzo hoy, me hablaste un poco de tu amorcito.

—Sí, estoy enamorado y la quiero mucho. La adoro con todo mi corazón.

—¿Dónde se conocieron?

—Voy a pedir chocolate. ¿Deseas beber algo más?

Como el hondureño había anticipado lo que iba a pedir el panameño para beber antes de empezar la narración, un mesero se acercó con una taza de chocolate caliente cuando se le dió la señal.

“Pues, ¿cómo nos conocimos? Felizmente, conocí a mi amorcito, la reina más bella de mi corazón, un martes, al anocheecer, cuando en vísperas de la semana de los enamorados, a Fuluri llegaban, de día y de noche, aviones, trenes, barcos, autobuses, automóviles, motocicletas y bicicletas atestados de enamorados, y también, de cerca y hasta desde muy lejos, a pie, llegaban los enamorados más humildes; pero, el medio de transporte no era lo más importante, sino llegar a Fuluri antes de las siete de la noche, para participar en el gran acontecimiento para enamorados que anualmente se celebraba el séptimo día del séptimo mes del año. Pues, en aquel primer encuentro con mi amorcito, a las siete en punto de la noche empezó una suave y dulce lloviznacariño que refrescaba los rostros de los enamorados, quienes, como nosotros, cariñosamente, entre besitos y abrazos, se cantaban bellos y amorosos piropos. Pues sí, en aquella época feliz, la lloviznacariño era constante y acariciador. Las finas gotitas de la dulce y suave lloviznacariño refrescaban los lindísimos ramilletes de amorcitos, florecitas en forma de corazones con pétalos rojos bordados de terciopelo negro y, por supuesto, flores codiciadas en todo el globo por su fragancia encantadora: amoreterno. Pues sí, los enamorados que se habían citado aquel año en Fuluri para el festival de los enamorados, bajo la lloviznacariño, desde muy temprano ese martes, se encontraban aglomerados en la Avenida Yemayá, donde se escuchaban políglotamente todos los acentos continentales. Cada pareja de enamorados, tras de darse tiernos besitos y abrazos apasionados, a las siete en punto de la noche, abrieron paraguas para caminar bajo la lloviznacariño, rumbo a la séptima avenida: Paseo de los Enamorados. Los primeros en llegar a la Avenida Ochún sin mojarse las cabezas (era permitido que todo

lo demás se empapara con la suave y dulce lloviznacariño), tras de pasar por la Avenida Changó, según la tradición, encontraban a Xochila, vaca faraónica que conversaba tranquilamente con sus seis compañeras. Las vacas en esa Avenida llamaban la atención porque eran vacas negras con manchas blancas, unas, y otras eran vacas blancas con manchas negras. Xochila sobresalía porque sus manchas negras y blancas tenían formas de corazones. Los millares de enamorados que habían caminado cerca de Xochila y sus amigas durante siglos jamás se percataron de que las rumiantes habían sido testigos de los primeros enamorados que caminaron bajo la suave lloviznacariño, la cual, desde aquel entonces, se repetía anualmente a la misma hora de la época. Pues, Xochila, la más anciana de las vacas, era la que mejor recordaba a la primera pareja de enamorados que se juraron amor eterno bajo la dulce y suave lloviznacariño en Fuluri. Y, según narraba Xochila a sus compañeras, cada vez que los enamorados llegaban anualmente a la Avenida Ochún, lo primero que comentaba era el hecho de que la primera pareja de enamorados se conoció en un congreso de escritores en Fuluri. Pues sí, me encantaba buscarlo con la vista desde que empezó el congreso. En las conferencias, en los paseos, en las comidas... a cada rato lo buscaba con la mirada. Una amiga mía, ex-alumna de él, me había contado mucho sobre sus clases interesantes, de su sabiduría, de su interés por los estudiantes... Pues, ese séptimo día decidí, en realidad no sé cómo, acercarme para saludarlo bajo el pretexto de preguntarle cuándo publicarían su próxima novela. Por poco me desmayo cuando me dirigió la palabra cortésmente. ¡Qué voz! ¡Qué maravilla! ¡Qué encanto! Me puse nerviosa y, no sé por qué, pero luego le hablé en inglés. Otra vez, por poco me desmayo. ¡Qué voz tan sensual! En ese momento, mi estado emocional me hizo pensar que una voz tan sensual deberían prohibirla por ley universal, porque no era posible resistir o negar lo que pidiese en inglés, y mucho menos en español, italiano, francés... ¡Qué voz tan sensual! Para mis entrañas me preguntaba con asombro: ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre pensar en un beso, una caricia, un abrazo y, sobre todo, en lo más apasionado e íntimo de los enamorados? ¡Estás loca! Estoy casada. Sí, soy una mujer casada con compromisos.

Es la primera vez que miro a otro hombre que no sea mi marido de esa manera. No lo comprendo. Yo toda una doña Perfecta. Pero las mismas escenas amorosas se repetían cada noche en mis sueños. Lo que siento en el corazón hacia él es tan fuerte... muy fuerte. Más fuerte que un huracán. No lo comprendo. Yo no soy infiel... no soy adúltera... no soy una cualquiera... no soy... No, yo no ando en busca de aventuras clandestinas... yo no soy así. Esto es una locura. Mientras más trato y hago un esfuerzo para borrar su imagen, olvidar su voz, rechazar sus besos, caricias y... ¡Qué locura! Con ansias en mis sueños le pido que me bese con ternura, me acaricie apasionadamente y que con toda su fuerza me... ¿Cómo es posible que yo tenga esos sueños tan locos? ¿Cómo puede ser? ¿Yo? Yo que tanto y con frecuencia les aconsejo a mis amigas que por favor no se compliquen la vida porque es tan corta. Y, por lo tanto, siempre deben evitar situaciones difíciles como enamorarse de un seminarista católico, un homosexual, un hombre casado, y, sobre todo, un hombre... Muchas veces, repetidamente había pensado en mil razones, o, mejor dicho, un millón de razones. ¿Qué dirían mis padres? Yo, la hija preferida. Toda mi vida me han mostrado tanto cariño, mucho amor. Ellos son tan buenos y tan bondadosos.

—Pero hija, ¿cómo es posible? ¿En qué te hemos fallado?

¿Por qué a nosotros? ¿Nos odias tanto así? ¿Te has vuelto loca? Lo tienes todo. Tu madre y yo, con mucho sacrificio, te dimos lo mejor de todo. Tu marido, el mejor del mundo, te trata como una reina. Te ha dado las 3c.

—¿Tres ces?

—Sí, las 3c: casa, comida y carro.

—Pero, Papi...

—Además, dinero, dinero, dinero.

—Pero, Papi, el dinero no es todo en la vida.

—Hijita mía, dile eso a los que son pobres y escuchas con mucha atención la respuesta.

—Pero, Papi...

—Te rescaté de las garras de la crueldad y me costó mucho porque los años en las cárceles del Tirano fueron tristes.

—Lo comprendo, Papi. Te admiro y te quiero mucho, pero...

—Entonces, si me quieres, déjate de boberías. ¿Te has vuelto loca? Piensa en tu pobre madre y lo que sufrió mientras los tiranistas me torturaban en la cárcel, y lo que sigue sufriendo lejos de las bellas palmeras que le dieron sombra a su cuna. No te preocupes por mí. Yo soy fuerte. ¿Acaso no pasé años en el infierno del cruel Tirano? Yo soy valiente. Macho. Pero tu pobre madre jamás podrá levantar la vista del suelo por la vergüenza y se enloquecerá por los chismes de las vecinas que van a decir que eres tan inteligente y bonita, pero andas con un... Tus tías también se morirán de vergüenza al enterarse de que su sobrina preferida anda con un... Y, por si eso fuera poco, tu hermana, que se cree más aristócrata que la Reina de Inglaterra, dejará de hablarte para siempre porque andas con un... Además, a tus sobrinos que quieres tanto, nunca más tendrás el gusto de mostrarles otra vez cariño como antes porque andas con un...

Después de saludarse con mutuo respeto y admiración, se sentaron para saborear refrescos de frutas. Mientras él bebía un sabroso refresco de tamarindo, pensó que la apariencia engaña. Antes, me llamaron la atención dos cosas: la primera, su creatividad e inteligencia, y la segunda, lo cariñosa que es. Era lógico que me concentrara en lo primero porque admiraba su estilo de narrar y la elegancia de sus expresiones. Pues sí, es cierto, pero, también porque yo jamás abusaría de mi autoridad como profesor en el aula; además, yo sería incapaz de enamorarme de una de mis estudiantes. Sin embargo, aunque, curiosamente, las circunstancias han cambiado, yo no le... por temor al rechazo.

Es que conmigo ella parece ser tan distante y fría. ¿Arrogante, tal vez? ¿Pero qué tal si me he equivocado? La verdad es que es una persona excepcional. Es inteligente, culta, cariñosa... No puedo creer que exista una persona tan inteligente, amable, culta, cariñosa, interesante, chistosa, hermosa, noble...; en fin, lo mejor de todo, una gran persona y dama. Ni Dulcenea, ni Eulalia, ni... pero felizmente existe. Me siento tan afortunado de estar vivo en este momento porque es como después de tanto tiempo en la tiniebla descubrir que el sol existe. Ella es mi sol. ¡Qué Felicidad! Me parece maravilloso conocer a la que, sin duda alguna, supera a la divina Eulalia y más aún a la Dulcenea.

Me escuchó con mucha atención cuando le conté que en fecha reciente yo había viajado a Jamaica para indagar sobre mis antepasados. La última vez que lo intenté fue cuando asistí a un festival caribeño en La Habana, donde tuve el honor de saludar a Nicolás Guillén, gran poeta cubano de la reconciliación. Mientras más conversaba con ella, más deseaba contarle mi misión secreta para que ella también me conociera y me contara la suya—su propia historia, mejor dicho, sus sueños ancestrales. Me sentía maravillosamente bien con ella.

El último comentario que le hizo fue el hecho de que su abuela le inculcó desde una temprana edad que la educación era muy importante, porque era la llave del progreso y la clave de la igualdad. Ya era tarde, y, a ella la esperaban para cenar mariscos en el hogar donde se hospedaba durante el congreso. Como todo un caballero, él ofreció acompañarla hasta la puerta de la casa, y gustosamente, ella aceptó. Exactamente a las siete de la noche, empezaron a caminar. De repente, una suave y dulce lloviznacariño comenzó a precipitarse sobre Fuluri. En seguida, dos paraguas se abrieron simultáneamente. Como a ella le agradaba caminar en la lluvia, decidieron no buscar refugio para esperar hasta que escampara; siguieron caminando. Al llegar a la Avenida de los Enamorados, misteriosamente, uno de los paraguas se cerró y ambos quedaron bajo el mismo paraguas. Los latidos de los corazones se confundieron. Se besaron espontáneamente, y fue algo maravilloso. Él jamás había recibido un beso tan tierno y dulce; y, por supuesto, lo mismo sintió ella. Nadie jamás la había hecho sentir tanta dulzura y tanto cariño. Se besaron otra vez. Caminaron siete pasos. Se volvieron a besar. Repitieron lo de los pasos y, esta vez, se abrazaron y apasionadamente se besaron. Amaneceres dolorosos de antaño visitados por fantasmas fastidiosos, y anoheceres melancólicos por la ausencia de miradas encantadoras y sonrisas cariñosas, cataratas de lágrimas en ríos caudalosos, pedazos de mi corazón como copos de nieve poblando desiertos tropicales sin saciar la sed de esperanza, tremenda congoja del alma peregrina en el eternonochedía, deambulando sin timón y sin brújula allá en horizontes laberínticos de torbellinos frenéticos por los relámpagos y las tormentas, exhausto, ningún refugio, huérfano de puer-

tos, ¿no sabes que te quiero?, muñequita linda, ¿no sabes que te adoro?, dueña de mi corazón.

Xochila recuerda que después del séptimo beso, en la esquina de la avenida de Los Enamorados, se presentó la Gran Guarachera alegremente cantando: “La vida es cañaveral...”, y, luego, el famoso Bárbaro del Ritmo melodiosamente pregonó: “¿Cómo fue? No sé decirte cómo fue, pero de ti me enamoré...” Bajo el paraguas, muy abrazados, contaban los pasos para luego, lentamente, darse igual números de besos. La lloviznacariño era constante. Las finas gotitas de agua bailaban alegremente sobre el paraguas. El gotiteo sobre el mismo sonaba rítmicamente como maracas, o como tambores al caer sobre el suelo alrededor de los que, bajo el paraguas, entre besitos, se cantaban “¿Cómo fue? ...pero de ti me enamoré...”

Troté calladamente tras ellos contando los pasos, y los besitos y los abrazos mientras cantaban “*pero de ti me enamoré...*” Pero cada beso que se daban los hacía caminar más lentamente, muy lentamente y, mientras más besos y abrazos se daban, yo comía más; por eso, enfatizó Xochila, hoy día estoy tan gorda.

Lo que la vaca faraónica más vívidamente recordaba era que la primera pareja de enamorados en Fuluri se trataba, para muchos, de un amor imposible por la realidad de las circunstancias. La novia era descendiente de sevillanos que se establecieron en uno de los más ricos ingenios azucareros cerca de Camagüey, Cuba, después de que los varones fundaran esa ciudad, Santo Domingo, Ciudad de Panamá, y conquistaran Tenochtitlán y Cuzco.

Papimambí chupó un sorbo de chocolate, respiró profundamente, y agregó: “Cuando los millares de enamorados llegaron a la gran avenida, o sea, el Paseo de los Enamorados, echaron al lado los paraguas y, como la primera pareja de enamorados, empapados con la suave y dulce lloviznacariño, besaron los pétalos de la flor amorpuro con la esperanza (como ocurrió la primera vez hace siglos) de que la encantadora fragancia amoreterno perfumara a los enamorados, señal de que sólo el verdadero amor puro lo vence todo”.

Aquella noche, luego, en casa, Papimambí buscó varios libros de su biblioteca y empezó a hojear cuidadosamente cada libro.

- ¿Han visto la nómina?
- ¿Cuál nómina?
- Una nómina que...
- Papi, yo no sé de qué habla usted.
- Papá, yo mucho menos.
- Antes de ir al restaurante tenía en mis manos una nómina.
- Yo no sé nada de eso porque fui a sacar el carro del garaje.
- Y yo estaba en el teléfono.
- Bueno, por favor, ayúdenme a buscar la nómina.
- ¿De estudiantes del presente semestre?
- No.
- ¿De profesores en la universidad?
- No.
- ¿De materias que usted enseña este año escolar?
- No.
- ¿Entonces?
- Les diré de qué se trata más tarde.

El nieto de Felicidad Dolores, pensando en dónde posiblemente puso la nómina, hizo caso omiso del ardor fastidioso en el hombro izquierdo que comenzó cuando le pareció que en su mente las campanas, los ladridos y las carcajadas empezaron a torturarlo.

Poco después de regresar del restaurante, pasó toda la noche hasta la madrugada buscando la nómina que le había entregado Felicidad Dolores; buscó pacientemente, primero, entre las páginas del libro *Conversemos en Garífuna*, y luego, perdiendo la paciencia un poco, buscó frenéticamente entre las páginas de *Africa en América Latina*, *Los inmigrantes antillanos en Panamá*, *Black Writers in Latin America*, *No Longer Invisible: Afro-Latin Americans Today...*

Al día siguiente, cuando los mellizos se despertaron, fueron a buscar a su primogénito en su recámara, pero no lo encontraron allí; tampoco estaba en el cuarto de las computadoras, ni en la sala, ni en la biblioteca, ni en el comedor, ni en la cocina.

- Parece que papi se levantó temprano.
- A lo mejor papá se fue a su oficina en la universidad.

—Pero, su bicicleta está aquí.

—Tal vez fue a conversar con su amigo garífuna de Honduras.

—Sí, el Dr. Góubana.

—Pero, su carro está aquí.

—Vámonos.

Los hermanos mellizos no desayunaron esa mañana, al despertarse, porque aún no habían digerido completamente el banquete succulento de la fiesta de cumpleaños de la noche anterior. Luego, después de afeitarse, bañarse, secarse, peinarse y vestirse, salieron temprano de la casa, caminando rumbo hacia una librería en el vecindario, para comprar libros, periódicos y revistas, sin darse de cuenta de que su padre, quien todavía tenía la corbata puesta y estaba rodeado de libros abiertos por lo de la búsqueda de la nómina perdida, dormía rendido de cansancio, en la hamaca que se encontraba en el jardín, y donde las fragancias, los colores y los gorjeos, superaban al más maravilloso paraíso tropical.

Papimambí se despertó justo a tiempo para escuchar a alguien leyendo los nombres de la nómina que le dejó Felicidad Dolores: Garrido, Dessalines, Louverture, Christophe, Macandal, Lemba, Juan Valiente, Benkos, Bayano, Tariq, Garvey, Boukman, Barauda, Wiwa, Bahiana...

—¿Quién se atreve a llamarme! —gritó Juan Garrido.

—Usted disculpe, pero esto es urgente, muy urgente, hermano Garrido. Satuyé y yo deseamos pedirle un gran favor —contestó Zumbí.

—Ustedes no deben hablar directamente conmigo.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque, para hablar conmigo, hay que hacerlo por medio de un intermediario aprobado por mí; esa es la tradición.

—¿Tradición? —Zumbí miró a su hermano Satuyé, haciendo una mueca y, a la vez, un gesto de incredulidad, porque le pareció absurdo que Juan Garrido hablara de tradición, pues, él mismo, desde que llegó a Santo Domingo, inexplicablemente ocultó su verdadero nombre africano, pero peor aún, también parece haber rechazado a todos los antepasados africanos porque

abrazó fanáticamente con fervor de neófito cristiano a los llamados primeros padres del Paraíso, según la Biblia: Adán y Eva.

—Sí, es la tradición desde la época en que se formó el volcán Kilimanjaro, el nacimiento del río Nilo y la fundación de los primeros reinos en África.

—Pero, no estamos ahora en África y no hay tiempo para...

—Me llamo Francisco Príncipe y con mucho gusto yo les serviré de intermediario e intérprete —dijo un joven cuando Juan Garrido les dio la espalda a Zumbí y a Satuyé; y Francisco Príncipe les explicó a los hijos de Felicidad Dolores que desde ese momento en adelante, Zumbí tendría que hablar en lengua lucumí, y Satuyé en lengua carabalí, para, como intermediario, estar él seguro que ambos hermanos estaban de acuerdo en lo que decían y pedían; luego, él, Francisco Príncipe, de rodillas, o en una posición más baja que Juan Garrido sentado, como señal de respeto, sin mirarle en la cara a éste, le comunicaría, en lengua mandinga, lo dicho por los hermanos, y cuando hablara Juan Garrido, por supuesto, en una lengua muy secreta que solamente pueden usar los miembros de la nobleza, al rato, él, Francisco Príncipe, para beneficio de los hermanos, interpretaría a la lengua castellana lo dicho por Juan Garrido.

—Muchas gracias, Francisco Príncipe —dijeron Zumbí y Satuyé, aunque no muy contentos por no poder hablar directamente con Juan Garrido, pero sí agradecidos por las explicaciones y el ofrecimiento del intermediario; en seguida, saludaron a Juan Garrido, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Francisco Príncipe.

—Juan Garrido dice que, ante todo, primero quiere darles la bienvenida y les da permiso para que hablen brevemente, claro, por medio de su seguro servidor, y hace hincapié en lo de brevemente, porque: “Voy a regresar a Cuba en la madrugada”.

—Deseamos que usted, Juan Garrido, un letrado y soldado valiente, sea el rey de los cimarrones lucumíes, carabalíes, mandingas, congos, macuás...

—Juan Garrido dice que no tiene tiempo para hablar sobre ese asunto porque: “En la madrugada voy a regresar a Cuba”.

—Juan Garrido, le rogamos que no vaya a Cuba, porque

nosotros los cimarrones lo necesitamos ahora más que nunca para organizar y defender los palenques, manieles, maroon towns, quilombos...

—Juan Garrido dice: “Lo siento, pero voy a regresar a Cuba”.

—Juan Garrido, usted se arrepentirá una madrugada...

—¡Basta! Boberías de herejes supersticiosos y de creencias en idolatrías —gritó Francisco Príncipe.

—Aquí en Santo Domingo hay un soldado sevillano envidioso de las hazañas de usted, Juan Garrido. Que los antepasados en el Reino de los Muertos sean nuestros testigos, porque no mentimos al decir que el sevillano, besando el crucifijo de su rosario durante la misa una madrugada, juró que nos inundaría con sudor y sangre, *per omnia secula seculorum*. Por favor, le rogamos, por favor, no vaya a Cuba, porque ese otro español, pariente del fraile gobernador de esta colonia que ordenó la matanza de caciques araucos y el ahorcamiento de la cacica Caona, sólo quiere usar la pericia militar de usted, Juan Garrido, como se hizo en Portobelo, Quisqueya, Boriquén y Cuba, para que lo nombren virrey de Nueva España a él, a costilla de usted, según los presagios de Felicidad Dolores, tras de gloriarse en la derrota de los aztecas en Tenochtitlán.

Lamentablemente, Juan Garrido hizo caso omiso de la advertencia más importante de Felicidad Dolores: “Ahijados de Changó, Oggún, Oyá y Elegguá, mucho cuidado con los bilongos en la madrugada, poca atención a la palmera isleña en Manielmandinga, a la caoba en Cumbecarabalí, al cedro en Mocambomacuá y a la ceiba istmeña en Palenquecongo y, sobre todo, antes de preparar el cheketé y el quimbombó, muchísima atención también con los brasiles en Quilombolucumiantes antes de sonar los tres tambores batá junto con el agogó para el bembé del anochecer”.

Con el pecho hinchado de orgullo por haber participado valientemente en la fundación de Portobelo, las conquistas de Quisqueya, Boriquén y Cuba, riéndose burlonamente de todo lo dicho por Zumbí y Satuyé, Juan Garrido, en la madrugada, zarpó a bordo de la goleta *Santacruz*, rumbo al puerto de La Habana, en compañía de sus amigos Francisco Príncipe, Ñuflo de Olano,

Estebanico y Juan Valiente, quienes también habían participado heroicamente en las conquistas y las exploraciones en Portobelo, Darién, Florida y Cuba, respectivamente. Mientras tanto, Zumbí y Satuyé, lamentando no haber pedido el apoyo y la intervención de los orixás Obatalá, Changó, Eleguá, Ogún, Ochún, Orula y la gran madre Yemayá cuando hablaron con Juan Garrido por medio del intermediario Francisco Príncipe, se quedaron tarde en el puerto de Santo Domingo hasta que la goleta *Santacruz* se perdió de vista en el mar Caribe, devorada vorazmente por el horizonte marino. Ambos hermanos, hijos de Felicidad Dolores, también se lamentaron que Juan Garrido y sus amigos, bautizados pomposa y alegremente en una iglesia en el barrio de San Bernardo, en Sevilla, pensaran que eran aceptados con brazos abiertos y con sinceridad e igualdad por los peninsulares como hermanos cristianos, por llevar en el cuello un rosario con un crucifijo grande bendecido en el Vaticano, y por rezar cotidianamente en latín, durante la santa misa.

Transcurrieron muchas temporadas de huracanes en el mar Caribe. Zumbí y Satuyé, tras de participar en cimarronajes en Veracruz, Portobelo, Cartagena, Maracaibo, Cachoeira y Serra da Barriga, regresaron a Santo Domingo, acompañados del general cimarrón Jean Jacques Dessalines, para abolir la esclavitud de mandingas, lucumíes, carabalíes, congos y macuás, consecuencia del juramento inundatorio de sudor y sangre que, durante la santa comunión en una misa, había hecho el soldado sevillano envidioso (quien para lograr fácilmente su propósito, se disfrazó de fraile, primero, y, luego, de obispo) de las hazañas de Juan Garrido.

A Zumbí y a Satuyé les llamó la atención el hecho de que los Maisonouveau eran los dueños de los cañaverales e ingenios azucareros más importantes de Haitiquisqueya, donde, desde la madrugada hasta el anochecer, inundaban el sudor y la sangre mandinga, lucumí, carabalí, congo y macuá.

Los hermanos Zumbí y Satuyé, indignados por el secuestro violento y enlutador de las cunas africanas, por el encarcelamiento injusto en las factorías en las costas de África, por el penoso viaje transatlántico en las bodegas de los barcos negreros,

por los latigazos odiosos en los cañaverales, cafetales, algodona-
nales, minas, muelles..., por las veinte horas diarias de trabajo
esclavizado en los ingenios azucareros, por las penurias en los
barracones, por los ultrajes lujuriosos, por los azotes, las mutila-
ciones y las castraciones a los cimarrones sedientos de libertad,
por los asaltos crueles de rancheadores y perros rabiosos en los
palenques, y, sobre todo, por el irrespeto a la dignidad e identi-
dad ancestrales de los mandingas, lucumíes, carabalíes, congas
y macuás, decidieron que era tiempo ponerle fin a todo esto; por
lo tanto, viajaron a La Habana, Cuba, para apoyar al cimarrón
José Antonio Aponte en su empeño para abolir la esclavitud en
los cañaverales e ingenios azucareros de los Maisonnouveaux,
quienes, gritando con odio, “Nunca jamás otra Haití”, se habían
trasladado a Cuba después de freir en alquitrán las extremidades
de la esclava preferida de la familia como castigo y venganza por
lo que le pasó a la concubina favorita del patriarca en la capilla la
noche de la fiesta nupcial.

Lamentablemente, los empeños abolicionistas del valiente
José Antonio Aponte fracasaron porque un mulato, deseando ob-
tener una cédula de gracias para ser reclasificado como blanco,
le dilató la conspiración al patriarca de los Maisonnouveaux. Por
desgracia, poco después del juramento de los Maisonnouveaux,
“Nunca jamás otra Haití”, se repitió el enojo de Zumbí y Satuyé
cuando el poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés (Pláci-
do) fue fusilado en Matanzas, Cuba, acusado de haber participa-
do en los planes abolicionistas en aquella ciudad, los cuales, des-
graciadamente, fracasaron por la falta de solidaridad y unión de
los cabildos cubanos, y porque los miembros del cabildo lucumí
no quisieron participar en nada con los miembros del cabildo ca-
rabalí; de igual manera, los del cabildo mandinga no les hablaban
a los del cabildo congo, y éstos, a los del cabildo macuá...

Papimambí se despertó cuando Felicidad Dolores empezó
a leer los nombres de los antepasados en la nómina. Al rato, con-
tinuó la búsqueda de la nómina y, al no tener la ayuda de los me-
llizos, quienes todavía estaban en la librería, se cansó y decidió
acostarse, otra vez, en la hamaca, a la hora de la siesta.

—*Onde está o Zumbí?*

—*Boa tarde, Ganga Zumba, o seu sobrinho está em Subupuirá.*

—*Estou com muito frio. Está chovendo hoje?*

—*Não, está quente e agradável hoje, Ganga Zumba.*

—*Onde está o Zumbí?*

—*En Subupuirá.*

—*Como es o seu nome?*

—*Satuyé.*

—*Amigo do meu sobrinho Zumbí?*

—*Ganga Zumba, somos.*

—*Onde está o Zumbí?*

—*Zumbí chega de noite a Macoco.*

Ese anochecer, Ganga Zumba se alegró cuando llegó su sobrino Zumbí a Macoco, la capital de los quilombos en Palmares. Poco después de los abrazos, Ganga Zumba, africano cimarrón y rey fundador del Quilombo dos Palmares, le comunicó a Zumbí que pronto viajaría al Reino de los Muertos para estar con los antepasados, y también le comunicó que era un honor para él ser el primero en revelar que el Concilio de Ancianos aconsejó que el próximo rey de Palmares sería Zumbí.

Ese atardecer hermoso del entierro del rey Ganga Zumba, los tambores batá, en una ceremonia de candomblé dirigida por las mujeres más ancianas de los quilombos en Serra da Barriga, despidieron solemnemente al gran rey Ganga Zumba; luego, al anochecer, esos mismos tambores y el agogó para invocar a los orixás, encabezados por Elegguá, junto con cantos y danzas, después de una comida succulenta, les dieron la bienvenida alegremente al nuevo rey del Quilombo dos Palmares: Zumbí.

Zumbí participó con mucha alegría en los homenajes a los orixás y los antepasados, pero en aquel entonces, en ningún momento le confió a nadie su preocupación por lo que les ocurrió a Lemba, Yanga, Bayano, Benkos..., y tampoco la razón del por qué zarpó el *Santacruz* aquella madrugada con los que hicieron caso omiso de la advertencia más importante de Felicidad Dolores.

El nieto de Felicidad Dolores se despertó de este segundo sueño con los puños cerrados y empapado en sudor, y después de saludar respetuosamente a los orixás Elegguá, Changó, Oggún

y Oyá, y también a los antepasados ancestrales en el Reino de los Muertos, les habló en caipira a los cimarrones descendientes de los cimarronaluciérnagas del primer gran cimarronaje en Haitiquisqueya, así como a los valientes defensores de Manielmandinga, Cumbecarabalí, Mocambomacué, Palenquecongo y Quilombolucumí. En el sueño el barco negrero *Santacruz* bajó su ancla, y la campana de un ingenio azucarero comenzó a alarmar en la madrugada para que los rancheadores, ya con sus látigos sacados, pudieran soltar sus perros feroces y sedientos de sangre cimarrona para ir en busca de los cimarrones mandinga, lucumí, carabalí, conga y macué. Al rato, Papimambí miró los árboles en su jardín, y con la destreza de un campeón de capoeira, de un brinco, se levantó de la hamaca, pero por alguna razón secreta, no se interesó en continuar la búsqueda de la nómina perdida ni en la ubicación de Cerro Pimento, sino sólo en pensar en el asunto de la misión secreta.

SEDÜ

No lo puedo creer. Esto no puede ser real. Tiene que ser un sueño. Sí, parece que he empezado a soñar despierto. Esto tiene que ser un sueño. ¡Caramba! Hay una estudiante en la clase de literatura del Caribe que se parece a Rosita. ¿Me engañan los ojos? Sí, es como estar mirando a Rosita hace veinte años. No solamente se parece a Rosita, también habla como Rosita, sonríe como Rosita, es tan amable como Rosita, y como Rosita... ¡Caramba! No lo puedo creer. ¿Estoy soñando despierto o me están engañando los ojos? He anhelado con muchas ansias por tantos años volver a ver a Rosita. Pero, como un sediento perdido en un desierto, espejismos tras espejismos...

Luego, después de despedirme de mis discípulos, cuando fui a mi oficina universitaria, me pareció curioso y agradable pensar que la estudiante en mi primera clase se pareciera tanto a Rosita.

Cuando llegué temprano a mi segunda clase, me llamó la atención volver a ver a la misma estudiante, en el mismo pupitre y en la misma aula de clase. No lo puedo creer. ¡Caramba! ¿Estoy soñando? Y cuando le pregunté a la señorita si se había equivocado de aula, me contestó, con el mismo tono de voz de Rosita: “Profe, me he matriculado en dos de sus clases”. Lo dicho me pareció curioso porque los estudiantes no acostumbraban ni se aconsejaban a matricularse en dos de mis clases el mismo semestre por la cantidad de lecturas y ensayos que les pido a mis discípulos en cada clase. No lo puedo creer. Esto no puede ser real. Tiene que ser un sueño. Sí, es como estar escuchando la voz de Rosita hace veinte años. ¿Me engañan los oídos?

Tras un breve y eterno rato de silencio, mientras esperaba a los otros estudiantes en la primera reunión del semestre, la estudiante que se parece a Rosita, con la voz y el mismo entusiasmo de Rosita, me hizo una pregunta sobre una de las novelas.

—¡Mentira!

—Es la verdad.

—Rosita nunca haría semejante cosa. Nunca esa locura.

—Es la verdad.

—Rosita es honrada, sincera, decente...

—Es obvio que no sabes nada de las mujeres.

—Rosita me quiere mucho y yo la adoro con todo mi corazón.

—Entonces...

—Tenemos varios años de noviazgo y la conozco muy bien.

—Entonces, ¿sabes el secreto de Rosita?

—¿Secreto?

—Pues sí, el gran secreto.

—No hay secreto entre Rosita y yo.

—Pues, sí hay.

—¡Mentira!

—No te creo.

—Pues, te engañaron.

—¿Cómo?

—Su mejor amiga me pidió a mí el dinero prestado.

—¿Qué tiene eso de malo pedir dinero prestado?

—Para un aborto.

—¿Qué tiene eso que ver con Rosita?

—Hombre, despierta. El dinero prestado era para un aborto de tu...

—¿Qué?

—Aborto de tu...

—¿Rosita?

—Sí.

—No lo puedo creer.

—Aborto.

—¡Mentira!

—Es la verdad.

—¡Mentira!

Tengo dos décadas de pensar que Rosita sería incapaz de hacer eso. No. ¿Un aborto? Nunca. Nos respetábamos mutuamente. Lo nuestro fue un amor muy especial, maravilloso, fuera

de lo común, corriente y cotidiano. Nos adorábamos mutuamente. Amor. Amor. Amor. Rosita estaba bien enterada de mi orgullo ancestral. Por lo tanto, un aborto era algo inaceptable, no importa las circunstancias, lo ancestral es sagrado. Hay personas muy chismosas que se empeñan en... ¿Secreto? ¡Mentira! Nunca hubo ni dudas ni desconfianza entre nosotros. Rosita siempre me ha dicho la verdad. ¿Engaño? ¡Mentira! Hasta ahora nunca había puesto en tela de juicio lo nuestro. Pero, tengo que encontrar a Rosita ahora más que nunca. ¿Será verdad que, en aquel entonces, sin consultarme y sabiendo lo de mi orgullo ancestral, Rosita secretamente decidió en un aborto? ¿Y si a última hora, por respeto a mi dignidad y orgullo ancestral, no hubo un aborto? ¿Será pura coincidencia que, veinte años después, la estudiante que se parece a Rosita en ambas de mis clases de literatura del Caribe este semestre hable como Rosita, sonría como Rosita...? No lo puedo creer. ¡O es un engaño o un sueño!

Antes de que llegaran los otros estudiantes de la segunda clase al aula, aquel día que, por primera vez, puse en tela de juicio la sinceridad de Rosita, y con mucha calma, la estudiante que se parece a Rosita tuvo que repetir la pregunta que me había hecho en cuanto a la novela en las lecturas asignadas que, por los temas y personajes, más le llamó la atención. Durante el diálogo, aprendí que, según ella, dicha novela era la obra que mejor ponía en relieve mi teoría vinculada con la caña de azúcar y el Canal de Panamá como los dos asuntos más contundentes en la formación de la historia y la identidad del Caribe. No recuerdo, o, mejor dicho, no quiero recordar qué explicación le di, o qué razón inventé como disculpa, pero, momentáneamente, perdí el hilo del diálogo, en primer lugar, por la presencia y la voz de la joven estudiante que me hizo recordar a Rosita, y, en segundo lugar, porque mis oídos se inundaron con las incógnitas que durante dos décadas me han intranquilizado y me han hecho recorrer laberintos rumbo a una de mis búsquedas: ¿Dónde estará Rosita?

Luego, todas las preguntas que me hacía con inquietud en cuanto a la estudiante que se parece a Rosita, fueron interrumpidas cuando a mi oficina llegaron estudiantes.

Los primeros en llegar armaron un alboroto, pero el orden volvió a reinar cuando el catedrático les pidió a los estudiantes que entre ellos mismos se organizaran para establecer prioridades en los asuntos por tratar. Poco después, los estudiantes le presentaron una lista con los asuntos y problemas que les interesaban en orden de urgencia. Y, tras de llamar a sus hijos por teléfono para comunicarles las razones por su posible tardanza en llegar a la cena, Papimambí cerró la puerta de su oficina para escuchar a una estudiante que decidió suicidarse porque el novio la había rechazado cuando ella le confesó que desde la edad de los cinco años hasta fecha reciente, bajo amenazas de muerte a abuelas y otros seres queridos, su padre mantuvo forzosamente con ella una relación incestuosa. Al mediodía, después de convencer a la estudiante, a quien también había abusado sexualmente su confesor y párroco de la iglesia católica *La Virgen Purísima de la Inmaculada Concepción* durante varias reuniones, supuestamente para consolarla por lo del incesto, de que no valía la pena suicidarse ni por un cura luciferiano ni un padre sátiro y demente, y mucho menos por un novio cretino y machista, Papimambí concentró su atención en un grupo de estudiantes adictos a la cocaína y el alcohol. Esa tarde, también conversó con varias señoritas que estaban obsesionadas con ejercicios, píldoras y dietas para adelgazar; más tarde, esa noche, ellas y el profesor comieron ensalada, arroz, maíz, enchilada, papa, pollo y pizza en la oficina olorosa a maní, y conversaron sobre el hecho de que era más importante estar bien alimentadas y tener buena salud que enflaquecer por inanición; además, les dijo que no era importante competir entre ellas para parecerse a una modelo de Hollywood que luce trajes de baño que apenas cubren lo más sensual de la mujer, o a la modelo carioca en la playa de Ipanema, en Brasil. Tras más diálogos con las señoritas obsesionadas con adelgazar, Papimambí se desveló acompañando a varios moribundos que sufrían de SIDA a pesar de la quemazón fastidiosa en su hombro izquierdo que empezaba cada vez que escuchaba campanas, ladridos y carcajadas. A los otros estudiantes que también vinieron a verlo ese día en su oficina, les sugirió que fueran a la biblioteca para preparar los argumentos a favor o en contra del aborto, la pena de muerte, la energía nuclear, la eutanasia, la homo-

sexualidad y otros temas controversiales, temas que iban a discutir en una asamblea universitaria más tarde esa semana. A una coalición de estudiantes afroamericanos, latinoamericanos, asiáticos y chicanos que también llegaron para pedir su opinión sobre las protestas públicas, les aconsejó que tenían el derecho de protestar contra el racismo y la discriminación en todas sus manifestaciones aquí, allá y en todas partes, siempre que lo hicieran en forma ordenada y respetando los derechos de otras personas. Les comunicó el mismo consejo a un grupo de estudiantes femeninas que deseaban organizar varias actividades educativas para denunciar los problemas del acoso sexual, la violencia física y psicológica contra las mujeres. El catedrático panameño les dedicó más tiempo a aquellas estudiantes que querían conversar sobre el tema de los sentimientos conflictivos entre el aborto y otros asuntos de una estudiante embarazada por un delincuente demente, y, por supuesto, menos tiempo a los estudiantes que rogaban neciamente por buenas calificaciones porque estaban en peligro de fracasar varias materias en sus carreras, por haraganes, copiones y pabiolas.

Además de no sentir ninguna lástima por esa clase de estudiantes, Papimambí también pensó en otro asunto que, al igual que la quemazón fastidiosa en el hombro izquierdo, le enfadaba año tras año: las invitaciones para el día de graduación de sus estudiantes, sobre todo, las fiestas y los banquetes, porque, a veces, algunos parientes o padres de sus estudiantes favoritos mostraban asombro cuando ellos lo conocían en persona; no esperaban que el profesor “favorito” de sus hijos, hijas o sobrinas fuera negro, entonces, siempre lo interrogaban necia y odiosamente sobre su capacidad intelectual y educación, o groseramente le demostraban desdén, rechazo y hasta odio después de la ceremonia de graduación.

No lo puedo creer. Esto no puede ser real. Tiene que ser un sueño. La estudiante en la clase de literatura del Caribe que se parece a Rosita habla como Rosita y sonríe como Rosita, de repente ha desaparecido de ambas clases, de la universidad, de la ciudad... Sí, ha desaparecido sin rastros. Nadie sabe dónde está. Nadie sabe nada. Nada. No lo puedo creer. Esto no puede ser real. Tiene que ser un sueño.

Un día, una secretaria de otra facultad me comentó que la estudiante que se parece a Rosita estaba embarazada con gemelas. Pensé que eso no era razón para desaparecer. A menos que... Una llamada telefónica anónima me tranquilizó un poco cuando se me informó que toda comunicación con la estudiante desaparecida se tenía que hacer con mucha anticipación por medio de la Policía Secreta, porque el marido de la estudiante era un oficial de alto rango en dicha institución gubernamental. ¿Qué tenía que ver lo uno con lo otro? Por medio de otra fuente fidedigna, me enteré de que el marido de la estudiante, que se parece a Rosita, había sido un testigo importante en el juicio condenatorio del cabecilla del más violento cartel de poderosos narcotraficantes en Los Ángeles, quien, en la actualidad, sufre cadena perpetua en una cárcel secreta. Y, por si esto fuera poco, se descubrió en fecha reciente que unos asesinos al servicio de narcotraficantes internacionales estuvieron observando a la estudiante que se parece a Rosita en mis clases. Por lo tanto, una frustración tremenda me aplastó porque, por la situación peligrosa de los narcotraficantes al acecho de la estudiante que se parece a Rosita, habla como Rosita, sonríe como Rosita..., a mi juicio, no era prudente hacer preguntas al jefe de la Policía Secreta sobre la desaparecida que no tenían nada que ver con lo académico, como mi tremenda inquietud por saber: ¿En qué año nació? ¿Dónde nació? ¿Quién es su padre? ¿Dónde está su madre?

Después de la desaparición de la estudiante que se parece a Rosita, fue una sorpresa volver a ver a Siboney, la estudiante cubana que estaba muy interesada en el asunto de los Juegos Olímpicos, pero que, en realidad, era otra razón más para poder llegar a la oficina olorosa a miel y maní por lo de las luciérnagas que se apiñaban en el cuadro “Cañaverál”, formando chispeantemente la palabra *añónguru*.

Siboney se jactaba mucho entre los otros estudiantes de su amistad con Papimambí porque creía conocer todas las preferencias y todos los gustos de su profesor favorito. Por lo tanto, esperó exactamente siete días y regresó temprano una mañana a la oficina del profesor, donde, otra vez, como durante las otras visitas anteriores, tras de leer la cita de José Martí en la puerta y,

también, después de escuchar las voces en la oficina, en un cesto de basura cerca de la puerta, echó cinco limones aplastados y escupidos.

En esta visita, Siboney venía acompañada de un grupo de estudiantes muy trabajadores —mexicanos, cubanos, puertorriqueños, brasileños y otras nacionalidades latinoamericanas— para tratar de convencer al catedrático de aceptar la nueva oferta como director de estudiantes anfitriones de los Juegos Centroamericanos. Pero el verdadero propósito de Siboney era para que sus condiscípulos fueran testigos del apiñamiento de las luciérnagas en el cuadro.

Tras puerta cerrada, se escuchó, por horas, una discusión entre voces que repetían insistentemente lo de “Justicia y *Liberté*”; además, por las muchas citas concertadas con otros estudiantes y las numerosas llamadas telefónicas nacionales e internacionales de estudiantes y colegas del profesor, Siboney y sus condiscípulos no lograron entrar en la oficina, olorosa a miel y maní, hasta las cinco de la tarde, la hora en que el nieto de Felicidad Dolores, después de escuchar campanas, extrañamente, sintió una quemazón fastidiosa en el hombro izquierdo, poco después de los relinchos, los ladridos rabiosos de una jauría de perros y las carcajadas estruendosas de los fantasmas en la oficina vecina y hedionda a ñinga de perros. Después de saludarlo, los varones respetuosamente con abrazos y apretones de manos, y las señoritas con besos y abrazos cariñosos, al profesor Papimambí le obsequiaron siete frascos llenos de miel de abejas, cuatro latitas y tres bolsitas de maní.

Después de agradecer amablemente a los estudiantes por los regalos de sus golosinas favoritas (miel y maní), les explicó, con lujo de detalles, el importante valor cultural y las raíces africanas de los orixás Obatalá, Elegguá, Changó, Yemayá, Oggún, Ochún y Orúnla, después de que una estudiante mexicana en el grupo quiso saber la diferencia entre los rasgos de la herencia africana que se celebran en el candomblé y macumba en Brasil, y la santería en Cuba.

—Profé, ¿quién es ese tipo en la foto? —preguntó una estudiante puertorriqueña.

—Arturo Alfonso Schomburg.

—¿Arturo Alfonso Schomburg?

—Tú eres boricua y no sabes que el señor elegante y guapo en la foto es un importante puertorriqueño —comentó Siboney.

—¿Puertorriqueño?

—¿Qué tiene de raro eso?

—Es que Puerto Rico es la isla más blanca de las Antillas.

Al escuchar la pregunta de Loíza, la estudiante puertorriqueña, el profesor Papimambí pensó que Plácido, el poeta mártir cubano, le hubiera insinuado: “Que se lo cuente a su abuela”, y también le hubiera preguntado: “¿Y tu abuela dónde está?”

Luego comentó públicamente: “Por más que lo nieguen los puertorriqueños al son de la plena y la bomba, el señor Arturo Alfonso Schomburg es también de ascendencia africana. Fue bibliófilo e historiador, y por su aporte importante al estudio de la herencia africana en las Américas, hoy día, en su honor existe el *Centro Schomburg para la Investigación en Cultura Negra*, no en Puerto Rico, curiosamente, sino en Nueva York, donde hay un gran tesoro: un libro de poesía en latín impreso en 1573, obra del poeta Juan Latino”.

—”¿Y quién es ese Juan Latino?” —preguntó la estudiante puertorriqueña. “No puede ser otro negro puertorriqueño, porque en la isla del encanto, hay pocos negros y todos están en Eloisa Aldea”.

Pero antes de contestar la pregunta de Loíza, Siboney pensó: “Pero, a decir verdad, en el Caribe, el que no tiene de dinga tiene de mandinga”.

—Juan Latino fue catedrático en la Universidad de Granada.

—Poeta de ascendencia africana y perito en las obras de Séneca, Cicerón... —agregó el profesor Papimambí orgullosamente, y, al rato, pensó: “Si la puertorriqueña no sabe nada de Arturo Alfonso Schomburg, entonces mucho menos sabrá del capitán Miguel Henríquez, quien fue condecorado con la Orden de la Real Efigie por su hazaña en rescatar la isla de Vieques de las garras de los piratas ingleses. También dudo que Loíza, quien jura ser únicamente de ascendencia taína, sepa algo sobre el destacado pintor José Campeche, otro boricua importante de ascendencia africana”.

—¿Y tú? Eres cubana y estudiante de literatura caribeña, pero estoy seguro de que no sabes nada de Juan Francisco Manzano y Gabriel de la Concepción “Plácido” Valdés —dijo un brasileño.

—Pues, mira quién habla. En el país más africanizado de las Américas, a ritmo de samba, se niega oficialmente la presencia de los millones de brasileños de ascendencia africana, excepto en los carnavales. ¿Y tú? ¿Qué sabes de Zumbí, de Luísa Mahin...?

—Te has equivocado de geografía, porque lo que has dicho sí es cierto de los venezolanos y, especialmente, los peruanos, los ecuatorianos, los colombianos...

—Nada de eso; estás contando boberías y mentiras. En la República Dominicana, feliz cuna quisqueyana de la india Caona, los únicos negros son los haitianos y los cocolos, macheteros indocumentados en los cañaverales. La veldá, la pula veldá, no soy madamo. Los dominicanos auténticos todos somos indios claros o indios blancos —gritó, a voz en cuello, al marcharse de la oficina olorosa a miel y maní, como un cañonazo y a pasos de un merengue frenético, un estudiante dominicano ofendido, cuyo rostro, a pesar de la enfática negación, denunciaba palpablemente rasgos inconfundibles de su herencia africana.

Al rato, el teléfono que estaba colocado cerca de la fotografía de los hijos de Papimambí, y que se utilizaba como pisapapel de documentos importantes y correspondencia en el escritorio del catedrático, empezó a sonar. Por lo general, cuando conversaba con sus discípulos, no permitía ningún tipo de interrupción. Por lo tanto, la primera llamada telefónica como las subsiguientes no fueron contestadas por el catedrático porque el teléfono automáticamente archivaba en su memoria los mensajes, indicando el día y la hora de las llamadas.

—Profe, ¿sobre cuál tema escribe usted ahora? —preguntó una estudiante.

—El SIDA —contestó el catedrático, señalando con el dedo índice de la mano derecha lo que estaba en el monitor de la computadora, para llamar la atención de todos los presentes.

—¿Ya pensó en el título? —preguntó otra estudiante.

—¡Fuego con la 12 de Octubre! —el profesor vociferó, abruptamente, sorprendiendo a todos los estudiantes presentes,

quienes, arqueando las cejas y arrugando la frente, se intercambiaron miradas de extrañeza, excepto Siboney, la estudiante cubana, la más observadora del grupo, quien se había percatado de tres asuntos curiosos de su amigo catedrático panameño: primero, cuando comía o bebía algo que no fuera endulzado con miel de abejas, vomitaba violentamente; segundo, a las cinco en punto de cada día, sacaba un martillo y con un fuerte golpe, aplastaba y escupía un limón; y, tercero, cuando perdía el hilo de una conversación, por pensar en algo obviamente perturbador, gritaba con rencor: “¡Fuego con la 12 de Octubre!”

—Profè, vuelvo y repito, ¿ya pensó en el título?

—Sí, “El SIDA y la solución: la mujer blanca”.

—¡Qué! —exclamaron todos a coro.

—Pues sí, es una idea que se me ocurrió mientras observaba un episodio en vídeo sobre el asunto de los esclavos africanos y la Guerra Civil en los Estados Unidos de Norteamérica. A mi juicio, se buscará una solución o cura para el SIDA cuando esta plaga de la actualidad afecte más a la mujer blanca. Es la realidad. La verdad hay que decirla sin titubeos, al pan pan y al vino vino. Cuando la mortífera enfermedad comenzó a causar estragos en varios países de África, no llamó ni la menor atención; tampoco cuando diezmaba a la población de Haití, ni cuando entolecía a la comunidad homosexual en San Francisco, California; ni cuando castigaba a los drogadictos negros, zambos, mulatos y mestizos en Nueva York, y aquí mismo, en esta ciudad; pero tan pronto una mujer blanca embarazada murió de SIDA, tras una transfusión de sangre contaminada, de repente, mucha preocupación, mucho interés y millones de dólares aparecieron para combatir la enfermedad.

Ya era de noche cuando Siboney y los otros estudiantes, asombrados por lo de las luciérnagas apiñadas en el cuadro “Cañaveral” y fascinados también por la palabra, *añónguru*, se despidieron del profesor con los acostumbrados apretones de manos, abrazos y besos.

Poco después de las despedidas entre estudiantes y profesor, en la oficina universitaria, empezó, otra vez, la conversación en la cual las voces clamaban: “Justicia y *Liberté*”.

El docente panameño miró la larga lista de las cartas de recomendaciones por escribir para los estudiantes, y las tareas amontonadas sobre su escritorio; y, a pesar de la quemazón fastidiosa en el hombro izquierdo, decidió primero contestar el mensaje telefónico que más le llamó la atención: la llamada telefónica de la Dra. Xóchitl Olmeca, una ex-alumna, oriunda de la cuna del caudillo de la Revolución Mexicana cuyo lema era “Tierra y Libertad”: el general Emiliano Zapata. Ella es la directora de la Facultad de Pedagogía en una universidad privada de mucho prestigio, y Papimambí la llamó para conversar sobre Siboney, quien había presentado una solicitud para matricularse en el programa de Maestría en Consejería en dicha universidad. Después de la llamada telefónica, Papimambí se puso a escribir muchas cartas de recomendación para los estudiantes que buscaban empleos como maestros en escuelas primarias y secundarias, y para los que anhelaban ingresar en otras universidades para estudiar Medicina o Derecho; además, escribió comentarios y sugerencias para mejorar la ortografía, el vocabulario, la gramática y la organización de las ideas en los temas desarrollados por los estudiantes en los ensayos de tarea—hasta la medianoche.

La quemazón fastidiosa en el hombro izquierdo del docente por poco lo saca de quicio, pero, como de costumbre, se desahogó al gritar: “¡Fuego con la 12 de Octubre!” Al rato, pensó en la larga fila de hormigas negras que iban rumbo hacia la oficina vecina, donde se escuchaban las campanas, los relinchos, los lardidos y las carcajadas. Luego, en la hermosa noche de plenilunio, como allá en el terruño natal de cielo coronado con estrellas de los veranos tropicales, exactamente siete minutos después de la medianoche, apagó la luz de la lámpara en su escritorio y se levantó de la silla; aflojó el nudo de su corbata azul, desabotonó la camisa azul con rayas chocolates, y se quitó los zapatos negros.

De un pequeño refrigerador en su oficina, sacó un vaso lleno con chicha de papaya y una bolsita de maní, pero antes de sentarse en un sofá, acarició con siete palmadas el cuero de un tambor bongó congo de Portobelo que le regalaron unos amigos amigos afroecuatorianos de Esmeraldas, el cual se hallaba cerca de la puerta y una ventana de su oficina universitaria. Al rato, en

el tocadiscos, Papimambí cambió el disco “Solace” del compositor y pianista Scott Joplin, el cual había estado escuchando hasta la medianoche mientras escribía las cartas de recomendación y corregía las tareas de sus discípulos, por otro disco con boleros de Beny Moré. Y, mientras sonreía y admiraba las fotografías de Jovita, las cuales siempre lo acompañaban desde ese maravilloso e inolvidable atardecer colmado de amor y cariño, allá en Villagustavo, se puso a escuchar su canción favorita: “*¿Cómo fue? No sé decirte cómo fue, no sé explicarme que pasó, pero de ti me enamoré...*” Respiró lenta y profundamente al cerrar los ojos, y en su imaginación regresó a Villagustavo para recordar aquel atardecer y el primer beso de miel que acarició con amor los labios de pétalos rosados de Jovita, y susurró melodiosamente: “Amorcito, muñequita linda, te quiero, te adoro y te amo”. Suspiró otra vez al rememorar el momento, allá en Villagustavo, cuando, tras el primer beso, Jovita se levantó de la silla después de poner su refresco de papaya en la mesa, y le murmuró en los oídos, cariñosamente: “Siempre he querido besarte”. Inmediatamente, al abrazarlo en la oscuridad, fácilmente los labios de ambos se encontraron y se besaron apasionadamente; era el más sensual beso que jamás había acariciado antes sus labios; sólo se separaron brevemente los labios rubicundos de ambos enamorados para respirar un poco, y se volvieron a besar larga y apasionadamente.

Otra vez, alegre de que los sentimientos amorosos eran mutuos, mientras la abrazaba tiernamente, con cariño, susurró: “Amorcito mío, muñequita linda, te quiero, te adoro y te amo”. “*¿Cómo fue? ...pero de ti me enamoré...*” Al escuchar la misma canción de Beny Moré por séptima vez, su corazón empezó a latir alegremente con felicidad al recordar que poco antes del primer beso, en Villagustavo, bailaron una rumba y un guaguanco que cantó la gran guarachera Celia Cruz, y al bailar juntos un bolero de Beny Moré, sus cuerpos abrazados con calor tropical se acercaron con ansias mientras ambos cantaban: “*¿Cómo fue?... pero de ti me enamoré...*” Esa maravillosa noche tropical, se besaron sensualmente por tercera vez. La legendaria Julieta jamás gozó con Romeo besos tan apasionados como los que acariciaron tierna y amorosamente a Jovita; eran besos del más enamorado de

todo el planeta y las galaxias, quien esperó, a veces, con una impaciencia que pareció siglos, los besos recíprocos de su adorada amante: Jovita.

Al rato se dijo: “Ochún y Eros celebraron nuestro juramento de amor eterno aquella noche cuando ella me besó y me acarició, con devoción amorosa... ella a mí y yo a ella, y, luego, juntos simultáneamente, con cariño, ternura, amor y placer paradisíaco, hasta que rítmicamente nuestros cuerpos se embriagaron con sabor erótico”. Luego agregó, susurrando cariñosamente: “Amorcito mío, reina de mi alma y dueña de mi corazón, muñequita linda, te quiero, te adoro y te amo. Tuyo es mi corazón, eternamente, amorcito mío. Amoreterno”. *“¿Cómo fue? No sé decirte cómo fue, no sé explicarte que pasó, pero de ti me enamoré...”*

Transcurrieron varias horas de escuchar, sin interrupción y sin distracción, el famoso bolero del cubano Beny Moré, y pensar cariñosamente en Jovita. Luego, al levantarse del sofá y al acercarse a los anaqueles repletos de libros, después de beber el refresco de papaya y echar al cesto de basura la bolsita llena con cáscaras de maní, guardó las fotografías de Jovita entre las páginas del libro *Autobiografía de Juan Francisco Manzano*.

Al recordar la quemazón fastidiosa en el hombro izquierdo, el cual felizmente había olvidado mientras comía maní, escuchaba su canción favorita y, sobre todo, pensaba en su amorcito, Jovita, encendió la luz de la lámpara sobre su escritorio, y cubriendo las cartas de recomendaciones y las tareas de sus estudiantes, Papimambí desplegó varios mapas en los cuales, año tras año, buscaba un pueblo que se llamaba Cerro Pimento.

Mientras ocurría lo de la búsqueda de Cerro Pimento, llegó Felicidad Dolores acompañada de las Reinas Magas para comentar las escenas que se presentaban en el espejo. De todas las escenas de sueños que le recordaban la misión secreta, la que más preocupación le causaba era el asunto de la Yegua de California: “Nunca he sentido tanto dolor en mi alma, profundo dolor. No cabe la menor duda; es la peor crisis de mi vida. No lo puedo creer. ¿A mí? Yo no he hecho nada malo y no merezco esto. No puedo creer que esto sea posible, porque hice todo lo

posible para que nada negativo ocurriera entre nosotros. Ojalá fuera una pesadilla y al despertar... ¿Jovita? ¡No es posible! Todo empezó una mañana, estando yo ocupadísimo puliendo en la computadora el informe anual de la facultad, cuando mi secretaria entró en mi oficina para presentarme a su amiga, Jovita, quien llegó a la universidad ese día buscando empleo en la oficina de becas para estudiantes, y como había estudiado en esta misma universidad, decidió hacer una visita de cortesía para saludar a los profesores que eran viejos amigos. Tras de saludar y conversar brevemente con Jovita, le comenté que, en la oficina, donde yo era el director, se acaba de anunciar empleo para una secretaria encargada de hacer los trámites necesarios y contestar las numerosas llamadas telefónicas de los estudiantes preocupados por no lograr matricularse a tiempo en las materias que se enseñaban, lo cual era trabajo interesante. Al rato, cuando Jovita fue a otro edificio de la universidad para buscar la solicitud de empleo que originalmente le interesaba, me llamaron la atención, primero, que mi secretaria, quien sentía mucho resentimiento hacia mí, por cortesía, orden y aseo en la oficina, algo casi totalmente foráneo para ella, me presentara a su amiga, porque, desde mi llegada como director del departamento, nunca antes me presentó a nadie. Es más, además de los chismes, burlas e irrespeto, durante mi primera semana como director, puso el cesto de basura sobre mi escritorio, me imagino, para comunicar sus sentimientos e irrespeto; y, segundo, que, a pesar de ser amiga de mi secretaria, Jovita era muy diferente; me impresionó mucho por su sencillez, cortesía y amabilidad—o sea, una persona culta. Luego, cuando abrí la puerta de mi oficina para ir a tomar agua, me encontré con Jovita cerca del curato de a máquina para hacer fotocopias.

Transcurrieron varias semanas. En una oficina ubicada en otro edificio, tuve una cita con la directora de la oficina de empleos en la universidad, para que ella me asesorara sobre los trámites y el procedimiento oficial para evaluar a los candidatos que solicitaron el puesto en mi oficina. Al regresar a la misma, me llamó la atención el hecho de que la amiga de mi secretaria ya había solicitado el puesto, y observé que las solicitudes no estaban

en orden alfabético, lo cual me extrañó mucho. Luego, observé también que antes de las entrevistas con los candidatos finalistas, tampoco se siguió un orden alfabético porque entre los finalistas, Jovita Mogollón hubiera sido la última por su apellido. El día de las entrevistas, Jovita, a mi juicio, era la mejor candidata. No me importó que ella fuera amiga de mi secretaria porque lo que más me llamó la atención era la posibilidad de que las metas que yo había establecido para la oficina se logaran exitosamente con ella; por lo tanto, sin titubeos, firmé los documentos para que la emplearan en la mayor brevedad posible.

Dicho y hecho. En la universidad y por los vecindarios de la universidad, a diario, se comentaba sobre el agradable e impresionante cambio en la oficina de la facultad bajo mi dirección porque, como a pedir de boca, Jovita Mogollón hizo muchos cambios que superaban mis expectativas de cortesía, orden y aseo. Es más, por lo chocante de lo que ocurría antes en la oficina, yo acostumbraba a mantener cerrada la puerta común entre mi oficina y la de mi secretaria, pero con la llegada de la nueva secretaria, nunca volví a cerrar esa puerta porque era agradable observar el nuevo ambiente con plantas, flores y música; huelga decir que yo pasaba más tiempo en mi oficina en vez de refugiarme en mi otra oficina, porque deseaba ser parte de todo lo agradable que ocurría en esa oficina.

Pasados varios meses después de su llegada a la oficina, invité a Jovita, y, por primera vez, a su amiga, mi secretaria, a un almuerzo en agradecimiento por todo lo bueno que se había logrado en tan poco tiempo. Felizmente, ese día, mi secretaria no pudo aceptar la invitación por otro compromiso que tenía, lo cual secretamente me alegró, porque en realidad, el agasajo era para Jovita Mogollón, quien, por razones ajenas a su voluntad, tampoco pudo aceptar mi invitación, pero, en seguida, me comunicó que aceptaría si en vez de almuerzo, la invitación fuera para una cena, y no muy cerca de la universidad. Como ella tenía una diligencia que hacer en otra ciudad, decidimos encontrarnos en un famoso restaurante mexicano en la ciudad. Allí, cenamos platos suculentos de enchiladas, arroz y frijoles. Durante la conversación de sobremesa, tras de saborear varias bebidas de tequila con

jugo de frutas llamadas margaritas, la conversación pasó de la rutina cotidiana en la oficina y su interés en leer mis obras literarias, a la vida personal.

Felizmente, al mediodía de un viernes en invierno, un día muy importante porque era el cumpleaños de mi hijo menor, y también porque, tras de considerar durante dos años el asunto de nuestro deseo mutuo de casarnos, ella y yo decidimos que dos años de noviazgo era tiempo prudente para comenzar la vida matrimonial, y firmé los documentos más importantes que iba a entregar en la oficina de mi abogado.

Luego, cuando mis hijos llegaron al hogar después de buscar libros en la biblioteca universitaria, les comuniqué a ambos que, antes de ir al restaurante favorito del agasajado para celebrar su cumpleaños, yo, inexplicablemente, necesitaba ir a la oficina del correo, lo cual les extrañó porque, excepto en esta ocasión, por lo del cumpleaños, era costumbre mía nunca salir los viernes, días que dedicaba exclusivamente a las lecturas de ensayos históricos para documentarme en la preparación de la tercera novela que escribía. ¡Qué raro! La felicidad inundaba mi alma desde temprano ese viernes por lo del cumpleaños, y sobre todo, por la decisión del matrimonio; pero, poco después del mediodía, cierta inquietud empezó a fastidiarme. Y me preguntaba: ¿por qué ese correo en la Villa Hamaca? No tenía lógica porque nunca había ido a esa oficina de correo. Además, los documentos, por su importancia, los iba a entregar en las manos de mi abogado el próximo martes después de conversar con mis hijos sobre mi feliz decisión de casarme con Jovita Mogollón.

A las cinco en punto de la tarde aquel viernes de invierno, por la inquietud fastidiosa, fui a mi automóvil sin despedirme de mis hijos, por primera vez, algo muy extraño, porque era costumbre abrazarnos cada vez que nos separábamos, por muy breve o frecuente que fuera la separación.

Al rato, distraído, de repente, me llamó la atención que había llegado al semáforo en rojo, en la bocalle de Vía Hamaca y Avenida Salsipuedes, y para evitar un accidente, frené el automóvil al otro lado de un camión que transportaba gasolina.

El primer automóvil en la Vía Hamaca que comenzó su marcha al cambiar el semáforo de rojo en verde, virando a la izquierda, para entrar en la Avenida Salsipuedes, causó que mi corazón se paralizara momentáneamente porque observé que la pasajera de aquel primer vehículo en la Avenida Salsipuedes era Jovita.

—¿Jovita?

No sé qué me pasa, pero estoy tan enamorado y feliz que, como un espejismo, creo que estoy viendo a mi amorcito en este momento. Con la rapidez de un relámpago, pensé: “Claro, es un espejismo, sí, pero un espejismo horrible. No cabe la menor duda; es imposible que esa mujer, aunque es el carro de ella, sea mi amorcito. Jovita en este instante está trabajando en la universidad, como de costumbre, con mucho empeño, a once millas de la bocacalle de la Hamaca y la Avenida Salsipuedes”.

¿Qué significa esto? ¿Se repite lo de ayer? Pues, estoy seguro de que observé algo raro cuando, olvidando que yo estaba cerca, Jovita se acercó a la estudiante que trabaja en la oficina y, tras de sursurrarle algo lentamente en el oído izquierdo y acariciarla, como lo hacen los enamorados, la besó en los labios. Pues, ¿fue eso lo que observé, o a lo mejor fue mi imaginación? Pero, luego, lo otro no fue imaginación cuando yo regresé a la universidad después de hacer una diligencia, y en el puente peatonal me encontré con Jovita, quien iba acompañada de Newhouse, pero extrañamente, ella, al pasar muy cerca de mí, siguió de largo y no saludó, como si yo fuera invisible.

A esta hora, hoy viernes día de pago, como en todas las fechas de pago, ella no cierra la oficina a la hora acostumbrada por la cantidad de profesores que, a última hora, se aglomeran, como abejas en una colmena, para retirar los sobres con sus sueldos. Además, durante los dos años de feliz noviazgo, me permitió manejar su carro solamente una vez de todas las veces que salimos a pasear por otras ciudades, ir de compras al mercado, recoger cenas en los restaurantes, saborear nuevos postres en nuestras postreerías favoritas, buscar películas, visitar la playa, participar en conferencias académicas, ir a la universidad... ¿Pasajera en su propio carro? No era posible. La conozco muy bien. Esa no

puede ser ella. Es imposible. Claro, es un espejismo. Peor, una pesadilla.

—¡Qué! Es imposible. Nunca sale los viernes. Así es de disciplinado. ¿Qué hace aquí? Ni se quita el pijama en todo el día cuando es viernes, y pasa todo el día leyendo y puliendo el manuscrito de la novela que completará su primera trilogía. Nunca me ha llevado al cine ni a ninguna parte por su empeño en concentrarse en su creatividad literaria. Sí, la literatura es su querida. Nadie puede contar con él los viernes porque todo es para su querida: la tercera novela que escribe. ¿Qué hago?

—Sí, es ella.

Nuestras miradas chocaron. ¡Qué extraño! No me saludó. ¿Estará enferma? ¿Será por eso que otra persona está manejando el carro de ella? ¿Se habrá lastimado la espalda? Sí, no cabe la menor duda de que es eso porque, recientemente, me ha comentado la necesidad de hacer una cita pronto con su médico, por una dolencia en la espalda. ¿Será por eso que otra persona está manjando su carro? Pero, ¿por qué no me llamó por teléfono? En otras ocasiones, hasta a medianoche, me ha llamado para llevarla al hospital por alguna alergia u otra dolencia. ¡Caramba! A lo mejor no pudo comunicarse conmigo. ¿Estará mi teléfono descompuesto? ¿No entrarán las llamadas? ¿Será por eso que otra persona está menajando ese carro?

—Es imposible que sea él. Nunca sale los viernes. Nada lo puede apartar de su manuscrito novelesco. Además, como el caballero que es, nunca va a mi casa sin antes anunciar su llegada. Pero, es él. Sí, es él. Esto jamás ha ocurrido antes. Nunca, jamás sale los viernes. De eso estoy segurísima. ¿Qué hago?

Sentí un remolino de fuertes emociones simultáneamente por todo el cuerpo cuando ella me miró y no me saludó. Se atropellaron violentamente todas las células en mi cuerpo. Fue la mirada más extraña... como incrédula que yo estuviera a esa hora y, sobre todo, ese día, viernes, en la bocacalle entre Via Hamaca y la Avenida Salsipuedes, en exactamente el minuto que ella también estaba allí.

Cuando el semáforo cambió de rojo a verde para que el tráfico en dirección oeste y este en la Villa Hamaca iniciara la

marcha, aceleré la marcha de mi automóvil en seguida para ver si el carro iba a virar a la izquierda en el próximo semáforo; exactamente a una milla de distancia, donde estaba la entrada de la calle, donde ella vive. Si ese carro sigue de largo rumbo a la autopista, voy a activar mi teléfono celular para llamar a la policía. ¿Será un secuestro? Sí, seguro que no me saludó para no alertar a la persona que manejaba. Mi amorcita es muy astuta.

Pero al acercarme al vehículo, de repente, por poco hubo un accidente, cuando viró velozmente a la izquierda. ¿Viro a la izquierda también? Pues, eso no tiene nada de malo ni es una impertinencia saludar a mi futura esposa no importa con que esté ella. Pero, en el último momento, seguí de largo en la Vía Hamaca y no viré a la izquierda en la Avenida Salsipuedes, como lo había hecho un sinnúmero de veces para ir a visitarla, porque sentí como si un relámpago se me hubiera caído violentamente, destrozando mi corazón cuando, sospechosamente, bajó el espejo retrovisor secundario para ver si yo seguía su carro e iba a virar a la izquierda también.

—Aquí parece que hay gato encerrado.

Pasé el peor fin de semana de mi vida, sin comer ni dormir, pensando en ella. ¿Era todo un espejismo? ¿Una pesadilla?

—Estuve pegado a mi teléfono toda la noche del viernes, todo el sábado y todo el domingo. Esto es muy extraño porque, por lo general, es raro que pasen más de dos horas sin comunicación entre ella y yo. Si no estoy, ella me deja mensajes--varios mensajes. Si ella no está en su casa por más de una hora, llamo, llamo y llamo hasta que nos comunicamos.

El lunes llegué a la oficina temprano por la mañana para verla. No cabe la menor duda de que ella me tiene una explicación, una explicación sincera y lógica, pero, sobre todo, verdadera. Sí, una explicación verdadera porque al comenzar nuestro noviazgo, hace dos años, por los sinsabores del pasado con otros amores, ambos juramos decirnos siempre la verdad, nunca lastimarnos, nunca engañarnos... Nuestro amor era muy especial y nadie ni nada iba a destruir nuestro maravilloso amor. Estaba soñoliento porque no había conciliado el sueño ni un minuto desde el viernes a las cinco en punto de la tarde. El corazón golpeaba

fuertemente mi pecho. Tenía los labios secos. Las palmas de mis manos estaban empapadas con sudor. Mi respiración era peor que el de una persona que se ahoga en un remolino con desesperación.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal fue tu fin de semana?

—Muy bien.

—Por favor, necesito varios lápices.

Al rato, me entregó los lápices. No dijo más nada como acostumbraba cuando yo iba a la oficina. Peor aún, ni me preguntó sobre mi fin de semana, a pesar de que, durante los dos últimos años, nosotros hemos pasado todos los fines de semana juntos, aunque a veces, por los compromisos con mis hijos, pasábamos sólo parte del fin de semana juntos. Regresé a mi oficina y puse los lápices, que no necesitaba, sobre mi escritorio. Pensé en lo de la bocacalle de Vía Hamaca y Avenida Salsipuedes.

Luego, regresé a la oficina, inundado de inquietud.

—Por favor, necesito varios sobres.

Ella me entregó los sobres en la misma manera como con los lápices, sin una sonrisa amable o una mirada cariñosa, como acostumbraba a hacer cada vez que yo iba a su oficina, aunque nos viéramos varias veces durante el día.

—Gracias por los lápices y los sobres.

Al regresar a mi oficina puse los sobres, que tampoco necesitaba, junto con los lápices. Me sentí confuso, nervioso, impaciente, pero, sobre todo, confuso. La llamé por teléfono, pidiéndole que viniera a mi oficina para ver unos documentos muy importantes.

Esta vez, por primera vez, al llegar a mi oficina, no entró, como si una barrera imaginaria y peligrosa la impidiera pasar el umbral para entrar en mi oficina. La invité a entrar y sentarse.

Entró, a paso lento, como arrastrando pies de plomo, cautelosamente, permaneciendo muy cerca de la puerta, pero no cerró la puerta ni se sentó. En otras ocasiones entraba alegremente a mi oficina, sin invitación, cerraba la puerta y, antes de regalarme chocolates y otras golosinas, me daba besitos cariñosos. Pero, esta vez, todo era diferente, extraño...

—No entiendo. ¿Por qué no me saludaste el viernes?

—Cómo te voy a saludar si tú no vienes a la oficina los viernes?

—No te hagas la tonta conmigo.

—Yo no te vi. ¿Andabas por la universidad el viernes?

—Repito, no te hagas la tonta conmigo. Me refiero al viernes a las cinco en punto de la tarde en Salsipuedes.

De repente, torció los labios, sus ojos casi se salen de sus órbitas, y su cuerpo se estremeció como si hubiera recibido una fuerte descarga eléctrica.

Balbuceando algo, nerviosamente, se acercó más a la puerta, y rápidamente, como si fuera una ráfaga de viento, se alejó de mi escritorio.

—Cuando me miraste, busqué en tu mirada algún mensaje, porque me pareció raro que estuvieras en Salsipuedes durante horas de trabajo. También, lo que me pareció más raro todavía fue el hecho de que alguien que no era tu hermano ni tu hermana manejaba tu carro. Y era obvio que, por tener prisa cuando mi automóvil se acercó a tu calle, por poco causa un accidente la persona que conducía al virar a la izquierda peligrosa y velozmente. Y tú me viste por segunda vez cuando bajaste el espejo retrovisor secundario para ver si yo en Salsipuedes...

Como un león herido, me invadió una furia tremenda. Eso era peor que lo que yo me lo había imaginado. Sí, aquí hay gato encerrado. ¿Por qué me hablas en inglés? Nosotros nunca hablamos en inglés. He observado que en mi presencia hablaba con otros en inglés cuando se sentía incómoda, insegura, y... el gesto torcido de su rostro, la mirada de asombro, la reacción de su cuerpo cuando mencioné lo del viernes a las cinco en punto de la tarde en la Avenida Salsipuedes. Definitivamente, aquí hay gato encerrado. Salsipuedes...

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—*I have to go.*

—Solamente una pregunta.

—*I have to go.*

—Es una pregunta muy importante.

—*I have to go.*

Por primera vez, en dos años de noviazgo, no tenía tiempo para conversar conmigo. Nosotros hemos pasado horas y días encerrados en su casa conversando sobre los planes para nuestro matrimonio, nuestras vidas, nuestras inquietudes, nuestros anhelos, pero, ahora, no tenía tiempo, ni un minuto, para escuchar mi pregunta. Para mí, la pregunta más importante en este momento de mi vida, por lo del beso, el puente peatonal, y, por supuesto, Salsipuedes.

Transcurrieron varias horas de angustia. Hizo de tripas mi corazón. En un edificio, donde me esperaban mis estudiantes, llegué a tiempo al aula de clase, como de costumbre, pero distraído, sin entusiasmo y perturbado.

Ya habían transcurrido casi tres décadas de consultar mapas continua y minuciosamente, lo cual empezó poco después de que una señora anciana, quien vivía sola, pero rodeada de fotografías de nietos en las paredes en un cuartucho de una casa para inquilinos por los alrededores del Cerro Ancón, en Panamá, cerca del Instituto Nacional, célebre colegio capitalino, donde se podía observar la entrada de la costa pacífica del Canal de Panamá, lo contactó y le plantó ese afán en el alma.

La anciana le había informado a Papimambí, un atardecer, que las respuestas a todas sus preguntas sobre sus antepasados y su identidad verdadera se encontraban cuidadosa y secretamente guardadas en Cerro Pimento, donde ella pasó la infancia antes de emigrar a Panamá, cuando ocurrió un terremoto en su terruño natal, durante la construcción del Canal de Panamá. Por lo tanto, la búsqueda del misterioso Cerro Pimento continuaba hasta la fecha con mucho empeño, pero sin éxito, durante tantos años, porque su memoria le fallaba en cuanto a las palabras exactas de la petición para pedir la asistencia de orixá Elegguá en la búsqueda; y, para colmo de males, desgraciadamente, la señora anciana que le había informado sobre la existencia de Cerro Pimento murió antes de que él tuviera la oportunidad de pedirle más detalles sobre su terruño natal, su viaje en barco al Istmo de Panamá, su participación en la construcción del Canal de Panamá, su identidad verdadera y, además, sobre todo, por supuesto, la ubicación exacta de Cerro Pimento.

Año tras año, el nieto de Felicidad Dolores se negaba vacaciones a Salvador da Bahía en Brasil, la ciudad más africanizada de las Américas, y también a París, su otra ciudad favorita, y otras ciudades y pueblos que le interesaban por su historia como Maroon Town, Palenque Guantánamo, Garachiné, Palenque Coffee de Perote, Milot, Palenque San Basilio y Serra da Barriga; también se negaba pasatiempos, muy de su agrado, como óperas, conciertos, teatros y museos, para dedicar cada momento posible, atardecer tras atardecer, en la consulta de mapas por lo de la búsqueda de la ubicación de Cerro Pimento no obstante la quemazón fastidiosa en el hombro izquierdo cuando escuchaba campanas, relinchos, ladridos y carcajadas. Esta búsqueda era sumamente importante para él, tal como se lo explicaron Nenén y Papá James cuando le aconsejaron que olvidara los planes para vengarse de los golpes y puñetazos que había recibido años atrás cuando era niño, y luego adolescente, en el edificio para inquilinos Casa 12 de Octubre. Desde aquel entonces, decidió que era imprescindible no solamente encontrar la ubicación de Cerro Pimento, sino también hacer una peregrinación, lo más antes posible, a Cerro Pimento, porque se sentía como una persona postiza en cuanto a su identidad verdadera, por el diluvio de incógnitas que lo ahogaban paulatinamente en una inundación laberíntica.

Por lo de Cerro Pimento, Papimambí empezó a preocuparse más y más de que Jovita Mogollón se sintiera triste y abandonada, o peor aún, rechazada, porque, además de las atenciones a sus hijos, mientras más tiempo él dedicaba a la búsqueda de Cerro Pimento en los mapas, menos tiempo tenía para caricias y besos; otra inquietud que le atormentaba constantemente, además de las carcajadas estruendosas de los fantasmas, los ladridos rabiosos de la jauría, los relinchos, las campanas, la quemazón misteriosa en el hombro izquierdo y el grito “¡Fuego con la 12 de Octubre!”, era el hecho de que en su oficina universitaria se escuchaba con frecuencia una voz que decía: “... y sobre todo pido cumplimiento de justicia”, y otra aún más fuerte que tronaba: “*Añónguru. ¡Liberté ou Mort!*”

Por si fuera poco lo de las voces en su oficina, Papimambí también perdía con frecuencia la concentración en la búsqueda

de la ubicación de Cerro Pimento en los mapas porque con mucho rencor pensaba: “Me llamaban Gufio cuando era niño, y diariamente me gritaban a quemarropa que yo era más tonto e idiota que el perro amigo de Pato Donald y Mickey Mouse. También me repetían constantemente, sin tregua y o descanso, como disco rayado, que yo no llegaría a ser nunca alguien de valor ni mucho menos de importancia en la vida, porque, según un vecino malicioso, yo era un cero a la izquierda, por ser tan negro. ¡Caramba! A veces se recibe el palo de quien menos se espera. Por las letanías diarias para convencerme de mi poco valor, según el criterio del vecino malicioso, yo me repetía eso de “palabras necias, oídos sordos”.

Ella, joven e inocente, una madrugada fue violada por el vecino malicioso. Después de mi nacimiento, atontada por el vecino mujeriego casado, poco y tímidamente sonreía conmigo, y, cuando él estaba presente, para complacer al mujeriego malicioso que me llamaba Gufio, me tocaba solamente para pellizcarme si me acercaba buscando refugio después de que ella misma quemaba mi piel con sus miradas incendiarias cargadas de rencor, como las que lanzan las lavanderas cansadas que han trabajado todo el día, y por la noche, muy tarde, descubren una olvidada tamuga de ropa sucia en un rincón oscuro; eran miradas que me causaban vergüenza y me hacían sentir miedo con deseos de desaparecer como el humo de carbón de un fogón. Ella sonreía y yo lloraba cuando en las madrugadas llegaba el vecino mujeriego borracho, de sonrisa satánica, exhibiendo colmillos de oro postizo. Lo más divertido para el vecino borracho, como pasatiempo favorito, era hacerme fumar un cigarrillo, y ellos derramar una catarata de carcajadas cuando el humo del cigarrillo me hacía toser con violencia y, repetidas veces, al punto del ahogo. Luego, él me regalaba generosamente bofetadas, para hacerme llorar y gritar, porque eufóricamente le agradaba mucho escuchar mis llantos de chiquillo lastimado. También, el vecino madrugador se divertía a carcajadas en la oscuridad, iluminada por sus colmillos de oro postizo, cuando yo perdía el equilibrio y torpemente tropezaba con la mesa, con las sillas y las paredes después de beber mi biberón de leche mezclada con aguardiente.

Recuerdo con amargura cuando él se ponía su uniforme blanco para ir trabajar en la cafetería “*Gold Roll*” para gringos en la Zona del Canal, porque me encerraba en el más pobre cuartucho del edificio para inquilinos, la “Casa 12 de Octubre”, tras de quemar mi desnudez con miradas odiosas y impedir que yo me fugara o jugara la gallina ciega, el florón, mirón-mirón-mirón, la lata, las esquinas, guacho en el lodo y bolsita con el nieto favorito de Nenén y Papá James: Litó. Como éste era mi único amigo en todo el vecindario, él me obligaba a vestirme como si yo fuera una niña. Eso hacía cinco veces por semana, para castigarme, según él, por haber nacido tan negro; también tenía que arrodillarme en un rincón, sobre granos de maíz y arroz o el rayador de coco, y luego extender los brazos como un Cristo crucificado. Y por si esto fuera poco, cada vez que bajaba un brazo o ambos por el cansancio, me propinaba golpes en la cabeza con el palo de la escoba; además, hacía sonar fuertemente, sobre mi espalda desnuda, una soga con cinco nudos que escondían tachuelas y clavos. Nunca olvidaré que siempre me obligaba a ponerme una falda blanca, como las que lucían las niñas el día de su primera comunión, en la iglesia San Vicente, cerca de lo que en aquella época era el parque Lesseps y la Plaza 5 de Mayo, donde el párroco, un bondadoso norteamericano, me ofrecía comida cada vez que los otros vecinos, sobre todo, Nenén y Papá James, se ausenciaban durante largos ratos, la cual yo devoraba en un abrir y cerrar de boca por el hambre feroz que a diario me debilitaba.

Una madrugada, en la “Casa 12 de Octubre”, el vecino borracho de los colmillos de oro postizo, como de costumbre, maldiciendo mi negrura, me levantó sobre su cabeza y me estrelló contra la pared como si yo fuera una bola de boliche porque se puso furioso cuando ella le contó que yo había preguntado por qué, si él estaba casado y vivía con su mujer e hijos en otro cuarto en el mismo edificio, la obligaba a guardar sus pijamas entre las faldas de ella en nuestro ropero y, también, debajo de nuestra almohada; además, me regaló bofetadas por el comentario que yo hacía con frecuencia sobre los extraños balbuceos de ellos cada vez que se encerraban en el cuarto oscuro, para violentamente

sacudir la cama. Se dice que bicho malo nunca muere, pero un día atardecerá y veremos.

Esa madrugada, cuando el vecino malicioso me estrelló contra la pared, valientemente, el vecino Papá James, acompañado de Nenén, le dijo algo en su inglés de Barbados que yo no entendí; tampoco entendí nada de lo mucho que le gritó mi vecina Nenén en su inglés de Jamaica. En aquel entonces yo pensé que jamás regresaría el que me había nombrado Guño y generosamente me regalaba cigarrillos, aguardiente y garnatadas. ¡Qué alivio! No hay mal que dure cien años, y si hay, entonces no hay cuerpo que lo resista por tanto tiempo. Pero, un lustro después, cuando murió Papá James, me encontró con el de las bofetadas y maldiciones otra vez en la habitación de Nenén, donde la bondadosa abuela de Jamaica me había ofrecido hospedaje como era su costumbre con todos los huérfanos y desamparados chombos de Guachapalí, Marañón, Calidonia, Chorrillo y Río Abajo que llegaban a sus puertas de día o de noche, bajo sol ardiente o bajo aguacero torrencial; sobre mi cuerpo de adolescente cayeron cataratas de insultos borrachos y derrumbes de puñetazos brutales que me hicieron llorar por dolor y rencor.

En aquel doloroso momento, juré rencorosamente ante la tumba de mi vecinabuelo bondadoso Papá James, quien estaba sepultado en el cementerio de El Chorrillo, que un anochecer, bajo el amparo de los orixás Elegguá, Oggún y Ochosi, me vengaría, sin piedad, contra el que aprovechó, cobardemente, aquella madrugada en la Casa 12 de Octubre, la ausencia de mi querida vecinabuela Nenén, quien andaba mendigando pan para sus vecinos, ahijados y nietos. Juré vengarme del maldito que aprovechó la muerte de mi querido vecinabuelo Papá James para insultarme y darme repetidos golpes con los puños de boxeador como lo hacía el pugilista más fuerte en los cuadriláteros de Guachapalí y el Marañón, pero con adversarios de igual edad, peso y tamaño.

Pues sí, cuando recuerdo al vecino boxeador, pienso que “el que siembra viento cosecha tempestad”.

Aquella noche de plenilunio, al recordar la incesante quemazón fastidiosa en el hombro izquierdo cuando miró las hormigas negras y escuchó los gruñidos y ladridos, y tras de pensar

dolorosamente en sus antepasados encadenados en las bodegas de los barcos negreros que zarpaban clandestinamente desde las costas de África rumbo al mar Caribe; en los latigazos sobre las espaldas desnudas de los esclavos africanos en los cañaverales e ingenios azucareros de las Américas; en la discriminación *Silver Roll* contra los obreros inmigrantes afrocaribeños durante la construcción del Canal de Panamá; en la desnacionalización de los *chombos* en la época de la Constitución de 1941 de la República de Panamá; y también en los puñetazos, patadas, mordidas e insultos recibidos en la Casa 12 de Octubre, el nieto de Felicidad Dolores soñó con la palabra misteriosa: *añónguru*.

Luego, poco antes de la medianoche, cuando en la computadora enviaba el último mensaje electrónico a los interesados en la charla titulada “La Gran Hazaña Cimarrona en el Caribe”, simultáneamente, se escucharon las melodías de ambos teléfonos celulares de sus hijos y las campanillas de los dos teléfonos de la casa.

—Papi, es la estudiante que se llama Ugundani.

—Papá, también en mi celular es la misma estudiante.

—Gracias.

—¿Y las llamadas en los teléfonos de la casa?

—La misma estudiante.

—Pero, ¿a cuatro teléfonos simultáneamente?

—¿Qué es lo que tanto quiere?

—Es la víspera del examen.

—¿Cuál examen?

—Sobre el impacto contundente de la Gran Hazaña Cimarrona en el Caribe.

—Ya es muy tarde para tantos detalles.

—Hola Ugundani.

—Profe, usted perdone estas llamadas telefónicas a su hogar y a los celulares a estas horas de la noche; espero que no sea una imprudencia. Usted sabe que lo respeto y lo quiero mucho, pero varios estudiantes estamos muy preocupados, preocupadísimos, y no es exageración, sí preocupadísimos, por el próximo examen en su clase, y, como usted comenta con frecuencia, “peor diligencia es la que no se hace”, nos hemos atrevido a organizar

esta conferencia telefónica, para consultarlo sobre detalles muy, muy, muy importantes, porque en fecha reciente, varias veces, hemos visitado su oficina y no ha sido posible hablar con usted porque la cubana lleva un ejército de compañeros a su oficina, y parece que hablan hasta por los codos de yo no sé qué; y el otro día, dos estudiantes japonesas lo fueron a entrevistar largamente, y un estudiante mexicano pidió entrar primero por el asunto de su examen de maestría, pero parece que se quedó también para el doctorado, y, a cada rato, el teléfono de su oficina suena que suena: *ring, ring, ring*. Además, cuando la puerta está cerrada, tocamos; mejor dicho, casi tumbamos la puerta con los golpes de puños, pero parece que usted no nos oye por los gritos de una voz que dice: "...pido cumplimiento de justicia", y otra, que, como trueno, clama: "*Liberté ou Mort!*".

—Estudiantes, la Gran Hazaña Cimarrona en el Caribe comenzó la noche del *añónguru*, el 22 de agosto de 1791, en la parte francesa de la isla La Española, y la inició Boukman, un cimarrón africano que había llegado de Jamaica, cuando sacó su machete y ordenó que quemaran los cañaverales de la Hacienda Turpin, propiedad de un compadre de *monsieur* Maisonouveau y socio de *mister* Newhouse y don Diego Casanova, en aquel entonces, amigos de Napoleón Bonaparte...

WIDÜ

En el Caribe de la época colonial, allá en la isla La Española, durante la temporada del año cuando por las noches el zumbido de los mosquitos era más bullicioso y por las mañanas el sol tropical era más ardiente, en aquel entonces, un día de truenos y relámpagos, aguaceros torrenciales que empapaban hamacas, y vientos huracanados que azotaban palmeras y embravecían a las olas del Mar Caribe, muchas cimarronas africanas soñolientas y cansadas, con anhelos de participar valientemente en lo de *añónguru*, salieron de la Hacienda Hermandad en Santo Domingo, moviéndose solamente bajo el amparo del manto nocturno y con mucha precaución para no ser ni denunciadas por los espías ni capturadas por los rancheadores canarios y jinetes cubanos hábiles que siempre estaban acompañados de jaurías de perros feroces cazadores de cimarrones, y tras de mucho andar a pie y descalzas, llegaron, en silencio, a Puerto Yaguana.

Pero al llegar las cimarronas africanas al territorio francés (Puerto Yaguana) aquel día de truenos, relámpagos, aguaceros torrenciales y vientos huracanados, presenciaron escenas de extremo horror: por todas partes vieron perros macheteados, caballos envenenados, rancheadores ahorcados, espías degollados, barcos negreros hundidos, cadenas rotas, grillos reventados, látigos destrozados, cepos despedazados, barracones quemados, cañaverales incendiados, trapiches estropeados, ingenios de azúcar destruidos, haciendas arruinadas, soldados fusilados, mayoresales torturados, esclavistas descuartizados..., pero la escena que más las impactó fue el descubrimiento en la Plaza de Armas de la cabeza decapitada del africano llamado Boukman, el cacique de los cimarrones, quien no participó en el bembé en honor a los orixás Oggún, Elegguá y Ochosi, ni prestó atención a la llegada de las cimarronas, la cual había anunciada por medio de los tambores africanos colocados a lo largo y ancho de La Hispaniola, desde Santo Domingo hasta Puerto Yaguana; el decapitado tampoco es-

peró la señal secreta de Mamá Tingó, cometiendo una imprudencia fatal al gritar: “¡*Añónguru!*”, y ordenando prematuramente sonar los ritmos guerreros en los tambores vodú, la noche del 22 de agosto de 1791, para empezar la sublevación de los esclavos ansiosos de libertad.

A pesar de su luto doloroso por la represalia violenta y sangrienta, tras la impaciencia e imprudencia de Boukman, nadie en Puerto Yaguana y sus alrededores, en ese momento, se alegró tanto como Elsa Isubará, enemiga acérrima de las tiranías, de la llegada de las cimarronas africanas, porque, poco después de la decapitación de su hermano Boukman en la Plaza de Armas, ella se preocupó mucho por el sentimiento, la actitud y los hechos de Dessalines, otro cacique cimarrón africano, quien odiaba obsesionalmente a todos los mulatos y blancos, haciendo caso omiso de los mulatos y blancos allá en París y acá en Puerto Yaguana que, aunque pocos, eran miembros fundadores de la asociación abolicionista *Amis des Noirs*.

Además de Dessalines, a Elsa también le perturbaba Toussaint Louverture, un compañero e íntimo amigo de ese señor. ¿Pero qué asunto de Toussaint sacaba de quicio a Elsa Isubará? En las vísperas de la sublevación de los esclavos africanos ansiosos de libertad, iniciada por Boukman en una hacienda de Puerto Yaguana, Toussaint, en aquel entonces un esclavo, como agradecimiento por el regalo de un rosario viejo, ayudó con entusiasmo a su amo francés y familia a escaparse de los incendios y los machetazos de la furia cimarrona. Luego, rogando de rodillas, con el rosario viejo al cuello, se ofreció como soldado al servicio de los españoles esclavistas en Santo Domingo, abandonándolos después de ser un orgulloso Caballero de la Orden de la Reina Isabel la Católica, para unirse a las tropas inglesas que, por la preocupación de que la furia cimarrona iniciada por Boukman llegara a Jamaica y otras colonias en el Caribe, invadieron y tomaron posesión de gran parte del territorio francés de la isla La Española.

Un tercer asunto que perturbó a la hermana del decapitado Boukman fue el hecho de que Toussaint aprovechó su contacto con los ingleses esclavistas establecidos en Jamaica, para

negociar con capitanes norteamericanos, cuyas embarcaciones, cargadas principalmente de armas, municiones, ron y esclavos, frecuentaban, en aquella época, los muelles de varios puertos caribeños: Santiago de Cuba, Montego Bay, Santo Domingo y Puerto Yaguana. Por si esto fuera poco, además de prometer protección a la Hacienda Córcega, propiedad de una martiniqueña (querida favorita de un joven general corso de ascendencia italiana, en aquel entonces, sobresaliente en la Batalla de las Pirámides, en Egipto, África), y también para ganarse la amistad de Napoleón Bonaparte, tras el pánico de los esclavistas franceses debido a la sublevación caciqueada por Boukman y el consecuente éxodo tanto de *grands blancs* como de *petits blancs* rumbo a Santiago de Cuba, Toussaint ingresó como voluntario en el Ejército de Francia, para apoyar el regreso a Puerto Yaguana de los más ricos esclavistas *grand blancs*, dueños de cafetales, algodones, cañaverales, trapiches e ingenios de azúcar.

Aquel día de hamacas empapadas y palmeras azotadas, para Elsa Isubará, era obvio la intervención del orixá Elegguá porque antes de la llegada de las cimarronas africanas, a ella le pareció inútil, después de varios diálogos, seguir tratando de convencer a Toussaint de que todos los mulatos y blancos no eran ni buenos ni amigos sinceros, y, también, con el mismo empeño convencer a Dessalines de la opinión viceversa.

La hermana del decapitado cimarrón Boukman, a pesar del peligro a que se exponía, amablemente invitó a su bohío a las recién llegadas cimarronas africanas, para que comieran, descansaran, y se refugiaran allí, porque por todos los vecindarios de Puerto Yaguana y sus alrededores reinaba la represalia violenta y sangrienta, y los espías que vigilaban celosamente, sospechaban hasta de las sombras; además, en tabernas e iglesias, los colonos y soldados franceses estaban al acecho de todas las amistades y simpatizantes del decapitado cacique cimarrón de Jamaica: Boukman.

En el bohío de Elsa Isubará, las cimarronas africanas después de comer yuca, ñame, maíz, guandú e iguana, y beber agua de guanábana, piña, coco y papaya, haciendo caso omiso del cansancio y el sueño, mientras saboreaban maní, miel y mamey,

pasaron la primera noche narrando, hora tras hora, que durante la odisea transatlántica desde la costa de África, tras de estar encadenadas al lado de niños chillones, mujeres enloquecidas y jóvenes muertos, y, además, encerradas en la oscura, nauseabunda y sofocante bodega del galeón negrero *Sevillano*, fueron forzadas a desembarcar en el puerto de Santo Domingo en cuanto las anclas del galeón chocaron con las arenas en el fondo del Mar Caribe. Y luego, tras de ser bautizadas con nombres cristianos y marcadas con hierro candente en el hombro izquierdo las letras HH, después de más latigazos en el cañaveral e ingenio de azúcar de la Hacienda Hermandad, comenzaron a vivir con un poco de tranquilidad cuando se refugiaron en palenques de Sierra Bahoruco, y enfatizaron que aunque los palenques estaban lejos de África, por lo menos estaban ubicados más cerca de Puerto Yaguana que de la ciudad de Santo Domingo, donde, en vísperas de una frustrada sublevación de esclavos africanos, por las denuncias y acusaciones de los esclavos espías de don Diego Casanova, ellas recibieron azotes de los mayores y mordiscos de perros. Además, narraron que, desde aquella madrugada cuando ellas eran niñitas secuestradas de sus cunas en África, por fin, después de muchas temporadas de huracanes en el Caribe, se sentían un poco mejor, porque, en Puerto Yaguana, refugiadas en el bohío de Elsa Isubará, para esperar lo de *añónguru*, como madres ansiosas de libertad para sus hijos esclavizados allá en Santo Domingo, iban a estar en contacto frecuente y directo con la valiente Mamá Tingó.

Al día siguiente, después de comentar secretamente con las recién llegadas cimarronas sobre el momento oportuno para lo de *añónguru* en Puerto Yaguana, y el propósito de las pócimas ponzoñosas que preparaba Mamá Tingó (la mejor discípula de Macandal), Elsa Isubará fue temprano al Hotel Corona, albergue lujoso frecuentado por los funcionarios de alto rango en el gobierno colonial francés y los más ricos esclavistas de la isla La Española, quienes, bajo el pretexto de hacer negociaciones importantes con otros socios esclavistas, venían, en efecto, para reunirse con sus concubinas y prostitutas aunque en estas ocasiones brillaba por su ausencia la intolerancia racial. En este hotel

exclusivo para los dueños de los cañaverales más fértiles e ingenios de azúcar más productivos, Elsa Isubará trabajaba como asistente de Lechef.

Lechef (un nombre falso ya que Elsa Isubará supo en una revelación en un sueño que su verdadero nombre era otro) era hijo de negros libertos oriundos de la isla caribeña llamada Grenada, entonces, él llegó a Puerto Yaguana hablando inglés. Y como llegó durante su adolescencia, tuvo que aprender a hablar francés. Por lo tanto, a Lechef le pareció una buena idea, según la sugerencia de Elsa Isubará, de aprender a hablar español para poder dialogar mejor de su arte culinario con los comensales que, con frecuencia, viajaban entre Santo Domingo y Puerto Yaguana. Y como Elsa Isubará nació en Portobelo, en el Istmo de Panamá, de parientes que habían vivido en Nueva Sevilla y Spanish Town, en Jamaica, y, también, en Santiago de Cuba, ella se ofreció con mucho entusiasmo ser la maestra de español de su amigo Lechef. Sin embargo, la hermana del decapitado cimarrón Boukman no logró convencer a Lechef para que contactara cotidianamente a las cimarronas africanas recién llegadas a su bohío, para mejorar la lengua peninsular que él estudiaba, dialogando con las que habían sido esclavas en la hacienda más grande de Santo Domingo: Hacienda Hermandad.

Un anochecer, un incendio voraz destruyó el Hotel Corona la misma noche que Elsa Isubará soñó que una lluvia de luciérnagas inundó totalmente la cocina famosa por los platos sabrosos y succulentos que preparaba para los comensales su estudiante de español: Lechef.

Aquella misma noche la hermana de Boukman sonrió cuando el Mar Caribe cubrió con cenizas el hotel donde ella era asistente del cocinero; y se alegró de que, después del misterioso incendio, mientras ella buscaba otro empleo, Lechef estudiara y conversara en español, en el bohío donde se refugiaban las cimarronas africanas.

Por los alrededores del mercado público de Puerto Yaguana, los cantos melodiosos de las guacamayas, aves de hermosísimo plumaje carnalesco agrupadas en las copas de las palmeras, los mangos, los guanábanos y las ceibas, y también, el bullicio

gozoso de los chiquillos, quienes, haciendo caso omiso del cansancio, hora tras hora, se divertían jugando quimbumbia, la gallina ciega y el escondite en los muelles y por las calles, alegraban y entristecían, simultáneamente, a las cimarronas africanas, porque no habían olvidado que sus hijitos aún eran esclavos en el cañaveral e ingenio de azúcar de la Hacienda Hermandad, lugar muy odiado por la ferocidad de los perros guardianes, las denuncias de los espías, la vigilancia de los rancheadores, las veinte horas diarias de trabajo durante la zafra, las cuatro horas para dormir en los barracones de calor infernal, la alimentación mezquina, el peligro de los bichos y las víboras, el sadismo de los mayores, la crueldad de los castigos en el cepo, el peso de las cadenas y los constantes latigazos, allá lejos en Santo Domingo.

En cambio, las cimarronas africanas, quienes, tras la odisea transatlántica, los latigazos en los cañaverales e ingenios de azúcar, también tuvieron que caminar durante muchas noches rumbo a Puerto Yaguana, donde se refugiaron temporalmente en los palenques Ashanti, Mandinga, Yoruba, Congo, Angola, Carabalí y Arará (poblaciones libres del yugo de la esclavitud en la isla La Española), y donde, día tras día, desde el amanecer hasta el anochecer, unas sembraban en sus conucos mientras otras vendían las cosechas en los mercados. En efecto, diariamente, las cimarronas invocaban el apoyo de todos los orixás, pero en especial, Yemayá, Oyá y Ochún, para regatear exitosamente con los clientes por los precios en la compra y venta de iguanas, huevos de tortuga, calalú, maní, ñame, yuca y guandú, con el propósito de obtener una mayor ganancia para así, poder comprar la libertad de sus hijitos esclavos más rápidamente allá lejos en el cañaveral e ingenio de azúcar de la Hacienda Hermandad.

Estas madres cimarronas que, por el asunto pendiente de sus hijitos, cotidianamente, desde muy temprano con mucho empeño trataban de vender todas sus mercancías antes de que llegara la competencia (las vendedoras de comida, todas discípulas en el arte culinario y socias de Lechef) al mercado, pregonaban con voces melodiosas de sirenas africanas: “¡Burundanga sabrosa, quimbombó gustoso, mondongo delicioso, pan cazabe fresco, bofe sabroso y morcilla al gusto. Refrescos de maíz, papaya, ma-

mey, piña, guanábana... Comida sabrosa, comida muy sabrosa, ¡comida requetesabrosa!”

También, en Puerto Yaguana, era común ver a muchas monjas caminando por las fogosas calles del Caribe aún en horas matutinas, arropadas con hábitos confeccionados para el frío invernal europeo, y con rosario en mano, santiguándose de rato en rato, y pidiéndoles guandú, ñame, quimombo y mondongo principalmente a las madres cimarronas vendedoras cuyos pechos voluminosos y desnudos habían de provocarles envidia y hasta lascivia. También les compraban flores e incienso, cuyo principal propósito no era embellecer con pétalos y saturar de fragancias el altar mayor de la catedral, sino complacer a sus amigos sacerdotes, y especialmente al obispo, un íntimo amigo y confesor favorito, quien, por su posición en la jerarquía eclesiástica, oficiaba la primera misa en la catedral y, con arrogancia, en los sermones, hacía alarde de sus latinazos (aún cuando se comunicaba común y corrientemente con los feligreses más incultos y sus esclavos africanos); en efecto, las monjas mendigas, acompañadas de sus niñas esclavas, frecuentaban el lugar favorito donde estaban las vendedoras africanas, siempre descalzas y desnudas, excepto por la falda de henequén, pero, obstinadamente, evitaban acercarse al muy concurrido muelle principal, ubicado cerca del convento, donde además del castellano, gallego, vasco, catalán y portugués, también, se escuchaba francés, italiano, holandés, alemán e inglés. Además, allí siempre había vaivén continuo de negreros portugueses; vaivén de los traficantes de esclavos criollos y bozales de las Casas de los Genoveses en Santo Domingo, La Habana, Veracruz, Cartagena y Portobelo; vaivén de los esclavistas dueños de cañaverales; vaivén de los clérigos administradores de los ingenios azucareros más lucrativos; vaivén de rancheadores canarios y cubanos; vaivén de dueños de jaurías de mastines; vaivén de vendedores de armas y municiones; vaivén de piratas, bucaneros, corsarios y filibusteros; vaivén de contrabandistas españoles; vaivén de prostitutas populares; y, sobre todo, vaivén de negros, zambos y mulatos libertos, quienes ofrecían sus servicios como espías, vaqueros, contramayorales, herreros, zapateros, barberos, carpinteros, sastres e intérpretes.

También en el muelle principal había una jauría de cazadores de cimarrones que custodiaba a los esclavos africanos de *monsieur* Maisonouveau. Estos esclavos africanos, principalmente de las etnias ashanti, mandinga, yoruba, congo, angola, carabalí, y arará, todos, previamente marcados con hierro candente, tenían una “HH” en el hombro izquierdo, significando “Hacienda Hermandad”, la cual luego se corregiría a “SF” para indicar que pertenecían ahora a la *Sucrier Fraternité*, igual a la marca de los caballos de la Hacienda Hermandad. Y por supuesto, todas tenían las caras salpicadas con sangre por los relampagueos de latigazos que recibían en sus espaldas desnudas.

Empapados de pie a cabeza con sudor por el sonoro ritmo frenético de los tambores (confiscados de los bembés y las ceremonias de vodú), usados para marcar los pasos de los esclavos, ellos, uno tras el otro, como hormigas negras, en silencio, continuamente llevaban sobre la cabeza o el hombro izquierdo sacos de azúcar, café, cacao, jengibre y algodón a las bodegas de los galeones negreros recién llegados de la costa atlántica de África cargados con nuevos esclavos.

En la popa de estos galeones negreros anclados en el muelle más grande del mundo conocido en aquel entonces, el Puerto Yaguana, el cual estaba reservado para uso exclusivo de la jerarquía eclesiástica, y donde causaba desmayo el hedor nauseabundo y repugnante de los cadáveres pútridos de esclavos africanos que no sobrevivieron la travesía del Atlántico, la tripulación, siempre con rosarios en mano, mostraba intranquilidad extrema, clamando en acentos europeos muchas letanías y mayor ansias, por zarpar pronto y volver a navegar el peligroso Atlántico, para visitar sus prostíbulos favoritos en Lisboa, Génova, Londres, Marsella, Rotterdam y Sevilla, y traer más esclavos africanos a Puerto Yaguana.

Durante otro anochecer de aguaceros torrenciales y vientos huracanados, similar al de la llegada de las cimarronas africanas a Puerto Yaguana, Elsa Isubará se alegró, esta vez, por la llegada de los hermanos Fransuá y Biassou. Con mucho entusiasmo y cariño, ella les dio la bienvenida a los dos hermanos, y se enteró en seguida de que una de las abuelas de los recién llegados

hermanos era portobeleña, y la otra era garífuna, ambas, testigos de las matanzas y deportaciones de su gente en islas caribeñas por rechazar, con heroicidad, el yugo de la esclavitud que quisieron imponerles los colonos portugueses, españoles, franceses, holandeses e ingleses después de la muerte del gran paladín de la libertad africana en toda la América Central y el Caribe: el cacique garífuna Satuyé.

—”*Buene die, mangra* (Buenas noches, hermano)” , Fransuá saludó a su hermano Biassou en habla de los negros congos de Panamá, a propósito, con acento europeo ridículo y cortesía exagerada, aquella noche de aguaceros torrenciales, vientos huracanados, calor caribeño, y zumbido de mosquitos en Puerto-Yaguana.

—”*Buiti gúñou, ibugañai*, (Buenas noches, hermano), ogima de todos los perros solam”, Biassou saludó prudentemente en lengua garífuna, como señal de cautela para evitar caer en una celada nefasta como la que le ocurrió al cimarrón Boukman, por la omnipresencia de los numerosos espías al servicio de los colonos franceses y españoles en la isla La Española que, como la jauría de perros rabiosos de *monsieur* Maisonouveaux en el muelle, vigilaban continua y cuidadosamente a los hermanos Fransuá y Biassou, quienes se comunicaban principalmente en una amalgama de habla de negros congos de Panamá, garífuna, palenquero, caipira, creole y patuá. Además, los hermanos acostumbraban a conversar cambiando el orden de las letras de algunas palabras, como *ogima* para decir amigo, *solam* para decir malos, y mucho más con el propósito de confundir a los espías e intérpretes; pero también, por regla general, en la conversación, usaban, como código secreto, las palabras: “mosquito, abeja, luciérnaga, hormiga, machete, cimarrón y *añónguru*”.

La única persona que llegó a Puerto Yaguana en aquel entonces, poco después de la llegada de los hermanos Fransuá y Biassou que, definitivamente, no alegró a la hermana de Boukman, fue Juan Garrido.

Pero una noche, la actitud de Elsa Isubará, de repente, cambió cuando Felicidad Dolores la visitó para comunicarle personalmente que ella había sido escogida por los ancestros cima-

rrones para casarse con Juan Garrido para que esta vez no fallara lo de *añónguru*. Elsa comprendió el peligro que presentaba Juan Garrido con su obsesionada y constante búsqueda de quién sabe qué por todas partes, lo cual, en aquel entonces, era un riesgo por la atención que llamaría en los espías de *monsieur* Maisonouveaux.

—“*Monsieur* Maisonouveaux, *bonjour mon...*”, saludó Alexandre Mogollón, el espía favorito de la *Sucrier Fraternité*, al llegar temprano en la madrugada para denunciar algunas actividades sospechosas vinculadas con un matrimonio. Pero, en seguida, con una mirada de disgusto y casi maniática, *monsieur* Maisonouveaux, abrupta y violentamente, alzó ambas manos, como para detener una pared imaginaria que estaba a punto de derrumbarse, a fin de indicarle a Alexandre Mogollón que no volviera a olvidar, jamás, que estaba prohibido que los negros, zambos y mulatos le dirigieran la palabra en francés. El amo de la *Sucrier Fraternité* también decretó que, bajo pena de latigazos y hasta muerte, los esclavos y espías negros, zambos y mulatos, en todo momento, tenían que hablar solamente en español y portugués, porque, según su juicio, esas lenguas peninsulares eran las únicas y las más adecuadas en la comunicación de gente inferior, por estar contaminadas con africanismos y arabismos desde la época que la Península Ibérica fue conquistada por el general negro Tariq.

El rico esclavista francés, en silencio, largamente clavó con lentitud la mirada de odio, rencor y menosprecio en la piel de su espía favorito. Y éste, fingiendo culpabilidad, arrepentimiento y vergüenza, o tal vez todos esos sentimientos, después de que se le pasara el susto simulado, como en otras ocasiones, trató de disimular en su rostro la acostumbrada sonrisa maliciosa, y dijo atropelladamente:

—Perdón, mi amo. Le prometo que más nunca hablaré jamás en su culta, hermosa y elegante lengua francesa: la lengua digna de los de cepa franca, la lengua decente de cristianos, y por supuesto, una lengua que no deberían hablar nunca mudéjares, muladíes y marranos. Mi amo, usted puede estar tranquilo. Mi amo, usted no se preocupe por Toussaint. Mi amo, usted no

se preocupe por Dessalines. Mi amo, usted no se preocupe por los hermanos Fransuá y Biassou. Ambos están locos. Los otros espías e intérpretes me han dicho que los dos locos no solamente balbucean tonterías en palabras extrañas que nadie entiende, también actúan como locos. Por ejemplo, yo mismo soy testigo de que cada vez que se reúnen bajo la ceiba, en vez de chocarse la mano derecha con seriedad para saludarse como la gente normal, extrañamente, ellos se enlazan el pie izquierdo, y, sonriendo, dan vueltas en círculo, en sentido contrario. Están locos. También, extrañamente, se ponen la ropa al revés. Le aseguro que están locos. Fransuá y Biassou están locos. Mi amo, usted no se preocupe por la hermana del decapitado cimarrón Boukman. Ella anda muy ocupada, de día y de noche, para arriba y para abajo, bajo sol y bajo lluvia, con un tal Juan Garrido, quien, según unos espías, llegó de Santiago de Cuba, pero, según otros espías, llegó de Jamaica, y, según un tercer grupo de espías, llegó de México; además, mi amo, usted no se preocupe, porque desde que anda con ese tal Juan Garrido, la hermana del decapitado cimarrón Boukman visita con frecuencia a Mamá Tingó para que le enseñe a cultivar jalapeños, y cuando no está en eso, pasa la mayor parte del tiempo con Lechef para aprender a cocinar mole, menudo, tacos, enchiladas y otras cosas extrañas. Mi amo, usted no se preocupe por los tambores que a cada rato los esclavos africanos tocan, según los otros espías, en preparación para el matrimonio. Pues sí, mi amo, al amanecer con los gallos, matrimonio; en los cañaverales, matrimonio; alrededor de los trapiches, matrimonio; en los ingenios, matrimonio; al anochecer con las luciérnagas, matrimonio. Matrimonio. Matrimonio. Matrimonio. De día y de noche bajo aguaceros, truenos y relámpagos, lo único que cada esclavo tiene en su mente es lo del matrimonio. Pero, mi amo, lo que sí me parece un poco sospechoso, no, miento, muy sospechoso, es eso de que no estamos ni en temporada de Navidad ni en la hora de Nochebuena celebrando lo del nacimiento del Niño, y, extrañamente, por todas partes, están apareciendo Reyes Magos.

A *monsieur* Maisnouveau le pareció raro todo eso, y le llamó la atención que su espía favorito no repitiera ni recalcara lo

de “mi amo, usted no se preocupe” en cuanto a su sospecha del asunto de los Reyes Magos.

El espía se abismó en silencio profundo un largo rato, y pensó: “Este asunto de los Reyes Magos es un milagro, el milagro que tanto he esperado después de rezar tantas letanías y tantos rosarios. No cabe la menor duda de que las autoridades eclesiásticas del Santo Oficio de la Inquisición me van a nombrar asistente principal del sacristán en la catedral cuando denuncie esta blasfemia, disparate, brujería, burla y herejía de tres Reyes Magos negros. El catecismo no enseña semejante barbaridad. Me parece muy sospechoso que de la noche a la mañana Yangá, Bayano y Zumbí anden disfrazados de Reyes Magos; también Estebanico, Ñuflo de Olano y Juan Valiente; también Lemba, Satuyé y Benkos; también... ¡Blasfemia! Todos los cristianos sabemos que solamente hay tres Reyes Magos en el catecismo, y no todos son negros. Más sospechoso y la peor herejía es eso de Reinas Magas: Agütü Barauda, Mamá Tingó y Tia Luiza. ¡Blasfemia! El catecismo no enseña esa locura, disparate, barbaridad, brujería... En Nochebuena las mujeres solamente pueden ser vírgenes o esposas de pastores. ¿Reinas Magas? ¡Blasfemia!”

Por su empeño fanático en madrugar en las oficinas del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición con el propósito de denunciar el asunto de más de tres Reyes Magos, todos negros, y, también, lo de las Reinas Magas, lo cual, para Alexandre Moggollón, además de disparates, son también herejías, Elsa Isubará logró escaparse fácilmente de la celosa vigilancia del espía y comunicarles, con frecuencia, a los miembros de la asociación abolicionista *Amis des Noirs*, sus anhelos de repetir acá en Puerto Yaguana la hazaña del 14 de julio de 1789, ocurrida en la Bastilla, allá en París: *Liberté, Egalité, Fraternité*; pero el espía favorito de la *Sucrier Fraternité* descubrió posteriormente que Elsa Isubará se comunicaba con colonos blancos como *mademoiselle* Mirabeau, *madame* Valady, *madame* Condorcet, *monsieur* Brissot de Warville y otros, para, con las mujeres, naturalmente servirles de empleada en la limpieza de la casa, lavar, planchar y cocinar, y, por supuesto, con los hombres, obviamente prostituirse.

Bajo la sombra de una ceiba frondosa a orilla de un río, cerca del bohío de Elsa Isubará, mientras los hermanos de abuelas cimarronas (la portobeleña de Palenque Bayano y la garífuna de Uburugu Satuyé) esperaban, con paciencia, la señal secreta de Mamá Tingó y el cambio de ritmo en los tambores para lo de *añónguru*, comentaron los más importantes detalles de un sueño en el cual Felicidad Dolores le comunicó a Elsa Isubará que, con el apoyo de las *würiwádigidigi* (mujeresluciérnagas, nombre secreto de las cimarronas africanas), los *würiburugúna garinagu* (guerreros garífunas), los brasileños de Quilombo Zumbí y los jamaicanos de Maroontown, le tocó a Lechef continuar en Puerto Yaguana la misión que el cimarrón africano Mandinga Lemba empezó en Santo Domingo aquella Nochebuena de 1522 en honor y defensa a la dignidad ancestral.

No obstante el mensaje de Felicidad Dolores en el sueño, portavoz perenne de la verdad, Fransuá y Biassou tenían mucha duda y temían que no se hiciera realidad lo que la anciana ancestral había advertido acerca del Lechef, quien, a pesar de que el negocio para comensales iba de bien en mejor cada día, se había casado y, aparentemente, pasaba demasiado tiempo con su esposa Marie Louise Coidavid y sus dos hijitas; también se pasaba muchos ratos de ocio cabalgando regocijadamente en su corcel favorito: *Bois Rouge*. Por lo tanto, hacía caso omiso de las frecuentes conversaciones en el bohío donde salía el tema de las cimarronas africanas refugiadas y los diálogos entre Fransuá y Biassou, bajo la sombra de la ceiba frondosa; además, y más alarmanamente, ignoraba otros dos asuntos que, para Elsa Isubará, Fransuá y Biassou, ponían en mayor riesgo el anhelado triunfo vinculado con lo de *añónguru*: lo peligroso de la obsesión de Dessalines y la incertidumbre de las máscaras de Toussaint. En efecto, lo de Toussaint inquietaba mucho más porque, sobre todo, envió a sus dos hijos a Francia para participar en la catedral Notre Dame de París como monaguillos en la solemne misa de la coronación del emperador Napoleón Bonaparte; es más, cada día estaba más entregado embriagadamente a los placeres libidinosos con sus tres concubinas francesas (dos de ellas eran madre e hija), y a su devoción fanática con los misterios del rosario antes y después de asistir puntualmente a las misas cotidianas.

Gracias al empeño de Elsa Isubará en desear que continuara exitosamente la misión que había iniciado su hermano Boukman, felizmente Fransuá y Biassou decidieron quedarse en Puerto Yaguana.

En los muelles de ese puerto, Biassou se dedicaba a escuchar e interpretar todo lo que se decía en las lenguas europeas sobre la llegada de soldados franceses, pólvora, caballos, mastines, rancheadores, semillas, herramientas y esclavas africanas.

Por su parte, Fransuá, a fin de obtener más información sobre los espías y las campañas militares que destruían palenques, así como sobre las salidas de las jaurías que capturaban, fusilaban, acuchillaban, ahorcaban y decapitaban cimarrones diariamente, con frecuencia se codeaba astutamente con los recién llegados soldados franceses en las tabernas, donde les pasaba su conocimiento de plantas medicinales, legado de los antepasados africanos y arauacaribes, y los curaba gratuitamente cuando se enfermaban de fiebre; también los atendía cuando sangraban a chorros por las heridas de botellazos, ganchazos y puñaladas que sufrían en las peleas escandalosas que frecuentemente libraban entre sí mismos (genoveses, portugueses, españoles, ingleses, holandeses y franceses), cuando, como jauría tras una perra en celo, se atacaban mutua y furiosamente cuando se emborrachaban, para establecer una jerarquía y colocarse como los primeros en violar a las niñas negras y mujeres mulatas.

—Negros brutos.

—Por tener el labio bembón no pronuncian bien las palabras.

—*Mais oui.*

—Yo digo que no pronuncian bien por el horrible color negro de la piel.

—*Yes, of course.*

—Yo creo que es por el pelo feo de los negros piezas de Indias.

—*Acho que sim.*

—Lógicamente, no pronuncian bien por la nariz ñata africana.

—*Corpo di..., sicuramente vero.*

—Es por la bamba.

—Tienes razón.

—Claro que sí. Es por el bamba, porque, por ejemplo, el otro día, un espía bembón me comentó que tenía mucha sospecha de la palabra favorita de los hermanos Fransuá y Biassou: *añónguru*.

—¿*Añónguru*?

—Pues sí, me imagino que el negro bembón quiso decir “año judío”.

—Pero, ¿qué tiene de sospechoso eso de “año judío”?

—Pues, por la misión del Santo Oficio de la Inquisición.

—No hay riesgo ni peligro en esos asuntos clandestinos de los...

—¿Ni para los que no son cristianos viejos?

—¿Y los genoveses?

—Las ceremonias clandestinas podrán continuar sin problema, porque aquí en Puerto Yaguana, como allá en Santo Domingo, La Habana y Portobelo entre los traficantes de esclavos africanos en la Casa de los Genoveses...

—En ese mercado de esclavos africanos hacen donaciones cuantiosas a la Iglesia.

—Con razón los de sotana se hacen de la vista gorda.

—Entonces, ¿no hay riesgo de que el Santo Oficio de la Inquisición descubra la verdadera identidad de los genoveses y los otros que andan disfrazados como cristianos?

—Ningún peligro de que los Torquemadas desenmascaren ni descubran quién es quién.

—Es más, hay miembros del Tribunal de la Inquisición que se proclaman sacerdotes y religiosos, pero que, sin embargo, usan la sotana para cubrir su ascendencia de pureza de sangre sospechosa.

—Lo mismo hace con su hábito aquí en el convento una monja piadosa.

—¡Claro que sí! La más mística del convento.

—¿Estás hablando de la monja conversa pariente de *monsieur*...?

—¡Silencio!

—Entonces, volvamos al asunto de las piezas de Indias.

—Sí. Esos negros no pronuncian bien las palabras por el labio bembón.

—No, es por lo prieto de la piel.

—No, no, es por el pelo cuscú.

—Yo estoy seguro que es por la nariz ñata.

—Pero, a decir verdad, realmente los negros no pronuncian bien las palabras porque no tienen nariz aguileña, ni cabello lascio, ni color agradable, ni labio...

—Además de pronunciar mal las palabras por la...

—Sí, tienen costumbres extrañas que reflejan no solamente lo absurdo sino lo estúpido que...

—Pronostican lluvias de luciérnagas.

—Predicen venganza de abejas envidiosas de la caña de azúcar.

—Presagian mosquitos verdugos.

—Profetizan Reyes Magos negros.

—¿Lluvias de luciérnagas?

—¿Abejas envidiosas?

—¿Mosquitos verdugos?

—¿Reyes Magos negros?

—Otra cosa extraña de las piezas de Indias. Cuando nace uno de los nuestros, nosotros felizmente rezamos en latín, con devoción católica apostólica romana la llegada del angelito, y celebramos con un bautizo, fiesta, vino y comida. Pero, tanto allá en la Hacienda Hermandad de los Casanova en Santo Domingo como más allá en el *Brotherhood Ranch* de los Newhouse en Jamaica, y como acá en la *Sucrier Fraternité* de los Maisonouveau en Puerto Yaguana, cuando nace un negrito, las piezas de Indias lloran un mar de lágrimas extrañamente como en un velorio. Negros brutos. Y, en cambio, más extraño, cuando muere un niño negrito, sacan sus tambores africanos para cantar y bailar alegremente. Negros brutos.

—Y cuando se mueren nuestros queridos abuelos ancianos, para ir angelicalmente al Cielo, el Reino Divino, donde gloriosamente van para gozar eternamente en compañía de Papá Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, la Santísima Virgen María,

San José y todos los Santos, nosotros asistimos devota y religiosamente a la solemne misa *De profundis*, rezamos el rosario y por amor lloramos respetuosamente a nuestros difuntos. En cambio, esas piezas de Indias, negros brutos, pues sí, negros brutos, supersticiosamente, en un bembé, vodú y candomblé vulgarmente ríen a carcajadas, cantan, bailan y celebran, porque, según ellos, al morir un negro esclavo o una negra esclava acá en la isla La Española, en el Mar Caribe, él o ella va a reunirse, no con Satanás y los otros negritos diablitos en el infierno, sino con sus antepasados y con Obatalá, Yemayá, Elegguá, Oggún, Changó, Ochún, Orula y los otros orixás en el feliz Reino de los Muertos allá lejos en África.

—Negros brutos.

Aquel día, Fransuá y Biassou hicieron caso omiso de los comentarios sobre “negros brutos” que hacían el mayoral y sus amigos mientras reparaban los trapiches del ingenio azucarero de la *Sucrier Fraternité*, porque fue motivo de alegría para los hermanos observar a los esclavos africanos en la hacienda de la familia Maisonouveau fingiendo mucha devoción cristiana, y, disimuladamente, como si fueran rezos del rosario y letanías de los santos católicos, realmente estaban alabando a los orixás africanos en un bembé, vodú o candomblé; además, celebraban secretamente los actos de sabotaje de los trapiches estropeados en el ingenio azucarero, los incendios sospechosos en los cañaverales, los envenenamientos en el agua de los hatos de ganado, la comida contaminada en las haciendas, los frecuentes accidentes extraños de los traidores y espías, los abortos de fetos mulatos, los suicidios de las esclavas embarazadas y, también el hecho de que la esclava más anciana de la *Sucrier Fraternité*, a quien iban a torturar por la madrugada, friéndola en aceite caliente de puercos, por sospechosa en los abortos de fetos mulatos y envenenamientos de esclavas concubinas, murió tranquilamente, al anoecer, en el barracón para las esclavas mandingas; pero antes de morir, la anciana pidió que en su velorio, tras de invocar a los orixás y homenajear a los antepasados en el feliz Reino de los Muertos, todos en el bembé alegremente cantaran y bailaran merengues, rumbas, cumbiambas, sambas, bambas, bullerengues y guanáraguas.

Fransuá y Biassou, al observar a los niños esclavos en la Hacienda *Sucrier Fraternité* jugando cimarrón y palenque, pensaron en las madres cimarronas vendedoras de guandú y quimbombó, cerca del mercado acá en Puerto Yaguana, y también en sus hijitos esclavizados en la Hacienda Hermandad allá lejos en Santo Domingo. Luego recordaron los sueños en los cuales una voz ronca repetía: "...y sobre todo pido cumplimiento de justicia"; tampoco olvidaron la advertencia de Felicidad Dolores, quien decía: "...que no vuelva nunca a ocurrir el fracaso de la primera sublevación de esclavos africanos en Santo Domingo durante la Nochebuena de 1522".

Al año siguiente, un informe del Dr. Pasteur, un sabio y eminente químico y biólogo francés, tras una investigación pormenorizada de las muertes de franceses esclavistas, alarmó a Elsa Isubará porque, en dicho informe, se presentó una conclusión indicando que el veneno encontrado en el agua y la comida analizadas posiblemente era el curamagüey (la planta más abundante en el jardín de Mamá Tingó).

Después de escuchar lo de la teoría del Dr. Pasteur, como medida de cautela y para no despertar sospechas o llamar la atención a ciertas actividades vinculadas con Elsa Isubará en la cocina de la familia Maisonouveax, Mamá Tingó decidió suspender los envenenamientos de perros, rancheadores, caballos, espías, traidores, esclavas concubinas y familias esclavistas.

En efecto, como reemplazo de los envenenamientos, se activó el plan para usar con más frecuencia las abejas y los mosquitos.

Elsa Isubará se tranquilizó, en aquel entonces, cuando Mamá Tingó aconsejó el uso de las abejas envidiosas que atacaban en los cañaverales, causando una pérdida de vidas y la consecuente menor producción de azúcar durante la zafra, y, también, por lo de los mosquitos verdugos que, además de fastidiar enloquecidamente con los zumbidos, enfermaban a las familias esclavistas.

Sin embargo, lo que más tranquilizó a Elsa Isubará, en la época del informe del Dr. Pasteur, fue el notable cambio en su amigo Lechef.

La sonrisa risueña de Lechef se convirtió en mueca, mueca amarga, cuando las nuevas leyes del *Code Noir* prohibieron a los negros libertos participar en la preparación y venta de comidas, lo cual derrumbó el próspero y lucrativo negocio para comensales de Lechef. Además, a Lechef le perturbó el anuncio de que, en las colonias de Francia, tras la toma de la Bastilla en París, los derechos garantizados por la Revolución Francesa (*Liberté, Egalité, Fraternité*) no eran para negros libertos, a pesar de ser ciudadanos franceses, quienes, según un voto secreto de algunos funcionarios del gobierno colonial en Puerto Yaguana, estaban sometidos igualmente, como los esclavos, a los mismos decretos en cuanto a castigos, lugares prohibidos, actividades vigiladas, oficios y horarios permitidos, ropa autorizada, joyas toleradas y un sinnúmero de sanciones que, minuciosamente, subyugaban a los negros libertos (¡más que a los esclavos!) desde el amanecer hasta el anochecer, y desde la cuna a la tumba. No obstante, lo que afectó más profundamente a Lechef fue la tortura y muerte sangrienta de su primogénito, quien, según las declaraciones de *petits blancs*, exentos de la justicia por la negritud de la víctima, le echaron encima una jauría de perros rabiosos porque el joven se parecía a un cimarrón viejo.

Durante el velorio del primogénito difunto del matrimonio Lechef (Lechef y Marie Louise), los tambores cambiaron de ritmo en honor a los orixás Oggún, Elegguá y Ochosi.

Elsa Isubará, quien, tras de llorar angustiosamente, como en la decapitación de su hermano Boukman, durante el velorio de su ahijado secretamente pensó: “No hay mal que por bien no venga, ni mal que su bien no traiga”; pero en seguida, se alegró cuando se citaron, por primera vez, bajo la ceiba frondosa, sus primos Fransuá, Biassou y su compadre Lechef.

En la última noche del velorio, acompañada de las cimarronas africanas, Mamá Tingó consultó con Elsa Isubará y abrazó tiernamente a todos los niños presentes, y cantó la esperada señal secreta: *hatimaba* (lunamiel).

Cuando escuchó la señal secreta y también el cambio en el ritmo de los tambores, *monsieur* Maisonouveau estaba eufórico, porque había sido él, quien más abogó por la orden para

expulsar a los arrogantes sacerdotes peninsulares en Santo Domingo, donde eran dueños de cañaverales e ingenios azucareros. Al amo de la *Sucrier Fraternité* no le pareció ni justo ni cristiano que clérigos, quienes deberían de dedicar la mayor parte de su tiempo a las funciones eclesiásticas del Santo Oficio de la Inquisición y a la misión evangelizadora, fueran dueños de tantos esclavos africanos. Además, por desear, con codicia, obtener los documentos originales firmados en Barcelona entre el marino genovés y sus patrocinadores que, en el Caribe, otorgaban derecho exclusivo al comercio de los galeones negreros a la Casa de los Genoveses, y también la oportunidad de adueñarse del saco blanco más grande en Santo Domingo que había llegado al Caribe en la bodega de la *Santa María*, el esclavista francés hizo caso omiso de las denuncias de los espías sobre las actividades de Elsa Isubará, las sospechas de los nietos (encargados de las abejas y los mosquitos) de Mamá Tingó en los cañaverales y las haciendas, y las frecuentes reuniones de los hermanos Fransuá y Biassou con Lechef; pero aún más importante, ignoró el hecho de que a pesar de no ser la víspera de la Navidad, los esclavos de la *Sucrier Fraternité*, sin embargo, se reunían cada noche bajo la ceiba frondosa a orilla de un río, para fingir alabanzas y devoción a las escenas del Nacimiento, en las cuales los tres Reyes Magos eran Fransuá, Biassou y Lechef, quienes, al llegar al pesebre que servía de cuna, los únicos regalos que ofrecían eran un tambor, una antorcha y un machete.

El amo de la más rica hacienda de Puerto Yaguana no tenía ningún interés en lo que sus espías decían de Mamá Tingó, Elsa Isubará y los Reyes Magos. Además, en cuanto a las denuncias y sospechas de los espías, *monsieur* Maisonouveaux se hizo el sordo y, tranquilamente, no se preocupó porque estaba seguro de que, en Puerto Yaguana, tras la tortura de Macandal en la hoguera y la decapitación de Boukman en la Plaza de Armas, ningún negro africano se atrevería a participar en actividades cimarronas en los cañaverales e ingenios de azúcar u osar levantar machete contra blancos. Y el gran admirador de Napoleón Bonaparte pensó: “Los esclavos negros, empuñando machetes, *mon Dieu*, se atreven a cimarronear para proclamar libertad sonora-

mente con los tambores africanos solamente en los cañaverales incendiados de los Casanova, peninsulares tontos y cobardes por el mestizaje con moros y marranos. Allá en la Península Ibérica, el africano Tariq, un negro que fue esclavo y luego llegó a ser general, nunca ha conquistado ni jamás conquistará a Francia; sin embargo, victoriosa y gloriosamente el negro Tariq conquistó Gibraltar durante el reinado godo, y su legado africano a la hispanidad empezó en el año 711 en la Península Ibérica, y continuó ininterrumpidamente por siglos hasta el año 1492, cuando, finalmente, en las vísperas de zarpar la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, Fernando e Isabel tomaron en Granada el más rico y poderoso palacio musulmán: La Alhambra. Acá en Santo Domingo, poco después de naufragar la *Santa María* del marino genovés amigo de los Reyes Católicos, el cacique taíno Caonabo y su mujer siboney Caona dirigieron la destrucción de Villa Navidad, luego el negro Juan Vaquero participó con el cacique de Baoruco, Ciguayo, en el incendio de Villa Reina Isabel. Otro traidor, el africano Juan Criollo, también apoyó al negro ladino llamado Perico en el sabotaje de trapiches e incendios de cañaverales; así mismo, el negro Mandinga Lemba participó como cacique cimarrón, aquella triste Nochebuena, en la primera rebelión de esclavos africanos en la Hacienda Hermandad. Peninsulares tontos y cobardes. Aquí en Puerto Yaguana, territorio de Francia, ningún negro es cimarrón. ¡A la hoguera con el negro cimarrón! Aquí en Puerto Yaguana, territorio de Francia, ningún negro es cimarrón.

¡Decapitación con el negro cimarrón! En Puerto Yaguana no hay palenques, cumbes, manieles, maroon towns y quilombos porque aquí en territorio francés, ningún africano es cimarrón.

Peninsulares tontos y cobardes. Y de tal palo tal astilla. Ayer, en Granada, rodeados de califatos y conquistadores africanos: La Alhambra. Hoy, en Santo Domingo, rodeados de palenques y negros cimarrones: Ashanti, Mandinga, Yoruba, Congo, Angola, Carabalí, Arará...

—De mal en peor.

—Los Casanova, allá y acá conquistados por negros.

—Eso nunca hubiera pasado en Francia ni pasará en Puerto Yaguana.

—Los Casanova no se parecen en nada a los Maisonneuveaux.

—Esos peninsulares son tontos y cobardes.

—Se dice que el problema de los Casanova es el incesto.

—Otros dicen que el problema es los demonios.

—Y han dejado agotados a los mejores exorcistas del Santo Oficio de la Inquisición.

—La religión católica está contaminada con bembé, vodú, macumba y candomblé.

—Supersticiones de idólatras, herejes e infieles.

—Obatalá, Yemayá, Elegguá, Orula, Changó, Ochún, Oggún...

—De mal en peor.

—¿Será el otro asunto?

—Entonces, el problema de los Casanova es más que demonios e incesto.

—Lo que hace peor la cepa de los peninsulares es la sangre africana.

—África empieza en los Pirineos.

—Entonces, el alarde, con bombo y platillo, de pureza de sangre es absurdo.

—¡Ridículo!

—E imposible porque, durante siglos, antes de la llegada y las hazañas de los conquistadores africanos Amílcar Barca, Asdrúbal, Aníbal y Tariq, ya corría en las venas de los Casanova la sangre africana, herencia innegable, que comenzó con los iberos.

—Repito. África empieza en los Pirineos.

—Pues sí, los iberos son progenitores de los mulatos en la Península Ibérica.

—¿Cómo se atreven los Casanova a pregonar eso de pureza de sangre cuando por las venas de los peninsulares hay inundación y mestizaje de iberos, cartagineses, fenicios, africanos, negros?

—Y también la sangre judía.

—Allá en la Península, a los Casanova les impusieron sinagogas, mezquitas, califatos...

—La Alhambra es el mejor ejemplo.

—Y, acá en Santo Domingo, palenques.

—Ashanti, Mandinga, Yoruba, Congo, Angola, Carabalí, Arará...

—El portugués es inferior al castellano.

—Y la lengua castellana es inferior a la noble, bella y culta lengua francesa.

—¡Claro que sí!

—La lengua castellana está plagada de palabras paganas africanas.

—Guandú, ñame, bilongo, cachimba, guineo, burundanga...

—Palabras de idólatras, herejes e infieles.

—¡Qué vergüenza!

—Este arrogante y malagradecido vive cómodamente aquí en Puerto Yaguana por la valentía de nosotros los peninsulares, nuestra pasión cristiana y nuestra maravillosa lengua castellana. Los peninsulares fuimos los que valientemente cruzamos el mar Tenebroso en tres carabelas y, heroicamente, en la isla La Española, con devoción de cristianos viejos, conquistamos a los idólatras indios salvajes; pero, sobre todo, fue la lengua castellana que el monje de Nebrija consagró, la Reina Isabel la Católica dominó y Cervantes immortalizó con *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, la que permitió que todos los peninsulares gallegos, catalanes, vascos y portugueses en las carabelas y expediciones conquistadoras pudiéramos fácilmente comunicarnos y unirnos, para victoriosamente tomar posesión de estas tierras paganas.

—Lo cierto es que el castellano y el portugués que hablan los peninsulares son lenguas inferiores a la bella lengua francesa; pues, ni la una ni la otra es tan elegante y culta como la lengua más noble de Europa: la lengua de Carlomagno, Robespierre, Napoleón, Molière y Voltaire.

—*Vive la différence!*

—*Mais oui.*

—Pero, el matrimonio...

—Primera razón. Los Casanova en sus cañaverales e ingenios azucareros han permitido que los sacerdotes sean administradores y socios, y por consecuencia, el Papa allá en el Vaticano es dueño de más esclavos africanos que el Rey. Hay que ponerle

fin a esa situación. El matrimonio será el instrumento perfecto para expulsar de Santo Domingo, Panamá, Cuba, México, Brasil y las otras colonias de las Indias a esos sacerdotes arrogantes, y también para confiscarles cañaverales, ingenios azucareros y todos sus esclavos negros.

—¡Genial!

—Segunda razón. Así como nosotros mandamos a la hoguera a Macandal y decapitamos a Boukman aquí en Puerto Yaguana, hay que hacer lo mismo con los negros cimarrones atrevidos e insolentes allá en Santo Domingo.

—También hay que decapitar al maldito negro cimarrón Yangá, e incendiar el palenque Cofre de Perote cerca de Veracruz en México.

—Lo mismo con el negro cimarrón a quien llaman rey Bayano, e incendiar el palenque Congo cerca de Portobelo en Panamá.

—Y lo mismo con el otro negro cimarrón rey Benkos, e incendiar el palenque San Basilio en Cartagena de Indias.

—Y, por supuesto, hay que castigar con garrote, decapitación, descuartización y hoguera al más atrevido negro cimarrón, Zumbí, rey y gobernador de los Quilombos dos Palmares en Brasil.

—¿Qué se creen esos negros?

—Hijos de Satanás.

—Todos diablos.

—Demonios.

—Tercera razón. Esos peninsulares tontos y cobardes, rodeados de palenques y negros cimarrones, peligrosamente, ponen en riesgo la venganza secreta sugerida a los Reyes Católicos en La Alhambra, y, por lo tanto, tenemos que rescatar el saco blanco más grande en la Hacienda Hermandad que, desde Sevilla, llegó a Santo Domingo en la carabela *Santa María*.

—¿Cuál venganza secreta?

—Juramento de castigo eterno a todos los descendientes del africano Tariq. Dicho juramento se hizo en el Patio de los Leones de la Alhambra durante una misa solemne para celebrar la toma de Granada.

—¿Dónde están y quiénes son los descendientes del general Tariq?

—Todos los negros.

—La venganza secreta es castigo a todo negro nacido y por nacer.

—*Per omnia saecula seculorum.*

—Por lo de la conquista de Gibraltar y la osadía del general negro Tariq en la Península.

—Ocho siglos de Península Ibérica conquistada.

—Y ahora el castigo de la venganza secreta se justifica más por los atrevidos descendientes de Tariq: negros cimarrones que orgullosamente se llaman Lemba, Yangá, Bayano, Satuyé, Benkos, Zumbí...

—Y también por las humillaciones acá en las Indias: palenques, manieles, maroon towns, cumbes, quilombos...

—Cofre de Perote, Palenque Congo, Palenque San Basilio, Quilombos dos Palmares...

—Venganza secreta que sufrirán todos los descendientes negros del africano Tariq.

—*Per omnia saecula seculorum.*

—Latigazos, humillaciones e insultos.

—Villas Miserias. *Favelas. Ghettoes. Quartiers Pauvres.* Barriadas Brujas.

—Castigo a todo negro nacido y por nacer.

—*Per omnia saecula seculorum.*

Aquí en Puerto Yaguana, el más rico territorio de Francia, *mais oui*, nunca pasará lo de Santo Domingo: Villa Navidad, Villa Reina Isabel, Hacienda Hermandad... ¡Nunca! ¡Jamás!”

Cuando llegó el día para celebrar el tan esperado matrimonio, en la época de la llegada del general Leclerc a la Bahía de Samaná, en la nave capitana *Océan*, acompañado de su esposa *madame* Pauline Bonaparte, la hermana favorita de Napoleón Bonaparte, y escoltado por una flota de guerra con soldados franceses y españoles en muchas embarcaciones para sofocar, con prontitud, cualquier otro intento atrevido e irracional de cimarronaje como la iniciada por Boukman en la colonia más rica de Francia, en aquel entonces, *monsieur* Maisonouveau estaba un

poco disgustado porque *mademoiselle* Marguerite, su hija favorita, amaneció de muy mal humor, más de lo acostumbrado, no sólo porque en sus sueños una monja mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz, a quien, únicamente por ser mujer, se le negó la oportunidad de dialogar con catedráticos y condiscípulos en aulas universitarias y le repetían constantemente que ella debería dedicar su talento a la defensa de los derechos de las mujeres a una educación. También se sentía así porque la monja erudita también le hablaba en castellano, lo cual era una grave ofensa porque *mademoiselle* Marguerite, igual que su padre, opinaba apasionadamente que la lengua castellana, después de la portuguesa, era la segunda lengua más vulgar e inculta de la Península Ibérica.

Ese día también, lo que le tenía muy disgustado a *monsieur* Maisonouveau no era solamente las frecuentes pesadillas sobre don Alfonso Sabio, un noble peninsular muy religioso, culto y justo, quien le sacaba de quicio al amo de la *Sucrier Fraternité*, no sólo por la acusación de cristiano postizo porque el francés no respetaba los fundamentos cristianos de justicia, caridad y fraternidad, ni la insistencia en que en nombre de auténtica hermandad cristiana, se aboliera la esclavitud africana en el Caribe y Tierra Firme porque todos los seres humanos son libres y la esclavitud es contra la naturaleza; ni mucho menos por la sugerencia de que se fundara un Centro Cultural para estudiar las lenguas yoruba, maya, conga, quechua, mandinga, náhuatl, y hasta la lengua garífuna y el habla de los negros congos de Panamá; el esclavista y hacendado francés también se disgustó tanto con el sueño porque, en vez de dirigirle la palabra en catalán, la lengua ibérica supuestamente más inculta por su acercamiento al provenzal francés, el religioso español le hablaba fastidiosamente en castellano y portugués, lo cual era una gravísima ofensa, porque, según el criterio de *monsieur* Maisonouveau, tanto el castellano como el portugués son las lenguas más vulgares e incultas de Europa.

—¡Mi amo, mi amo! —gritó abrupta y desesperadamente un esclavo espía, empapado en sudor y con los pies ensangrentados, al llegar corriendo a la *Sucrier Fraternité*, justamente en el momento cuando era la salida rumbo a la catedral por lo de la misa nupcial, para informarle a *monsieur* Maisonouveau que

Toussaint, el esclavo que salvó a los Maisonouveaux de los machetazos del cimarrón Bouckman, había sido capturado tras de pasar toda la noche en cama de una francesa, la esposa de un oficial de alto rango en el ejército de Francia.

Tras de beber un poco de agua que le ofreció Mamá Tingó, el espía anunció:

—*Añónguru* quiere decir *eclipse*.

Mamá Tingó se alarmó, y en seguida le ofreció más agua al espía, interrumpiendo lo que estaba a punto de denunciar.

—”¡Comida para este negro!” —*monsieur* Maisonouveaux ordenó a Mamá Tingó, quien, en la cocina, con una sonrisa maliciosa, gustosamente le sirvió la comida al espía.

—”Patrón, envenenaron a *Belargent*”, informó un esclavo mulato.

—¡*Belargent*!

—Negros desgraciados.

—Sí, mi patrón, el cabayo qui usted mesmo regaló al negro Toussaint.

Monsieur Maisonouveaux, quien ya estaba enojado por lo de las críticas y las sugerencias de don Alfonso Sabio en las pesadillas, se puso más furioso al escuchar la noticia que anunció Mogolloncito, el esclavo mulato, sobre el envenenamiento de *Belargent*, y, en seguida, ordenó que el esclavo chismoso, hijo menor de su concubina favorita, tras cincuenta azotes, fuera la cena de la jauría principal de la *Sucrier Fraternité*, descendientes de Leoncico y Becerrito, los perros mascotas de Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, los cuales tenían fama en Puerto Yaguana, por su ferocidad en un abrir y cerrar de hocico despedazar violentamente a cimarrones.

—Mi amo, mi amo. Hay que tener mucho cuidado hoy. *Hatimaba* está vinculada con el m...

Como *monsieur* Maisonouveaux era fanáticamente impecable tanto en el vestir como en la puntualidad, alzó violentamente la mano izquierda como señal para que el espía continuara la denuncia luego después de la misa nupcial.

La ceremonia nupcial, una solemne misa cantada en la catedral, oficiada por la más alta jerarquía eclesiástica, fue asistida

por los invitados de honor: los oficiales civiles y militares de más alto rango del gobierno colonial francés en Puerto Yaguana, varios dignatarios españoles de Santo Domingo, muchos esclavistas y dueños de ingenios azucareros de Cuba, el gobernador inglés de la isla de Jamaica, el tesorero de la Casa de los Genoveses en Panamá, y los más ricos negreros de Cartagena de Indias, Brasil y México. Nunca antes o después en el Caribe otro acto civil, militar, o religioso igualó la pomposidad de este matrimonio, para el cual se importó de París el vestido de la novia, las botellas de champaña y vino tinto, los quesos, los jamones, los dulces, los regalos, las decoraciones—en fin, todo para la solemne ceremonia nupcial y la gran fiesta matrimonial.

Después del sermón en latín, la santa comunión, la bendición de los novios, los aplausos y las felicitaciones a los recién casados, todos los presentes en la ceremonia fueron invitados a la Hacienda *Sucrier Fraternité* para comer, beber, cantar y bailar en la gran fiesta nupcial.

Camino hacia la hacienda, a los esclavos espías de los *Maisonouveaux* les llamó la atención y les pareció raro que los niños esclavos, calzados y vestidos de blanco como angelitos, no estuvieran colocados a lo largo del camino desde la catedral hasta la hacienda, para echar generosamente flores al pasar la carreta nupcial y gritar jubilosamente: “¡Vivan los novios!”

Sin embargo, extrañamente, aunque no era la temporada navideña, por todas partes había Reyes Magos. Por lo tanto la novia pensó: “Negros brutos, es mi matrimonio y no la Nochebuena; además, todo el mundo sabe que los Reyes Magos son solamente tres. Todos los negros son brutos. Nunca entienden nada por el pelo cuscú, la nariz ñata y, sobre todo, el horrible color negro africano. Es el día del más importante matrimonio en Puerto Yaguana, y brillan por su ausencia los angelitos. ¡Negros brutos! No es fiesta de Navidad y hay Reyes Magos, muchos y por todas partes. Negros brutos. Reyes Magos. Negros brutos. Nupcias no es Navidad”.

Luego, al llegar los recién casados a la entrada de la hacienda, tampoco estaban en su lugar los esclavos tamboreros ni

el coro de niñas esclavas, también calzadas y vestidas de blanco como virgencitas, quienes tenían que empezar a cantar el *Ave María* cuando la recién casada entrara sola, solemnemente, a paso lento, en la capilla privada de la *Sucrier Fraternité*, para alegremente colocar un ramillete de hermosas flores blancas a los pies de una estatua de la Virgen de la Inmaculada Concepción.

Como en el camino, por todas partes había Reyes Magos. En el umbral de la capilla, la recién casada, furiosa, según ella, por la irresponsabilidad de la esclava encargada de la puntualidad y todos los otros detalles de la boda, y, sobre todo, la imperdonable ausencia de los angelitos negros, las virgencitas negras y los tamboreros, le llovió una torrente de insultos a la esclava y le dio un buen puntapié; miró odiosamente a las otras cincuenta esclavas que la atendían a diario, y también a los Reyes Magos, y murmurando obscenidades, entró inmediatamente a la capilla oscura donde se puso aún más furiosa y maldijo a todos los esclavos porque, además de no caminar sobre una alfombra de flores frescas o escuchar el *Ave María* del coro de las niñas esclavas, para colmo de irresponsabilidades, no había, a cada cinco pasos en la capilla, un esclavo con una vela votiva como es costumbre. Pero no obstante la ausencia de esclavos con velas votivas y la consecuente oscuridad en la capilla, la recién casada, refunfuñando, se arrodilló donde debería estar la estatua nueva de la Virgen de la Inmaculada Concepción, y se puso a rezar un rosario devotamente por un pronto embarazo varón, lo cual hizo atropelladamente, balbuceando los rezos en un latín de pronunciación analfabeta.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro! —gritó jubilosamente la recién casada al abrir los ojos tras de completar los rezos del rosario.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro! —anunció alegremente la esclava más fiel en el umbral de la capilla.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro! —repitieron todos los parientes, esclavos e invitados presentes en la entrada de la capilla, quienes cayeron de rodillas en seguida y, con rosario en mano y la mirada en éxtasis, empezaron a rezar en voz alta devotamente.

Al rato, cuando la esclava más fiel, con una vela votiva en mano, se acercó a su ama arrodillada, notó que el velo nupcial de doña Marguerite Maisonouveau de Casanova estaba salpicado con gotas de sangre y el vestido blanco de novia estaba manchado con sangre también. Sin embargo, la recién casada observó que no era la estatua nueva de caoba de la Virgen de la Inmaculada Concepción la que sangraba milagrosamente, sino la esclava concubina más favorita de *monsieur* Maisonouveau, cuyo cuerpo moribundo había sido colocado allí en el lugar de la estatua de la Virgen de la Inmaculada Concepción, por los tres Reyes Magos africanos: Fransuá, Biassou y Lechef, tras del machetazo que le partió el vientre a la concubina más favorita del patriarca de la *Sucrier Fraternité*, para que se viera el cordón umbilical apretado fuertemente en el cuello del feto mulato. De repente, doña Marguerite se enloqueció. Gritó. Chilló. Aulló y ladró como un perro. Se revolcó con frenesí, como un cerdo endemoniado en el chiquero, por toda la capilla hasta llegar al altar mayor, donde, en vez de la estatua del Cristo crucificado, sobre la cruz estaba el cadáver sonriente de Alexandre Mogollón, quien durante su juventud denunciaba el envenenamiento de agua en los hatos de ganado, la destrucción de trapiches, el sabotaje en los ingenios azucareros, los incendios en los cañaverales, las conspiraciones de cimarrones reunidos bajo la ceiba, los abortos de fetos mulatos y los castigos a esclavos espías; además, este mismo espía, con entusiasmo, participaba en la mutilación de orejas, manos, pies y castraciones de esclavos cimarrones, para escarmiento de todos los esclavos en Puerto Yaguana. Los gritos, chillidos, aullidos y ladridos de la loca recién casada se hicieron más estridentes cuando, en vano, con el crucifijo de su rosario trató de borrar, con violencia odiosa, la sonrisa y mueca burlona en el rostro cadavérico del esclavo espía crucificado.

La loca, abrumada de pánico, miedo y terror, vociferando obscenidades, abruptamente tiró el rosario contra el altar y empezó a desnudarse, desgarrando con violencia y desesperación el vestido de novia manchado con sangre, y, acto seguido, trató de apartarse inmediatamente lo más lejos posible de la macabra

escena de la embarazada, el feto y el crucificado; y, como si se escapara de una fiera al acecho o un voraz incendio, salió rápidamente de la capilla gritando, escupiendo, mordiendo y empujando a todos los curiosos que, ansiosos por ser testigos del milagro, se habían aglomerado en la puerta de la capilla.

Antes de entrar en su alcoba, su refugio favorito, doña Marguerite Maisonneuveaux de Casanova, a pesar de la continua cortina de lágrimas que le cubría la cara, observó que en el comedor, las botellas estaban llenas con sangre en vez de vino tinto, los quesos salpicados con estiércol, la comida preparada con curamagüey, los mayores cegados empuñando instrumentos musicales, los rancheadores decapitados y sus perros destripados en la mesa para regalos, los esclavos espías degollados cómodamente sentados en la mesa principal del comedor, en la sala de baile, en el jardín, y en la alcoba acostados moribundamente en la cama nupcial.

Aquel día del matrimonio, no obstante la temporada pluviosa en esa región caribeña, como obedeciendo a Changó, insólitamente, los truenos, relámpagos, aguaceros torrenciales y vientos huracanados se ausentaron, y la noche huérfana de luna parecía una soleada mañana tropical de calor infernal por las actividades incendiarias de las mujeresluciernagas en los cañaverales. Al ritmo reivindicador de los tambores africanos, la furia cimarrona de los libertadores, inspirada en la valentía ancestral de Oggún, no perdonó a nadie ni a nada; los esclavos rebeldes machetearon a los feroces perros guardianes de los rancheadores, a los crueles esclavistas acaudalados. En fin, destruyeron todo lo que vieran a lo largo del camino vigilado por Elegguá, empapando de rojo a los verdes cañaverales que, durante tantísimas zafras, fueron trapiches e ingenios de azúcar muy lucrativos lubricados generosa e interminablemente con sudor y sangre de esclavos africanos.

Más tarde esa noche, empuñando antorchas y machetes, todos los que fueron esclavos en la *Sucrier Fraternité* salieron corriendo atropelladamente sobre los escombros chamuscados y las cenizas tibias de la arruinada hacienda, para jubilosamente unirse a Lechef y Elsa Isubará en la marcha libertadora rumbo a

la Hacienda Hermandad, proclamando, con orgullo, al ritmo de los tambores africanos: “*Vive la Liberté!*”

NEFU

En la marcha libertadora de los cimarrones africanos rumbo hacia Santo Domingo, la cual empezó en Puerto Yaguana mucho antes de que se enfriaran las cenizas de la *Sucrier Fraternité*, durante el largo camino para llegar a la Hacienda Hermandad, a pesar de las buenas noticias que comunicaban los tambores africanos, algo inquietaba a Elsa Isubará, pero ella sólo le comentó a Azote de Tiranías (el apodo de Lechef) que había gato encerrado, porque le pareció muy raro que los socios esclavistas de *monsieur* Maisonouveau de la Casa de los Genoveses en la Argentina y Chile, y los socios negristas de don Diego Casanova de la Casa de los Lusitanos en Perú brillaran por su ausencia en la solemne misa del matrimonio de Marguerite Maisonouveau y Mochito Casanova —pero esto era ajeno a lo que realmente inquietaba a la hermana de Boukman.

En cambio, luego en el camino de regreso a Puerto Yaguana, tras de libertar heroicamente del yugo de la esclavitud a los hijos de las mujeresluciérnagas en la Hacienda Hermandad, Elsa Isubará no volvió a sacar a colación el asunto de los socios esclavistas y negristas ausentes en las nupcias de la loca, y guardó silencio en todo el camino de regreso sobre su inquietud, pensando con mucha preocupación en la primera falla de Azote de Tiranías: el hecho de que hizo caso omiso, desconcertadamente, al más valiente cimarrón de Santo Domingo en aquel entonces, Santiago Basora, el jefe de la rebelión cimarrona en Monte Grande, enemigo acérrimo de la esclavitud, aunque sabía que todos los negros en la isla caribeña La Española habían llegado allí de la lejana África bajo las mismas circunstancias, y que él era el que más lo apoyaba en el rescate del nombre original de la isla, Haití, y más importante todavía, en la unificación de todos los africanos y sus descendientes en esa isla como hermanos haitianos. Incomprensiblemente, Azote de Tiranías prefirió escuchar a un tal Blas Mogollón.

Por los ruegos de Blas Mogollón y el regalo de un rosario, Azote de Tiranías prohibió que los cimarrones redujeran a cenizas la Hacienda Hermandad no obstante la revelación de Felicidad Dolores, quien no se presentó en un sueño sino en persona para comunicarle a Elsa Isubará el presagio de que los hijos de las mujeresluciérnagas, poco después del grito “*¡Vive la Liberté!*”, regresarían como braceros haitianos a la misma Hacienda Hermandad en Santo Domingo, bajo el nuevo nombre de El Batey Quisqueyano, donde, durante muchas zafras, como esclavos, sufrirían mordidas de perros feroces en los cañaverales y latigazos de mayores sádicos en los ingenios de azúcar. Además de esa falla, Azote de Tiranías también hizo caso omiso de otros presagios muy importantes: el presagio de la traición de Blas Mogollón, el peor caso de un africano afrancesado y obsesionadamente hispanizado, contra Ulises Heureaux y Gregorio Luperón, héroes en la lucha contra la anexión con España; el presagio del asesinato de Mamá Tingó en Yamasá; el presagio del fraude electoral y la traición contra José Francisco Peña Gómez, un ilustre descendiente de las mujeresluciérnagas; y, el más importante de todos, el presagio del terror tiránico duvalierista y el brutal fratricidio a manos del *Ton-Ton Macoute*, y de la horrenda masacre trujillista de millares de haitianos en Dajabón.

La tercera falla de Azote de Tiranías, más que las primeras dos, alarmó mucho a Elsa Isubará porque a pesar de las advertencias de Fransuá y Biassou, extrañamente, por el regalo de otro rosario, el antiguo defensor de los esclavos africanos se dejó persuadir, esta vez, por Antoine Mogollón, un enemigo de los miembros abolicionistas de la Sociedad de Amigos de los Negros, y prohibió un ataque al poblado de Jacmel, donde los mulatos volvieron a esclavizar a todos los africanos y criollos liberados en la *Sucrier Fraternité*; y, por si esto fuera poco, le impidió a Mamá Tingó enviarles plantas de maní (criaderos de mosquitos) a los otros dos mulatos napoleonistas en Jacmel, Alexandre Pétion y Jean Pierre Boyer, como se había hecho con el mulato napoleonista Rigaud, quien, en aquel entonces, era el que más odiaba a los negros. Pero esa traición no era todo. Según los hermanos de abuelas garífunas y negras congas

de Portobelo, Alexandre Pétion también había hecho un pacto secreto con Simón Bolívar con el propósito de llevar a millares de haitianos, los más negros, para que sirvieran como carne de cañón en las batallas de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho bajo la condición que le propuso Jean Pierre Boyer a Simón Bolívar: mejorar racialmente por medio del mestizaje la población de los territorios en Venezuela que serían liberados de las garras tiránicas de los españoles, y meter en cárceles a todos los *petits blancs* y las prostitutas francesas de Léogane y Jacmel.

Lo que más alarmó a Elsa Isubará de esa tercera falla de su compadre fue el consecuente apoyo del mulato Alexandre Pétion con millares de soldados haitianos, los más negros, a las campañas bélicas de Simón Bolívar, un gran admirador de Napoleón Bonaparte, porque ella concluyó que el mismo Azote de Tiranías, por medio de Fransuá y Biassou, y también por los informes enviados desde Francia por los miembros abolicionistas de *Amis des Noirs*, tuvo que haberse enterado de que Bolívar había asistido secretamente a la coronación de Napoleón Bonaparte en la catedral Notre Dame de París, en Francia; además, no era tan secreto los planes de Bolívar (un zambo) de decretar la libertad de esclavos africanos solamente en Carúpano para que ellos también, como los soldados haitianos, sirvieran de carne de cañón en sus campañas bélicas; y por si esto fuera poco, por el temor, o peor aún, la repugnancia de la pardocracia en Venezuela y Nueva Granada de los negros y zambos, inmediatamente después del triunfo de las campañas de independencia, mandaron fusilar a los otros libertadores de ascendencia africana, el general Manuel Piar y el almirante José Prudencio Padilla, después de izar las nuevas banderas republicanas, bendecidas por obispos en solemne misa, y cantar con orgullo y patriotismo los himnos nacionales.

Para tratar de impedir, contra viento y marea, que se hiciera realidad la cuarta falla de Azote de Tiranías, la más fatal según la revelación en un sueño, Elsa Isubará decidió acompañar a su compadre a la población Milot, en el norte de Haití, donde se habían establecido las mujeresluciérnagas con sus hijos y nietos, con el propósito de secretamente lograr, otra vez, una estrategia

que surtiera efecto como en el caso de Juan Garrido en lo del triunfo de *añónguru* en la *Sucrier Fraternité*.

Pero en Milot, a Elsa Isubará se le olvidó el primer acto de Azote de Tiranías, el hacerse llamar Henri Christophe, lo cual debió llamar la atención porque ella sabía que no era el verdadero nombre secreto de Lechef.

“No hay mal que por bien no venga, ni mal que su bien no traiga”, pensó secretamente Elsa Isubará, en aquel atardecer en Milot, cuando se enteró del asesinato de Jean Jacques Dessalines, lo cual, según sus informantes, fue un crimen patrocinado por los mulatos esclavistas de Port-au-Prince.

Aunque la hermana de Boukman constantemente se preocupaba por la posibilidad de que se hiciera realidad la cuarta falla, el asesinato de Dessalines, mucho más que con la desaparición de Toussaint, ella sintió mayor tranquilidad de que, por fin, el destino de Haití estuviera más en las riendas de su compadre, y celebró el hecho de que Henri Christophe repartiera las haciendas confiscadas de los *grands blancs* franceses entre los libertadores y cimarrones africanos, y que usara parte de las lucrativas ganancias de los cañaverales, cafetales, algodonaes e ingenios de azúcar en la construcción de hospitales, escuelas, bibliotecas, teatros, imprentas y, sobre todo, la *Ecole Nationale Sans Souci* y el Instituto de Medicina Tropical.

Transcurrieron varios años de orgullo, felicidad y prosperidad en Haití, tras la derrota de las últimas tropas expedicionarias de Napoleón Bonaparte acantonadas, por invitación de Blas Mogollón, en Santo Domingo y sus alrededores, bajo el mando del general Rochambeau, dueño de jaurías de perros cazadores de cimarrones importados de Cuba, y quien reemplazó con mano dura al general Leclerc al morir éste de fiebre poco después de que él y su esposa Pauline Bonaparte recibieran una planta de maní que le regaló Mamá Tingó.

El progreso incipiente en Haití después de la Gran Hazaña Cimarrona, iniciada por Boukman aquel anochecer del 22 de agosto de 1791, y la gran popularidad del Libertador Henry Christophe, perturbaron a *mister* Newhouse. *Mister* Newhouse viajó en una fragata de la marina inglesa desde Jamaica a James-

town, en Virginia, para, según los piratas en Montego Bay, enseñarle a Thomas Jefferson, el tercer presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, a jugar dominó internacional.

Cuando el presidente Jefferson perdió todos los partidos de dominó, *mister* Newhouse le explicó que la pieza clave para ganar o perder era Haití.

Thomas Jefferson, mientras saboreaba una botella de ron de Jamaica y admiraba pinturas de célebres pintores franceses, en la lujosa sala de su mansión en la Hacienda Monticello, escuchó atentamente a los informes de los espías de su huésped, sobre el peligro de reconocer a Haití como primer país independiente y libre del yugo de la esclavitud africana en el Caribe.

Con voz de alarma y miedo, durante una cena preparada por los esclavos africanos de su anfitrión en la Hacienda Monticello, *mister* Newhouse recalcó que las numerosas plantaciones prósperas de algodón y tabaco en Virginia, Alabama, Georgia y Misisipí, donde había millares de esclavos, estaban en peligro porque además de la gran popularidad heroica del Libertador Henri Christophe, también, Elsa Isubará y su nuevo amigo José Antonio Aponte, un negro de Cuba, tenían anhelos de repetir la hazaña cimarrona de Haití en Cuba, Jamaica, Panamá y, sobre todo, en Brasil, donde, después de los planes para celebrar y renombrar ese territorio con el nombre de Nueva África, las mujeresluciérnagas, partiendo desde el Istmo de Panamá rumbo al sur y el norte, en misión libertadora, tenían planeado visitar todas las haciendas desde la Patagonia hasta el Niágara donde sufrían africanos por el yugo de la esclavitud.

Luego, tras de revelarle al presidente Thomas Jefferson en voz baja y en secreto el nuevo nombre que los haitianos habían reservado para Virginia y los otros territorios esclavistas de los Estados Unidos de Norteamérica, *mister* Newhouse le enfatizó que no se preocupara por Henri Chirstophe porque ya éste había recibido rosarios de regalo, y la próxima etapa de la conspiración era el regalo de disfraces y vestimenta de invierno para los teatros en París y Londres.

En la víspera del regreso de *mister* Newhouse a Jamaica, temprano una mañana, en la Casa Blanca, en la oficina privada del

Presidente, Jefferson, casi besando la oreja izquierda de su huésped, le susurró al amo del *Brotherhood Ranch* en Jamaica, muy despacio, delectando cada palabra, que en el escritorio estaba el decreto firmado, prohibiendo la importación de más esclavos africanos, para, con tantos ya negros en Virginia y los otros Estados, no correr el riesgo de que se repitiera lo de Haití; el decreto era también para que tuviera éxito la venganza secreta en la cual habían fracasado rotundamente los peninsulares (de Baoruco, Ocoa, Neiba, Cotuí, Buenaventura, Higüey, Azua, San Juan de la Maguana y Samaná) por ser mulatos, tontos y cobardes. Por lo tanto, se hizo hincapié en que había planes para comprar de los peninsulares la parte española de Saint Domingue, Puerto Rico y Cuba para desembarcar allá a todos los esclavos viejos, enfermos y, sobre todo, a los mulatos y negros libertos; además, se comentó de los planes para poblar las plantaciones esclavistas en Virginia, las Carolinas y Georgia con inmigrantes de los manicomios de Lisboa, Sevilla, Marsella y Génova, para que por medio del mestizaje, los descendientes de los esclavos negros tuvieran menos del horrible color africano y más desequilibrio mental. El señor Jefferson también reveló un plan para comprar el territorio de Luisiana de un amigo y compañero de orgías en París, Napoleón Bonaparte, quien regocijadamente cooperaría al enterarse que su humillación, cimarroneada por negros con antorchas y machetes en Haití, sería vendada, porque el nuevo territorio estaría poblado, principalmente, por inmigrantes de los arrabales de Londres, Dublín, Edimburgo, Amsterdam y Hamburgo. El señor Jefferson pensó que la decisión de despoblar los arrabales de la Europa anglosajona era muy atinada porque no cabía la menor duda de que, aunque lejos de la criminalidad y el ambiente nauseabundo de sus cunas menesterosas en hogares miserables, esos nuevos y futuros inmigrantes estarían muy agradecidos por las tierras fértiles, generosamente patrocinadas por los dueños de las plantaciones de algodón y tabaco en Virginia, Georgia, Alabama y Misisipí; aunque serían en su mayoría analfabetos e incultos, como blancos que creían fanática y odiosamente en la superioridad innata de la raza blanca *per omnia secula seculorum*, mantendrían en su lugar a todos los negros que se atreviesen a participar en eso de “*Vive la Liberté!*”

Allá en Haití, a pesar de los asesinatos, las traiciones y los frecuentes actos de sabotajes capitaneados por los mulatos afrancesados en Port-au-Prince, y los negros hispanizados en Santo Domingo, el progreso en Milot marchaba viento en popa hasta que un día, de repente, luciendo vestimenta vieja del invierno europeo y disfraces de las obras molierianas *Tartufe*, *Les précieuses ridicules* y *Le bourgeois gentilhomme*, y las obras shakesperianas *The Comedy of Errors*, *Much Ado About Nothing* y *Henry VIII*, de los teatros de París y Londres respectivamente, el compadre de Elsa Isubará ordenó que en su presencia todos se arrodillaran y, mirando sus pies, cantaran: *Son Altesse Sérénissime Monseigneur le Président Roi Christophe d'Haití*.

Y desde aquel entonces de los disfraces de comedias y la vestimenta de nobleza, la comunicación entre Elsa Isubará y su compadre, lo cual no se esperaba por los antecedentes amistosos desde la época que trabajaron juntos en la cocina del Hotel Corona, en Puerto Yaguana, se hizo día tras día más difícil, absurdamente difícil, porque Henri Christophe, además de pasar mucho tiempo, diariamente, rezando el rosario, ordenó que Elsa Isubará, su vieja compañera de hazañas libertadoras y madrina de sus dos hijas, se comunicara con él por medio de intérpretes solamente los jueves en el Palacio Sans Souci, donde, en una habitación cerca de la cocina, ella tendría que comunicar, en español, el mensaje que tuviera a una de las mujeresluciérnagas, quien lo comunicaría en el habla de los negros congos con Fransuá; ésta, a su vez, pasaría el mensaje a Biassou en garífuna, quien lo comunicaría en francés al ministro de Relaciones Exteriores y conde de Limonade, *monsieur* Prézeau. Éste subiría al primer piso del Palacio Sans Souci, y en el Salón de Embajadores, lo comunicaría en portugués al consejero e intérprete oficial del rey, el barón Dupuy, quien subiría al segundo piso del edificio, y, en la oficina privada del monarca, le comunicaría, en inglés, el mensaje original de Elsa Isubará a *Son Altesse Sérénissime Monseigneur le Président Roi Christophe d'Haití*.

Por el laberinto de traductores e intérpretes, Elsa Isubará tenía muchas dudas y, por la falta de acción en muchos asuntos de suma importancia, ponía en tela de juicio la comunicación

eficaz de los siguientes mensajes: la denuncia de la exclusión de niñas y mujeres en todas las escuelas; la prohibición de lenguas y cultos ancestrales; los actos de sabotajes apoyados por los mulatos Rigaud, Pétion y Boyer, y el favoritismo a los haitianos mulatos; el regreso de esclavistas y soldados franceses al territorio gobernado por Pétion; las embarcaciones de contrabando yanquis, piratas y francesas en las costas del territorio bajo Pétion; el regreso de esclavistas franceses a Santo Domingo; las actividades negreras de afrancesados con sus cómplices peninsulares en Santo Domingo; el asesinato de Mamá Tingó...

No obstante tantos errores, Elsa aún admiraba mucho a Azote de Tiranías porque, pese a no haber tenido nunca la oportunidad de una educación formal, construyó muchas escuelas y contrató suficientes maestros para dirigirlas, abrió nuevos hospitales, mercados y sastrerías, pero, sobre todo, fundó un teatro, una imprenta y una biblioteca en el Palacio Sans Souci a pesar de los constantes actos de sabotajes que cometieron Alexandre Pétion y sus cómplices.

Transcurrieron varios años de aguaceros torrenciales y vientos huracanados.

¡Loco! ¡Está loco! ¡Mi compadre está loco! No hay otra posible explicación. Sí, tiene que ser la locura. Conozco muy bien a mi compadre. Por eso no puede ser brujería ni otra cosa. Lo conozco muy bien, por eso no hay otra posible razón del cambio tan profundo en su vida. Locura. Tal vez, todo esto lo estoy soñando. Ojalá. Sueño. Ojalá. Pesadilla. Ojalá. Horrible pesadilla. ¿Estoy soñando? Ojalá sea un sueño y no realidad. Si estoy soñando, quiero despertarme para saber que esto es solamente una pesadilla, tremenda pesadilla. ¡Caramba! ¿Y si no es un sueño? ¿Si es realidad? ¡Caramba! Entonces, no puedo... Azote de Tiranías, mi compadre y mejor amigo, es una persona extraordinaria: un marido ejemplar que adora a su esposa (no es mujeriego y no tiene concubinas como Toussaint, Dessalines, Pétion...); un padre cariñoso y bondadoso; un amigo sincero, auténtico y leal; una persona que, pese a su escasa educación formal, sabe mucha historia y está enterado de los más importantes acontecimientos en el mundo porque el barón Dupuy, su secretario privado e in-

térprete oficial; Prince Sanders, su amigo y consejero afronorteamericano; Duncan Stewart, su médico escocés, y otros amigos maestros de Londres, París y Filadelfia, cada día, fielmente y con acostumbrada puntualidad, le platican sobre muchos asuntos, pero, sobre todo, el tema de la educación; es una persona de alma pura (no es racista como Dessalines, Rigaud, Pétion, Boyer, Napoleón...); una persona noble y amable (no es malicioso y cruel como Leclerc y Rochambeau); un paladín de la justicia y un gran general, el que declaró ¡*Liberté ou Mort!*; a decir verdad, mi compadre y mejor amigo es el personaje más destacado e ilustre en la historia de Haití, y no cabe la menor duda, el principal Libertador en la Revolución Haitiana de 1791.

Pero una madrugada (ojalá esto sea un sueño), vociferando “*ora pro nobis*”, como sogá al cuello, mi compadre se puso un rosario viejo—¡ojalá esto sea solamente una pesadilla! Mi mejor amigo, increíblemente, destruyó los tambores africanos; ordenó cortar todas las ceibas; prohibió todas las ceremonias de bembé y vodú; decretó el catolicismo como la religión oficial de la nueva República; no participó en muchas reuniones del Consejo de Ancianos porque tenía que ir a misa diariamente por las mañanas y las tardes para rezar el rosario. Haciendo caso omiso, o peor aún, rechazando el orgullo y la dignidad ancestral, a gritos, se hizo llamar Henri Christophe. Cambió el nombre de todo, de la noche a la mañana: Puerto Yaguana a Port Henri, Cap Boukman a Cap Henri, y Place Liberté a Place Henri. Canceló la construcción del Instituto de Medicina Tropical y suspendió la construcción de más escuelas, bibliotecas, hospitales, mercados, teatros, simplemente porque quería construir una catedral, donde, en una solemne misa católica, el día de su coronación como *Son Altesse Sérénissime Monseigneur le Président Roi Christophe d’Haiti*, declaró ocho días de fiesta. Y como hay toda una letanía de nombramientos de nobleza hereditaria el día de una coronación (principes, duques, condes, barones y caballeros), también perdonó a espías, ladrones, holgazanes, mentirosos y sátiros.

Pero eso no fue todo. De repente interrumpió la correspondencia con sus amigos abolicionistas William Wilberforce y Thomas Clarkson, ambos, fundadores en Londres del *Com-*

mittee for the Abolition of the Slave Trade. También encarceló a los cimarrones libertadores que fomentaban la libertad en los cañaverales e ingenios de azúcar en Jamaica, Cuba, México, Panamá y Brasil, y mandó deportar a todos los guerreros garífunas y cimarrones de Maroon Town y Río Nilo en Jamaica que lucharon junto con Boukman y los otros héroes de la gran Revolución Haitiana, reemplazándolos con millares de soldados importados de África para servir como guardaespaldas. Las valientes cimarronas africanas ya no eran voluntarias en escuelas y hospitales porque, absurdamente, habían sido reclutadas para ser miembros del Ejército de Amazonas, para, dirigidas por la Reina Marie Louise, hora tras hora, cabalgar todos los días, armadas con flechas y machetes, fingiendo batallas para entretener a Améthyste y Athénaïre, las dos hijas del traidor Henri Christophe, cariñosamente apodado *Azote de Tiranías* en tiempos más felices de la nueva República. Y por si todo esto fuera poco, el peor disparate, lo más horrible, lo más cruel y lo más vergonzoso del traidor fue esclavizar a los hijitos de las madres africanas cimarronas para trabajar en la construcción de la Ciudadela Henri.

En una muy concurrida solemne misa católica, el día 15 de agosto de 1820 (en aquel entonces, bajo pena de muerte, la ceremonia de vodú estaba prohibido en el reino de Haití), celebrando una de las muchas fiestas en honor a la Reina Marie Louise, de repente, antes de la repartición de la santa comunión, lo que no se esperaba de una persona saludable, activa y fuerte, *le Roi Henri Christophe* tuvo un ataque apoplético, el cual paralizó el lado derecho del cuerpo de quien, al principio de la Revolución Haitiana en 1791, y antes de perder el juicio, había sido apodado, con respeto, cariño y admiración, *Azote de Tiranías*. Poco después de la apoplejía, se encerró en su oficina, en el Palacio Sans Souci, a las faldas del cerro, donde, avergonzado por haberles faltado el respeto a los ancestros y traicionado los ideales nobles de Felicidad Dolores, Macandal, Boukman, Juana Espada, José Antonio Aponte, Santiago Basora y Mamá Tingó, todo en su propio afán de resucitar sus ambiciones napoleónicas en el Caribe y Tierra Firme, violentamente se arrancó el rosario del cuello e inmediatamente con un disparo al corazón, se suicidó.

DISI

—*Cuba will never be another Haiti!*

—¿Qué dijo el *monsieur*?

—¡Cuidado! Ahora tenemos que hablar inglés y decir *mister Maisonouveau*s.

—¿Pero qué dijo?

—¡Que Cuba nunca será otra Haití!

—¿Y por qué jura en inglés?

—*Mister Maisonouveau*s decidió que el inglés es la lengua de machos.

—Pero estamos en Cuba.

—La lengua castellana es para los peninsulares mulatos, tontos y cobardes.

—¿Y el francés?

—Lengua de mariquitas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que los soldados de Napoleón Bonaparte, agueridos veteranos de batallas victoriosas en Italia, Alemania e Egipto, se dejaron vencer como mariquitas, tontos y cobardes por negros desnudos con antorchas y machetes en Haití.

—¡Mariquitas!

En el muelle principal de Santiago de Cuba, la propiedad más grande y lucrativa de la Casa de los Genoveses en la isla caribeña más grande, Cuba, tras el grito “*Vive la Liberté!*” y lo de las antorchas y los machetazos durante el cimarronaje en la hacienda *Sucrier Fraternité* en Haití, por orden de *mister Maisonouveau*s, la sangre africana se derramó copiosamente con rencor y odio tan pronto cuando, procedentes de Puerto Yaguana, en la costa de Cuba, echaron anclas las tres fragatas *Liberté*, *Egalité* y *Fraternité*.

Por orden de *mister Maisonouveau*s, aquella madrugada, todos los varones esclavos negros mayores de seis años nacidos en Haití, aún hediondos a humo de las antorchas cimarronas y cubiertos con ceniza de los escombros de la hacienda *Sucrier*

Fraternité, fueron decapitados con una guillotina cuando desembarcaron con la familia Maisonouveau en Santiago de Cuba.

Acto seguido, en una iglesia cerca del muelle, la más elegante de Santiago de Cuba, donde había llegado un riachuelo de sangre de los negros decapitados, se cantó una solemne misa para agradecer a los mulatos de Jacmel, Léogane y Puerto Yaguana que auxiliaron al amo de la hacienda *Sucrier Fraternité* a escapar de la furia cimarrona dirigida por Elsa Isubará y Azote de Tiranías.

Luego, para vengar la masacre de africanos en Santiago de Cuba, cada vez que se ausentaba *mister* Maisonouveau por los viajes de negocios a la Casa de los Genoveses en La Habana y, también, al mercado de esclavos en Jamaica, con el propósito de comprar negros que solamente hablaran inglés, los niños africanos sacaban de los escondites los tambores (prohibidos en todas las haciendas de los esclavistas franceses en Cuba por el amargo recuerdo de Puerto Yaguana) para darles ritmo al guaguancó y la rumba, y, como de costumbre y a propósito, las africanas vestían de blanco a doña Marguerite Maisonouveau, la viuda de Mochito Casanova, lo cual, como cuando le hablaban en castellano, provocaba en ella gritos, aullidos y lamentos. También, con frecuencia, le echaban gotas de sangre de cerdo al pañuelo blanco que le ponían en la cara, como si fuera un velo nupcial, para que con desesperación maniática se desnudara en presencia de los esclavos espías.

Cuando regresaba *mister* Maisonouveau, el amo francés de la hacienda *Sugar Bowl* a Santiago de Cuba, rendido de cansancio por los viajes a La Habana y Jamaica, siempre estaba, sin embargo, alegre porque encontraba a su hija viuda muy contenta no obstante los comentarios de los espías, ya que en la víspera de su llegada, las africanas vestían de negro a Marguerite Maisonouveau, y, bajo la sombra de las palmeras, acostada en una hamaca, le colocaban en sus brazos a un niño recién nacido de una de las esclavas, lo cual surtía un efecto tranquilizador en la loca de Puerto Yaguana.

Transcurrieron muchos años de mucha prosperidad en los cañaverales y los ingenios de azúcar de todos los hacendados

franceses, quienes, juntos con *mister* Maisonouveau, se establecieron en Cuba después del grito “*Vive la Liberté!*” y el triunfo de los cimarrones africanos en Haití.

Todo marchaba muy bien en Cuba para los esclavistas franceses y españoles hasta que causó alarma la denuncia de Blas Mogollón, el negro afrancesado administrador de la hacienda *El Batey Quisqueyano* en Santo Domingo, durante una visita a Guantánamo, Cuba, donde, a orilla de un río bajo la sombra de una ceiba, observó a Elsa Isubará, acompañada de su ahijada Marcia Fedé, conversando con José Antonio Aponte.

Los espías de *mister* Maisonouveau descubrieron pronto que en La Habana, bajo el liderazgo del negro liberto José Antonio Aponte, un carpintero y cabo en la Milicia de Morenos, se fraguaba una rebelión de negros y mulatos libertos con el anhelo de repetir en Cuba la hazaña de Haití: libertad para todos los esclavos africanos en Cuba.

—¡Cuba jamás será otro Haití! —clamaron los españoles que se unieron a los franceses cuando se les dio la orden a los rancheadores canarios que sacaran los caballos más veloces y las jaurías más feroces para buscar al negro José Antonio Aponte y todos los negros y mulatos malagradecidos, insolentes y atrevidos.

José Antonio Aponte fue ahorcado en el vecindario de Guanabacoa, en La Habana, cuando Blas Mogollón, por la denuncia de espías negros y mulatos, lo identificó después de la reunión para iniciar el grito “¡Viva la Libertad en Cuba!”

La traición que causó el ahorcamiento del cubano José Antonio Aponte, quien estuvo en comunicación con los cimarrones victoriosos de Haití, derrumbó los planes de cimarronaje y, en la cuna del cimarronaje, Camagüey, ahogó las voces que anhelaban clamar “¡Viva la Libertad en Cuba!”

Por la represalia sangrienta, los celosos espías y la efectividad de los rancheadores con sus caballos y jaurías cazadores de cimarrones, *mister* Maisonouveau pensó que los negros en Cuba nunca intentarían otra rebelión como la hazaña en Haití hasta que, un día, un espía denunció que varios de sus esclavos africanos recién comprados en La Habana estaban abordo de *La Amistad*.

La noticia de la rebelión en la goleta negrera *La Amistad* enfureció dementemente a *mister* Maisonouveau. Y, por el asunto de los esclavos africanos que con machetes a la fuerza tomaron su libertad, este francés, el más rico de Cuba entre los esclavistas emigrados de Haití, acusó al obispo de La Habana, Juan José Díaz de Espada, un vasco abolicionista, del incidente, pero aún más a Félix Varela, un sacerdote cubano abolicionista y autor de las obras *Máximas morales y sociales* y *Apuntes filosóficos para la dirección del espíritu humano*, porque en una discusión apasionada con un jesuita aristotélico, proclamó: “A los ojos de la Ley todos los hombres son iguales”.

El amo francés de la hacienda *Sugar Bowl*, aprovechando en aquel entonces la visita a Santiago de Cuba de *mister* Ian S. Newhouse, ordenó que Blas Mogollón acompañara al amo inglés de la hacienda *Brotherhood Ranch* a Virginia, donde se encontraba un grupo de esclavistas celebrando la mejor cosecha de algodón y tabaco en la Hacienda Monticello, para que los esclavistas de Virginia, Georgia, Alabama y Misisipí organizaran una invasión a Cuba.

Mister Maisonouveau, recordando lo ocurrido en Puerto Yaguana y en la *Sucrier Fraternité*, y, también, en el anhelo libertador en Camagüey del ahorcado José Antonio Aponte, estaba muy seguro de que el dominicano afrancesado (lleno de rencor por la realidad de que mulatos y negros dominicanos de habla castellana fueran tan vecinos de haitianos en la misma isla) y administrador de *El Batey Quisqueyano* era el instrumento perfecto para convencer a los esclavistas reunidos en Monticello de la necesidad de una invasión a Cuba por tropas de la Unión Americana, por el peligro de que los negros tomaran las riendas del destino de toda Cuba, isla vecina de la Unión Americana, como ya habían hecho en los palenques Camagüey, Sigua, Guantánamo, Mayarí, Toa, Bumba y Maluala; y peor aún, que los cimarrones abordo *La Amistad* desembarcaran cerca de las numerosas, enormes y lucrativas plantaciones de tabaco y algodón en Virginia, Georgia, Alabama y Misisipí; o aún más alarmante, que los amotinados llegaran a los alrededores de Monticello, para tocar tambores africanos, establecer palenques y gritar victoriosamente: “*Liberté, Libertad, Liberty!*”

Inmediatamente después de zarpar la fragata *Liberté* rumbo a la Hacienda Monticello en Virginia, el más rico esclavista francés de Cuba envió otra delegación para justificar una invasión a Cuba cuando una esclava espía comentó el presagio de la ahijadita de Elsa Isubará, Marcia Fedé: “Madrina, aquí en Santiago de Cuba va a nacer el héroe Antonio Maceo, el Titán de Bronce, y junto con Máximo Gómez y José Martí, se va a lograr el gran anhelo: Cuba Libre”.

Como medida de precaución, en aquel entonces, por el presagio de Marcia Fedé, todas las mujeres negras y mulatas embarazadas, aunque fueran esclavas o libertas, fueron forzadas a abortar en Santiago de Cuba.

Mayor no pudo ser el enojo del amo de la hacienda *Sugar Bowl* cuando se enteró por medio de su espía favorito Blas Mogollón de que el africano Cinque, el cabecilla, y sus compañeros cimarrones abordo la goleta negrera *La Amistad*, no serían automáticamente deportados y devueltos a sus dueños en Cuba porque, como desembarcaron en territorio americano, según las leyes abolicionistas, las cuales apoyaba el expresidente John Quincy Adams, sólo la Corte Suprema de la Unión Americana decidiría el destino de los amotinados africanos.

Mister Maisonouveau maldijo rencorosamente a John Quincy Adams y lamentó amargamente el fallo de libertad a favor de los africanos cimarrones de *La Amistad*, porque no pudo decapitarlos con la guillotina en Santiago de Cuba.

Después del sorprendente dictamen del incidente de *La Amistad*, la represalia sangrienta en Cuba superó los castigos con cepos, latigazos, mutilaciones, castraciones, ahorcamientos, fusilamientos y decapitaciones que los esclavos y cimarrones africanos sufrieron en Santo Domingo, Jamaica, Panamá, Colombia, Venezuela, Martinica, Curazao, Barbados, Ecuador, Argentina, Brasil... Algunos blancos de familias cristianas y decentes en Cuba también fueron afectados por la represalia a consecuencia de *La Amistad*: Gertrudis Gómez de Avellaneda fue exiliada por su manuscrito de una novela abolicionista; José María Heredia fue exiliado por sus poemas abolicionistas; Félix Tanco fue exiliado por sus ideas antiesclavistas en la novela *El Niño Fernando*;

Cirilo Villaverde fue exiliado por ser el autor de la novela *Cecilia Valdés*; otros españoles y cubanos blancos que fueron sospechados de ser ecobios de un babalao, o de haber aprendido alguna palabra lucumí, usado un collar de Yemayá, Oggún y Changó, comido quimbombó, o participado en un bembé, aunque fuera por curiosidad, fueron vigilados por los espías constantemente de día y de noche.

Cuando los espías denunciaron lo de la Conspiración de la Escalera en La Habana, cuyo propósito era tratar de repetir la hazaña de Haití tras el fracaso de José Antonio Aponte, deportaron a Veracruz, México, a todos los mulatos ricos, masacraron a muchos negros, torturaron al ex-esclavo Juan Francisco Manzano por escribir su autobiografía denunciando los horrores de la esclavitud en Cuba, y fusilaron al mulato libre Gabriel de la Concepción “Plácido” Valdés por sus poemas abolicionistas.

Para que Cuba nunca fuera jamás otra Haití, los esclavistas y negreros en La Habana y Santiago de Cuba patrocinaron muchas embarcaciones para inundar toda la isla con inmigrantes blancos voluntarios y forzados, principalmente, de Galicia y las islas Canarias.

Elsa Isubará y su ahijada Marcia Fedé, sospechosas en el asunto de la Conspiración de la Escalera, salieron de Cuba no por la búsqueda intensa de los rancheadores y sus jaurías ni tampoco por miedo a la represalia sangrienta patrocinada por los españoles en La Habana, ni por temor a la guillotina de los franceses en Santiago de Cuba, sino por el presagio más importante de la descendiente de Azote de Tiranías—Marcia Fedé.

—Madrina, anoche tuve un sueño muy especial.

—¿Sueño o presagio?

—Presagio.

—¿Cuál? ¿El presagio del río Amazonas o el presagio del río Misisipí?

—El presagio del río Chagres.

—Este presagio es la primera parte de la clave secreta CHAM.

—Sí, madrina. Lo de Amazonas y Misisipí viene después.

—Con mi abuelita pasé la niñez cerca de la desembocadura del río Chagres.

—¿En Portobelo?

—Sí, mi ahijada.

—Madrina, tenemos que ir pronto a Portobelo.

—Pero, el asunto aquí en Cuba...

—Por dos razones.

—¿El presagio?

—La primera, aquí en Cuba va a ocurrir una matanza peor que el asunto de la Escalera.

—¿Y la segunda razón?

—La masacre de cubanos de ascendencia africana va a ser horrible: Evaristo Estenoz...

—Pero, ¿cuál es la segunda?

—La siguiente etapa de la misión secreta.

—¿El río Chagres?

—Sí, Madrina, el presagio del río Chagres y la misión secreta.

—Esta misma noche vamos a navegar rumbo a Portobelo. Al llegar a Portobelo, una noche, Marcia Fedé sola en la oscuridad, siguiendo la ruta que indicaban las luciérnagas, caminó al lugar del presagio a orilla del río Chagres donde las ramas de una ceiba se abrazaban con las ramas de una caoba. Allí en una choza, escuchando los tambores que acompañaban los cantos ancestrales de los negros congos, esperó hasta que unas hojaleggúas de la ceiba y unas hojaoggunes de la caoba, como si fueran mariposas, bajaran flotando al río Chagres.

Después de recoger las hojaleggúas y las hojaoggunes en una totuma llena de agua del río Chagres, Marcia Fedé regresó a Portobelo para consultar a varias ancianas sobre el asunto de la misión secreta, y, también, para despedirse de su madrina.

Luego, en la época cuando descubrieron oro cerca de San Francisco, en California, Estados Unidos, y por lo tanto, para facilitar el transporte de obreros y aventureros desde Nueva York a San Francisco, una compañía norteamericana dirigía la construcción de un ferrocarril en el Istmo de Panamá; y, durante cinco años, bajo aguaceros torrenciales y ardiente sol tropical, empe-

zando en La Línea, un poblado cerca de la costa caribeña del Istmo de Panamá, la ahijada de Elsa Isubará caminó lentamente, día tras día, hasta llegar a Calidonia, un vecindario de la ciudad de Panamá, en la costa pacífica, siguiendo los pasos de los obreros de Jamaica, la principal mano de obra en la construcción del ferrocarril transístmico y los mejores clientes de su lavandería ambulante.

La lavandería ambulante de Marcia Fedé fue motivo de mucha envidia a lo largo de la ruta de la construcción del ferrocarril, desde La Línea hasta Calidonia, porque los obreros de Jamaica le daban preferencia a ella sobre las panameñas, las antillanas y los chinos (a nadie se le ocurrió que el negocio de Marcia Fedé era más próspero por su secreto: lavar no sólo con jabón, sino más importante aún, con hojaleggúa y hojaoggún empapadas con agua del río Chagres).

El próspero negocio de la lavandería ambulante de Marcia Fedé se derrumbó el día del incidente de la tajada de sandía, cerca de la estación del ferrocarril en Calidonia, cuando un yanqui arrogante, quien después de comerse una sabrosa tajada de sandía, no quiso pagarle el real al frutero José Manuel Luna. En aquel incidente, los paisanos y amigos del yanqui arrogante, todos borrachos y armados hasta los dientes, acusaron de racista y violenta a Marcia Fedé, la amiga del frutero pariteño, por insultar al yanqui diciéndole “gringo malapaga”, y, también, por prestarles machetes a los istmeños para que se defendieran de la agresión de los yanquis, en la cual ellos, los yanquis, fueron los que más muertos y heridos sufrieron por la valentía y la furia de los afroantillanos e istmeños.

Los obreros afroantillanos del ferrocarril transístmico lamentaron mucho no volver a tener ropa tan limpia y mejor recomendada como el servicio de lavandería ambulante de Marcia Fedé cuando ella cerró su negocio y desapareció después del incidente de la tajada de sandía.

La descendiente de Azote de Tiranías tuvo que refugiarse en un lugar secreto a orilla del río Chagres por la persecución de los yanquis y sus aliados colombianos, quienes, a gritos e insultos, recomendaron que las tropas norteamericanas invadieran a

Panamá bajo el pretexto de buscar a Marcia Fedé, la dueña de los machetes, quien, según los acusadores, era una negra racista porque atrevida y criminalmente ayudó a derramar sangre anglosajona por las calles cerca de Calidonia, en el vecindario de la estación del Ferrocarril de Panamá.

Cuando los yanquis del incidente de la tajada de sandía se fueron rápidamente en barcos rumbo a California para buscar oro, Marcia Fedé salió de su refugio para reestablecer el servicio de la lavandería ambulante. Pero, al rato, tuvo que regresar al refugio otra vez, inmediatamente, tras el ahorcamiento del caudillo Pedro Prestán y sus compañeros, el haitiano Antonio Pautrizelle y el jamaicano George “Cocobolo” Davis, acusados de incendiarismo en la ciudad de Colón. En este incidente, los colombianos enemigos de los istmeños invitaron a los yanquis para que invadieran a Panamá, esta vez, bajo el pretexto de buscar a la ahijada de Elsa Isubará, porque acusaron a Marcia Fedé de proporcionar las antorchas que se usaron para incendiar las propiedades de los anglosajones funcionarios de la estación del Ferrocarril de Panamá en la ciudad de Colón.

Luego, durante la época de la construcción del canal bajo la dirección de los franceses en el Istmo de Panamá, Marcia Fedé, para evitar la persecución en la ciudad de Colón, por lo del Gran Fuego, y, también, para poder reestablecer el negocio de la lavandería, regresó a vivir en el vecindario de Calidonia, donde se casó con un señor que llamaban Pierre Frenchí, un obrero que llegó a Panamá contratado por los agentes de Ferdinand de Lesseps, el fundador de la *Compagnie Universelle du Canal Interocéanique de Panamá*.

El día que Marcia Fedé decidió explicarle a su marido Frenchí sobre el propósito de la totuma con agua del río Chagres y su contenido de la ceiba y la caoba, Frenchí no regresó al hogar, víctima de una tragedia de las máquinas excavadoras en el área de construcción cerca de Gatún. Pero lo que más dolor le causó a ella no fue el trágico accidente de su esposo, sino el hecho de que, precisamente, por primera vez, ese mismo día de la muerte de su marido, llevó al trabajo a Pierrenoire, el primogénito del matrimonio, y nunca más volvió a ver al muchacho.

Transcurrieron varias temporadas de aguaceros torrenciales durante la época que Marcia Fedé, quien, lamentando no poder presagiar nada como antes, lacrimosamente guardó luto por su marido Frenchí y lloró la desaparición de su hijo Pierrenoire.

Cuando se firmó el tratado Hay-Bunau Varilla en presencia de sólo los representantes norteamericanos y franceses cerca de la Casa Blanca en la capital de los Estados Unidos de Norteamérica, apresuradamente, varias horas antes de la separación oficial de Panamá de Colombia, e inexplicablemente, en ausencia de la delegación de panameños, tratado que, además, incluía la humillante cláusula “a perpetuidad” en perjuicio a la soberanía istmeña, no tardó ni un día antes de que los norteamericanos empezaran a dirigir la construcción del Canal de Panamá, reemplazando así a los franceses, quienes fracasaron en su propio intento por corrupción y los estragos de millares de obreros afroantillanos muertos de malaria y fiebre amarilla. Poco después del comienzo de este proyecto monumental de alcance internacional, un italiano llamado Garibaldi se enamoró de Marcia Fedé, quien, por la felicidad que le causó este nuevo amor, reactivó el negocio de la lavandería, esta vez, por los alrededores del cerro Ancón, cerca del sitio de construcción de las reclusas de Miraflores.

Felizmente, del idilio que gozaron durante varios años Marcia Fedé y Garibaldi, un alegre día, nació una hermosa niña a quien los orgullosos padres bautizaron con el nombre Fiorina.

El negocio de la lavandería sufrió de descuido por el tiempo que Marcia Fedé, cariñosamente dedicaba a su felicidad, Fiorina, una niña preciosa a quien apodaron Bambina.

Garibaldi adoraba a su hijita. Le enseñaba a hablar italiano antes de la cena todas las tardes cuando regresaba del trabajo en la construcción del canal, y por las noches, poco antes de la hora de dormir, deleitaba a todo el vecindario con las canciones de cuna que siempre cantaba, con dulce voz y acento del gran tenor Enrico Caruso.

Marcia Fedé, quien nunca olvidó en ningún momento lo que tenía que hacer para la misión secreta con la totuma llena de agua del río Chagres y el contenido de la ceiba y la caoba, y

deseando ver aún más feliz a Bambina, se hizo amiga de Nenén, una vecina de Jamaica cuyo marido, Papá James, un obrero de Barbados, trabajaba como pintor de brocha gorda con Garibaldi. La madre de Fiorina, utilizando como pretexto el aprendizaje del famoso arte culinario de su vecina Nenén para que Garibaldi saboreara los platos succulentos de la cocina jamaicana y barbadiense, y con mayor entusiasmo deleitara a su Bambina y todo el vecindario con las melodiosas arias de Verdi, Donizetti y Puccini, un anochecer le confió a Nenén el propósito de la totuma y su contenido: la misión secreta.

Pero un día Garibaldi desapareció sin dejar rastro alguno. Marcia Fedé, acompañada de Bambina, pasó mucho tiempo buscándolo entre los obreros del Canal de Panamá sin encontrar ninguna información. Su angustia creció con cada día que permanecía desaparecido el amor de su vida, pero se empeoró cuando los españoles empezaron a insultarla diciéndole que no querían hablar de ese “bachiche”; los italianos le gritaban con desdén que nada tenían que comentar sobre el “abisinio”.

La facultad de presagio paulatinamente regresó a Marcia Fedé cuando, por los consejos de sus vecinos Nenén y Papá James, ella le prestó atención al sufrimiento de Felicidad Dolores por el resentimiento entre las familias de Juan Moreno, John Brown y Jean Lenoir.

—Nenén, comadre mía, tengo algo muy importante que contarte.

—Comadre Marcia Fedé, más luego cuando regrese del mercado allá en Salsipuedes. Voy a prepararle a Papá James un *gungusoup* al estilo y sabor de mi país natal, Jamaica.

—¿Esa sopa de guandú con ñame, yuca, plátano, carne, *green banana* y *domplin*?

—Como el ajiaco de los cubanos allá en Santiago de Cuba.

—Pues, se me hace agua la boca. *Gungusoup*. Ajiaco. Voy a tener más cabanga por mi Cuba.

—También un plato de *cucú* al estilo y sabor de la isla de Papá James, Barbados.

—Comadre, *gungusoup*, ajiaco, *cucú*. Me chupo los dedos cuando cocinas esa comida con bacalao, harina de maíz...

—No olvides el *okro*.

—Tampoco olvido el dulce de yuca.

—*Yucapone*.

—Ni el *jingerbeer*.

—¿Qué me vas a contar?

—Se me hace agua la boca.

—Te gusta más el saril.

—Pero, Nenén, volviendo a lo que te quiero contar. Es un presagio.

—¿La misión secreta?

—Sí, y mucho más.

—Entonces, espera un momento, voy a apagar el carbón en el fogón.

—Tú y Papá James van a tener muchos ahijados y muchas ahijadas aquí en Panamá.

—Pero, ¿qué tiene eso que ver con lo de la misión secreta?

—Mucho.

—¿Cómo?

—Pues, Juan Garrido no cumplió.

—Tampoco cumplió Azote de Tiranías.

—Lamentablemente, tampoco cumplirá tu paisano Marcus Garvey.

—Comadre, entonces...

—Sí, tus ahijados y ahijadas son los que van a cumplir finalmente con...

—La misión secreta.

—Aquí en Panamá ya no se hablará de negro colonial.

—Ni de negro antillano.

—Tampoco de negro frenchí.

—Todos unidos seremos panameños afrodescendientes.

—A ti, Nenén, y a mi compadre Papá James les toca lograr la reconciliación de los vecinos Juan Moreno, John Brown y Jean Lenoir.

—¡Cho!

—Aunque ahora el señor Moreno diga: “Soy negro, pero no soy chombo”.

—¡Cho!

—Aunque ahora el señor Brown diga: “Soy negro, pero no soy paña buchí”.

—¡Cho!

—Aunque ahora el señor Lenoir diga: “Soy negro fino, pero no soy ni yumeca ordinario ni paña buchí, porque mi cultura es francesa”.

—Y algunas de sus mujeres ya no dirán: “Yo no soy negra, soy culisa”.

—Tampoco dirán: “Yo no soy negra, soy piel canela”.

—Marcia Fedé, entonces...

—Nenén, no te preocupes. Ya verás que tanto los descendientes de Felicidad Dolores como todos en este bello país, van a darse abrazos y, diariamente, poner en práctica el pensamiento de José Martí: “Peca contra la Humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas”.

—¿Cuándo?

—En víspera del Centenario de la República de Panamá.

—¿Cuándo es eso?

—El 30 de mayo.

—¿Qué va a pasar?

—Día de la Etnia Negra Nacional.

—¡No lo puedo creer! ¿Aquí en Panamá?

—Sí, aquí en Panamá.

—¿Y lo de la Constitución de 1941?

—Eso es cosa de una minoría racista.

—Comadre, eso es muy cierto, porque, felizmente, la mayor parte de la gente en Panamá es buena con alma pura.

—Por eso aquí en Panamá nunca vamos a tener policías miembros de la Ku Klux Klan, racistas, violentos, llenos de odio, con pistola en mano; y nunca se va a encarcelar a una mujer afrodescendiente por sentarse en la sección para blancos en un autobús como le va a ocurrir a Rosa Parks en Alabama.

—¡Qué horror!

—Cuando el Dr. George Westerman escriba sobre la discriminación contra los inmigrantes antillanos en la Zona del Canal por el *Gold Roll* y *Silver Roll*, y la discriminación en el Istmo de Panamá en la Constitución de 1941, no lo van a asesinar como le va a ocurrir al Dr. Martin Luther King.

—Pero, ¿no invaden sus soldados aquí y allá para imponer democracia?

—Cuando Sidney Young critique en el semanario *The Panama Tribune* el racismo en la Constitución de 1941, no será asesinado como le va a ocurrir a Malcolm X por denunciar el racismo en la época de los asesinatos y linchamientos de negros en Alabama, Georgia, Misisipí...

—Pero, comadre, muchos soldados norteamericanos de ascendencia africana van a morir lejos de sus cunas cuando los manden imponer la justicia y la democracia en Corea, Vietnam, el Golfo Pérsico...

—Cuando Claral Richards presente la razón y el propósito para que en Panamá se establezca el Día de la Etnia Negra Nacional, no será asesinado como le va a ocurrir a Medgar Evers en Misisipí.

—Panamá. Buena gente.

—En Panamá nunca van a asesinar con una bomba a cuatro niñitas afrodescendientes mientras rezan en una iglesia, como va a ocurrir en Alabama.

—¿Y los *zonians*?

—La Ku Klux Klan nunca va a existir en Panamá.

—Pero, ¿los *zonians*?

—Comadre, luego te cuento el heroísmo de los Mártires del 9 de Enero, y lo que va a pasar con lo de *Gold Roll, Silver Roll, Canal Zone, zonians*...

—Pero...

—Anoche...

—Sí, comadre, creo en el presagio de la estatua y homenaje al rey cimarrón Bayano.

—Y, lo de...

—Sí, comadre, también creo en el presagio del Museo Afro-Antillano en Guachapalí.

—Y antenoche...

—Me alegra mucho lo del homenaje a la maestra Sara Sotillo.

—Nenén...

—También creo en el presagio del Pueblito Afroantillano en el Cerro Ancón.

—No olvides el Centro de Estudios Afro-Panameños.

—Y...

—En todas las presentaciones folclóricas de la música típica panameña a nivel nacional e internacional, además del tamborito y las danzas indígenas, también van a lucir las danzas de los negros congos, la cachimba portobeleña, el bullerengue, el bunde, el bambasú, el saracundé...

—¿Algo más, comadre?

—Y no te olvides de decirle a Papá James sobre...

—El Centro George Westerman.

—Y también...

—El Museo Diggers.

—Pues, según el presagio, el Centro Westerman va a estar en la Zona del Canal.

—Comadre, eso es imposible. Pongo en tela de juicio ese presagio, porque según el Tratado Hay-Bunau Varilla, lo de la Zona del Canal es a perpetuidad.

—Tus ahijados y ahijadas serán testigos.

—¿Van a repetir lo de Felicidad Dolores?

—No. Todos los testigos van a nacer en víspera del Cincuentenario.

—Comadre, ¿la Zona del Canal va a desaparecer en el Cincuentenario?

—No, comadre, en víspera del Centenario...

—Se te olvida lo de a perpetuidad del Tratado Hay-Bunau Varilla. Yo no puedo creer que aquí en Panamá va a desaparecer el sistema discriminatorio de los gringos: *Gold Roll* y *Silver Roll*.

—Nenén, es más.

—¿Presagio?

—Pues sí. Muchos descendientes de los *zonians*, en víspera del Centenario, cuando ya no exista el *Canal Zone*, van a nacionalizarse ciudadanos panameños y van a querer mucho a nuestro lindo país.

—¡Qué!

—Y por primera vez van a aprender a hablar español, comer sancocho y bailar tamborito.

—¡Qué!

—Y con mucho orgullo van a cantar: “*Yo quiero que tú me lleves al tambor de la alegría*”.

—Comadre...

—Estos nuevos panameños del año Centenario van a rechazar el terruño natal de sus abuelos *zonians*: Alabama, Georgia, Misipí..., donde reina el odio racial, la violencia y la Ku Klux Klan.

—Esto sí lo comprendo. Todos los que llegamos a Panamá no queremos irnos nunca de este bello país con mucha gente amable, alegre y pura de pensamiento. El sancocho, los tamales y las carimañolas: muy sabrosos. El tamborito, la cumbia y el bullerengue: muy alegres. Yo soy de Jamaica, mi prima Leonora también es de Maroon Town en Jamaica, Papá James es de Barbados, y muchos de nuestros compadres y amigos son de Santa Lucía, Grenada, Martinica, Haití, Trinidad..., y con mucho orgullo Panamá es nuestra nueva Patria. Muchos inmigrantes antillanos queremos mucho a Panamá. Y, aunque machucado, tratamos de hablar español y aprender el Himno Nacional. Conozco a muchos obreros *diggers* en la construcción del *Big Ditch* que son de Jamaica, Martinica, Barbados..., que están ganando y ahorrando dinero, y aunque reciben pago inferior *Silver Roll*, desean quedarse en este Istmo donde, por la fiebre amarilla, malaria, pulmonía, derrumbes, accidentes, explosiones de dinamita, ahogos y culebras, tantos de sus parientes y paisanos han dado sudor y sangre en la construcción del ferrocarril transístmico, la construcción del canal bajo los franceses, y, ahora, la construcción del mismo bajo la dirección de los yanquis.

—Pues, están bienvenidos a este terruño de los héroes Urracá y Bayano, porque hicieron más que ferrocarril y están haciendo más que canal: están haciendo Patria.

—¡Mi bello Panamá!

—Lo más importante en Panamá en víspera del Centenario va a ser...

—El presagio de los Tratados Torrijos-Carter, y el Canal de Panamá finalmente en manos de panameños.

—Y también la unión de la familia panameña como lo celebra el Himno Nacional: *Alcanzamos por fin la victoria, en el campo feliz de la unión...*

—Y, por supuesto, todo lo que van a lograr los afrodescendientes para todos los panameños, en este querido y hermoso Istmo crisol de razas, empezando con todas las lecciones y actividades del Día de la Etnia Negra Nacional.

—Comadre Elsa, un momento por favor, ¿también vamos a llegar a ser Excelentísimos y Excelentísimas en el Palacio de las Garzas, Administradores del Canal, Funcionarios del Ferrocarril, Arzobispos, Magistrados en la Corte Suprema, Gobernadores, Ministros, Legisladores, Alcaldes, Empresarios, Embajadores...?

—Comadre Nenén, cuando regreses del mercado allá en Salsipuedes, y antes de saborear tu *gungusoup*, *patí*, *yucapone* y *cucú*, y, por supuesto también, mi arroz con pollo, sancocho, tamales, bollos, carimañolas y chicheme, con lujo de detalles, te contaré sobre el presagio relacionado con el Centenario del Canal de Panamá.

Más tarde ese día, en el anochecer, Marcia Fedé le dijo a su comadre Nenén:

—Hace tres noches, me visitó la abuela Felicidad Dolores en un sueño, y con mucha emoción anunció lo siguiente: “¡Qué alegría! En la Patria mía ahora tenemos diputados y ministros afrodescendientes con voz y voto, y por fin, sí, por fin, en vísperas del Centenario del Canal de Panamá, en las escuelas, los colegios y, especialmente, en todos los eventos nacionales e internacionales, así como en el folclor istmeño oficial, habrá representación de todos los grupos étnicos de la familia panameña. Panamá, crisol de razas. Finalmente, la invisibilización del afroistmeño en actos oficiales es cosa del pasado. Ya no se va a ignorar la presencia de los afropanameños en la identidad nacional. Con orgullo, como se goza con el tamborito y la cumbia, en todos los conjuntos típicos, también se lucirá con gala las danzas de los negros congos, el bullerenge, el bambasú, el zaracundé, la cachimba portobeleña... ¡Qué alegría!”

Las dos mujeres se miraron simultáneamente, y con voz unísono, gritaron:

¡Viva Panamá!

DATOS DEL AUTOR

Carlos “Cubena” Guillermo Wilson nació en la Ciudad de Panamá el 1 de abril de 1941. El primero de seis hijos de una pareja afroantillana, estudió en el Instituto Nacional ubicada en la misma ciudad hasta 1959, cuando, a los 18 años, partió hacia Estados Unidos en busca de nuevos horizontes.

Esta nueva vida empezaría en el seminario católico *La Societas Verbi Divini* en Misisipi donde se inscribió con la ayuda del Padre Bernard. Sin embargo, por motivos personales, abandonó ese seminario y se trasladó a otro en Boston, Massachusetts donde tuvo la oportunidad de estudiar latín, griego, francés, alemán e italiano. Estuvo en Massachusetts por 5 años, y gracias a esta experiencia académica, fue invitado por el director del colegio “Verbum Dei” en Los Ángeles, el Padre Joseph Francis, a enseñar francés, inglés e historia.

En 1961 el futuro escritor afropanameño empezó a cursar sus primeros estudios superiores en la “Loyola Marymount University”, una universidad jesuita en Los Ángeles, CA de donde se graduó en 1964. Aunque todavía tenía planes de volver al seminario para tomar sus votos finales de cura, cambió de idea y con la ayuda de una beca, se inscribió en un programa de maestría en literatura hispánica en UCLA (University of California-Los Angeles). Terminó ese programa en 1970 y con la ayuda de otra beca, empezó el doctorado en la misma universidad y se doctoró en 1975 en el mismo campo de estudios. Su tesis se intituló *Aspectos contemporáneos de la prosa narrativa panameña*.

Antes de su fallecimiento el 5 de junio de 2016 tras una larga enfermedad en El Cajón, CA, Carlos “Cubena” Guillermo Wilson ya había publicado varias obras de ficción, entre ellas *Cuentos del negro Cubena* (1977), *Chombo* (1981), *Los nietos de Felicidad Dolores* (1991) y *Los mosquitos de orixá Changó*, una colección de cuentos y poemas publicados en 2000, la cual vol-

vió a reproducir en 2005 bajo un nuevo título: *Raíces africanas*. Mientras escribía ese libro, también preparaba simultáneamente el borrador de la presente novela (*La misión secreta*), la cual empezó como *Sueños ancestrales*.

Libros, todos, que analizan profundamente la historia y la cultura de Panamá, pero en especial las de la comunidad afroantillana ya que el Dr. Wilson era miembro directo de esa comunidad (sus bisabuelos paternos eran oriundos de Santa Lucía y Cuba, y los maternos llegaron de Jamaica y Barbados), eso explica por qué fue honrado con el máximo galardón en la República de Panamá el 30 de mayo de 2003 cuando la presidenta Mireya Moscoso le confirió la *Condecoración Nacional de la Orden “Vasco Núñez de Balboa”*, en el Grado de Caballero.

Carlos “Cubena” Guillermo Wilson fue muy amante de la música clásica. Sus compositores favoritos eran Beethoven, Mozart, Bach, Vivaldi, Scott Joplin y Bizet. También le fascinaba todo lo africano o lo negro, lo cual explica por qué ese mundo ocupa un lugar tan central en sus libros. A continuación, le encantaban las lenguas extranjeras. Por eso se hallan tantos diálogos compuestos en diferentes idiomas en sus libros. Finalmente, Carlos era un investigador indefatigable sobre la literatura y cultura latinoamericanas, y lo manifestó en los centenares de ponencias que dio en la América Latina, el Caribe, África y Europa mientras trabajaba de profesor en las universidades Loyola Marymount y San Diego State en California.

El Dr. Wilson tiene dos hijos adultos: El Dr. Jaime José Wilson-Chiru, un gastroenterólogo en Vancouver, WA; y Carlos José Wilson-Chiru, un abogado en Beaverton, OR. En el momento de su muerte en junio de 2016, Carlos estaba casado con la señora Colombina Wilson-Chiru. Entonces le sobreviven los dos hijos, dos nietos, y la señora ahora viuda.

ÍNDICE

Prólogo	7
ÁBAN	11
BIAMA	37
ÜRÜWA	68
GÁDÜRÜ	93
SEINGÜ	119
SISI	140
SEDÜ	166
WIDÜ	194
NEFU	226
DISI	236
Datos del autor	253



República de Panamá

Este libro se terminó
el 26 de julio de 2023.



Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2023)

Colección Narrativa

Al otro lado de la zarza ardiendo, de Graciela García Marruz.

Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.

El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.

Ruyam, de Pancho Vives.

Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.

Memoria de siglos, de Jacobo Machover.

El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,

Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).
de Raúl Thomas.

Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.

Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.

Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.

Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.

Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.

La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.

Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.

Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.

Chivitas, de Adriana Restrepo.

Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.

Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.

Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.

Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.

Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.
Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llópiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Samba.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.

En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.

Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.

Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.

Fantasías reales, de Silvia Burunat.

17 memorias y un prólogo, de VV. AA.

Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.

De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.

Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín

Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román

Escribas, de Aimée G. Bolaños.

From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.

Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.

El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva

Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.

Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall

Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.

Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.

Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.

Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria, de Felipe Lázaro.

Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba, de Uriel Mendieta Gutiérrez.

No quiero llanto, Dolores Labarcena.

La punzada del guajiro y otros cuentos, de Belkys Rodríguez Blanco.

Breves y ligeras crónicas de un gusano de La Habana en Santiago de Chile, de Luis García de la Torre.

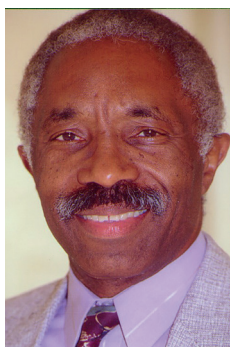
Recuerdos de un niño cubano, de Fernando Torre Balmaseda.

Hoy como ayer, de Tony Guedes.

Fuera de tono, de Manuel Cortés Castañeda.

La misión secreta, de Carlos Guillermo Wilson.

Mujeres de la vida y de la muerte: de vida real y muerte imposible (Cuentos leves), de Eugenio A. Angulo.



Carlos Guillermo Wilson
(Panamá, 1941- EE UU,
2016). Escritor y profesor
afropanameño.

Ejerció la docencia universi-
taria hasta su fallecimiento en
California.

“*La misión secreta* no es una novela más de Carlos Guillermo “Cubena” Wilson. Es la conclusión de una trilogía cuya historia empezó en *Chombo* (1981) y continuó en *Los nietos de Felicidad Dolores* (1991). Por lo tanto, podría decirse que se trata del último intento por parte del novelista panameño de resolver la problemática de los prejuicios raciales que planteó de manera tan cautivadora en esas dos novelas. Es una solución muy sorprendente e invito a todos a descubrirla.”

Dr. Haakayoo N. Zoggyie



9 788480 174527 >

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA